P. ARDIZZONE, S. S.

LA RELIGION EXPLICADA

LA ORACION

PUBLICACION DE LA
JUNTA CENTRAL DE LA ACCION CATOLICA ARGENTINA
BUENOS AIRES

ROSARIO
EDITORIAL "APIS"
PRESIDENTE ROCA 150

LA RELIGION EXPLICADA

LA ORACION

P. ARDIZZONE, S. S.

La Religión Explicada

A LOS ALUMNOS DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS Y SECUNDARIAS SEGÚN EL PROGRAMA DEL **CUADRIENIO CATEQUÍSTICO** DE S. S. PIO X

Libro aprobado por el Episcopado Argentino para uso de las distintas ramas de la A. C. A.

DONACIO
DE
Elsa Galett

LA ORACION

CUARTA EDICION CORREGIDA Y ADAPTADA AL **CATECISMO DE PERSEVERANCIA** PRESCRIPTO POR EL EPISCOPADO ARGENTINO A PRINCIPIOS DE 1938

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ROSARIO
EDITORIAL "APIS"
PRESIDENTE ROCA 150

APROBACION ECLESIASTICA

Rosario, 29 de Marzo de 1939.

Puede reimprimirse con las modificaciones impuestas por el "Catecismo Único".

CASEY
Vicario General

ES PROPIEDAD

LA ORACION

PROGRAMA.

CAPÍTULO I.

La oración en general. — Concepto de oración. — Oración de alabanza, de acción de gracias, de súplica y de arrepentimiento. — Varias especies de oración. — Oración mental y modo de hacerla. — Su excelencia. — Oración vocal. — Oración privada y pública.

CAPÍTULO II.

Eficacia y efectos de la oración. — Fundamento de nuestra esperanza. — Pedir en nombre de Jesús. — Causas de la ineficacia de nuestras oraciones. — Nunca es vana la oración bien hecha. — Efectos saludables de la oración.

CAPÍTULO III.

Lo que debe pedirse. — Qué cosas desea Dios que le pidamos. — Por qué deben pedirse principalmente bienes espirituales. — Cómo se han de pedir los bienes temporales. — Por qué quiere Dios que recemos.

CAPÍTULO IV.

Disposiciones para bien orar: 1ª **Atención.** — Cómo la recomienda Jesucristo. — Modo de conseguirla. — Las distracciones. — 2ª **Humildad.** — Cómo la prescribe Jesucristo. — El porte exterior. — Orar con resignación. — 3ª **Confianza.** — 4ª **Perseverancia.** — Por qué no nos concede Dios enseguida lo que pedimos. — Jesucristo prescribe la perseverancia.

CAPÍTULO V.

Necesidad de la Oración.

1º Por la condición nuestra. — 2º Por el mandato divino. — Frecuencia y circunstancias de la oración. — Cómo y cuándo se peca faltando a la oración. — Por quiénes y con qué orden se debe rezar. — A quién se debe orar. — Formación y conservación del hábito de la oración en la juventud.

CAPÍTULO VI.

Oración dominical. — Su excelencia. — Su eficacia. — División. — Por qué damos a Dios el título de Padre. — Por cuáles razones nos corresponde el nombre de hijos de Dios. — Explicación de los términos: "nuestro" y "que estás en los cielos".

CAPÍTULO VII.

1ª Petición: "Santificado sea el tu nombre". — Explicación. — Medios para promover la gloria de Dios: negativos y positivos (oración, limosna, acción). — La gloria de Dios y nuestro interés o provecho. — Relación de esta petición con los tres primeros mandamientos y con los sacramentos. — Dignidad del nombre cristiano, reflejo del santo Nombre de Dios.

CAPÍTULO VIII.

2ª Petición: "Venga a nos el tu reino". — La palabra "reino". — Relación de esta petición con la anterior. — El reino de la gracia. — De la Iglesia. — Del Paraíso. — El reino de Dios y la predicación de J. C. y de los Apóstoles. — Parábolas evangélicas del reino de Dios: la semilla, el grano de mostaza, la levadura, el tesoro escondido, la red y los peces, las diez vírgenes. — Explicación de estas parábolas.

CAPÍTULO IX.

3ª Petición: "Hágase tu voluntad...". — Relación de esta petición con las anteriores. — Excelencia de la divina voluntad. — Necesidad de que se cumpla. —Cuál es la voluntad de Dios (mandamientos, preceptos, obligaciones del propio estado). — Cómo hemos de cumplirla. — La voluntad de Dios y los Superiores. — Divinas inspiraciones. — Vocación: Necesidad de seguirla. — Deberes del joven respecto a su vocación. — Resignación en las desgracias.

CAPÍTULO X.

4ª Petición: " El pan nuestro de cada día dánosle hoy ". — Relación de estas cuatro últimas peticiones con las primeras. — La obligación del trabajo. — Esta petición nos inspira confianza. — Explicación de cada palabra: " pan ", " nuestro ", " de cada día " ", " danos ", " hoy ". — El pan del alma. — El pan de la divina palabra. — El pan de la Eucaristía.

CAPÍTULO XI.

5ª Petición: " Perdónanos nuestras deudas... ". — El fin de la redención. — Disposiciones con que hemos de acompañar las palabras de esta petición. — La deuda del pecado. — Valor comparativo y condicional de la partícula " como ". — Perdón de las ofensas: razones porque debemos perdonar. — La condición para ser perdonado. — El olvido de las injurias.

CAPÍTULO XII.

6ª Petición: " No nos dejes caer en la tentación ". La tentación. — Por qué nos tienta el demonio. — Podemos vencerlo. — El mundo. — La carne. — Ejemplos de la Historia Sagrada. — Cuándo, cómo y por quién puede ser tentado el hombre. — Por qué permite Dios la tentación. — Medios para evitar la tentación. — Medios para vencerla.

CAPÍTULO XIII.

7ª petición: " Mas líbranos del mal. Amén ". — El sumo mal. — Males físicos. — Del uso de las medicinas. — Por qué viene última esta petición. — Por qué decimos " del mal " y no " de los males ". — Los males de la vida. — Resignación en los sufrimientos. — Provechos que pueden sacarse de los males de la vida. — La palabra " Amén ". — El rezo del Padrenuestro.

CAPÍTULO XIV.

Del Avemaría. — Por qué rezamos esta oración. — Salutación angélica. — Su origen y composición. — Breve explicación del Avemaría. — Fundamentos de nuestra devoción a María. — El Rosario. — Origen, excelencias, ventajas, modo de rezarlo, misterios.

CAPÍTULO XV.

De las Virtudes.

Concepto de virtud. — Su clasificación. — Virtudes más excelentes. — Cuándo recibimos las virtudes teologales. — Fe. — Esperanza. — Caridad. — Virtudes cardinales. — Concepto. — Prudencia: concepto, excelencia, necesidad, vicios que se le oponen. — Justicia: concepto, excelencia, práctica de esta virtud. — Fortaleza: concepto, su práctica, el martirio, compañeros de la fortaleza, medios de adquirirla y perfeccionarla. — Templanza: concepto, malicia de la gula, remedios contra la gula, la castidad.

CAPÍTULO XVI.

De las fuentes y causas de los pecados y de las virtudes opuestas.

Vicios capitales. — Concepto de vicio. — Vicio y pecado. — Soberbia: concepto, pecados que nacen de la soberbia, malicia de la soberbia, ejemplos. — Avaricia: concepto, malicia de este vicio, ejemplos. — Lujuria. — Ira: concepto, malicia, ejemplos. — Gula: concepto, cuándo es pecado grave, ejemplos, sentencias de la Escritura. — Envidia: concepto, malicia, emulación, ejemplos. — Pereza: concepto, malicia. — Si es pecado sentir estos malos deseos. — Virtudes opuestas a los vicios capitales. — Humildad: concepto, cómo se engendra y aumenta la humildad, su excelencia, ejemplos. — Largueza: concepto, ejemplos sobre la limosna. — Castidad. — Paciencia: concepto, medios para reprimir la ira, ejemplos. — Templanza. — Caridad: medios para evitar la envidia, ejemplos. — Diligencia, medios de adquirirla. — Enemigos del alma: mundo, demonio, carne: sus peligros y modo de vencerlos.

CAPÍTULO XVII.

Obras de Misericordia.

El primer mandamiento. — Caridad cristiana. — Obras de misericordia corporales y espirituales. — Deberes de justicia y deberes de caridad.

CAPÍTULO XVIII.

Las Bienaventuranzas.

Circunstancias de su proclamación. — Verdad de estas Bienaventuranzas. — Máximas del mundo y máximas de Jesucristo. — Explicación de las ocho Bienaventuranzas. — Ejemplos. — Las postrimerías.

CAPITULO I.

DE LA ORACION EN GENERAL

Concepto de oración.

321. - *¿Qué es orar?*

Orar es levantar el corazón a Dios para adorarle, darle gracias y pedirle lo que necesitamos.

1ª PARTE DE LA DEFINICION.

Decimos: **" Levantar el corazón a Dios ".**

La oración — dice S. Juan Crisóstomo — es la elevación del **alma** a Dios. La palabra **alma** significa aquí todas sus fuerzas superiores, el entendimiento, la voluntad, el espíritu y el corazón, que es centro del amor. Por consiguiente orar es levantar toda el alma a Dios.

De aquí se deduce:

1º Los animales y demás seres inferiores son incapaces de oración porque careciendo de alma racio-

nal, no pueden pensar, ni hablar con los hombres y mucho menos con Dios. Cuando decimos, pues, que los animales, las plantas, los elementos **alaban** a Dios, no damos a este verbo el propio significado, sino una interpretación metafórica o poética; queremos expresar que esas criaturas con su sola existencia proclaman la infinita grandeza del Creador.

2º No hace verdadera oración el hombre, aunque dotado de alma racional, si mientras reza maquinalmente con los labios, su **pensamiento** no está en Dios, sino en cosas muy distintas y por consiguiente el **corazón,** que sigue al pensamiento, tampoco tiene a Dios por objeto;

3º No hace oración el filósofo o teólogo que **piensa** en Dios para estudiar sus divinas perfecciones, sin dirigirse a El con la voluntad o con el afecto. Si para orar fuese suficiente levantar el pensamiento a Dios, también orarían el demonio y los condenados que siempre piensan y eternamente pensarán en Dios; pero su corazón y su afecto están muy lejos de Dios.

Los santos Padres dicen que orar es hablar con Dios. "Cuando lees — enseña San Agustín — entonces Dios te habla; cuando haces oración, tú hablas a Dios". La conversación familiar supone no sólo que se piense en la persona con quien se habla, sino que también se tenga algún afecto y buena voluntad hacia ella.

2ª PARTE DE LA DEFINICION.

"Para adorarle, darle gracias y pedirle lo que necesitamos".

Esta segunda parte de la definición nos indica

los grandes fines de la oración que son **adorar, agradecer,** y **pedir.**

Tenemos, pues: Oración de **alabanza** (o de adoración), de **acción de gracias** (o eucarística) y de **súplica** (o impetración).

1º Adoración o alabanza

Adorar significa reverenciar, reconocer la grandeza de Dios, rendirle homenaje por ser el sumo Bien, principio de todas las cosas, infinito en todo género de perfecciones y del cual toda criatura — también el hombre — depende esencialmente.

En la adoración la criatura inteligente se postra delante de la majestad del Creador, o mejor el hijo se presenta reverente ante su Padre y: " Padre, le dice, sois mi supremo Señor; yo todo lo debo a Vos; yo os adoro y os amo ".

Son **ejemplos** de esta clase de oración.

a) **Las preces comunes:**

La primera parte del Padrenuestro;

Las palabras: " Os adoro mi Dios, os amo de todo corazón ", del Acto de adoración;

Los actos de Fe y de Caridad;

El **Gloria Patri**;

En la " Preparación de la Comunión " las palabras con que empieza: " Gran Dios, que llenáis con vuestra inmensidad los cielos y la tierra, yo me humillo delante de Vos y os adoro con todo el respeto de que soy capaz ".

Y otras muchas cuyo análisis recomendamos a los maestros.

b) **Oraciones litúrgicas:** La Iglesia tiene establecidas muchas de estas oraciones que los sacerdotes y religiosos recitan durante las sagradas funciones. He aquí algunas de ellas:

El " Gloria in excelsis Deo " que reza el sacerdote en la misa contiene estos bellísimos actos de adoración: " Gloria a Dios en las alturas, te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos; gracias te damos por tu grande gloria, oh Señor Dios Padre omnipotente; Tú solo eres Santo, Tú solo Altísimo, Jesucristo con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. — Amén.

" El " Sanctus ": Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Hosanna en las alturas. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

El " Tedeum " tiene muchos versículos en los cuales se adora a Dios; p. ej.: A Ti, oh Dios alabamos, a Ti, Señor te confesamos.

A Ti, Eterno Padre, toda la tierra te venera.

A Ti, todos los Angeles, a Ti los Cielos y todas las potestades.

c) **Salmos y cánticos:** Los mejores modelos de oración de alabanza y adoración los hallamos en la Sagrada Escritura y de un modo especial en los Salmos de David, que la Iglesia hace recitar todos los días a su ministros en el Oficio Divino.

Dichos salmos son un torrente de alabanzas del Nombre divino: alabar a Dios era para el Real Profeta la delicia de su corazón; nunca faltaban en su boca las alabanzas del Altísimo.

He aquí algunos modelos sacados de salmos que pueden verse en la " Juventud Instruída ".

" Señor, Señor nuestro, ¡cuán maravilloso es tu nombre en toda la tierra! " (Salmo 8º Primer Nocturno Of. de la Sma. Virgen). " Los cielos declaran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos ". (Salmo 18, del mismo nocturno).

" Del Señor es la tierra y su plenitud: la redondez de la tierra y todos sus habitantes. Porque El la fundó sobre los mares, y la estableció sobre los ríos ". (Salmo 23, Ibidem).

" Alaba Jerusalén, al Señor: alaba, Sión, a tu Dios ". (Salmo 147, de Vísperas).

" Alabad, niños, al Señor, alabad el nombre del Señor... ¿Quién como el Señor Dios nuestro, que habita en las alturas y atiende a las cosas humildes en el cielo y en la tierra? " (Salmo 112, de Vísperas).

También es digno de leerse y meditarse el **Cántico** de los

tres jóvenes en el horno de Babilonia (Daniel, c. III, 57) y que empieza así: " Todas las obras del Señor, bendecid al Señor; alabadle y ensalzadle por todos los siglos ". (Laudes del Of. de la Sma. Virgen).

¿Quién no conoce el glorioso cántico de alabanza que la Sma. Virgen, Madre de Dios entonó en la casa de Santa Isabel, diciendo: " Magnificat anima mea Dominum? ". (Vísperas de la Sma. Virgen).

Estos y otros salmos y cánticos, sacados de buenas versiones, podrá leer el maestro con mucho fruto a sus alumnos.

EXCELENCIA DE LA ORACION DE ALABANZA.

Es la más excelente de las oraciones. En efecto, cuando se reza para agradecer, para pedir gracias o perdón, el pensamiento del que ruega recae sobre la propia utilidad; en la plegaria de adoración, el alma se olvida completamente de sí misma y piensa tan sólo alabar y glorificar a Dios.

Si agradezco, me mueve a orar el bien que he recibido.

Si imploro misericordia, me duelo de haber ultrajado a la divina Majestad, mereciendo sus castigos.

Si pido gracias es porque observo que me hacen falta.

En estas tres clases de oración me busco a mí mismo, mi propia utilidad.

En cambio cuando adoro, solamente tengo en cuenta a Aquél a quien dirijo mi plegaria.

Siendo, pues, esta oración perfectísima en sí y la más excelente de todas, conviene mucho ejercitarse en ella, valiéndose al principio de algún devocionario que enseñe a hablar afectuosamente con Dios.

Las obras de S. Francisco de Sales, de S. Alfonso de Ligorio, facilitan mucho este ejercicio.

EJEMPLO. — Un día Santa Matilde dirigió al Señor esta súplica: " Dulcísimo y amantísimo Señor ¿en qué cosa prefieres que me ocupe?

— En alabarme — respondió Jesucristo.

— Bien — añadió la santa religiosa — indicadme Vos mismo la manera como pueda yo honraros dignamente.

Y el buen Maestro enseñóle entonces una espléndida letanía de alabanzas.

2º Oración de acción de gracias.

Es la que se dirige a Dios para agradecerle sus beneficios.

Dar gracias a Dios es una necesidad del alma, la cual — a semejanza del pez en el agua — está nadando continuamente en el océano de la bondad y misericordia del Creador.

La acción de gracias debiera ser tan continua como las pulsaciones del corazón, porque a la verdad no pasa instante en que no recibamos algún beneficio del Señor.

Sería interminable enumerarlos: ellos pueden agruparse en dos órdenes:

a) **Beneficios de orden temporal.** — Comprenden esencialmente la **creación** y la **conservación** de nuestra existencia, que bien puede llamarse una continua creación, pues con solo apartar Dios su mano de nosotros sería suficiente para reducirnos a la nada.

El uso expedito de nuestros miembros y sentidos, el aire, la luz, el calor, el alimento, los frutos de la tierra y del mar, los vestidos, la habitación, las medicinas, en una palabra la creación entera ha sido puesta por Dios al servicio del hombre.

b) **Beneficios de orden espiritual.** — Los beneficios que el hombre ha recibido y recibe continuamente como cristiano, superan de mucho a los de orden material. La redención, el derecho a la posesión de un reino eterno, la Santa Iglesia, los sacramentos, el sacerdocio, la Misa, las inspiraciones y dones del Espíritu Santo, la asistencia de la Virgen, de los án-

geles y de los santos, forman una deuda tan elevada de gratitud que no será suficiente toda la eternidad para satisfacerla debidamente. Por eso exclamaba el real Profeta: **Cantaré eternamente las misericordias que conmigo usó el Señor** (Salmo 88).

¿Qué juicio haríamos de aquél que recibiendo un gran favor no diese las gracias? Diríamos de él que es un ingrato.

El mismo juicio merece el hombre, y especialmente el cristiano, que no sabe agradecer los divinos beneficios; que, semejante a los brutos, recibe del amo la comida y ni siquiera levanta la vista para significarle con una mirada su agradecimiento.

Queja de Jesucristo. — Narra el evangelista San Lucas (Cap. XVII, 1-11), que estando Jesús por entrar en una población, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se pararon a lo lejos y levantaron la voz diciendo: "Jesús, nuestro Maestro, ten lástima de nosotros". Luego que Jesús los vió, les dijo: "Id, mostraos a los sacerdotes". Y mientras iban quedaron curados. Uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio, volvió atrás glorificando a Dios a grandes voces. Y postróse a los pies de Jesús, pecho por tierra, *dándole gracias.* Jesús dijo entonces: "*Pues que ¿no son diez los curados? Y los nueve ¿dónde están?*"

* * *

En otra ocasión apareciéndose Jesús a su sierva Santa Margarita María Alacoque, mostrándole su corazón coronado de espinas y despidiendo llamas, le dijo con voz muy enternecida: "He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no recibe de ellos más que ofensas, ingratitudes e indiferencia".

Oigamos con reverencia estas quejas y procuremos dar mucha importancia a la acción de gracias.

Tenemos hermosos ejemplos de oración eucarística o de acción de gracias:

a) **En las preces comunes:**

" Os doy gracias porque me habéis criado, hecho cristiano y conservado hasta ahora.... ".

Las oraciones que se rezan después de la comida, del estudio, de la clase, y sobre todo después de la Santa Comunión.

b) **En las oraciones litúrgicas:**

1º En el **Prefacio** de la Misa dice el sacerdote: " Gratias agamus Domino Deo nostro ", a lo que responde el pueblo: " Dignum et iustum est ", **Digno y justo es.** Y prosigue el sacerdote: " Verdaderamente es digno y justo, debido y saludable que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno por Jesucristo nuestro Señor ".

2º El " **Te Deum laudamos** " es el himno de agradecimiento que desde tiempo inmemorial usa la Iglesia para dar solemnemente gracias a Dios. De ordinario se canta delante del Santísimo Sacramento expuesto.

c) **En los Salmos y Cánticos:**

Aunque la mayor parte de ellos son himnos de alabanza, los hay también de acción de gracias.

Es muy notable el salmo 106 en el cual se agradece a Dios porque libra a los hombres de todo género de calamidades. Comienza así: " Confesad (dad gracias) al Señor porque es bueno y su misericordia se extiende a todos los siglos... porque sació al alma vacía y al alma hambrienta la hartó de bienes ".

El salmo 102 es de acción de gracias por la remisión de los pecados. Comienza así: " Bendice, alma mía, al Señor, y todas las cosas que hay dentro de mí, a su santo nombre... El perdona todas tus maldades: El sana todas tus enfermedades ".

Pueden leerse también los salmos 104, 105, 114, 115, 117, 134, 135, 137, 143 y 149.

La gratitud nos atrae nuevas gracias.

Cuanto más reconocidos seamos para con Dios, tanto mayores serán las gracias que nos atraeremos. Así como las aguas de los ríos van al mar y de él se

alzan transformadas en rocío y lluvias con que se reproducen los mismos ríos; así también las aguas de la gracia llevadas por la gratitud a Dios, que es su principio, se nos devuelven trocadas en abundante lluvia de gracia divina; en cambio la ingratitud detiene el curso de la gracia, seca la fuente de la piedad y el rocío de la misericordia y destruye todos los designios de Dios sobre nosotros.

La gratitud es la llave que nos abre el arca de los divinos tesoros; la ingratitud nos cierra esos mismos tesoros.

Si pues el amor de Dios no es motivo suficiente para ser con El agradecidos, muévanos al menos nuestro propio interés.

EJEMPLO. — El año 1774 fué en París más riguroso que de costumbre. Su rey Luis XVI, compadecido del pueblo, dió orden que a sus expensas se proveyesen de estufa los cuarteles, los hospitales, los conventos; y el rey en persona, para cerciorarse de si se habían cumplido sus órdenes, recorrió las casas de la ciudad distribuyendo limosnas entre los más pobres. Terminado el invierno, el pueblo agradecido quiso levantar a su rey junto al palacio del Louvre, un monumento... de nieve! ¡Pobre pueblo! A los pocos días hacía violenta irrupción en el palacio de Luis XVI en Versailles.

Entre los foragidos que el Viernes Santo gritaban el **Tolle, tolle, crucifige eum** contra el mansísimo Jesús ¿creéis vosotros que no habría de aquéllos que habían sido favorecidos con milagros por el divino taumaturgo y que pocos días antes habían gritado **¡Hosanna al Hijo de David!**? ¿Cuánto duró la gratitud de esos hombres? Cuanto dura el humo de paja o una estatua de nieve.

No suceda así con nosotros; sea nuestra gratitud duradera como el mármol y el bronce.

3° Oración de súplica.

La tercera especie de oración y la más ordinaria es la oración de súplica, en la cual pedimos al Señor

lo que habemos menester para el alma y para el cuerpo.

El hombre es un ser mezquino, necesitado de todo; luego debe imitar al pobre que tiende humildemente la mano al rico que puede ayudarlo.

La flor abre su cáliz para beber la luz y el rocío; si pudiese hablar diría: " Oh sol, dame tu luz, oh cielo, dame tu rocío ". Así en la oración de súplica el alma se presenta delante de Dios e implora de El, el sol y el rocío de su gracia.

Siendo este género de oración el más común y el que está más al alcance de las tiernas inteligencias, no nos detendremos en presentar muchos ejemplos. La segunda parte del Padrenuestro y del Avemaría, la Salve, la oración al Angel Custodio, las letanías lauretanas y de los santos, las innumerables colectas u oraciones que los sacerdotes dicen en la Santa Misa, en el Oficio divino y en las sagradas funciones son otras tantas oraciones de súplica a cual más hermosa y conforme a nuestras necesidades espirituales y temporales.

Oración de arrepentimiento. — En la oración de súplica se suele incluir (aunque algunos autores la consideran aparte) la oración de **arrepentimiento,** que consiste en pedir perdón de los pecados cometidos.

La oración de arrepentimiento tiene la virtud de quitar la mancha del pecado y librar al alma del suplicio eterno. Así, pues, es de absoluta necesidad para aquél que ha pecado mortalmente; también lo es — aunque mucho menos — para el que sólo ha cometido faltas veniales.

Son ejemplos de esta clase de oración:

a) **Oraciones comunes:**

El Acto de atrición y contrición;

La quinta petición del **Padrenuestro:** " Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores ";

Las oraciones que traen los devocionarios como preparación al sacramento de la Confesión.

b) **Oraciones litúrgicas:** Gran parte de las oraciones de la Santa Misa están inspiradas en sentimientos de humildad y dolor de los pecados. Citaremos:

El **Confiteor** que rezan el sacerdote y el ministro en nombre del pueblo al principio de la misa;

Los **Kyries** que significan: " Señor ten piedad de mí ";

El **Nobis quoque peccatoribus** que dice el sacerdote poco después de la Consagración, dándose un golpe en el pecho;

El **Agnus Dei,** cuya traducción es la siguiente: " Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros ".

c) **Salmos de David.** — El rey Profeta tuvo la desgracia de ofender a Dios con culpa grave; pero también fué muy solícito en implorar la divina misericordia no sólo por los pecados propios sino también por los de su pueblo. El salmo clásico que traduce maravillosamente el alma arrepentida de David es el **Miserere** (Salmo 50) que la Iglesia no se cansa de repetir en sus funciones litúrgicas, especialmente en Semana Santa. Dicho salmo comienza: **Ten piedad de mí, oh Dios, según tu grande misericordia.**

También son notables a este propósito los siete salmos llamados penitenciales porque son muy aptos para implorar la divina misericordia.

Helos aquí por orden y con el primer verso de cada uno:

El 6º: "Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira".

El 31: "Bienaventurados aquellos, cuyas iniquidades han sido perdonadas: y cuyos pecados han sido encubiertos".

El 37: Comienza como el 6º, pero varía después.

El 50: Del cual ya hablamos.

El 101: "Señor, escucha mi oración y llegue a ti mi clamor".

El 129: "Desde las profundidades clamé a ti, Señor Señor oye mi voz".

El 142: Dice así en el 2º verso: "No entres en juicio con tu siervo: porque ningún viviente será justificado en tu presencia".

Muchos santos penitentes encontraban sus delicias recitando estos salmos: entre ellos San Agustín que quiso rezarlos varias veces en el lecho de muerte.

Cuándo debe hacerse esta oración. — No solamente como preparación próxima a la Confesión, sino también después de ella. El recuerdo de los pecados cometidos (aunque hubiese sido uno solo en toda nuestra vida) debe acompañarnos hasta la tumba. Así lo hicieron David y San Pedro, el primero de los cuales decía: "Peccatum meum contra me est semper"; el segundo, aunque estaba seguro del perdón de su pecado, sin embargo nos dice la tradición que lo lloró toda su vida y que las lágrimas derramadas habían abierto un surco en sus mejillas.

Lon santos comprendían mejor que nosotros la malicia del pecado; pidamos al Señor nos dé esa comprensión, a fin de que todos los días de nuestra vida lloremos los pecados cometidos y podamos presentarnos al tribunal de Dios con el alma purificada por el arrepentimiento y la penitencia. Repitamos a menudo: **Lávame más y más, Señor, de mi iniquidad y líbrame de mi pecado.** (Salmo 50).

Varias especies de oración.

322. - *¿De cuántas maneras es la oración?*

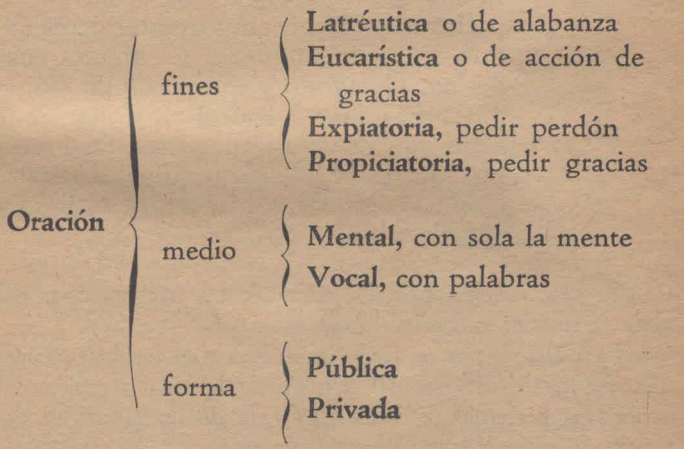
La oración es de dos maneras: mental y vocal.

Podríamos dividir la oración:

1º Según los fines por que se hace en: Latréutica o de alabanza, Eucarística o de acción de gracias, Expiatoria, para pedir perdón e Impetratoria, para alcanzar favores.

2º Según los medios con que se hace, en: Mental y Vocal.

3º Según la forma en: Pública y Privada.



Oración mental y vocal, su diferencia y valor de ambas.

323. - *¿Qué es la oración mental?*

La oración mental es la que se hace ejercitando la memoria, el entendimiento y la voluntad.

Oración mental (de mens, mente). Es la que se hace con sola la mente o el pensamiento y afecto interior y se llama meditación.

La oración es, como se ha dicho, un coloquio o conversación con Dios. Ahora bien: con Dios podemos hablar con el corazón, sin que la lengua exprese lo que sentimos o deseamos; porque Dios no necesita como los hombres, de palabras sensibles para conocer los sentimientos y deseos de nuestra alma. " Deus intuetur cor ", dice la Sagrada Escritura, es decir, a su vista están patentes aun los más leves sentimientos de nuestro corazón.

324. - *¿Cómo haremos la oración mental?*

Haremos la oración mental acordándonos con la memoria de alguna cosa buena, pensando y discurriendo con el entendimiento sobre ella, y haciendo actos con la voluntad, como por ejemplo, de dolor de los pecados, o resoluciones, como de confesarnos, o de mudar de vida.

Se hace oración mental ejercitando las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad.

La *memoria* nos recuerda la materia o el tema de la meditación, que puede ser un misterio de la vida y pasión del Señor, las perfecciones divinas, la vida de un santo, un determinado vicio o virtud, los novísimos, etc.

Esa materia de meditación suelen leerse en un libro escrito con este objeto.

El *entendimiento* examina la verdad y los motivos que deben movernos a ordenar nuestra vida en conformidad con la verdad conocida, o a dolernos y avergonzarnos saludable-

mente de no haberla ordenado así. En una palabra: coteja nuestra conducta con las verdades expuestas.

La *voluntad* entonces se mueve naturalmente a afectos de dolor, de confianza, de acción de gracias, formula firmes propósitos de enmienda y pide a Dios la gracia de cumplirlos.

La siguiente comparación hará comprender mejor lo expuesto. Supongamos que un dibujante quiere corregir o mejorar un cuadro. Necesariamente dará estos tres pasos:

1º Examina bien el modelo.

2º Compara sus trazos con los del modelo.

3º Corrige los trazos defectuosos.

Lo propio hace el alma cuando medita en alguna verdad:

1º La examina con la memoria.

2º Compara la propia conducta con el modelo que acaba de ver; este trabajo lo efectúa la inteligencia.

3º Se decide a corregir los defectos, tomando serias resoluciones de enmienda: es el trabajo de la voluntad.

EJEMPLO. — Puede verse la aplicación de estas tres operaciones del alma en el método de "Vía Crucis" que pone S. Juan Bosco en su "Juventud Instruída".

En cada estación hay tres partes; p. ej.: **1er. punto:** En esta cuarta estación se contempla el dolorosísimo encuentro de María Santísima con su divino Hijo. (Ejercicio de la memoria ayudada por la fantasía).

2º punto: Considera alma mía el dolor que experimentó el corazón de la Virgen a la vista de Jesús y el corazón de Jesús a la vista de su afligidísima Madre. Tus culpas fueron la causa de este dolor de Jesús y de María. (Breve reflexión sobre lo dicho: ejercicio de la inteligencia).

3er. punto: ¡Ah Jesús! ¡Ah María! Hacedme sentir verdadero dolor de mis pecados para que los llore toda mi vida y merezca ser consolado con vuestra asistencia en la hora de mi muerte. (Afectos y propósitos: ejercicio de la voluntad).

EXCELENCIA DE LA ORACION MENTAL.

Aunque la simple exposición del método ya hace ver la excelencia de la oración mental, sin embargo se comprenderá mejor por las siguientes razones:

1º Porque la oración mental se hace con las potencias del alma o sea con la parte más noble del hombre. Además toda oración vocal debe tener algo de mental; y no viceversa.

2º Con esta oración el hombre conoce sus defectos y puede corregirse. "Dadme un alma que haga todos los días un cuarto de hora de oración mental, y yo doy por segura su salvación" (Santa Teresa).

3º Los santos y los que desean serlo deben practicar la oración mental. No hay santidad ni vida perfecta sin ejercicio asiduo de meditación.

4º Dice el Espíritu Santo por boca del Salmista: "Bienaventurado el varón que medita día y noche la ley del Señor; él es como árbol plantado cerca de la corriente de las aguas, que lleva frutos a su tiempo" (*Salmo* 1º).

¿Cuál es la razón de que haya tantos cristianos vacíos de virtud o que corren por el camino de la perdición? Y responde el profeta Jeremías (XII, 11): "Con desolación está desolada toda la tierra, porque nadie hay que *medite* en su corazón, nadie que considere atentamente qué malo y amargo es abandonar a Dios por el pecado".

Objeción: La oración mental, dicen muchos, es solamente para religiosos; nosotros no podemos meditar.

Respuesta: Si tratamos de arreglar un negocio temporal, no tenemos dificultad alguna en recordarlo, en pensar en él, en buscar los medios de allanarlo y de conseguir el fin que nos proponemos. Y si por ventura no hemos puesto hasta ahora esos medios habiéndolos tenido a la mano, lo sentiremos y tomaremos la firme resolución de emplearlos desde ahora. Esto sucede todos los días. ¿Por qué, pues, no hemos de hacer otro tanto respecto del negocio importantísimo de nuestra salvación eterna?

Todos pueden meditar si de verdad lo quieren.

EJEMPLOS. — Santa María Magdalena de Fazzi, siendo todavía niña de 9 años, meditaba todos los días durante una hora la pasión de Jesucristo. Se levantaba temprano para po-

der hacer esta meditación sin ser interrumpida. Este devoto ejercicio encendió presto en su corazón un ardiente deseo de imitar a Jesús, de sufrir por El que con tanto amor había padecido por ella.

— El Beato Antonio M. Claret refiere en su autobiografía: "Las primeras ideas de mi niñez de que yo tengo memoria, son que, cuando tenía 5 años de edad, estando en la cama, en vez de dormir (pues siempre he sido poco dormilón) pensaba en los bienes del cielo y en las penas del infierno; es decir pensaba en aquel **siempre** que no tiene fin; figurábame distancias enormes; a éstas añadía otras y otras y, no alcanzando el fin de ellas me estremecía por la desgracia de aquéllos que tendrían que padecer penas eternas".

— San Francisco de Borja, San Silvestre abad, Santa Margarita de Cortona y otros se resolvieron a dejar el mundo con la meditación seria de la muerte ante el cadáver de ilustres personajes.

325. - *¿Qué es la oración vocal?*

Oración vocal es la que se hace con palabras como por ejemplo cuando rezamos el Padre Nuestro.

Oración vocal (de vox, voz). Es la que se hace con palabras acompañadas con la atención de la mente y la devoción del corazón. Esta oración se llama también plegaria.

Lo que dijimos de la excelencia de la oración mental, nada quita de su importancia a la vocal.

Es necesaria para el culto divino público y en común y por eso en muchos casos está prescrita por la Iglesia; y aun para el acto más santo y sublime del culto público cual es el Santo Sacrificio de la Misa, nos debemos servir de la oración vocal.

El divino Maestro en varias ocasiones nos recomendó con su ejemplo este género de oración. Jesús oró de palabra cuando resucitó a Lázaro; oró largamente después de la última Cena y durante ella con sus

discípulos y después en el huerto de los Olivos y en la Cruz.

Por esta razón la Iglesia, no sólo ha recomendado siempre a sus hijos, especialmente a los sacerdotes, la oración vocal, sino que en parte la ha prescrito, estableciendo el rezo de los salmos de David y la oración dominical como modelos principales de ella.

Para rezar no es necesario emplear determinadas fórmulas.

Creen algunos que para rezar es condición indispensable recitar determinadas fórmulas como la Salve, el Padrenuestro, el Credo, etc.

Están en un error, porque consistiendo esencialmente la oración en manifestar a Dios nuestro pensamiento y nuestros deseos, podemos hacerlo con cualesquiera palabras o expresiones; así cuando hablamos a nuestros padres o con personas íntimas no estudiamos las fórmulas de nuestro pensamiento, sino que decimos lo que espontáneamente se nos ocurre.

En muchos casos es más útil y conveniente hacer oración con palabras propias, no porque éstas sean más correctas que las fórmulas consagradas por el uso, sino porque con aquéllas resulta la oración más natural y fervorosa, cualidades que muchos agradan a Dios. Sucede con harta frecuencia que recitando siempre las mismas fórmulas, las decimos rutinariamente, sin reflexionar en la fuerza de sus expresiones.

Este género de oración es más natural en los trances difíciles e imprevistos en los cuales se dice lo primero que ocurre y que responde a la necesidad del momento, como cuando uno, al caer en el agua o en el fuego o al verse en inminente peligro, exclama: *Sálvame, Señor; defiéndeme de este peligro; Señor, ten piedad de mí; María Auxiliadora, ampárame.*

Con lo dicho no entendemos disminuir un ápice la importancia de las oraciones vocales aprobadas por la Iglesia, especialmente la Oración dominical, el Avemaría, y tantas otras, que el cristiano debe aprender desde su más tierna edad y

recitar cada día, puesto que le falta el hábito de hablar con Dios en la forma en que puede hacerlo una persona más adulta y más ejercitada. No de otra manera los niños que deben saludar a sus padres o a algún personaje en una fiesta, cuando son pequeños se limitan a recitar poesías o discursos de otros; en cambio cuando ya son más grandecitos e instruidos declaman composiciones propias.

EJEMPLO. — **La oración de los humildes.** — Un obispo entró en un hospital y se detuvo delante de un pobre soldado anciano, cuya mirada enérgica y franca le llamó la atención.

— ¡Hola, buen amigo! ¿Cómo estamos? — le preguntó el ilustre visitante.

— ¡Mal, señor obispo, mal! Creo que voy a recibir la licencia absoluta.

— Puede que todavía no. Pero por si acaso, no dejes el servicio sin asegurar allá arriba un buen retiro.

— Así lo espero — contestó el soldado.

— Supongo que cumplirás con tus devociones por la mañana y por la noche.

— Ciertamente, mi general... quiero decir, señor obispo, siempre he hecho mi oración.

— ¿Qué oración?

— Una cortita, pero buena; oración de soldado.

— Acaso el Padrenuestro... Avemaría...

— No, señor obispo. Eso lo rezaba en la misa de los domingos.

— Veamos cuál es la oración que rezas.

— Pues ésta — dijo el viejo soldado levantando la mano derecha hasta la frente y haciendo con aire grave el saludo militar:

Por la mañana al despertar, decía: **¡Dios mío, vuestro servidor se levanta; tened piedad de él.** Por la noche al acostarse repetía: **¡Dios mío, vuestro servidor se acuesta; tened piedad de él!**

Oración privada y oración pública.

Oración privada es la que hace una persona o una familia para sí o para otros sin intervención oficial de los ministros de la Iglesia.

Entre las oraciones particulares o privadas mere-

cen recordarse las **jaculatorias,** que son oraciones breves y eficaces que a manera de flechas encendidas van a herir dulcemente el Corazón de Dios.

Su brevedad nos permite repetirlas a cada instante estando solos o acompañados, en el descanso y en medio de nuestras ocupaciones.

Mantienen el alma unida con Dios y forman el corazón a la piedad que, como dice el Apóstol, es útil para todas las cosas (1ª Tim. IV, 8).

EJEMPLO. — En la vida de los Padres se lee de un santo ermitaño que había levantado su corazón a Dios hasta **ciento tres veces** durante una conversación.

— San Francisco Javier repetía tan a menudo su jaculatoria predilecta **¡Oh Trinidad Santísima!,** que también los idólatras habían contraído la costumbre de proferirla sin entender su significado.

— Santa María M. de Pazzi, ofrecía al Señor 50 veces al día la preciosísima Sangre de Jesucristo por la conversión de los pecadores y en sufragio de las almas del purgatorio.

A imitación de estos santos, hagámonos familiar una jaculatoria, la que más nos llena de fervor, y repitámosla a menudo.

Oración pública es la que hacen los sagrados ministros en nombre de la Iglesia, según las fórmulas y ceremonias prescritas por la Iglesia (Canon 1256).

Esta oración tiene un día solemne, que es el **domingo** en el cual se reunen en el templo los sacerdotes y los fieles para elevar al cielo su oración. ¡Qué espectáculo ver a todo el mundo cristiano reunido delante de Dios, presentando al cielo la misma plegaria!

El sacrificio de la Misa y el Oficio Divino (breviario) que el sacerdote dice todos los días son oraciones públicas **cotidianas** de la Iglesia. Estas oraciones se consideran como públicas aunque el sacerdote no se halle asistido por los fieles, porque no las hace como

persona privada, sino en calidad de ministro de Dios y de la Iglesia.

Hemos de hacer oración pública o participar en ella, por las siguientes razones:

1º *Para dar buen ejemplo.* — Nada anima tanto a rezar como ver a otros que lo hacen devotamente. Jesucristo nos exhorta a darnos mutuamente buen ejemplo, con estas palabras: *Brille vuestra luz ante los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos* (Mat. V, 16).

2º *Porque la oración pública es más eficaz.* — Cuando los ciudadanos quieren conseguir algo de su gobierno promueven mitines o públicas manifestaciones de muchas personas, o bien presentan memoriales con sinnúmero de firmas y así más fácilmente se mueven las personas constituidas en autoridad.

Del mismo modo los cristianos, cuando deseamos que Dios nos oiga de un modo especial (p. ej.: en tiempo de guerra, hambre, peste u otras públicas calamidades) nos reunimos, vamos al templo a orar con los sacerdotes o salimos en procesión pidiendo y suplicando a Dios en voz alta.

Se confirma esta doctrina con las palabras del Divino Maestro (S. Mat. XVIII, 19 y 20): "Si dos de vosotros os juntareis en la tierra para pedir alguna cosa, sea lo que fuere, os la concederá mi Padre que está en los cielos; pues donde dos o tres personas estén reunidas en mi nombre, estoy Yo en medio de ellas".

3º *Para defender la Religión.* — Así como envalentona a los enemigos de la Religión el ver decaído y sin concurrentes el culto público; así también quedan desconcertados ante las grandiosas manifestaciones de fe que hacen los buenos católicos. Por eso se esfuerzan en suprimir el culto, es decir la oración pública, desterrando o dando muerte a los sacerdotes, cerrando los templos, vedando el ejercicio de las sagradas fun-

ciones, amordazando a la prensa católica, prohibiendo las reuniones de carácter religioso.

EJEMPLO. — **Eficacia de la oración pública.** — El año 590, después de una grande inundación, estalló en Roma la peste, una de cuyas víctimas fué el Papa Pelagio II. San Gregorio el Grande, que le sucedió, dispuso que por tres días consecutivos se hiciese una procesión de rogativas a fin de obtener la protección de Dios. Cuando al tercer día la procesión llegó al mausoleo de Adriano, todos pudieron ver sobre aquella mole un ángel en actitud de envainar la espada. Indescriptible fué la alegría de todos ante aquel prodigio, pues era señal evidente de haber cesado el flagelo. En efecto desde aquel día no hubo de lamentarse ningún caso de peste. Para eterno recuerdo del hecho se dió a aquel mausoleo el nombre de " Castillo del Santo Angel " (Castel Sant'Angelo); y en la cima fué colocada una estatua dorada de un ángel en actitud de envainar la espada. Esta procesión se extendió más tarde a todo el mundo, fijándose su celebración para el 25 de Abril: se llama también con el nombre de " Letanías de San Marcos " por ser ese mismo día la fiesta de este Santo.

CAPITULO II.

EFICACIA DE LA ORACION Y SUS EFECTOS.

Fundamento de nuestra esperanza.

La esperanza de conseguir lo que pedimos en la oración se funda en la promesa de Dios omnipotente, misericordioso y fidelísimo y en los merecimientos de Jesucristo.

1° **Se funda en la promesa de Dios.** — Dios ha prometido formalmente oír nuestras oraciones. Las páginas de la Sda. Escritura, especialmente del Evangelio están llenas de esta promesa. He aquí algunas de ellas:

Así os digo yo — añadió Jesús — **Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo aquél que pide, recibe; quien busca, halla; y al que llame se le abrirá. Que si entre vosotros un hijo pide pan a su padre ¿acaso le dará una piedra? O si pide un pez ¿le dará en lugar de un pez una serpiente? O si pide un huevo ¿por ventura le dará un escorpión? Pues si vosotros, malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el espíritu bueno a los que se lo piden?** (S. Luc. XI, 9 al 14).

En verdad en verdad os digo que cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis

para que sea completo vuestro gozo... (Juan XVI, 23-24).

2º **Jesucristo es fidelísimo.** —¿Podemos dudar del cumplimiento de tan explícitas promesas? De ninguna manera y con nuestra duda haríamos a Dios una ofensa muy grande. Esas promesas se cumplirán porque la fidelidad es un atributo de Dios, el cual es infinito en todos ellos; bastaría, pues, la menor infidelidad para que Dios dejase de serlo.

Dice Jesucristo: *Con toda verdad os digo que antes faltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una sola jota o ápice de ella* (Mat. V, 18).

3º **Omnipotente.** — Dios debe ser tanto más inclinado a oir nuestras súplicas cuanto que poseyendo todos los bienes, con darnos lo que pedimos no pierde nada.

Si los hombres nos niegan lo que le pedimos es por uno de estos tres motivos. O porque no pueden, o porque les cuesta mucha incomodidad; o porque al fin lo que dan a otros necesariamente lo pierden ellos y se empobrecen.

No así Dios que es infinitamente rico y poderoso. Nada le cuesta satisfacer nuestros pedidos, aun cuando le pidiésemos el mundo entero. Mostrándose pródigo con nosotros no se empobrece nunca; así como esos pozos de agua que cuanto más se les saca, más tienen.

4º **Misericordioso.** — Dios es infinitamente bueno y misericordioso. Si no lo fuese, dejaría por eso mismo de ser Dios.

Es conforme a la bondad dejarse conmover por las súplicas de un inferior que humilde y reverente expone sus necesidades y deseos; y tanto más conmueve una súplica cuanto de más bajo viene. Si un gusano pudiese rogarnos en el acto en que íbamos a aplastarlo, quedaríamos conmovidos y le perdonaríamos la vida.

La oración tiene una fuerza, una elocuencia irresistible. Cuando vemos un hombre en actitud humilde y suplicante, oímos su voz y la relación de sus males, brota en nosotros un sentimiento de compasión hacia él y nos sentimos inclinados a consolarlo.

EJEMPLO. — Homero, insigne poeta, en su **Ilíada** narra que Aquiles, capitán griego se lanzó un día furiosamente contra Héctor, rey de los troyanos a quien en muchos años de combate no había logrado rendir. Ciego de ira, hizo arrastrar su cadáver alrededor de los muros de la ciudad para dejarlo, mutilado como estaba, expuesto a las aves de rapiña. Al anochecer un anciano se adelantó silencioso hacia la tienda de Aquiles, postróse a sus pies y, tomándole de la mano exclamó sollozando: ¡Calcula la inmensidad de mi dolor, pues beso la mano de aquél que acaba de matar a mi propio hijo!

Era Priamo, padre de Héctor, que pedía el cadáver mutilado de su hijo para darle honrosa sepultura.

¿Qué sucedió? Aquiles tenía un corazón de hierro; sin embargo se ablandó y satisfizo los deseos del infortunado padre. Aquellos blancos cabellos, aquella frente arrugada, aquel dolor supremo subyugaron a Aquiles.

Y Dios, fuente, modelo de bondad y generosidad ¿permanecerá insensible a la oración de sus hijos?

Dice el Salmista: **Cerca está el Señor de todos los que le invocan.** Estar cerca significa estar muy dispuesto a oir la oración de sus hijos (Salmo 144).

Terminaremos esta respuesta compendiándola en breves palabras: Dios **puede** ayudarnos porque es infinitamente rico y poderoso; **quiere** ayudarnos porque es infinitamente bueno y misericordioso; además ha prometido formalmente oír nuestra oración y sabemos que Dios es infinitamente veraz y fiel. Luego debemos

alejar aun la menor duda de la eficacia de nuestra oración. ¿Puede ella tener mejor base que el triple cimiento del **poder**, la **bondad** y la **fidelidad** de Dios?

PEDIR EN NOMBRE DE JESUCRISTO.

Otro fundamento de nuestra esperanza son los merecimientos de Jesucristo.

Hemos de pedir a Dios las gracias en nombre de Jesucristo porque El ha sido nuestro redentor y es en el cielo nuestro medianero ante el Eterno Padre. Esta doctrina la expresa así el apóstol San Pablo:

Uno es Dios y uno también el mediador entre Dios y entre los hombres, Jesucristo hombre (1ª Tim II, 5).

Faraón, rey de Egipto, queriendo recompensar a José que con su ciencia había salvado al país, lo constituyó su virrey y cuantos venían en demanda de trigo les decía: **Id a José.**

Así también el Eterno Padre, para demostrar su amor a Jesucristo, redentor del género humano, lo ha constituido mediador entre El y los hombres, y cuando éstos se dirigen a Dios para suplicarles, les dice: Id a Jesús, pedidme en nombre suyo.

Cuando un mendigo desea alcanzar merced de algún rico señor, para excitar más su piedad, le pide en nombre del padre o de la madre de éste; o bien se provee de cartas de recomendación de algún personaje ligado en estrecha amistad con aquél a quien dirige la súplica. Así también nosotros los hombres, hijos muy indignos de Dios, le suplicamos en nombre de Jesucristo que es su hijo muy amado, según El mismo lo ha declarado en el bautismo de Jesús, con estas palabras: *Este es mi Hijo muy amado en quien tengo puesta toda mi complacencia* (Mat. III, 17).

Nosotros, pobres pecadores, sólo por los méritos infinitos de Jesucristo somos admitidos a la presencia de Dios; sólo por El seremos escuchados y atendidos.

Para cumplir mejor su oficio de medianero, Jesucristo conserva en su cuerpo las cicatrices de sus cinco llagas, que de continuo muestra a su Eterno Padre a fin de que perdone a los hombres por quienes tanto sufrió su unigénito Hijo.

Si la sangre de Abel clamaba venganza al cielo contra el fratricida Caín, la sangre preciosísima de Jesucristo clama de continuo pidiendo piedad y misericordia.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles se lee que San Pedro, después de curar a un cojo de nacimiento y de haber convertido a consecuencia del milagro a cinco mil personas, al ser juzgado por el sanedrín y al exigírsele cuenta de lo ocurrido, respondió con entereza:

No hay salud en ningún otro (fuera de Jesucristo al cual menciona en el verso anterior). *Pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos* (Act. IV, 12).

Jesucristo quiere que pidamos en su nombre.

Quiere Jesucristo que nuestras oraciones lleguen en su nombre al Padre, las cuales adquieren por el mérito y la gracia de tal Intercesor, tanta eficacia que son oídas por el Padre celestial.

Jesucristo nos dió esta orden cuando dijo: **En verdad en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre; pedidle y recibiréis** (Juan XVI, 23 y 24).

En otra ocasión dijo: **Cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré** (Juan XIV, 13).

Nótense bien las palabras "in nomine meo", **en mi nombre**, que tres veces repite Jesús.

Ejemplo de la Iglesia.

La Iglesia, gobernada por el Espíritu Santo, cumple esta orden de Jesucristo dirigiendo al Padre sus oraciones por medio del Hijo.

Todos los **oremus** u oraciones que la Iglesia reza o canta durante las funciones litúrgicas, especialmente durante la Misa, terminan siempre con esta o parecida invocación:

" Per Dóminum nostrum Jesum Christum Filium tuum qui Tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus per omnia saecula saeculorum ".

Por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que siendo Dios, vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

O más brevemente:

" Per Christum Dominum nostrum ".

" Per eumdem (por el mismo) Christum Dóminum nostrum ".

LA SEÑAL DE LA CRUZ.

Además la Iglesia en todas sus bendiciones y actos litúrgicos dispone que el sacerdote haga una o más veces la señal de la cruz, como si quisiera decir: " Oyenos, Señor, por los méritos de Jesucristo tu Hijo queridísimo que padeció y murió en la cruz " .

La Iglesia coloca el signo de nuestra redención en las hermosas y esbeltas torres de sus edificios sagrados, en el frontispicio y en la parte superior de sus altares, en los ricos ornamentos destinados al culto, en los misales y libros litúrgicos, en el escudo de armas de sus pontífices y obispos.

Quiere que ese signo augusto campee también fuera del templo: en los caminos, en las plazas, en la cumbre de los mon-

tes, a orillas del mar, en los escollos, en los mismos polos del orbe terrestre, verdaderos tronos donde se asienta el Rey del universo.

¿Qué quiere enseñarnos con esto la Iglesia? Que la creación entera pertenece a Dios y también que las *laus perennis* que siempre y doquiera eleva hacia Dios la humanidad redimida, llega a El avalorada por los méritos infinitos de la redención de Jesucristo de que es símbolo la cruz, verdadera tabla de salvación en el naufragio universal de los hombres.

Causas de la ineficacia de nuestras oraciones.

327. - *¿Por qué a veces Dios no nos concede lo que le pedimos?*

A veces Dios no nos concede lo que le pedimos, porque lo pedimos mal o porque no nos conviene para la salud del alma.

Como no es posible dudar de la bondad de Dios ni de su fidelidad a las promesas que nos ha hecho, síguese que, si a menudo no alcanzamos lo que pedimos, no es por culpa de Dios, sino por culpa nuestra. San Agustín resume en tres palabras las causas de la ineficacia de nuestras oraciones:

Petimus mala
Petimus male
Petimus mali

1° **Petimus mala.** — Muchas veces deseamos y pedimos a Dios bienes temporales, salud, bienestar, riquezas, honores, dignidades, etc. Mas si Dios prevé que estos bienes lejos de sernos saludables (a nuestra alma) habían de servir para nuestra perdición, no nos concede lo que pedimos, a fin de que — como dice

San Agustín — **sus dones no sean en nuestro daño.**

Si un niño pide a su padre boticario que le dé unas pastillas que parecen golosinas, pero que son venenos activos, ¿no hará muy bien el padre en negárselas aunque el niño proteste y rabie?

¿No hace bien el médico que niega al enfermo las medicinas agradables que éste desea, dándole en cambio otras muy amargas pero saludables?

El ladrón que pide a Dios o a la Virgen que le ayuden a dar un asalto, ¿merece ser oído?

Así somos los hombres; niños en lo que atañe a nuestra eterna salvación. Corremos incautos tras el placer sin sospechar que allí podemos encontrar nuestra perdición, como la paloma de la fábula:

Un pozo pintado vió
Una paloma sedienta;
Tiróse a él tan violenta
Que contra la tabla dió:
Del golpe al suelo cayó;
Y allí muere de contado.
De su apetito guiado,
Por no consultar al juicio,
Así vuela al precipicio
El hombre desenfrenado.

La salud, las riquezas, la ciencia, los honores, la prosperidad material, aunque de suyo no sean males, se vuelven tales por el abuso que de esas cosas hace el hombre apegándose tanto a ellas que se olvida de Dios y de su alma. Por consiguiente, Dios, que desea más que nosotros nuestra propia salvación, hará muy bien en negarnos esos dones que en su infinita sabiduría prevé que serán para nuestra eterna ruina.

Además a veces pedimos verdaderos milagros y el milagro es una excepción a las leyes de la naturaleza y debe verificarse rara vez. Si Dios concediese en esos

casos lo que le pedimos, la excepción se convertiría en regla y entonces no habría más orden en el mundo.

Si Dios debiese escuchar siempre a todos los enfermos que le piden la salud, ¿quién moriría?; ¿qué sería entonces del mundo?

Dios ha dispuesto que suframos en esta vida y gocemos en la otra; si siempre escuchase nuestras súplicas, se invertiría forzosamente ese orden.

Si Dios debiese escuchar los pedidos descabellados de los hombres, sucedería un desconcierto general en todas las leyes del mundo físico y moral.

Objeción: No se diga que Jesucristo ha prometido darnos todo lo que le pidamos en su nombre; porque, como dice el mismo S. Agustín, "si lo que deseamos es contrario a nuestro bien espiritual, no lo deseamos en nombre de Jesús". Lo que no contribuye a nuestra salvación, y más aún, lo que se opone a ella, no puede ser deseado ni pedido en nombre de Jesús. Por eso dice San Juan en su 1ª epístola, (V, 14): *Esta es la confianza que tenemos* (o debemos tener) *en Cristo, que El nos escuche en todo lo que deseamos en conformidad con su voluntad.*

EJEMPLOS. — Hacía ya muchos años que Santa Mónica, madre de San Agustín, rezaba por la conversión de su hijo; parecía que sus oraciones no eran escuchadas. Una vez Agustín, que era maestro de elocuencia en Cartago, le dijo que pensaba ir a Roma donde ganaría más con su profesión. Mónica que temía en aquella gran ciudad (entonces muy corrompida) nuevos y mayores peligros para su hijo, echó a llorar amargamente e hizo cuanto pudo para disuadirlo. Pasó toda la noche de hinojos suplicando a Dios y haciéndole instancias para que impidiese el viaje. Todo en vano; a la mañana supo que Agustín había partido. ¿Por qué, pues, el Señor no dió oídos a la oración de aquella santa madre? Porque la estadía de Agustín en Italia debía serle de grande utilidad: en efecto fué precisamente en Milán donde tuvo oportunidad de escuchar la predicación de S. Ambrosio y de volver a la buena senda después de tantos años de funesto extravío. El mismo santo doctor decía más tarde a este propósito: "Tú oh Señor, has dejado caer en vano

en aquella ocasión el deseo de mi madre, para que precisamente por eso alcanzase lo que desde mucho tiempo te pedía. "Dios — dice el mismo doctor — niega benigno algunas cosas que concede irritado".

2° **Petimus male**, pedimos mal. Ya lo dijo el apóstol Santiago en su epístola: **Pedís y no recibís porque pedís mal** (IV, 3).

Muchas veces tratamos a Dios en la oración peor que a un hombre cualquiera. Cuando conversamos con una persona, especialmente para pedirle algo, estamos delante de ella con mucho respeto, atentos a lo que decimos y a lo que oímos, sin volver la vista acá y acullá, bien compuestos en el asiento, con las manos quietas; cumplimos todas las leyes de urbanidad a que tiene derecho aquél a quien hablamos.

Ahora bien, cuando nos encontramos en presencia de Dios entregados a la oración, ¿observamos con El por lo menos las reglas de buena crianza que practicamos delante de los hombres?

¡Cuántas veces nuestro ángel custodio nos ha visto allí dormidos, perezosos, distraídos, bostezando, mirando a todas partes y, lo que es peor aún, riendo, chanceando, estorbando a los demás; y todo esto a pesar de darnos cuenta y de comprender lo irracional de esa conducta!

¿Podemos pretender que Dios escuche semejante oración? ¿Qué haría un señor si el mendigo que le pide limosna se comportase en su presencia de un modo irrespetuoso e insolente? ¿Qué es justo que haga Dios con el hombre que durante la oración le falta gravemente al respeto con sus distracciones voluntarias y su comportamiento inmodesto e irreverente?

Lo menos que puede esperar es que no lo castigue por semejante conducta.

Procuremos, pues, rezar con devoción nuestras oraciones cumpliendo las condiciones que expondremos en el Capítulo 4º.

EJEMPLO. — **Los molinos orantes de la India.** — Narran los viajeros de la India que están allí muy en boga unos molinillos cuyas aletas provistas de cilindros llevan escritas fórmulas de oraciones y especialmente fórmulas mágicas. Los indios hacen girar con suma rapidez los molinillos o bien los ponen a flor de agua o los suspenden en el aire para que giren a impulso del viento o del agua. — Creen aquellos fanáticos que los cilindros volteando rezan por los hombres, pidiendo las gracias que llevan escritas. — A la verdad ésta es una necia y ridícula superstición; pero semejantes molinos abundan aun entre los cristianos. Por ejemplo aquél que hace deslizar sobre sus dedos la corona del rosario sin pensar nada en lo que dice, ¿no se asemeja a aquellos habitantes de la India?

3º **Petimus mali,** oramos mal dispuestos, sin estar en condiciones de poseer la gracia que pedimos. Aun cuando ella sea buena en sí y ventajosa para nuestra alma y aun cuando la pidamos debidamente, puede que aun carezcamos de las fuerzas espirituales necesarias para disfrutar de ella.

Si por ejemplo, el hijo pequeño de un militar pretendiese vestir las pesadas armaduras de su padre ¿sería razonable que éste secundara los deseos de su hijo? No hay duda que es bueno lo que pide, pero todavía no está como para soportar tan pesada carga.

Así también rogamos nosotros mal dispuestos, con un corazón que no tiene pesar del mal pasado, ni buena voluntad de corregirse, ni valor para fijar su ligereza.

El hábito de la disipación, la cobardía y la molicie que no quiere molestarse, los lazos del corazón que distraen, son como una nube puesta entre Dios y nosotros, que impide que nuestra oración llegue hasta El.

Nunca es vana la oración bien hecha.

Si nuestra oración es hecha con las debidas disposiciones, jamás será vana y sin fruto, porque Dios, según su infinita misericordia, nos concederá con frecuencia otras gracias equivalentes o mejores que las que le habíamos pedido.

El hijo pródigo pidió a su padre, figura del Padre celestial, solamente que le admitiese de nuevo en su casa como a uno de sus siervos; mas el padre le repuso en los derechos de su hijo (Luc., XV, Hist. Sgda. 7ª Epoca, cap. 6º).

Narra San Mateo (Cap. XX, 20 etc.), que la madre de los hijos de Zebedeo se acercó a Jesús con sus dos hijos Juan y Santiago; y después de postrarse ante El manifestó querer pedirle una gracia.

— ¿Qué quieres? le dijo Jesús.

— Dispón — respondió la madre — que estos dos hijos míos tengan su asiento en tu reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.

— No sabéis lo que pedís — repuso Jesús. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber? (el cáliz de la pasión).

— Podemos, respondieron los dos apóstoles.

— Mi cáliz sí que lo beberéis; pero el asiento a mi diestra o siniestra no me toca concederlo a vosotros, sino que será para aquéllos a quienes ha destinado mi Padre.

La madre y los apóstoles pidieron grandezas y dominación terrena; mas en lugar de eso, Jesús les otorgó la gracia incomparablemente más sublime de

entrar en el Reino de los Cielos y ocupar un glorioso trono en que sentarse con El y juzgar al mundo.

A veces un enfermo pide la salud; Dios en cambio le concede la resignación en su enfermedad, con la cual *expía* sus pecados, *evita* el Purgatorio (o abrevia su estadía en él) y *aumenta* la belleza de su corona en el cielo.

Otros piden riquezas. Dios les manda en cambio pobreza y privaciones por las cuales se mantienen en su santo servicio, mientras que con las riquezas se perderían eternamente, como se deduce de las palabras de Jesucristo: *En verdad os digo que el hombre rico con dificultad entrará en el reino de los cielos* (Mat. XIX, 23).

Cuando en la dichosa eternidad se descubran a nuestros ojos los planes admirables de la Providencia, veremos como Dios ha sabido disponer los acontecimientos en bien de nuestra alma concediéndonos gracias en las cuales nunca habíamos pensado; y entenderemos que las hemos recibido en cambio de otras que nos habrían sido perjudiciales.

Efectos saludables de la oración.

Podemos reducir a seis los efectos principales de la oración:

1° Nos une con Dios.
2° Inspira sentimientos celestiales.
3° Fortalece el alma contra el mal.
4° Da fortaleza y gusto para obrar el bien.
5° Consuela en las tribulaciones.
6° Alcanza auxilio en la necesidad y la gracia de la perseverancia final.

1° **Nos une con Dios.** — La oración — dice S. Juan Clímaco — es un coloquio o conversación

íntima y unión con Dios. El que ora se eleva de la tierra al cielo, penetra en el santuario de la divina Majestad, se une con los espíritus celestiales, conversa con el Altísimo como un hijo amante con su padre.

Todas las potencias del alma que ora, la memoria, el entendimiento, la voluntad se unen con Dios en este coloquio, alabándole, glorificándole, adorándole, deseando y anhelando poseerle.

Con la oración ejercitamos las tres virtudes teologales de la Fe, Esperanza y Caridad. Ejercitamos la fe porque orando damos a entender prácticamente que creemos en Dios y en sus perfecciones infinitas; ejercitamos la esperanza porque orando y pidiendo gracias a Dios manifestamos que confiamos conseguir lo que pedimos; sobre todo ejercitamos la caridad, reina de todas las virtudes, porque el que habla con Dios no puede menos de amarlo y excitarse a amarlo más y más; no es posible acercarse a esa hoguera de amor, que es el corazón de Dios, sin sentirse inflamado en el mismo fuego.

Los discípulos de Emaús, después de haber conversado con Jesús, no pudieron menos de exclamar: **¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?** (Véase todo el episodio en la Hist. Sda. Epoca 7ª, Cap. 9) (Lucas XXIV, 32).

EJEMPLOS. — Los santos estaban siempre unidos a Dios porque eran almas de oración. San Juan Bosco fué definido por el Cardenal Alimonda: **La unión con Dios,** y no obstante fué uno de los santos de vida más activa que se conocen.

La unión con Dios que se adquiere con la oración bien hecha es a veces tan íntima que influye en el mismo cuerpo, como si él también quisiese unirse y abismarse en Dios; y en

este caso por divina permisión suele levantarse de la tierra y permanecer suspenso en el aire largo rato. Esto se lee haber acontecido a muchos santos, entre ellos a San Pablo de la Cruz, S. Felipe Neri, S. Esteban de Hungría, S. José de Cupertino, S. Pedro de Alcántara, S. Francisco Javier, el Beato A. Claret, S. Juan Bosco, y — sin ir tan lejos — a varios niños del Oratorio Salesiano, como puede verse en las Memorias Biográficas de Don Bosco, el cual en la noche del 22 de Diciembre de 1878 paseando con Don Barberis, D. Lemoine y otros sacerdotes comenzó a platicar de la virtud de algunos niños y les aseguró haber visto hacía pocos días a dos que mientras se confesaban se levantaron algunos palmos del suelo permaneciendo suspensos hasta el fin de la confesión. Los compañeros que los rodeaban — prosiguió Don Bosco — me parece que no advirtieron el fenómeno. Son dos niños externos, vivarachos; los compañeros los tienen por muy buenos, pero nadie sospecha hasta qué punto lo sean.

* * *

En la vida de Domingo Savio se lee el siguiente episodio, fruto también de perfecta oración y unión con Dios: dice así su biógrafo Don Bosco: "Acaeció que cierto día no fué a desayunar, ni a la escuela y ni siquiera a almorzar, y nadie sabía donde estuviese; en el estudio no estaba, en la cama tampoco. Informóse de lo que pasaba al Director de la casa, a quien se le ocurrió que estaría en la Iglesia, como otras veces había acaecido. Entra, pues, en la Iglesia, va al coro y hállale allí inmóvil como una estatua. Tenía un pie sobre el otro, una mano apoyada sobre el atril del antifonario, la otra en el pecho, con el rostro vuelto y fijo en el tabernáculo y los ojos inmóviles. Llámale, y no responde; sacúdele y entonces, volviéndose para mirarle, dícele:

— ¡Oh! ¿ya se acabó la misa?

— Mira, díjole el Director mostrándole el reloj; son ya las catorce. Entonces pidió perdón de aquella transgresión a las reglas de la casa y el Director lo mandó a almorzar diciéndole: "Si alguno te pregunta de dónde vienes, dile que de cumplir una orden mía". Esto le dijo para evitar las importunas preguntas que sin duda le harían sus compañeros" (Vida de D. Savio, Cap. 20).

Hemos querido citar estos episodios para demostrar que también los niños pueden alcanzar este primer fruto de la oración, la unión con Dios, en tan alto grado de merecer hasta señales extraordinarias de divina complacencia. Cada uno puede decir: "Si pudieron aquéllos ¿por qué no podré yo que me hallo en las mismas condiciones?".

2° **Inspira sentimientos celestiales.** — Este efecto es consecuencia del primero; quien está unido con Dios, necesariamente debe estar animado de sentimientos celestiales.

"Dime con quien andas y te diré quien eres" dice el refrán; así como el trato familiar y continuo con los sabios también lo hace a uno sabio o por lo menos amante de la sabiduría; así también el trato continuo y familiar con Dios acaba con divinizar en cierto modo al hombre.

Dice la Sagrada Escritura que en la frente de Moisés, aparecieron después de haber hablado con Dios, dos rayos tan resplandecientes que no se le podía mirar en la cara; por lo que desde entonces cuando hablaba al pueblo para explicar la voluntad del Señor, se cubría el rostro. Así también brillará el alma que durante la oración recibe en sí como una imagen del Altísimo, un reflejo de sus perfecciones.

En la oración, especialmente mental, el hombre aprende a despreciar las cosas del mundo y en consecuencia a estimar las del cielo volviéndose hombre enteramente espiritual según la recomendación del Apóstol: *Pensad en las cosas que son de arriba, no en las de la tierra* (Colosenses, III, 1-2).

¿Por qué tantos hombres sólo piensan en placeres, diversiones, negocios, juegos, honores, a tal punto que S. Pablo hubo de decir de ellos: "*El hombre animal no percibe las cosas de Dios*"? (1ª Cor. II, 14). Porque esos hombres no rezan o rezan muy poco y en consecuencia no pueden tener sentimientos celestiales.

Los antiguos filósofos y poetas han comprendido algo de esta verdad. Uno de ellos, Ovidio, en el libro 1° de su obra maestra "Las metamórfosis" tiene estos bellísimos versos:

Habiendo Dios creado los animales de tal modo que por

su posición miran siempre hacia la tierra, le dió en cambio al hombre la posición vertical y le mandó que dirigiese el rostro hacia el cielo.

3° **Fortalece el alma contra el mal.** — La oración es el arma principal contra las tentaciones y contra los enemigos de la salvación.

Narra la Sda. Escritura que durante la peregrinación de los hebreos en el desierto, se vieron acometidos por los amalecitas. Entonces Moisés mandó a Josué que atacase al enemigo con su gente, al paso que él con Aaron y Ur, subían al monte a invocar el auxilio del Señor. Mientras oraba Moisés con los brazos levantados, Josué vencía; cuando los bajaba por el cansancio, vencían los amalecitas. En vista de esto Aarón y Ur hicieron sentar a Moisés sobre una piedra y colocados ellos a uno y otro lado, sostuvieron sus brazos hasta el anochecer. De esta suerte los amalecitas fueron completamente derrotados y dispersos.

Lo mismo acontece en los combates del alma: también a nosotros nos será fácil vencer a Satanás si oramos; mas la victoria será de nuestro mortal enemigo si dejamos de orar.

EJEMPLO. — Es muy notable a este propósito la visión que tuvo San Efrén. Parecióle que se llegaba a la puerta de una ciudad muy corrompida y que un demonio yacía junto a ella perezoso y soñoliento; sólo de vez en cuando abría los ojos para mirar indiferentemente hacia adentro. Después se vió transportado al desierto donde vió a un monje rodeado por un ejército de demonios que se meneaban y agitaban junto a él.

— ¿No os da vergüenza espíritus malignos, gritó San Efrén, de ser tantos para tentar a uno solo, mientras en aquella ciudad hay un solo demonio y está cabeceando de sueño?

— Ya — le respondieron — no nos dan fatiga los de la ciudad y aun está demás el demonio que la vigila; en cambio aquí somos todavía en pequeño número porque este santo varón con sus oraciones nos muele de lo lindo.

¿Por qué tantos niños que en el colegio llevan vida cristiana con el hábito de la gracia de Dios, se vuelven tan malos en época de vacaciones? La causa principal es esta: en el colegio hacen oración; en su casa la dejan completamente.

4º **Da fortaleza y gusto para hacer el bien.** — Para salvarse no basta no hacer el mal, hay que practicar el bien, hay que hacer obras buenas. Jesucristo maldijo la higuera que no producía frutos, aunque no hacía ningún daño (Mat. XXI, 18-19). Las almas que rezan se sienten con fuerzas para realizar grandes cosas; las que no rezan no sienten deseos de realizarlas o si las emprenden, fracasan a las primeras dificultades. Y se comprende que así suceda porque el hombre de suyo es débil e inconstante. Pero auxiliado con la gracia de Dios se siente poderoso y dice con el Apóstol: **Todo lo puedo en Aquél que me conforta** (Filip. IV, 13).

EJEMPLOS. — Con la oración se preparó **Judit** a librar a su patria con un golpe el más atrevido (Hist. Sgda. 5ª Epoca, cap. 9); en la oración cobró ánimo **Ester** para presentarse al Rey Asuero exponiendo su vida para salvar al pueblo hebreo (Id., 4ª Epoca. cap. 2). La oración de **Josué** detuvo el sol en medio de su carrera (Id., 4ª Epoca, cap. 3º). Con la oración **David** venció a Goliat (Id. id., cap. 7º). De la oración sacaron los **mártires** el valor heroico para sobrellevar tantos tormentos y la misma muerte.

De la oración sacaron los santos de la nueva ley luces y auxilios para llevar a cabo grandes obras, como la reconciliación de príncipes enemistados (San Luis Gonzaga), la liberación de la patria (Sta. Juana de Arco), la cesación de la peste (S. Carlos Borromeo), la fundación de grandes hospitales (S. José Cottolengo), la derrota de numerosos y fuertes enemigos (Juan Sobieski), la fundación de grandes órdenes religiosas (S. Francisco de Asís, S. Ignacio, S. Juan Bosco), la conversión de innumerables infieles (S. Francisco Javier), la reforma de institutos religiosos (Sta. Teresa de Jesús), la compilación de libros maravillosos de ciencias divinas y humanas (Sto. Tomás de Aquino, S. Alberto Magno). Todos estos santos e infinitos más confesaron que si pudieron hacer algo por la glo-

ria de Dios y por el bien de las almas, fué porque habían buscado inspiración y fuerzas en la oración asidua y fervorosa.

Uno de ellos, San Buenaventura, doctor de la Iglesia, al preguntársele dónde había adquirido tanta ciencia: — He aquí mi libro — dijo, y señaló el crucifijo.

5º **Consuela en las tribulaciones.** — Así como es de grande alivio a uno que sufre el desahogarse con otro manifestándole sus penas, así también para el alma afligida es de alivio y consuelo desahogarse con Dios en la oración. Con esta diferencia empero: que los hombres muy a menudo no pueden o no saben consolar, porque al fin son egoístas y no aciertan a interesarse por los demás; en cambio Dios, infinitamente poderoso y misericordioso, único que se basta a sí mismo y no necesita de los demás, es el verdadero consolador de las almas.

Por eso dijo Jesucristo: **Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas que yo os aliviaré** (Mat. XI, 28).

No se contentó con solas palabras, sino que nos dió el ejemplo: en el huerto de Getsemaní, donde padeció aquella agonía terrible que le hizo sudar sangre, buscó consuelo y alivio en la oración: **Y entrado en agonía, oraba con mayor intensidad** (Luc. XXII, 43).

Se lee en la vida de la Beata Gema Galgani que habiéndole caído un banco de madera sobre el pie enfermo de terrible necrosis ósea, fué necesaria una dolorosa operación quirúrgica. Venido el médico le propuso cloroformarla; pero ella se rehusó resueltamente y con los ojos clavados en el crucifijo que tenía delante, soportó la rascadura del hueso con tanta calma y tranquilidad que arrancó lágrimas de admiración al cirujano.

Dice el apóstol Santiago: **¿Hay alguno triste entre vosotros? Haga oración** (V. 13).

Y el Salmista: **Cerca está el Señor de los que se hallan atribulados y ayuda a los humildes de espíritu** (Salmo XXXIII, 19). Muchas veces nos hace ver el Real Profeta en sus salmos que habiendo invocado a Dios en la tribulación, el Señor se compadeció de él convirtiendo sus lamentos en alegría.

6º **Da auxilio en la necesidad y la gracia de la perseverancia final.** — En todas las necesidades, así públicas como privadas, corporales y espirituales debe el cristiano invocar a Dios y El vendrá en su auxilio. " Invócame, y yo te oiré benigno " dice el profeta Jeremías (XXXIII, 3). La Sagrada Escritura tanto del antiguo como del nuevo testamento y la Historia Eclesiástica están llenas de ejemplos que demuestran esta verdad.

El pueblo de Israel gemía bajo el duro cautiverio de los egipcios; el grito de los afligidos subió al cielo y Dios con mano fuerte los sacó de la esclavitud. (Historia Sda. 3ª Ep. Cap. 9º).

En el desierto Dios se irritó contra ese mismo pueblo ingrato y duro de cerviz y dijo a Moisés: **Déjame descargar mi ira contra él y aniquilarle.** Pero la oración de Moisés desarmó el brazo de Dios (Id. 4º Ep. Cap. 2º).

En tiempos del profeta Elías hubo en Palestina una sequía de tres años; entonces subió el Profeta a la cima del Carmelo y postrado en tierra rogó a Dios, y poco después se cubrió el cielo y sobrevino abundante lluvia. (Id. 5º Ep. Cap. 3º).

En cuanto a la perseverancia final en el bien, es una gracia íntimamente vinculada a la oración según la doctrina de la Santa Iglesia y el testimonio de la experiencia.

EJEMPLOS. — El ciego de Jericó clama a Jesús con fe y confianza diciendo:

— Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí.

Detiénese Jesús, manda conducir a sí al ciego y le pregunta:

— ¿Qué quieres que haga en tu favor?

— Señor, que vea — replica el ciego.

— Ve, tu fe te ha salvado — concluye Jesús haciendo el milagro (Luc. XVIII, 35 al 43).

Esta es, con leves variantes, la historia de todos los enfermos curados por Jesucristo durante su vida mortal.

— La Historia Eclesiástica narra que durante el destierro del Papa S. Clemente y otros cristianos en las minas del Quersoneso (hoy Crimea), como no había agua en aquellos lugares, debían transportarla con grande trabajo desde más allá de una milla de distancia. En vista de esto Clemente rogó a Dios por ellos y al instante, como en los tiempos de Moisés, brotó allí mismo una fuente perenne de agua cristalina que proveyó con abundancia a las necesidades de los cristianos y de los paganos. (Hist. Ecl. de Don Bosco, Ep. 1ª, Cap. 7º).

CAPITULO III.

LO QUE DEBE PEDIRSE

Qué debe pedirse principalmente en la oración.

Dios no es indiferente. — Alguien podrá creer que a Dios nada se le da que el hombre pida una cosa u otra; que pida cosas buenas o malas. No es así; tampoco son así los hombres los cuales de ordinario reciben placer en que sus hijos pidan cosas buenas y útiles; y este gusto de los padres varía según su carácter, inclinaciones u oficio; así por ejemplo el militar goza al ver que su hijo le pide objetos que se relacionan con el arte de la guerra: rifles, espadas, cañoncitos, caballitos, etc.; el agricultor recibe con placer pedidos de semillas, de plantas, de utensilios de labranza; los padres cristianos ven con sumo agrado que sus hijos soliciten objetos religiosos: estampas, medallas, crucifijos, etc.

Así también a Dios no puede serle indiferente cualquier pedido; sino que unos le agradarán más, otros menos y algunos también le disgustarán.

Qué cosas desea Dios que le pidamos.

Habiendo Dios creado al hombre para que un día sea su compañero en la gloria, claro está que el mejor pedido que pueda hacerle el hombre será de cosas

que se relacionan con la gloria, o sea gracias que aprovechen al alma y la ayuden a conseguir el paraíso.

En la oración, pues, deben pedirse principalmente y ante todo bienes espirituales: la gloria de Dios, la eterna salvación, los medios de conseguirla, las virtudes cristianas, la perfección, etc.

"Los fieles — dice el Catecismo Romano (P. IV. Cap. 4º) deben pedir a Dios cosas justas y honestas; no sea que si pidiesen algo contra lo que es conveniente, sean rehazados con aquella respuesta: "Nescitis quid petatis" (Mat. XX. 22). *No sabéis lo que os pedís.* Porque es lícito pedir todo lo que puede desearse rectamente, como lo asegura esta promesa del Señor: *Pediréis lo que quisiereis, y se os concederá.*

¿Hacen así los hombres? — Muchos hombres por desgracia hacen todo lo contrario; se interesan y afanan tan sólo por los bienes deleznables de esta tierra y olvidan por completo los del cielo; sólo piensan en el cuerpo, nada en el alma. Cuando sienten necesidad de bienes temporales; cuando temen perder su fortuna, su cosecha, su dinero, entonces acuden a Dios, para pedirle únicamente esos bienes temporales, sin pensar que hay otros de orden infinitamente superior.

EJEMPLO. — **Acertada elección.** — Un día Carlos V llamó a su hijo y presentándole una hermosa espada y un libro sagrado, le dijo:

— Escoge entre estos dos objetos.

El hijo prefirió el breviario; y dando cuenta de aquella elección, dijo sencillamente:

— Con la espada, padre mío, podré conquistarme un reino en la tierra, mas con la oración podré alcanzar el reino de los cielos, que es más duradero e incomparablemente más feliz.

Por qué deben pedirse principalmente bienes espirituales.

1º Porque Jesucristo así lo prescribe.

Buscad — son sus palabras — **buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por**

añadidura (Mat. VI, 33). Buscar el reino de Dios y su justicia es interesarse por las cosas del espíritu. Cuando Dios ve que uno obra de esta manera, no le deja faltar las cosas temporales. Testigos tantos religiosos que han hecho voto de pobreza, que sólo piensan servir a Dios y a quienes no obstante jamás falta lo necesario para la vida, como tampoco los medios de hacer grandes construcciones y obras destinadas al culto de Dios y al bien de las almas.

2º Porque los bienes espirituales son infinitamente superiores a los temporales; luego la recta razón exige que se les dé la preferencia cuando unos y otros deban ser pedidos.

3º Porque el hombre no ha sido creado para esta tierra sino para el cielo donde se halla su patria definitiva, como dice el Apóstol (Hebr. XIII, 14). Por consiguiente es un absurdo y un contrasentido preferir en nuestras oraciones los bienes del destierro a los de la patria.

EJEMPLOS. — 1º Salomón recién subido al trono tuvo una aparición de Dios el cual le dijo: "Pídeme lo que quieras y te lo otorgaré" — "Señor, contestó Salomón, Vos veis que estoy en medio de vuestro pueblo como un niño; **dadme, pues, la verdadera sabiduría** para que pueda juzgar con rectitud y discernir entre lo bueno y lo malo". Plugo a Dios la petición y contestó: — "Pues que no has pedido honores y riquezas, juntamente con la sabiduría recibirás tales honores y riquezas, que nadie jamás ha sido ni será semejante a ti".

2º Cuando le fué presentado a Jesús aquel paralítico para que lo sanara, nuestro Señor antes de curarlo le dijo: — "Te son perdonados tus pecados". Con lo cual quiso enseñarnos que están los intereses del alma antes que los del cuerpo (S. Marcos, Cap. 2º).

3º Mientras oraba Santo Tomás de Aquino oyó una voz que le dijo: — "Muy bien has escrito de mí, oh Tomás, ¿qué

recompensa quieres? " A lo que respondió el Santo: — **Ninguna Señor, fuera de Ti.**

San Juan de la Cruz a una pregunta semejante respondió: — **Señor, padecer y ser despreciado por Ti.**

4º Cuando le preguntaban a San Juan Bosco qué debían hacer para alcanzar alguna gracia de orden temporal, les aconsejaba que hiciesen la novena de María Auxiliadora, con oraciones, confesión, comunión y limosnas. Con lo cual les enseñaba que debían pensar primero en las cosas de su alma, las cuales aseguradas, no tardarían en conseguir la gracia deseada siempre que fuese del agrado de Dios.

Cómo se han de pedir los bienes temporales.

1º **Podemos pedir bienes temporales.** — Porque esos bienes nos son necesarios en este mundo; los necesitamos para poder servir a Dios con ellos. Luego, podemos pedirlos. Un padre de familia p. ej.: no puede dejar de pedir el pan y las demás cosas necesarias al sustento de su mujer y de sus hijos y para asegurar a éstos un porvenir más o menos holgado. Si el cuerpo está enfermo o imposibilitado ¿cómo podrá servir a Dios y llevar a cabo obras de su mayor gloria?

Llena está la Sagrada Escritura de ejemplos que prueban ser lícito pedir estos bienes. Jacob (Gén. XXVIII - 20, 21, 22), durante uno de sus viajes oró así: " Si el Señor estuviese conmigo y me protegiere en el viaje y me diere *pan* que comer y *vestido* con que cubrirme... de todo lo que me dieres te ofreceré Señor, la décima parte ". Leemos en el libro de los Proverbios (XXX, 8 y 9): " No me des, Señor, mendiguez ni riquezas; *dame sólo lo necesario para mi sustento;* no sea que hallándome harto me atreva a negarte y diga: *¿Quién es el Señor?* o acosado de necesidad hurte y perjure el nombre de mi Dios ".

2º **¿Con qué orden y condición hemos de pedir esos bienes?** — Debemos pedirlos en **segundo tér-**

mino o sea después de haber pedido las cosas espirituales; no en forma absoluta, sino **condicionalmente**, esto es, si son para mayor gloria de Dios y bien de nuestra alma.

Al pedir bienes temporales hemos de expresarnos más o menos en estos términos: Concededme, Señor, estas gracias, si son conformes a vuestra mayor gloria y con tal que ellas no sean en perjuicio de mi alma; si Vos, Señor, prevéis que serán para mi daño espiritual, tened entendido que no las quiero y no tengáis en cuenta para nada mi petición ".

Nosotros no sabemos todo el alcance de nuestras súplicas; no sabemos si lo que parece bueno ahora, lo será mañana; si de ese bien temporal se originará algún daño para nuestra alma; pero Dios que es infinitamente sabio, que tiene patente a sus ojos lo pasado, lo presente y lo porvenir, que ve el íntimo enlace de los acontecimientos, sabe muy bien si lo que pedimos será en provecho o en perjuicio de nuestra alma; por consiguiente al pedir bienes temporales hagamos siempre la salvedad: " con tal que no sean de obstáculo a la salvación ".

De aquí se sigue que hemos de conformarnos y tranquilizarnos igualmente, si Dios no nos concede esos bienes; más aun, hemos de besar con reverencia y afecto su mano providente que nos niega lo que sería perjudicial a nuestros más caros intereses.

EJEMPLO. — **Yo no rezo para ese fin.** — El año 1862 hallándose Don Bosco a la mesa en el castillo de la Condesa Callori, ésta que se veía molestada por muchas tribulaciones, dijo a Don Bosco.

— Pida a Dios que cesen mis males.

Don Bosco alzó los ojos al cielo por un instante, como solía, y luego:

— No, respondió, yo no rezo para ese fin.

— Luego, añadió afligida la condesa, ¿seguiré sufriendo?

— Sí, seguirá.

— ¿Y aumentarán mis males?

— ¡Aumentarán!

— ¡Paciencia! — exclamó aquella cristianísima señora, la cual no por eso disminuyó su estima por Don Bosco. Comprendió que el sufrimiento y las cruces eran lo más conveniente para el bien de su alma.

— San Martín de Tours, próximo a morir, invitado por sus discípulos a pedir la salud, hizo oración de esta manera: "Señor, si todavía soy necesario a tu pueblo, no rehuso el trabajo". Esta es buena oración porque tratándose de un bien temporal, lo pidió si era conforme al divino beneplácito; y como no lo era, falleció a los pocos momentos.

Por qué quiere Dios que recemos.

326. - *¿Dios necesita nuestras oraciones para favorecernos?*

Dios, que todo lo sabe, no necesita nuestras oraciones para favorecernos, pero quiere que acudamos a El por la oración.

Cierto, Dios puede concedernos sus gracias sin que nosotros se la pidamos. Infinitamente sabio, conoce mejor que nosotros lo que nos hace falta. **Vuestro Padre** — dice Jesús — **sabe de antemano lo que necesitáis y antes que vosotros se lo pidáis** (Mat. VI, 8).

Sin embargo ha dispuesto que le pidamos sus gracias. Así como ha dispuesto darnos los frutos de la tierra a condición de que la cultivemos; así también ha determinado concedernos sus dones a condición de que se los pidamos con la oración. Quien, pues, se obstina en no querer rezar, nada conseguirá de Dios, así como nada cosechará de su campo quien se obstina en no cultivarlo.

Dios así ha dispuesto las cosas; al fin es dueño y señor de todo lo que existe y por lo tanto a El y no a nosotros corresponde fijar las condiciones por las cuales alcancemos sus

dones. Las condiciones son que recemos: luego a nosotros, pobres criaturas, corresponde doblar la cabeza y sujetarnos al divino mandato.

¿Será lícito saber por qué Dios ha dispuesto que le pidamos sus gracias?

Mucho que sí: he aquí algunas razones:

1º **Para hacernos apreciar mejor sus dones.** — Si todo lo recibiéramos de Dios sin pedirlo nunca, apreciaríamos muy poco sus dones y no los aprovecharíamos como es debido. ¿Qué dones más preciosos que la luz, el agua, el aire? Y sin embargo ¿qué aprecio hacemos de esos dones? ¿Cuántas veces hemos dado a Dios gracias por ellos? No hacemos caso de ellos porque Dios nos los da gratuitamente, sin que se los pidamos. Si algún día nos viésemos privados y debiésemos pedirlos, entonces sí que los tendríamos en mucha mayor estima.

Lo que dijimos de los dones materiales, debemos decirlo, con mayor razón, de los espirituales, como la virtud, la gracia de Dios, la salvación, la verdadera sabiduría, que valen infinitamente más.

La experiencia demuestra que se guarda con mayor cuidado lo que ha costado mucho conseguir. Por ejemplo el libro de premio, que le ha costado al alumno un año de estudios y buena conducta, se aprecia más y se conserva con más cariño que el otro libro que alguien le regala sin que haya mediado ningún pedido y sin que lo haya deseado ardientemente.

Las gracias de Dios, los dones del Espíritu Santo valen más que mil mundos; Dios los da a aquéllos que saben apreciarlos; ¿de qué valdría darlos a quienes no saben estimarlos? Para que los apreciemos en su justo valor, nos obliga a que los pidamos con largas y reiteradas instancias.

2º **Para que nos humillemos ante El.** — Para que confesemos con humildad que por nosotros mismos nada podemos; quiere Dios que reconozcamos que únicamente de El hemos de esperar todo bien (Santiago I, 17).

El hombre que consiguiese los dones de Dios sin pedirlos, correría gran riesgo de caer en soberbia atribuyéndoselos a sí mismo como quien los ha alcanzado por sus propias fuerzas y no por la liberalidad de Dios; y claro está que semejante soberbia disgusta inmensamente al Señor y es muy funesta a la criatura.

Por el contrario, el acto de humildad que uno hace pidiendo y reconociéndose indigente y desposeído de todo, agrada muchísimo a Dios y abre sus manos dispensadoras de todo bien.

3º **Para obligarnos a rezar siempre.** — Si de nada necesitásemos por tenerlo todo sin pedirlo, nos olvidaríamos completamente de Dios y abandonaríamos la oración. Es el hombre tan egoísta que de ordinario la única causa que lo mueve a orar es la necesidad de conseguir algún favor; la oración que sólo tiene por objeto la adoración de Dios y el agradecimiento por sus beneficios, no es tenida en cuenta y ni siquiera es conocida por la mayoría de los hombres.

Es tan útil este ejercicio de la oración, que Dios quiere que por ningún motivo la omitamos y aun nos pone en la necesidad de orar, fijando la oración como requisito indispensable para conseguir mercedes.

Se porta Dios con el hombre como un padre que tiene un hijo ausente, el cual nunca le escribe; ¿de qué ardid echa

manos aquel padre para poner a su hijo en la dulce obligación de escribirle? Le manda el dinero, ropas, etc., a condición de que se lo pida por carta (por más que el padre sepa muy bien lo que su hijo necesita). Al hijo no le queda otro recurso que escribir periódicamente a su padre, el cual goza de este trato y comunicación. Así hace Dios con nosotros: nos concede sus gracias a condición que se las pidamos; de este modo nos vemos en la dulce necesidad de conversar y tratar con el mejor de los padres.

¡Oh cuánto desea Dios entretenerse con los hombres! ¡Con qué ardoroso afán el Dios Prisionero en nuestros altares espera almas que lo visiten y le hagan compañía. "Deliciae meae esse cum filiis hominum", dice el Señor (Prov. VIII, 31). *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.* Sea también la nuestra pasar muchos o al menos algunos minutos del día en oración con Dios nuestro Señor.

EJEMPLO. — Refieren los historiadores que los primitivos habitantes de las islas Baleares ponían la mayor diligencia en adiestrar a sus hijos en el manejo del arco. A tal objeto no les daban el pan sino a condición de que se lo ganasen de la siguiente manera: Colocaban un trozo de pan en una viga o palo alto; luego, entregando a sus hijos el arco y las flechas, les decían: — "Si queréis el pan debéis derribarlo". — Lo mismo hace Dios con nosotros: nos muestra y promete sus dádivas; pero quiere que las alcancemos con el arco y las flechas de la oración.

CAPITULO IV.

DISPOSICIONES PARA BIEN ORAR

328. - *¿Cómo se ha de orar?*

Se ha de orar con atención, humildad, confianza y perseverancia.

Unicamente rezando con estos requisitos podemos esperar que el Señor nos oiga. No basta, pues, rezar de cualquier modo; hay que rezar como Dios quiere y como El nos ha enseñado.

Los fariseos oraban y oraban con frecuencia y por largo tiempo, y no sólo en sus sinagogas, sino también en los ángulos de las calles y plazas con el único fin de ser vistos por los hombres; sus corazones estaban, pues, llenos de hipocresía; sus manos se dirigían a la iniquidad y sus pies caminaban por el camino de la perdición. Sus oraciones no les servía porque oraban mal.

Por consiguiente, si queremos gozar de los abundantes y magníficos frutos de la oración, pongamos sumo cuidado en que reúna las debidas condiciones.

Cuanto mejores fueren nuestras disposiciones, tanto mayores serán los frutos que alcanzaremos de la oración; así como de la fuente saca agua en mayor abundancia aquél que lleva el cántaro más grande.

EJEMPLO. — **El Sumo Pontífice y el hijo de Bramante.** — El Papa Julio II († 1513) había confiado al célebre arquitecto Bramante el plano de una iglesia que quería edificar. Termi-

nado que hubo el arquitecto su dibujo, envióselo al Papa por medio de uno de sus hijitos. Tan satisfecho quedó el Pontífice que sin más condujo al niño a una pequeña arca llena de ducados de oro; abrióla y díjole: "Toma cuantas monedas te quepan en una mano". Mas el pequeñuelo fijando sus ojitos vivarachos en el rostro del Papa, — "Santidad — dijo — tomadlas Vos que tenéis la mano más grande".

Así también la mano de nuestra alma invitada por Dios a introducirse en el arca de los celestiales tesoros, será tanto más grande, cuanto mejor fuere la oración.

Primer requisito: la atención.

Quiere decir que hemos de orar con todo respeto y devoción evitando en lo posible las distracciones o sea todo pensamiento extraño a la oración.

Oración es levantar el pensamiento y el corazón a Dios; leer oraciones aunque sean bellas, o decirlas de memoria, mientras el espíritu, como una mariposa, está revoloteando por todas partes, eso no es orar, no es levantar el corazón a Dios; es faltar a la condición esencial de toda oración.

Los que rezan voluntariamente distraídos merecen el reproche que dirigió Jesucristo a los hipócritas judíos: **Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí** (Mat. XV, 8).

Oigamos a San Cesáreo de Avilés: "Si tuvieras que tratar un negocio importante con persona distinguida en dignidad y poder, y mientras ella te escuchara atenta y por su parte quisiera decirte alguna cosa, tú la interrumpieses de repente, te apartases de ella y te entretuvieses con bagatelas, ¿no sería tu conducta injuriosa y descortés? Pues más descortés se muestra el que hablando con Dios en la oración, se distrae y se deja llevar de pensamientos mundanos, cuando en realidad nada hay más importante que el conversar con Dios".

Dice San Cipriano: "¿Cómo alcanzarás que Dios te oiga, si tú no te oyes a ti mismo?"

EJEMPLO. — Arquímedes, el más grande matemático de la antigüedad, vivía en Siracusa cuando esta ciudad fué tomada por los romanos. En ese momento se hallaba Arquímedes tan embebido en sus estudios que no reparó ni en el estrépito de las armas, ni en la gritería de los soldados que ya habían hecho irrupción en su casa. Estos tenían orden rigurosa de respetar la vida del filósofo; pero no lo conocían y habiéndolo encontrado mientras rodilla en tierra dibujaba figuras geométricas en la arena, lo traspasaron con su espada. — Si puede un hombre concentrarse en los estudios de tal manera que no se percate de los graves peligros que lo amenazan, con mayor razón podrá y deberá el cristiano durante la oración desvincularse de todo pensamiento y cuidado de cosas mundanas.

— San Estanislao de Kostka estaba en la iglesia con tal devoción, que sucedíale a veces no oír cuando lo llamaban y ni aun sentir cuando sus criados lo tocaban para advertirle que era hora de volver a casa.

— De Domingo Savio escribe su biógrafo: "Su espíritu estaba tan habituado a conversar en cualquier parte con Dios, que aun en medio de las más clamorosas algazara, recogía sus pensamientos y con piadosos afectos elevaba su espíritu a Dios. Pero cuando oraba con los demás parecía verdaderamente un ángel. Inmóvil y compuesto en toda su persona, sin apoyarse en ninguna parte sino en las rodillas, con suave sonrisa en el rostro, con la cabeza levemente inclinada, y con los ojos bajos, habríase creído otro San Luis. Bastaba verlo para quedar edificado. El año 1854 el señor Conde Cays fué elegido prior de la compañía de San Luis, establecida en el Oratorio. La primera vez que tomó parte en nuestras funciones religiosas vió un niño que oraba con tanto recogimiento que le llenó de estupor. Terminadas las funciones quiso saber quien era el que había sido objeto de su admiración. Era Domingo Savio".

Jesucristo en el Sto. Evangelio nos exhorta al recogimiento con la palabra y el ejemplo.

a) **Con la palabra. — Cuando hubieres de orar entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre: y tu Padre que ve lo más secreto, te recompensará** (Mat. VI, 6).

Aunque estas palabras fueron dichas para aconsejarnos que huyamos de la vanagloria, que es tan fácil pegarse con la mirada de los hombres, sin embar-

go S. Hilario y S. Agustín explican este pasaje diciendo que hemos de rezar con recogimiento.

b) **Con el ejemplo.** — Leemos en San Lucas (VI, 12): **Salió** (Jesús) **al monte a hacer oración y pasó toda la noche orando a Dios.** Jesucristo aunque no lo necesitaba, elegía para hacer oración, un monte solitario y el tiempo de la noche: lugar y tiempo los más propicios para orar sin ser molestado.

Nos dice además el Evangelio que Jesucristo solía retirarse a orar en el huerto de los Olivos y allí precisamente fué sorprendido por sus enemigos.

San Marcos refiere que en una ocasión al volver los apóstoles de predicar, les dijo Jesús: **Venid aparte a un lugar solitario y reposad un poco** (Marc. XI, 31). Este reposo y apartamiento lo necesitaban los apóstoles para atender un poco más a las cosas de su alma.

Cómo se consigue el recogimiento.

1º Preparándose a la oración según el consejo del Espíritu Santo: **Antes de la oración prepara tu alma** (Eccl. XVIII, 23). Y esta preparación consiste en representarse vivamente la presencia de Dios, pensando qué es lo que vamos a hacer, con quién vamos a hablar.

Figurémonos, pues, según el consejo de S. Bernardo, que entramos en el palacio celestial, en donde el Rey de reyes rodeado de un ejército innumerable de espíritus bienaventurados, está sentado en su trono de gloria.

2° Según el consejo de Jesucristo y el ejemplo de los santos, elegir para la oración el lugar más recogido en la casa o en el templo, mantener la vista baja o fija en el altar, no curiosear, no conversar, hacer uso de un devocionario a fin de concentrar mejor la atención.

3° Vivir recogidos también durante el día en medio de ocupaciones, repitiendo frecuentes jaculatorias y procurando no ir a caza de noticias inútiles y sensacionales que ocupan demasiado la imaginación.

EJEMPLO. — Santa Catalina de Sena desde muy niña tenía grande amor a la oración. Para estar más recogida habíase fabricado en un rincón del patio una pequeña celda donde apartada de los negocios humanos, se entregaba de lleno a su ejercicio favorito. Sus padres deseosos de quitarle esa costumbre que les parecía exagerada, prohibiéronle ir a la celda y la obligaron a trabajar todo el día a fin de que no le quedase tiempo para la oración. Entonces ella — dice — enseñada por Jesucristo, fabricó una celda en el interior de su corazón y allí se retiraba muy frecuentemente, es decir procuraba vivir recogida y en la presencia de Dios aun en medio de sus ocupaciones.

Las distracciones.

El principal obstáculo al recogimiento son las distracciones o sea el pensar en cosas ajenas a la oración.

Las distracciones son muy frecuentes y es sumamente difícil, por no decir imposible, sustraernos a ellas porque todos tenemos en nuestra alma una facultad llamada **fantasía**, la cual nos representa la imagen de los objetos presentes y ausentes con tanta viveza que nos parece verlos y palparlos.

A su vez el demonio, que conoce muy bien esta condición del hombre, se aprovecha de ella para distraerlo ofreciendo a la fantasía mil imágenes buenas o

malas pero siempre perniciosas a la oración por cuanto ajenas a ellas.

Quejábase de los extravíos de su imaginación San Jerónimo el cual a pesar de hallarse lejos del mundo en la cueva de Belén, con el cuerpo fatigado por el estudio, el trabajo y la penitencia, sin embargo veíase transportado muy a pesar suyo a las fiestas y saraos de la sociedad romana en la cual había actuado en su juventud.

Son, pues, inevitables las distracciones, a menos que Dios nos otorgue una gracia especial para evitarlas, como se la concedió, entre otros, a San Luis, el cual preguntado por su superior manifestó ingenuamente que sumando todos los momentos en que se distraía durante su oración (que duraba algunas horas) no alcanzaría el espacio de un Avemaría. Esta gracia extraordinaria fué el premio de sus grandes esfuerzos para secar todas las fuentes de distracción.

Hay dos clases de distracciones: **voluntarias** e **involuntarias.**

Voluntarias son aquéllas que se buscan a sabiendas o que cuando sobrevienen y se advierten no se desechan, se las acaricia entreteniéndose voluntariamente en ellas. Son pecado venial por la falta de respeto a Dios que comete el que las sustenta.

Involuntarias son las que nos vienen sin quererlas ni advertirlas nosotros: son consecuencia de indisposición física, de demasiada excitación nerviosa, de imaginación viva, de trabajo o preocupaciones; pueden ser también tentaciones del demonio el cual procura por todos los medios impedir la oración.

Estas distracciones no son pecado, siempre que falte la debida advertencia; pero cuando el que ora

se da cuenta de ellas, debe rechazarlas tranquilamente volviendo su pensamiento a Dios.

Si aborrecemos las distracciones y las combatimos; si deseamos que sea breve nuestra oración, y nos pesa de no hacerla mejor, con más fervor y recogimiento, es una oración que agrada a Dios, pues, como dice San Agustín: *Si tenemos pesar de no poder orar, esto es ya una oración.*

Así como un padre no se irrita contra su hijo si éste no puede pronunciar bien la palabra con que expresa el dolor que siente o no sabe bien su petición; así Dios, el mejor de los padres sabe compadecer a los que involuntariamente se distraen en la oración, y oye lo mismo sus súplicas.

NOTA LITURGICA. — **El mejor sitio para orar.** — Aunque en todas partes está Dios y por consiguiente en todas partes oye nuestra plegaria, no hay duda que el lugar más a propósito para ello es el templo, por las siguientes razones:

a) Porque Dios así lo ha dispuesto, mandando edificar los templos que son su casa en la cual " omnis qui petit accipit ", **todo el que pide recibe,** como se lee en el Oficio de la Dedicación de las Iglesias. En la oración especial de ese mismo Oficio se leen estas palabras: **Haced, Señor, que todos aquéllos que vengan a orar en este templo, se alegren de haber conseguido todo cuanto pidieron.**

b) Porque en el templo todo nos habla de Dios y nos remonta hacia el cielo: la severa majestad del edificio, las bóvedas, los altares, la cruz, las sagradas imágenes, las inscripciones, la decoración, la pinturas, la luz tenue que se filtra por los altos ventanales, el silencio turbado únicamente por la música del órgano o las plegarias, todo concentra el espíritu y le facilita el ejercicio de la oración. Verdaderamente podemos exclamar allí con el patriarca Jacob: **No hay aquí otra cosa que la casa de Dios y la puerta del cielo** (Génesis XXVIII, 17).

EJEMPLO. — ¿Adónde va Ud.? preguntó un libre pensador a una señora; y al saber que se dirigía al templo, le dijo: — ¿Para qué ir a la iglesia? Podría Ud. rezar tranquilamente en su casa.

— ¿Y Ud. adónde va? repuso la señora.

— Voy a la taberna a tomar la copa.

— ¿Para qué? ¿No podría Ud. beber tranquilamente en su casa?

— Podría, pero el caso es que en la taberna tiene el vino mejor gusto y además lo bebo en compañía de otros.

— Pues, lo mismo me pasa a mí, — concluyó la señora, — en la iglesia la oración me resulta mejor y en ella encuentro una compañía más devota.

Segundo requisito: la humildad.

Debemos orar con vivo reconocimiento de la propia indignidad, impotencia y miseria, acompañando la oración con la compostura del cuerpo.

El que ora debe estar penetrado de su propia flaqueza, de su miseria, de la necesidad del socorro y auxilio de Dios en todas las cosas.

Muchos motivos tenemos para ser humildes: somos tan débiles e impotentes que sin ayuda de Dios no podríamos levantar una astilla del suelo; si Dios no nos sostuviera continuamente, nos volveríamos a la nada; además hemos ofendido muchas veces a Dios. Por todos estos motivos debemos comparecer ante el divino acatamiento en espíritu de humildad y esperar sus dones no en virtud de nuestros méritos, pues no los tenemos, sino por la bondad y misericordia del Señor.

¿Qué diríamos del pordiosero que pidiese limosna con altivez y arrogancia, exigiendo el mendrugo o el dinero como cosa que se le debe? Ese pordiosero en vez de socorro merece un castigo por su insolencia; así también es indigno de los celestiales auxilios el hombre soberbio que pide con jactancia como si Dios estuviese obligado a darle sus dones.

La humildad es semejante a un imán que atrae las gracias del Señor.

Sentencias bíblicas. — Llena está la Escritura de sentencias que demuestran el poder grande que la oración humilde

tiene en el corazón de Dios. He aquí algunas: *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes* (1º Pedr. V, 5).

Leemos en el libro del Eclesiástico esta hermosísima y explícita declaración: *La oración del que se humilla traspasará las nubes; y no reposará hasta que llegue: ni se retirará hasta que el Altísimo la mire* (XXXV, 21).

Y la SSma. Virgen dice en su sublime cántico: *Porque miró el Señor la humildad de su Sierva, me llamarán bienaventurada todas las generaciones.* (Luc. I, 48).

Cómo nos prescribe Jesús esta condición. — El divino Maestro nos enseñó a orar con humildad cuando explicó la parábola del publicano y del fariseo (Luc. XVIII, 9 al 14):

" Dos hombres subieron al templo a orar: el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo puesto en pie oraba en su interior de esta manera: Oh Dios, yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros: ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces en la semana; pago los diezmos de todo lo que poseo.

El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo, sino que se daba golpes de pecho, diciendo: — Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador.

Os declaro, pues, que éste volvió a su casa justificado, mas no el otro: porque todo aquél que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.

También nos recomienda este importante requisito en el sermón de la montaña con las siguientes palabras: *Cuando oráis no imitéis a los hipócritas, que gustan de orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de*

los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa. (Mat. VI, 5).

Tú, al contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre y tu Padre que ve lo más secreto, te premiará (Id. id. 6).

Nos predica Jesús la humildad presentando como modelo la oración del hijo pródigo que postrado ante su padre, le dice: *Padre, pequé contra el cielo y delante de tí, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros.* (Luc. XV, 18 y 19).

Asimismo alabó y premió con un estupendo milagro la oración humilde del centurión que al manifestarle Jesús el propósito de ir a sanarle un siervo paralítico, contestó: *Señor, yo no soy digno de que tú entres en mi casa; pero mándalo con tu palabra y quedará curado mi criado* (Mat. VIII, 8).

El porte exterior. — La humildad nos exige presentarnos ante Dios en actitud modesta o sea posiblemente de rodillas, inclinada la cabeza, juntas las manos.

La posición de rodillas siempre ha sido símbolo de adoración, de reverencia y de humildad. La cabeza inclinada significa que nos consideramos indignos de contemplar la grandeza de Dios. Con las manos juntas confesamos nuestra absoluta impotencia para lo bueno sin el auxilio de lo alto.

Esta actitud en la oración no es absolutamente necesaria ni está siempre prescrita; se puede muy bien orar en otras posiciones: de pie, sentados, acostados; con la vista hacia el cielo, con los brazos extendidos, etc. Cuando la humildad es verdadera, es decir tiene su raíz en el alma, entonces necesaria y espontáneamente se refleja en el exterior, cualquiera sea la posición o actitud que se tome.

Pero no hay duda que la compostura exterior ayuda mucho a la humildad interior, por lo que no se debe descuidar.

EJEMPLO. — **El compositor Hayden.** — El célebre músico Hayden, en la apacible residencia de su protector el príncipe Estherazy, no tenía otra distracción que el trabajo. Trabajaba diez y seis y diez y ocho horas diarias. Se levantaba muy temprano, se vestía cuidadosamente y colocaba al dedo la sortija que le había regalado Federico **el Grande.** Sentado delante de una mesa, al lado del piano, principiaba su labor y muchas veces a la hora de comer, se le encontraba en la misma postura de la mañana. Dotado de piedad sincera y fer-

viente, empezaba todas sus obras con estas palabras: **In nómine Dómini, en nombre del Señor;** y concluía con estas otras: **Laus Deo! ¡Gloria a Dios!** Cuando en medio de su composición se sentía detenido por dificultad del asunto, fatiga de la imaginación o desfallecimiento de espíritu, se levantaba, se paseaba por su cuarto, rezaba el rosario, y después de haber hecho oración con profunda fe, volvía a tomar la pluma y se sentía animado por un poder desconocido y por una inspiración casi divina. En los últimos años de su vida refería con ternura que le hacía derramar lágrimas, que nunca le había faltado la protección del cielo, cuando humildemente la había invocado. Sobre todo, cuando escribía la **Creación,** rogaba a Dios con toda su alma le concediese el talento necesario para alabarle dignamente.

Orar con resignación.

Quiere decir que hemos de conformarnos con la voluntad de Dios, que conoce mejor que nosotros cuanto nos es necesario para nuestra salud eterna, aun en el caso de ser desoídas nuestras oraciones.

La resignación es hija de la humildad: el humilde está persuadido de que el Señor conoce mejor que él cuanto pueda serle ventajoso, y así se abandona plenamente en sus manos.

Si, pues, por un lado debemos tener un ardentísimo deseo de ser oídos, debemos, por otro, dejar a Dios el concedernos la gracia en la forma, tiempo, y medida que a El le plazca.

Ejemplos de esta resignación:

a) La Sma. Virgen en las bodas de Caná al notar la falta de vino en el banquete, dijo a su Hijo: "No tienen vino", dejando a su arbitrio el proveerlo en la forma que mejor le hubiere parecido (Juan II, 3).

b) Marta y María deseaban un inmediato so-

corro de Jesús para su hermano Lázaro gravemente enfermo; sin embargo se contentaron con enviar al Divino Maestro este recado: " Señor, el que amas está enfermo ", dejando completamente en sus manos el venir cuándo y cómo le agradara (Juan XI, 3).

(Véase lo que explicamos en el Cap. 2º " Petimus mala ").

Cómo nos enseñó Jesucristo esta disposición. — Principalmente en dos ocasiones:

a) Cuando nos invitó a decir en el **Padre nuestro** " Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo ".

b) Cuando en el huerto de los Olivos, después de haber orado y sufrido angustias de muerte exclamó: " Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz " (la pasión y la muerte que le aguardaban). Pero en seguida añadió: " No se haga mi voluntad sino la tuya " (Luc. XXII, 42). (Véase Cap. 3º " Cómo se han de pedir los bienes temporales ").

EJEMPLO. — **Sanado para su ruina.** — Una madre que amaba a su hijo hasta el delirio fatigaba a Dios con oraciones a fin de que le devolviese la salud. Parecióle que sus ruegos eran vanos, quejóse de ello al párroco, el cual exhortóla a pedir que se cumpliese la voluntad de Dios y que si ésta era contraria a su deseo, que le concediese la santa resignación. No agradó este consejo a la madre la cual fuera de sí comenzó a dar voces: — " No, no debe morir, debe sanar como yo quiero ". Mejoró en efecto el niño, pero llevó tan mala vida, que acabó en un patíbulo. ¿No le habría valido más el haber muerto de aquella enfermedad cuando todavía era inocente?

Oremos, sí, pero dejemos a Dios que disponga de nuestra oración según su divino beneplácito; porque El sólo conoce lo futuro y sabe muy bien lo que nos conviene.

Tercer requisito: la confianza.

Orar con confianza quiere decir que hemos de tener firme esperanza, seguridad de ser oídos si ello ha de ser para gloria de Dios y nuestro bien verdadero.

La desconfianza ofende a Dios, como ofende a los hombres. Así como un maestro, médico, juez, se da por ofendido si ve que el alumno, el enfermo, el cliente desconfía de él; así Dios se disgusta, y por lo tanto no oye la oración, cuando ve que el hombre desconfía de El, porque con esa desconfianza da a entender una de dos: o que Dios no quiere cumplir sus promesas de escuchar la oración; o bien que es impotente para cumplirla. ¿Quién no ve que en ambos casos se infiere ofensa a Dios negando alguna de sus perfecciones infinitas?

Quien pide sin firme confianza es como la nave falta de timón; así como ésta es juguete de las olas y vientos que la llevan en todas direcciones; así el que pide sin confianza anda vacilando entre el temor y la esperanza y no sólo no da honor y gloria a Dios con su oración, sino más bien le ofende con su desconfianza.

EJEMPLOS. — Tanto agrada a Dios esta confianza, que siempre la exigía al pedírsele algún beneficio y jamás dejó de oír una súplica hecha con semejante condición.

Los dos ciegos. — Un día le seguían dos ciegos clamando y diciendo:

— Hijo de David, ten piedad de nosotros.

Y habiendo llegado a la casa, los ciegos se acercaron a El, y Jesús les dijo:

— ¿Creéis que yo os puedo sanar?

— Sí, creemos, Señor — respondieron los ciegos. — Entonces el Señor tocó sus ojos diciendo:

— Hágase según vuestra fe.

Y se abrieron sus ojos. (Mat. IX, 27 y 30).

La hemorroísa. — Una mujer que desde doce años padecía de flujo de sangre, tuvo tan ilimitada confianza en Jesús que iba diciendo.

— Si llegare a tocar siquiera la orla de su vestido, quedaré sana.

Y habiéndole tocado, Jesús vuelto a ella, le dijo:

— Ten confianza, hija; tu fe te hizo salva. (Mat. IX, 20, etc.).

San Pedro en aquella ocasión que Jesucristo se le apareció en el mar, llamado por El se lanzó confiado al agua; cuando vaciló su confianza a vista de las encrespadas olas, comenzó a hundirse. Alargóle entonces su mano el Señor y le dijo: Hombre de poca fe ¿por qué dudaste? (Mat. XIV).

San Gregorio, llamado taumaturgo por la multitud de prodigios que obró en vida, se distinguió por su ilimitada confianza en la oración. Había entendido muy bien aquellas palabras del Señor: **Tened fe en Dios, en verdad os digo que cualquiera que dijere a este monte: Levántate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, mas creyere que se hará cuanto dijere, todo le será hecho** (Marc. XI, 23). Y estas otras parecidas que se leen en San Lucas (XVII, 6): **Si tuviéreis fe como un grano de mostaza, diréis a este motal: Arráncate de raíz y transplántate en el mar y os obedecerá.**

Entre los muchos milagros con los cuales plugo a Dios premiar la confianza de este santo, es muy célebre el siguiente: Una montaña impedía la edificación del templo cristiano muy necesario para los fieles de su Diócesis. Durante la noche púsose S. Gregorio en oración recordándole a Dios las promesas que hiciera en el Santo Evangelio de escuchar los ruegos de sus hijos. Aceptó Dios la oración de su siervo y al día siguiente todos vieron con gran sorpresa que la montaña se había retirado dejando libre todo el espacio que necesitaban aquellos habitantes para edificar el templo.

Moisés, el grande y santo caudillo del pueblo de Israel, invitado por Dios a golpear con su vara una peña de la cual debía brotar el agua milagrosamente, obedeció pero golpeando con alguna desconfianza motivada por justa causa, a saber la ingratitud del pueblo. Desagradó a Dios esta falta de confianza y le castigó privando a Moisés de entrar en la tierra prometida.

Deben orar con confianza también los pecadores. — Lo que dijimos de la confianza, se refiere no sólo a los justos, sino también a los pecadores. También éstos deben clamar llenos de fe y de confianza a la divina Bondad y Misericordia, para conseguir la conversión sincera y el perdón de sus peca-

dos. Así hicieron María Magdalena, el paralítico (Mat., IX, 2), el publicano en el templo, el buen ladrón en la cruz, etc., y todos merecieron el perdón de sus culpas.

Se equivocan, pues, los que no oran so pretexto de que están en pecado mortal: cierto que la oración y las buenas obras hechas en estado de culpa grave son obras muertas, es decir no merecedoras de premio eterno; pero no por eso serán inútiles, porque mediante ellas se obtiene de Dios el arrepentimiento, el cual no depende de nosotros sino que es una gracia del Señor, vinculada, como otras, a la oración.

¿Cómo es que unos pecadores se convierten y otros mueren impenitentes y desesperados? Es porque los primeros mediante sus oraciones y obras buenas alcanzaron de Dios la gracia del arrepentimiento; en cambio los segundos no se dieron cuidado de orar y Dios no les concedió esa gracia sobrenatural.

Cuarto requisito: la perseverancia.

Orar con perseverancia quiere decir que no hemos de cansarnos de orar aunque Dios no nos oiga inmediatamente, sino que más bien hemos de seguir orando con más fervor.

Es harto común la queja de ciertos cristianos: "Dios no me escucha; tanto tiempo hace que le pido esta gracia y nunca me la concede". Y en consecuencia dejan de rezar. Muy mal hacen esos cristianos: les falta a su oración un requisito muy importante: la perseverancia. ¡Cuántos pobres mendigos y personas que no lo son, están a veces largas horas a las puertas de los ricos, y aunque despedidos, vuelven a insistir una y mil veces! ¿No es una vergüenza para nosotros el cansarnos tan pronto de presentar nuestras súplicas a Dios y que si no nos concede al instante lo que pedimos nos apoquemos y desistamos de la oración.

Si cuando se trata de conseguir algo de los hombres insistimos tanto aun cuando en vez de ser escuchados recibimos quizás injurias, afrentas y repulsas ¿por qué no seremos perseverantes cuando pedimos a Dios, el cual nunca desoye nuestras súplicas, pues si no nos concede lo que pedimos, nos otorga cosas mejores?

¿POR QUE NO NOS CONCEDE DIOS ENSEGUIDA LO QUE LE PEDIMOS?

Principalmente por cinco razones:

a) Porque a menudo el que ora no está dispuesto o preparado a recibir lo que pide; y la oración perseverante lo va disponiendo.

Cuando se echa al fuego leña verde, no arderá sino después que las llamas hayan consumido la humedad; así también la oración primero nos quita el impedimento que obsta a las gracias de Dios y después nos consigue esas gracias.

b) Pidiendo una y otra vez aprendemos a estimar más y desear más ardientemente lo que pedimos; si lo conseguimos al instante, no le daríamos importancia, así como en la vida ordinaria no se la damos a lo que fácilmente se consigue. (Véase lo que dijimos respondiendo a la Preg. 326 del Cap. 3º).

c) Si la oración fuese inmediatamente atendida, podríamos caer en presunción y soberbia diciéndonos el amor propio: " ¡Qué bueno debes de ser cuando todo un Dios se apresura a cumplir aun el menor de tus deseos! " Y esta soberbia sería un mal y un grave peligro de eterna condenación.

Dilatando Dios el efecto de las oraciones, sentimos mayormente nuestra enfermedad, e indigencia y comprendemos mejor que todo debemos esperarlo de su bondad.

d) Porque con la perseverancia demostramos nuestra fe y confianza en Dios. La insistencia en la oración es indicio

de vivísima fe o sea que creemos firmemente que Dios nos escuchará.

e) Para que nunca dejemos de orar. " Aunque nada recibiésemos — dice S. Juan Crisóstomo — el sólo trato constante con Dios en la oración equivale a innumerables bienes ".

La oración no es solamente una buena obra con la cual, lo mismo que con cualquier otra, satisfacemos por nuestras culpas y aumentamos nuestros méritos, sino que además nos infunde sentimientos celestiales, es excelente ejercicio de las virtudes teologales y morales, que produce abundantes frutos de bendición, como hemos explicado en el Cap. 2º.

Y porque la oración es ya de suyo tan saludable y meritoria, Dios, para hacernos insistir en ella, no siempre escucha al instante nuestras súplicas, quiere que perseveremos orando y así nos enriquezcamos de bienes.

Jesucristo prescribe la perseverancia.

En el Cap. XVIII de San Lucas leemos la siguiente parábola en la cual el divino Maestro se propuso enseñarnos **que es menester orar siempre y no desfallecer:** " Había en cierta ciudad un juez que no temía a Dios ni a los hombres, y en la misma ciudad había una viuda, la cual a menudo venía a él diciéndole: Hazme justicia de mi adversario. Pero durante mucho tiempo no la quiso escuchar; mas después dijo dentro de sí: — Aunque no temo a Dios ni respeto a ningún hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, a fin de que no venga de continuo a romperme la cabeza. Ved, añadió el Señor, lo que dijo ese juez inicuo: y ¿creéis que Dios dejará de hacer justicia a sus escogidos que claman a El día y noche, y que ha de sufrir siempre que se les oprima? ".

La cananea. — También nos ofrece un gran ejem-

plo de eficacia de la oración perseverante aquella mujer de quien habla S. Mateo.

Una mujer cananea empezó a dar voces diciendo: Señor, hijo de David, ten lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio. Jesús no le respondió palabra. Y sus discípulos, acercándose, intercedían, diciéndole: Concédele lo que pide a fin de que se vaya: porque viene gritando tras nosotros. A lo que Jesús respondiendo, dijo: Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. No obstante, ella se llegó y le adoró, diciendo: Señor, socórreme. El cual le dió por respuesta: No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros. Mas ella dijo: Es verdad, Señor, pero los perritos comen a lo menos de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces Jesús, respondiendo, le dice: ¡Oh mujer! grande es tu fe: hágase conforme tú lo deseas. Y en la hora misma su hija quedó curada (Mat. XV, 21 al 29).

El peregrino importuno. — Dijo Jesús: — Si alguno de vosotros tuviere un amigo, y fuese a estar con él a media noche, y a decirle: — Amigo, préstame tres panes, porque otro amigo mío acaba de llegar de viaje a mi casa y no tengo que darle, aunque aquél desde adentro le responda: — No me molestes; la puerta está ya cerrada y mis criados están, como yo, acostados, no puedo levantarme a dártelos; si el otro porfía en llamar y más llamar, yo os aseguro que cuando no se levantara a dárselos por razón de su amistad, a los menos por librarse de su impertinencia se levantará al fin y le dará cuantos hubiere menester. Así os digo yo, añadió Jesús: — Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo aquél que pide, recibe; y quien busca, halla; y al que llama, se le abrirá (Luc. XI, 5 al 10).

EJEMPLOS DE ORACION PERSEVERANTE. — Después de aquellos tres años de espantosa sequía que afligió a Israel, el **profeta Elías** subió al monte a pedir a Dios la lluvia. Siete veces envió a su criado a que mirara hacia el mar para ver si veía alguna nube. La séptima vez apareció una nubecilla precursora de abundante y provechosa lluvia.

Santa Mónica durante diez y ocho años oró por la conversión de su hijo Agustín. Un día se llegó al obispo S. Ambrosio para desahogar con lágrimas su inmenso dolor y el obispo le dijo: " No temas, oh mujer; es imposible perezca hijo de tantas lágrimas y oraciones ". Así fué, Agustín se convirtió y llegó a ser uno de los mayores santos de la Iglesia.

Quien lee la vida de los santos llega a la conclusión de que los dones extraordinarios que consiguieron fueron el fruto de constante oración.

CAPITULO V.

NECESIDAD DE LA ORACION.

Necesidad de la oración: a) por la condición nuestra; b) por el mandato divino.

1º **Por la condición nuestra.** — Por una parte somos débiles y por otra estamos continuamente rodeados de enemigos espirituales.

Cuanto a lo primero no hacen falta muchas razones para convencernos de ello. Dice el Apóstol: **No que seamos suficientes por nosotros mismos para concebir algún buen pensamiento, como de nosotros mismos: sino que nuestra suficiencia o capacidad viene de Dios** (2ª Cor. III, 5).

Cuanto a lo segundo tenemos que luchar constantemente contra el demonio, el mundo y la carne. El demonio " tamquam leo rugiens ", **como león rugiente,** da vueltas alrededor de nosotros en busca de presa que devorar; el mundo no cesa de insidiarnos con sus falsas máximas y pésimos ejemplos; la carne, el peor de nuestros enemigos nos mueve continua guerra.

Siendo, pues, débiles y debiendo no obstante luchar con enemigos tan terribles, es absolutamente necesario que acudamos a Dios en demanda de auxilio o sea que nos revistamos del arma invencible de la oración.

Compara San Juan Crisóstomo la oración a la **humedad** sin la cual no pueden prosperar las plantas; a una fuerte **muralla** sin la cual la ciudad está abierta

al enemigo; al **alimento**, sin el cual el organismo se consume; a los **nervios** sin los cuales el cuerpo no puede tenerse ni menearse; al **cimiento** sin el cual el edificio se hunde.

Por consiguiente ¡ay de aquél que no hace oración!; ¡ay del que no la ama, ni siente deseo de ella!; ¡ay del que con soberbia, arrogancia y confianza de sí mismo mira la oración como cosa superflua o acaso indigna de su persona!

De aquí la verdad de las palabras de San Alfonso, doctor de la Iglesia: *El que ora se salva; el que no ora se condena.* Se condena porque le faltará el auxilio de Dios, sin el cual nadie se salva.

Esta fué, según el Espíritu Santo, la causa de que los hombres en tiempo del diluvio no hallasen gracia delante de Dios. Los antiguos gigantes no pidieron a Dios perdón de sus pecados, y confiados en sus fuerzas, fueron destruidos (Eccli. XVI, 8).

2º **Por el mandato divino.** — Debemos orar porque Dios lo manda.

Llena está la Escritura de este precepto divino, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

a) "Non impediaris orare semper" (Eccli., XVIII, 22). **Nada te impida de orar siempre.**

b) Mandó el Señor edificar un templo, en donde los hijos de Israel se reuniesen como en casa de oración para dar culto a Dios.

c) " Scriptum est: Dominum Deum tuum adorabis " (Mat., IV, 10). **Escrito está: Adorarás al Señor tuyo, y a él sólo servirás.**

d) " Petite et dabitur vobis " (Mat., VII, 7). **Pedid y recibiréis.** Estas palabras, según interpretación de los Padres, tienen no sólo fuerza puramente condicional en el sentido de que " si pedís recibiréis ", sino

también fuerza impositiva y exclusiva, como si dijesen: " Nada recibiréis si no pedís ".

e) " Oportet semper orare et non deficere " (Luc., XVIII, 1). **Es necesario orar siempre y no desfallecer.** Mientras estamos en esta vida debemos orar constantemente.

f) " Sine intermissione orate " (I Thess., V, 17). **Orad sin intermisión.**

g) " Orationi instate, vigilantes " (Coloss., IV, 2). **Perseverad en oración, velando en ella.**

Esta insistencia de la Sda. Escritura en recomendarnos la oración arguye no un simple consejo, sino un expreso mandato; cuando se trata de consejos no insiste tanto, ni emplea palabras de encarecimiento.

San Agustín declara expresamente: " **Consta que Dios concede unas gracias sin que se las pida el hombre,** p. ej.: **el principio de la fe; en cambio otras no las da sino a quienes se las piden,** p. ej.: **la perseverancia en el bien hasta la muerte** ".

EJEMPLO. — **La deserción de los Apóstoles.** — Es sabido que los Apóstoles abandonaron a Jesús y huyeron cobardemente cuando éste fué prendido en el huerto de los Olivos; el jefe de ellos, San Pedro, lo negó tres veces en la casa de Caifás. ¿A qué se debió tanta debilidad y cobardía en esos fieles discípulos que poco antes habían dicho y protestado estar dispuestos a morir por Jesucristo? Fueron débiles y pusilánimes porque en el huerto en vez de orar con Jesucristo, como terminantemente se lo había intimado, se durmieron.

" Quejóse con ellos Jesucristo diciéndoles: **¿Qué? ¿no habéis podido vigilar una hora conmigo? Vigilad y orar para no entrar en tentación** " (Mat. XXVI, 40). No hicieron caso al aviso del Maestro, entregaron las armas de la oración, y desarmados cayeron fácilmente en poder del enemigo.

Esta es la historia de muchísimas almas y aun de muchos santos; y ésta es a no dudarlo la historia de tantas caídas nuestras.

Frecuencia y circunstancias de la oración.

1ª Parte: **Frecuencia.** — Cristo Señor nuestro dice " **que debemos orar en todo tiempo y no cesar de orar** " (Luc., XVIII, 1). Este aviso da también San Pablo: " **Orad sin intermisión** " (I. Thes. V, 17). Y ya el sabio había dicho (Eccli., XVIII, 22) " **Nada te detenga de orar siempre que puedas** ".

Una exageración. — Hubo herejes que tomando a la letra estas recomendaciones de la Sda. Escritura, no querían trabajar, sino solamente orar. Mas no lo entendieron así Jesucristo, ni los Apóstoles, ni la Iglesia Católica; S. Pablo dice expresamente: **Es indigno de comer quien no quiere trabajar** (2ª Tes. III, 10).

Aun aquellos monjes solitarios que se retiraban del mundo para dedicarse más libremente a la oración, interrumpían de tiempo en tiempo este ejercicio y se dedicaban a trabajos manuales.

Las expresiones " **en todo tiempo** ", " **sin intermisión** " significan que debemos orar con perseverancia, a menudo, todos los días, varias veces al día. Así como de un alumno aplicado se dice que **siempre** estudia aunque sólo dedique al estudio algunas horas **todos los días**; así también se puede decir que **siempre** ora el cristiano que diariamente gasta algún tiempo en la oración.

El trabajo es oración. — Así como el río está unido al manantial y el separarse de él aun por brevísimo tiempo equivaldría a dejar de existir; así también el hombre debiera estar constantemente unido a Dios con su pensamiento y con su amor sin separarse nunca de El. Un santo ha dicho que de-

biéramos rezar tantas veces cuantas respiramos. Mas ¿cómo conseguir esto? Dando carácter de oración a toda nuestra vida, procurando que nuestras acciones, negocios, diversiones, descanso, todo sea ofrecido al Señor con éstas u otras expresiones: "Hago esto por Vos, Dios mío" "Todo por vuestro amor", "Señor, para agradaros" "Cada letra que escribo, cada latido de mi corazón sea un acto de amor hacia Vos, Señor mío".

De este modo se cumplirá en nosotros el proverbio que dice: *Quien trabaja reza;* y el dicho de S. Agustín: "Ille novit vivere qui recte novit orare". *Vivir bien es orar bien.*

Indulgencia del trabajo santificado. — El Sumo Pontífice Pío XI el 25 de junio de 1922 concedió a los Salesianos, a las Hijas de María Auxiliadora, a sus alumnos y antiguos alumnos y a los cooperadores de ambos sexos, que puedan lucrar cada vez que al trabajo unan cualquiera devota invocación, 400 días de indulgencia; y una vez al día, indulgencia plenaria, aplicables a las almas del purgatorio.

Podemos, pues, orar aun en medio de nuestras ocupaciones ofreciéndolas continuamente a Dios.

EJEMPLO. — **Ora et labora.** — San Antonio Abad († 356) retirado en el desierto sólo se ocupaba en la oración. Un día no encontrando gusto en ella, entristecióse y pidió al Señor que viniese en su auxilio. En esto durmióse y vió en sueños a un hombre que ya se inclinaba y rezaba, ya se levantaba y fabricaba cestas de mimbre, alternando continuamente la oración y el trabajo. Despertó S. Antonio y cayó en la cuenta que el sueño era un aviso del cielo para enseñarle que la oración debe unirse al trabajo, ocupando así no sólo el espíritu sino también el cuerpo. Cumplió muy bien desde entonces el aviso, sintióse más feliz y a todos sus discípulos daba este lema: "Ora et labora", **Reza y trabaja.**

Un sueño de S. Macario. — Este santo, muerto el año 394, vió una vez en sueños a un hombre que trabajaba y de cuya boca salían llamaradas que subían al cielo. Pensando más tarde en el significado de esta visión comprendió que las llamas de fuego indicaban las jaculatorias que aquel hombre recitaba durante su trabajo.

2ª Parte: Circunstancias en que debemos orar. — Si bien en todo tiempo debemos orar, hay circunstancias en que hemos de hacerlo con especial fervor. He aquí las principales:

1º **Por la mañana y por la noche;**

2º **Antes y después de la comida y de las principales ocupaciones;**

3º **En los peligros privados y públicos;**

4º **En las tentaciones;**

5º **Siempre que se deba cumplir un precepto que exija la oración;**

6º **En el trance de la muerte.**

No es necesario que empleemos para ello largas oraciones; en muchos casos podrá ser suficiente la señal de la cruz, una jaculatoria, un padrenuestro o avemaría.

1º **Preces matutinas y vespertinas.** — Debemos rezar a la mañana al despertar y por la noche al acostarnos, a fin de agradecer al Señor la noche o el día que nos ha concedido y suplicarle nos libre de todo mal; así lo practicaba el Santo Job, quien todos los días al amanecer ofrecía un sacrificio a Dios para que preservara a sus hijos de toda mancha de pecado (Job, I, 5).

Leemos en el libro del Eclesiástico (XXXIX, 6): *El sabio aplicará su corazón para velar de madrugada ante el Señor que le hizo y en presencia del Altísimo hará oración.*

Dice S. Juan Clímaco: *Ofrece a Dios las primicias del día, el cual será todo de aquél que primero lo ocupare.*

San Juan Bosco: " *Lo primero que haréis por la mañana al despertar es la señal de la cruz y elevar la mente a Dios, diciendo alguna jaculatoria* (Reglamento, Cap. III, art. 3º).

¿Qué diríamos del niño que no diese los "buenos días" o las "buenas noches" a sus padres? ¿Qué decir de aquellos cristianos que no los dan a Dios que es el Padre común de los hombres?

EJEMPLO. — **Un señora salvada por la oración de la noche.** — Cierto domingo de Octubre de 1906 alojóse en una posada la esposa de un capitán. Antes de acostarse cerró la puerta y arrodillóse al pie de la cama para rezar la oración de la noche. En ese momento vió debajo del lecho unas prendas de ropa y observando mejor notó la presencia de un hombre escondido. Quedó al principio espantada y fuera de sí por el miedo; mas pronto se animó y precipitándose fuera del aposento dió voces pidiendo auxilio. Acudieron los de la posada y sacaron de debajo del lecho un joven que apretaba en sus manos un afilado cuchillo. El desgraciado tenía intención de asesinar a la señora para apoderarse del valioso collar de diamantes que llevaba al cuello. Habría ciertamente llevado a cabo su perverso designio si no hubiese sido descubierto, y esto se debió precisamente a haberse arrodillado la mujer para rezar antes de entregarse al descanso.

2º **Antes y después de la comida y de las principales ocupaciones.** — Si tildaríamos de mal criado al mendigo que recibiese nuestra limosna sin darnos las gracias, ¡cuánta mayor razón tendrá Dios de disgustarse al ver que tomamos el alimento sin acordarnos de El que nos lo da con tanta generosidad y abundancia!

EJEMPLOS. — **El andrajoso a la mesa del rey.** — El piadoso rey Alfonso de Aragón († 1458) nunca se sentaba a la mesa sin rezar: en cambio sus cortesanos sentábanse y levantábanse sin hacer acto alguno de religión. Sabedor de ello, invitólos un día a comer consigo. Mientras almorzaban entró en la regia sala, como ya se había combinado, un pordiosero, el cual, sin saludar, ni rezar tomó asiento en una silla junto a la misma mesa del rey; cuando hubo comido hasta la saciedad, levantóse y sin saludar ni rezar como al principio, salió de la sala. Maravilláronse los comensales de la paciencia del rey ante la rusticidad de este hombre y lanzaron contra él mil improperios. Alzóse entonces el monarca y dijo: "No os preocupéis demasiado por ese hombre; porque, si bien se mira, vos-

otros no sois mejores que él. También vosotros os sentáis a la mesa sin acordaros del Dador de todo bien y sin agradecerle soléis levantaros de ella. ¿Y creéis que agrade a Dios semejante conducta cuando os indigna la de ese pordiosero? ". Las reflexiones del rey no cayeron en saco roto y aquellos palaciegos se enmendaron.

Cristóbal Colón. — Debemos rezar antes de iniciar trabajos de importancia.

Cuando Cristóbal Colón hubo concebido su maravilloso proyecto de atravesar el Océano Atlántico, se dirigió primero a su ciudad de Génova en demanda de una contribución para llevar a cabo la empresa; pero en vano porque lo trataron de visionario. Lo mismo aconteció con el rey de Portugal. Manifestó entonces su proyecto al rey de España, quien tampoco se mostró dispuesto a invertir una suma considerable en una empresa muy problemática. Eran ya 18 años que Colón trabajaba inútilmente; viéndose desechado de los reyes de la tierra, volvióse a la Reina del cielo y oró con especial fervor ante la imagen de la Virgen de Sevilla, con estas palabras: " Virgen santa, yo quiero llegar a las lejanas tierras de allende el océano a fin de llevar a ellas la cruz y la civilización cristiana. Imposibilitado de realizar esta empresa por faltarme el apoyo de los reyes terrenos, acudo a Vos ¡oh Virgen María! Interceded ante vuestro divino Hijo, a fin de que mueva a los hombres a dispensarme el auxilio que he menester ". No fué vana la oración del ilustre marino; conseguido al poco tiempo el apoyo de la Reina Isabel de Castilla, pudo en agosto de 1492 iniciar con tres naves el célebre viaje que dió por resultado el descubrimiento del nuevo mundo.

A imitación de estos grandes hombres y de los Santos, no olvidemos de implorar el auxilio divino antes de comenzar una obra de importancia. Debemos también rezar en el curso de la misma, a fin de vencer las dificultades y no retroceder ante los obstáculos como hacen las almas débiles. Jesucristo mismo nos quiso dar ejemplo de esto, orando cuarenta días y cuarenta noches antes de dar comienzo a su divina misión.

3º **En los peligros privados y públicos.** — Cuando nos viéremos en peligro de perder la vida en un choque de vehículos, en un incendio, naufragio, caída, asalto, herida, etc., acudamos con fe al Señor imitando a los apóstoles que en lo más recio del temporal despertaron a Jesús que dormía en la barca y le

dijeron: "Domine, salva nos, perimus". **Sálvanos, Señor, que perecemos.** (Mat. VIII, 25).

Debemos orar en las públicas calamidades cuando el Señor nos castiga con desgracias generales: hambre, carestía, enfermedades, epidemia, guerra, sequía, langosta, etc., a ejemplo de la Iglesia que en tan tristes circunstancias, para aplacar a Dios, reúne a sus hijos en el santuario y levanta al cielo su voz pidiendo misericordia. Para estas circunstancias tiene establecidas oraciones (las **Letanías de los Santos**) y bendiciones especiales.

EJEMPLO. — **La oración de S. Jacobo.** — El año 350 San Jacobo, obispo de Nísibis en la Mesopotamia, alcanzó con su oración una insigne victoria sobre Sapor II rey de los persas. Este soberbio y victorioso príncipe se hallaba con un poderoso ejército delante de Nísibis, ciudad fortificada y limítrofe de los romanos en aquel país. Sapor avanzó y estrechó más y más el sitio durante más de un mes. El santo Obispo Jacobo, para socorrer la necesidad siempre creciente y conjurar el peligro del asalto, subió a las murallas de la ciudad a pedir socorro a Dios contra los infieles; pidió con gran fervor al Señor de los ejércitos que se dignase librar a la ciudad y humillar a los enemigos de su Nombre. Entonces Dios mandó de repente numerosos enjambres de toda suerte de moscas que se introducían en las trompas de los elefantes, en los oídos y narices de los caballos y demás bestias, enfureciéndolas de tal manera que causaban gran desorden en los reales enemigos, y los elefantes especialmente, aplastaban gran número de persas. Sapor se vió al fin obligado a levantar el sitio, y vencido por Dios se retiró a su país.

— Hace también a este propósito el ejemplo que referimos al fin del 1er. Capítulo.

4° **En las tentaciones.** — Si invocamos a Dios en los peligros del cuerpo, con mayor razón hemos de clamar a El en los del alma, que son las tentaciones,

Así como el soldado, aunque lleva siempre consigo las armas, usa de ellas cuando hay que rechazar al

enemigo; así también nosotros aunque siempre tengamos a la mano el arma de la oración, hemos de usar de ella en el momento de la tentación.

El Señor nos dió aviso de esto con aquellas memorables palabras que dijo a los apóstoles en el huerto de los Olivos: **Velad y orad para que no entréis en tentación** (Mat. XXVI, 14).

Después de haber echado al demonio del cuerpo de un poseso, a los apóstoles que le preguntaban por qué ellos no habían podido expulsarlo, dió esta respuesta: *Esta casta de demonios* (los impuros) *no se lanzan sino por oración y ayuno* (Mat. XVII, 20).

EJEMPLO. — **El Beato Antonio M. Claret.** — Cursaba el segundo año de Filosofía y a consecuencia de un fuerte catarro tuvo que guardar cama. El demonio envidioso de la virtud de ese joven, le acometió con vehemente tentación impura; resistíale Antonio con firmeza, levantaba el corazón a Dios, invocaba a Jesús y a María, pero las embestidas infernales arreciaban más y más... Al cabo levantando el joven sus ojos suplicantes al cielo, vió en los aires llena de luz y a un lado de la cama, a la Reina del Empíreo acompañada de los Santos patronos y abogados de Antonio. La soberana Reina mostrándole hermosísima corona de rosas le dijo con inefable ternura: "Antonio, si vencieres, para ti esta corona". Con tan maravillosa aparición huyeron vergonzosamente los demonios y en adelante no le molestaron jamás con tentaciones impuras.

5º **Siempre que debamos cumplir algún precepto que exija oración,** hemos de acudir a ella; por ejemplo el que para confesarse debe pedir perdón a Dios, el que debe prepararse a la comunión y dar gracias después de ella; quien se dispone a recibir algún otro sacramento, etc.

Y se comprende que así sea, porque quien quiere la obra, quiere también los medios; y la oración es un medio excelente, por no decir necesario, para dis-

ponernos a recibir los santos sacramentos que son los místicos canales de la gracia.

6º **En el trance de la muerte.** — La muerte, que es el **momento del cual depende la eternidad,** es ciertamente el trance más difícil de la vida porque sus consecuencias felices o desgraciadas son definitivas e inmutables. Si el árbol cayere hacia el mediodía o hacia el norte, doquiera que caiga, allí quedará. (Eccli. XI, 3).

Por consiguiente si hay momento en el cual debe el hombre agotar todos los recursos para poner en salvo su alma, este momento es el de la muerte y uno de los recursos más eficaces, la oración.

En esos críticos y decisivos momentos multiplica el demonio sus ataques porque sabe que le queda poco tiempo para perder a esa alma; en esos momentos se ha de invocar con sumo fervor a Dios, a la Virgen, a San José, patrono de la buena muerte, al Angel Custodio...

La Iglesia tiene establecidas en sus libros litúrgicos hermosísimas y muy eficaces oraciones para el artículo de la muerte y quiere que el sacerdote las rece junto al moribundo y le haga repetir jaculatorias y actos de amor de Dios a fin de fortificar su espíritu abatido por la enfermedad y por el temor del juicio divino.

A falta de sacerdote corresponde a los parientes o a otras personas el piadoso oficio de sugerir devotas oraciones al moribundo y de hacerle besar a menudo el crucifijo. Esto con mayor razón si el moribundo fuese víctima de algún accidente y no hubiese tiempo de llamar al sacerdote para que le administre los sacramentos. En este caso se le deben sugerir actos de *perfecta contrición* y de amor de Dios.

EJEMPLO. — **La oración en el trance de la muerte.** — En la primera mitad del siglo pasado falleció en París, Tocqueville, uno de los más grandes ingenios de Francia, pero incrédulo. La Hermana de Caridad que lo asistía amorosamente no animándose a hablar de religión a ese hombre tan descreído, decidió rezar por él; todas las mañanas se arrodillaba en un rincón del cuarto y rezaba en voz baja sus devociones. El enfermo veía y disimulaba. Sin embargo una noche no pudo dominarse y dijo: — Hermana, veo que siempre decís en ese rincón vuestras oraciones; orad libremente y en alta voz, pues no me molestáis, os lo aseguro. La hermana obedeció y aquel hombre sintióse tan conmovido, que se le humedecieron los ojos y rompió a llorar: se había acordado de su buena madre y de los tiempos de su inocente niñez. Desde aquel día el gran académico, mañana y tarde rezaba devotamente con la religiosa como un niño con su madre; y no pasó mucho tiempo sin que hiciera llamar un sacerdote, (pocos días antes desechado), en cuyos brazos expiró con la alegría del perdón y en la amistad de Dios.

¡Oh poder maravilloso de la oración!

Cuándo y cómo se peca faltando a la oración.

No es fácil satisfacer a esta pregunta. No obstante concretaremos la respuesta en estos breves principios:

1º Todos los autores afirman que es pecado dejar la oración por un tiempo considerable; y la razón es porque quien no reza falta al precepto del amor de Dios: " **Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente: éste es el máximo y primer mandamiento** " (Mat., XXII, 37-38).

¿Cómo puede lisonjearse de cumplir este precepto quien deja pasar meses y años sin hacer actos de amor (o sin rezar) siquiera con el corazón?

2º No convienen los autores en precisar cuánto tiempo se considera notable para que cometa pecado mortal quien no reza durante él: unos dicen un mes; otros — muy rígidos — una semana; otros —

demasiado laxos — un año. Por otra parte, añaden, el cristiano debe preocuparse más de orar frecuentemente, que no en determinar la gravedad de la culpa que comete omitiendo la oración.

3º Para cumplir el precepto de la oración no es menester pronunciar determinadas preces, ni rezar en días y horas determinadas, sino que es suficiente cualquier oración que se haga por cualquier motivo honesto.

Según esto es más fácil de lo que a primera vista parece el cumplir este precepto; pues ¿a qué cristiano no se le presenta de vez en cuando, y aun a menudo, ya por un motivo ya por otro, oportunidad de rezar?

4º Sin embargo en la prática, enseña el P. Ferreres, no se puede excusar de alguna culpa a los que con frecuencia dejan las oraciones de la mañana y de la noche, tanto porque tal vez de ninguna manera oran en otro tiempo, con lo que faltarán al precepto de la oración, como porque, descuidando la oración caerán en más pecados a causa de los muchos peligros que ocurren cada día.

EJEMPLO. — **¡Perro cristiano!** — La frase más ofensiva con que los moros insultaban a los soldados españoles es la de " perro cristiano ". He aquí su origen.

Cayó prisionero de los musulmanes un oficial francés. Encargado de custodiarle un beduino, a menudo lanzaba contra el oficial aquel insulto. Indignado el oficial, le dijo un día:

— Aunque sea tu prisionero, soy tan hombre como tú; ¿con qué derecho me insultas con ese vil apodo?

A lo que respondió el beduino:

— ¿Que tú seas como yo? No lo creo; van ya seis meses que estás preso; no te he perdido de vista un solo instante y jamás te he visto rezar... exactamente como mi perro.

Por quiénes y con qué orden debemos orar.

1ª **Parte: Por quiénes.** — Debemos orar por todos los hombres, sean vivos o difuntos, amigos o enemigos y en especial por nuestros padres, hermanos y bienhechores, por las autoridades eclesiásticas y seglares, por los herejes e infieles.

Así como estamos obligados a amar a todos los hombres, sin excepción, así debemos pedir a Dios por todos sin excepción; porque quien ama, desea favorecer o a lo menos que sea favorecida por otros la persona amada; orando por nuestros prójimos deseamos que Dios los favorezca con sus dones, ya que nosotros no estamos en condiciones de hacerlo.

La séptima de las obras de misericordia espirituales es: **"Rogar a Dios por los vivos y los muertos"**: Por los vivos a fin de que se salven eternamente; por los muertos a fin de que, si están en el purgatorio, les sea descontada cuanto antes la pena temporal y entren en el gozo eterno.

Los condenados del infierno son los únicos por quienes es inútil orar, porque la oración ni les aprovecha a ellos, ni pueden con ella ayudarnos a nosotros como hacen los bienaventurados. Pero como ningún mortal conoce la suerte reservada al hombre que pasa a la eternidad, de ahí la necesidad de orar por todos los difuntos.

El Apóstol Santiago nos exhorta a rezar por todos: (Jac., V, 16), *orad los unos por los otros para que seais salvos.* San Pablo en su primera epístola a Timoteo (II, 1) dice: *Os pido, pues, ante todo, que hagáis súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los constituidos en alto, a fin de que tengamos una*

vida quieta y tranquila en el ejercicio de toda piedad y honestidad.

NOTA LITURGICA. — De la obligación de rezar por todos los hombres nos da un hermoso ejemplo nuestra madre la Iglesia cuando el gran día del Viernes Santo, después del canto de la pasión y antes de la adoración de la cruz, reza solemnemente por toda clase y categoría de hombres, sin excluir a los infieles, a los apóstatas, a los herejes, ni a los mismos judíos.

Esta ceremonia es un recuerdo de las preces que se rezaban en las primitivas asambleas cristianas y de que se ve todavía algún otro vestigio fuera del Viernes Santo, en la liturgia romana, en el **Oremus** que precede al Ofertorio.

El celebrante proponía una intención, añadiendo algunas palabras de exhortación. Ejemplo: **Oremos por nuestro Santísimo Padre el Papa, a fin de que,** etc. Luego el diácono mandaba arrodillarse: " Flectamus genua " **doblemos las rodillas,** y cada cual oraba en silencio. Después de algunos minutos, el subdiácono (u otro clérigo) con la palabra " Levate ", **alzaos,** avisaba que podían ya levantarse y entonces el celebrante resumía en alta voz y brevemente los votos que cada cual había formulado.

2ª Parte: Con qué orden. — 1º Por nosotros mismos, pues así lo exige la caridad bien ordenada.

2º Por todos los hombres que viven.

3º Por todas las almas del Purgatorio.

En cuanto a lo 2º, claro está que debemos pedir primero por los que están unidos con nosotros con vínculos de parentesco, amistad, gratitud o por vínculo de religión y de sociedad civil. Y cuanto más estrecho es ese vínculo, tanto mayor es el deber de pedir por ellos.

Los niños, pues, deben ante todo rogar a Dios por sus padres vivos o difuntos, por sus parientes, por sus amigos y bienhechores, entre los cuales ocupan puesto de preferencia los maestros y educadores.

Como cristianos debemos pedir de un modo especial por nuestra Madre la Iglesia católica y especial-

mente por sus prelados: Papa, Cardenales, Obispos, Párrocos, misioneros, superiores de órdenes religiosas, directores de obras católicas (Acción Católica, Buena Prensa, Asociaciones), etc., a fin de que Dios se digne bendecir sus trabajos y solicitud para su gloria y para salud de su rebaño. El Apóstol exhorta a los tesalonicenses y colosenses a que pidan por él a fin de que el Señor le aumente el celo para predicar la divina palabra.

Como ciudadanos debemos pedir a Dios por los gobernantes (especialmente por los del propio país) pues de ellos en gran parte depende el bien general y la paz de la Iglesia; ésta tiene especiales oraciones litúrgicas para los reyes y gobernantes.

Los **enemigos** también deben ser objeto de nuestras oraciones, según el mandato de Jesucristo: **Orad por los que os persiguen y calumnian** (Mat. V, 44).

Añade el Catecismo Romano que es costumbre de origen apostólico el pedir a Dios por los que están separados de la Iglesia, para que los infieles reciban la fe, los idólatras sean librados de sus groseros errores, los judíos vean la luz de la verdad, los herejes reconozcan los dogmas de la Iglesia católica y los cismáticos vuelvan a la unidad de la fe.

Debemos pedir por todos los pecadores, especialmente por aquéllos a quienes hubiésemos escandalizado, reparando con nuestras oraciones el daño hecho a sus almas. Debemos pedir de un modo especial por los moribundos a fin de que hagan una buena muerte.

En cuanto a lo 3° (almas del purgatorio), un deber de caridad hacia Dios, hacia esas almas y nuestro

propio interés deben estimularnos a orar mucho por ellas y a ofrecerles abundantes sufragios.

NOTAS LITURGICAS. — La Iglesia, a favor de los difuntos tiene establecida una misa para el día de la muerte, y otra para el tercero, séptimo, trigésimo y aniversario después de la muerte, con lo que da a entender el deseo de que siempre, aún después de muchos años, se rece por ellos.

Ha dispuesto que los sacerdotes terminen cada hora del oficio divino con la oración "Fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace": Las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

Ha fijado el día 2 de Noviembre para rezar por todos los difuntos.

EJEMPLO. — **El Siervo de Dios Andrés Beltrami,** sacerdote salesiano, cuya causa de beatificación se está tratando, era hombre de extraordinaria oración que unía al padecimiento. En su magnánima caridad no se daba por satisfecho con rezar por el Papa, por los Obispos, por los superiores de todas las órdenes religiosas, por toda la Iglesia militante y purgante; pero con su alma abrazaba a todo el universo, sin excluir a los problemáticos habitantes de los astros. Dice en efecto él mismo: "Paréceme se pueda poner esta intención en nuestras oraciones y obras meritorias, a saber que también vayan en ayuda de esas criaturas inteligentes en caso que existan o puedan ser de nosotros socorridas. Son también ellas hijas de Dios y hermanas nuestras. Para un alma que ama es demasiado estrecha esta tierra y busca en todos los ángulos de la creación, medios de dar gloria a Dios.

Nota importante. — A este precepto de rezar por el prójimo satisfacen debidamente los que, aun cuando no se acuerden de los demás en sus oraciones, positivamente no los excluyen en las preces que rezan en plural como el padrenuestro, el avemaría, la salve, etc.

A quién se debe orar.

La razón natural apoyada en la revelación nos enseña que nuestra oración ha de dirigirse ante todo a

Dios; bajo este nombre deben entenderse las tres divinas Personas.

En segundo lugar recurrimos al auxilio de los Santos que están en el cielo, como lo enseña y practica la Iglesia; y este recurso en nada menoscaba el honor debido a Dios, porque ¿quién es tan necio que ordenando el rey que nadie se considere por tal, ni permita ser honrado con ceremonia ni honores regios, crea por eso que no quiere el rey se tribute el honor debido a sus ministros?

Conviene empero advertir que no invocamos de igual modo a Dios y a los Santos; porque a Dios le pedimos que El mismo o nos dé bienes o nos libre de males; mas a los Santos, por tener valimiento con Dios, les pedimos tomen a su cargo nuestra defensa para alcanzarnos de Dios lo que necesitamos. Por esto empleamos dos formas de pedir, distintas en los términos; porque a Dios le decimos propiamente: **Compadécete de nosotros, óyenos** (miserere nobis, audi nos), y a los Santos: **Rogad por nosotros** (Orate pro nobis).

Cuando oramos, pues, ante la imagen de un Santo, tengamos entendido que la oración se dirige a Dios; al Santo sólo le pedimos que ore con nosotros y que apoye nuestra oración ante Dios con el cual tiene tanto valimiento.

Invoquemos, pues, con gran confianza a la Santísima Virgen que es nuestra más poderosa abogada; a los ángeles, especialmente al de nuestra guarda; a todos los Santos que son amigos de Dios e intercesores nuestros para con El. También podemos invocar

en privado a los infantes bautizados y muertos antes del uso de razón, a los adultos fallecidos en olor de santidad y a las benditas almas del purgatorio.

Nótese empero que la invocación de los Santos es de consejo, no de precepto, pues el Concilio de Trento (sesión 25) dice solamente *que es bueno y útil invocarlos.* Con todo, muy descuidado de salud eterna se mostrará el que nunca invoque a la Virgen Santísima, ya que por particular providencia de Dios ha sido constituída medianera nuestra.

Formación y conservación del hábito de la oración en la juventud.

Cómo se forma. — El hábito de las virtudes, como también de los vicios, se forma con la repetición constante de actos buenos o malos.

Es incumbencia de los padres y especialmente de las madres el formar en el niño el hábito de la oración, porque los hábitos que se adquieren en la infancia y en la adolescencia por lo general perduran toda la vida, según las palabras del Espíritu Santo: **La senda por la cual comenzó el joven a andar desde el principio, esa misma seguirá también cuando viejo** (Prov. XXII, 6).

El niño se forma en las rodillas de la madre, ha dicho con profunda verdad un ilustre pensador.

Por lo tanto las primeras *palabras* que deben balbucear los labios inocentes del niño han de ser los dulces nombre de Jesús y de María; las primeras *frases,* las oraciones más sencillas; los primeros *cantos* que oigan o que entonen, las alabanzas al Niño Jesus; una de las primeras *acciones* la señal de la cruz; los primeros *cuadros* que vean sus ojos inteligentes, las suavísimas facciones del Redentor, de su purísima Madre, del An-

gel guardián, de los Santos; la primera *meditación,* el pensamiento de la presencia de Dios; los primeros *caminos,* los que conducen al templo; las primeras *enseñanzas,* la idea de Dios, del paraíso, del infierno; las primeras *historias,* la vida, milagros, pasión y muerte de Jesús; el primer *libro,* el santo catecismo.

Este método siguieron siempre las madres cristianas y con él formaron innumerables santos.

Cómo se conserva. — Formado el hábito, debe conservarse mediante el continuo ejercicio especialmente en la época de la niñez y de la adolescencia (de los 7 a los 15 ó 16) época en que despiertan y aguijonean las pasiones.

Vigilen, pues, los padres con diligente y amorosa solicitud para que sus hijos no omitan las oraciones de la mañana y de la noche, las que preceden y siguen a las comidas; más aun reciten esas plegarias en compañía de ellos, porque el buen ejemplo vale más que todas las recomendaciones o castigos. ¡Dichosos aquellos hogares en los que por la noche, después de la cena y del honesto esparcimiento, toda la familia reunida, después de oir la lectura del santoral y antes de entregarse al descanso, reza el rosario de la Virgen!

¡Cuán escasos por desgracia van siendo los hogares en que se practica esta oración en común! Nada extraño que los hijos no adquieran hábitos de oración; y desprovistos de esta arma poderosa, sean más tarde fácil presa de los enemigos del alma, desesperación de sus padres, pesadilla de la sociedad.

Vuelva la oración de la noche a las familias y no tardaremos en experimentar sus felices consecuencias en la sociedad.

No sólo la familia, sino también la escuela debe ser eminentemente cristiana; la escuela debe continuar y perfeccionar la acción del hogar; de otro modo sofocará en germen la buena semilla plantada por los padres. ¿Qué pensar de esas escuelas y pupilajes laicos donde no sólo no se practica, sino que aun se prohibe o se moteja la oración? ¿Qué hombres podrán salir de semejantes colegios? ¡Qué tremenda responsabilidad gravita sobre esos maestros y sobre los padres imprudentes que les confían sus hijos!

EJEMPLO. — **La plegaria en el hogar. Elocuente confesión de un médico.** — Un ferviente médico católico envió a cierto periódico la siguiente declaración:

"Hace ya veinte años que recorro el mundo; son numerosas las familias desdichadas que he visto; sinnúmero los seres degradados con quienes hube de tratar. He querido examinar su conducta en relación con Dios, y lo que he recogido helo aquí en toda su crudeza:

"De 342 familias desunidas, 320 no iban a misa los domingos.

"De 417 jóvenes que han sido la desesperación y el deshonor de sus familias, sólo 12 frecuentaban la Iglesia.

"De 23 banqueros quebrados, ni uno iba a misa; y se comprende por qué: en la iglesia la voz de la conciencia grita más fuerte, y en el sermón la palabra del sacerdote despierta en muchos el remordimiento.

"De 40 almaceneros que abren el domingo, apenas 10 prosperan realmente.

"De 25 niños sin corazón para con sus padres ancianos, 24 no han cumplido con la Iglesia después de la primera comunión.

"Me siento anonadado por el peso de estas cifras que yo mismo he comprobado; pero lo confieso: noto en el fondo de mi alma cierta satisfacción al ver como nuestro Dios hace justicia aun aquí abajo, a los rebeldes que lo abandonan, lo desprecian y profanan su ley santa".

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

CAPITULO VI

DE LA ORACION DOMINICAL EN GENERAL

Excelencia de la Oración Dominical.

320. - *¿Quién nos enseñó el Padre Nuestro?*

El mismo Jesucristo nos enseñó el Padre Nuestro para que aprendiéramos a orar, por esto es la mejor de las oraciones.

329. - *Cuando decimos el Padre Nuestro, ¿con quién hablamos?*

Cuando decimos el Padre Nuestro hablamos con Dios Nuestro Señor.

Por su origen. — El Padrenuestro es la oración más excelente porque el mismo Jesucristo nos la enseñó y mandó que la rezásemos.

Un día, Nuestro Señor, después de haber orado en un lugar solitario, habiéndole pedido uno de sus apóstoles: "Señor, enséñanos a orar, como San Juan Bautista enseñó a sus discípulos", respondió: Cuando os pongáis a orar habéis de decir: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal. Amén.

Jesucristo mismo, pues, se dignó enseñarnos a orar; Jesucristo es Dios, es la sabiduría infinita; por

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

lo tanto la oración que nos ha enseñado es ciertamente la mejor.

Cuanto más sabio es un hombre, más estimadas son sus enseñanzas y escritos; ahora bien ¿quién más sabio que Jesucristo?

El divino Maestro conocía mejor que nadie nuestras necesidades, debilidades y miserias; mejor que nadie podía indicarnos lo que debíamos pedir.

Si tanto apreciamos las oraciones litúrgicas compuestas por la Iglesia como la Salve, el Tedeum, las letanías, los Oremus ¿cuánto no hemos de apreciar el Padrenuestro enseñado por el mismo Hijo de Dios?

Veráse mejor la excelencia del Padrenuestro considerando que:

Es una oración *breve;* se aprende de memoria y basta medio minuto para recitarla. Está, pues, al alcance aun de las inteligencias más torpes.

Es una oración *universal*: en ella pedimos cuanto podemos necesitar en el orden espiritual y temporal.

Es una oración *sencilla*: no encierra conceptos muy difíciles de entenderse; por poco que se explique se comprende.

Es una oración *sublime*: en ella siempre han hallado tema abundante de meditación los sabios y los santos. Cuanto más se medita, más enseñanzas se encuentran: sobre ella se han escrito muchos libros.

Es una oración *llena de amor*: el santo la repite con los sentimientos de la más viva ternura.

NOTA LITURGICA. — Tan excelente es esta oración, que la Santa Iglesia quiere que los sacerdotes la reciten en los momentos más solemnes de la misa o sea al fin del canon y como preparación a la Santa Comunión.

Con esa oración se inicia y se termina el rezo de las horas canónicas.

Por sus peticiones. — Dedúcese la excelencia del Padrenuestro de las peticiones de que consta, en las

cuales se encierra todo lo que hemos de esperar de Dios y todo lo que le hemos de pedir. Nada podemos pedir a Dios que no esté contenido explícita o implícitamente en alguna de las siete peticiones del Padrenuestro.

Las tres primeras peticiones se refieren a los intereses divinos; rezándolas demuestra el hombre que ante todo le preocupa la gloria de Dios según el aviso de Jesucristo: "Quaerite primum regnum Dei" (Mat. VI, 33). **Buscad primero el reino de Dios;** las otras peticiones corresponden a las diversas necesidades de nuestra pobre naturaleza.

Las siete peticiones del Padrenuestro están admirablemente unidas entre sí y forman la áurea cadena que nos une a Dios, nuestro último fin. En las cuatro primeras pedimos todo lo que concierne a la consecución de nuestro fin; en las tres últimas pedimos ser librados de todo lo que puede impedirnos alcanzar este fin.

Las cuatro primeras son positivas: las últimas tres, negativas. He aquí una breve explicación de esta cadena:

1ª *Petición.* — El fin por que hemos sido criados es Dios; debemos, ante todo conocerle y glorificarle y por consiguiente lo primero que pedimos es que *su santo nombre sea santificado.*

2ª *Pet.* — Para ser eternamente felices es necesario que poseamos a Dios en esta vida, a fin de poseerlo eternamente en la otra; para eso decimos: *Venga a nos el tu Reino.*

3ª *Pet.* — Para que este reino venga a nosotros, o sea para que podamos poseer a Dios, es necesario que guardemos sus mandamientos, que no son otra cosa que la manifestación de la voluntad de Dios; aceptamos esa voluntad y esos mandamientos diciendo: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

4ª *Pet.* — En esta tierra donde vivimos somos peregrinos que viajamos hacia la patria que es el cielo; nuestra alma y nuestro cuerpo tienen necesidad cada uno del manjar que le es propio; por eso en la cuarta petición pedimos el sustento celestial y el corporal diciendo: *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.*

Para alcanzar nuestro último fin es preciso quitar los tres obstáculos que a él se oponen:

a) Uno que se refiere al tiempo pretérito y son los *pecados cometidos;* por eso decimos en la

5ª *Pet.* — *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.*

b) El segundo obstáculo se refiere al tiempo presente y son las *tentaciones;* por eso decimos en la

6ª *Pet.* — *No nos dejes caer en la tentación. . .*

c) El tercer obstáculo se refiere al tiempo futuro y son todos los *males;* por eso decimos en la

7ª *Pet.* — *Mas líbranos del mal.*

Relación con las demás oraciones. — Entenderáse mejor la excelencia del Padrenuestro considerando que todas las demás oraciones guardan íntima relación con él. Nada podemos pedir ni desear que ya no esté comprendido en alguna de sus siete peticiones; por consiguiente cualquier otra oración, aunque se empleen palabras muy diversas, en el fondo siempre se referirán a alguna petición del Padrenuestro.

Así como el árbol y sus ramas tienen origen en la semilla de la cual no son más que el desarrollo y ampliación; así también todas las oraciones de la Iglesia y las que pueda hacer un hombre tienen su origen en la oración dominical y son un comentario o amplificación de la misma.

EJEMPLO. — Con el fin de entregarse a la meditación, Santa Isabel princesa de Turingia († 1231) solía dirigirse a menudo a una fuente que más tarde fué llamada con su mismo nombre (y que se halla al Este de la ciudad de Marbury en el lindero de una floresta). Todo el tiempo que duraba el trayecto largo una milla empleábalo en recitar un solo **Padrenuestro,** meditando profundamente el sentido de todas las palabras.

Federico Soulié, novelista francés, estaba ya para morir. Educado sin religión, no sabía rezar ni se preocupaba de su eterno destino. Pero Dios envióle, para que lo asistiera, una hermana de caridad la cual velando junto a su lecho rezaba en voz baja el Padrenuestro por la conversión de aquel hombre. Oyóla el enfermo y dijo: "¡Qué hermosa oración es esa, hermana! Quiero aprenderla yo también". Y el ilustre enfermo, como si fuese un niño de pocos años, aprendió toda la oración de los labios de aquella religiosa. Este hombre que tanto había blasfemado del Señor, que había pretendido arruinar su reino en la tierra, repetía con ternura en el lecho de muerte: **Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre.** Y murió arrepentido repitiendo el Padrenuestro.

Eficacia de esta oración.

El Padrenuestro no sólo es oración excelente, sino también **eficaz.**

Eficaz quiere decir activo, capaz de producir el efecto deseado. **Medicina eficaz** es la que consigue el fin por el cual fué preparada: quitar la fiebre, secar una herida, calmar un dolor. **Artillería eficaz** es la que abate las murallas, hunde los acorazados, da muerte al enemigo, etc... **Oración eficaz** es la que realmente consigue lo que se propone quien la reza, siempre que no le oponga obstáculo.

Decimos que el Padrenuestro es oración eficaz y esto por dos razones:

1ª Porque es **acepta a Dios.** — Cuando saludamos a un personaje, recibe mucho placer si nos valemos para ello del discurso, de la poesía, de la música compuestos por él o por persona a él muy que-

rida; así también al hablar con Dios recibirá especial contento de oír su propia composición si es Jesucristo, o la de su divino Hijo si es el Padre; y por lo tanto con más facilidad nos concederá sus gracias.

Si nos fué prometido que nuestras súplicas serían oídas cuando estuviesen hechas en **nombre** de Jesucristo, ¿cuánto más fácil y seguramente alcanzarán su objeto si se hacen no sólo en nombre, sino con las mismas palabras de Jesucristo?

2ª Porque se piden gracias que son *conformes* con la voluntad de Dios. — Cuando rezamos con nuestras propias palabras, corremos peligro de decir incorrecciones o pedir algo que no nos convenga; diciendo el Padrenuestro estamos seguros de no ofender en nada el oído delicadísimo y perfectísimo de Dios.

Los hombres dan espontáneamente cuando lo que se les pide es cosa que también ellos desean darla; así también Dios está más dispuesto a dar los dones que pedimos en el Padrenuestro, porque precisamente esos dones son los que más desea concedernos.

Unos ejemplos explican mejor este concepto.

El señor rico y dadivoso que no sabe qué hacer del trigo cosechado porque no lo puede vender ni moler, estará más dispuesto a dar de limosna a los pobres unas bolsas de trigo que no unas monedas, porque su voluntad es desembarazarse del cereal: por consiguiente verá con más agrado que le pidan trigo que dinero. Así también a los oídos de Dios son óptima música las peticiones del Padrenuestro porque están en perfecta consonancia con sus deseos.

Un mecánico recibe especial placer cuando su hijo le pide juguetes que se prestan para despertar la aptitud por aquel arte; lo mismo dígase de otros artesanos; así también ve Dios con sumo agrado que los hombres le pidan cosas buenas y útiles a su eterna salud, como precisamente hacen

cuando rezan el Padrenuestro; y claro está agradando a Dios la oración, más fácilmente abrirá sus manos generosas, por lo que resultará verdaderamente *eficaz* la oración dominical.

EJEMPLO. — **La palabra del siervo fiel.** — David, justamente indignado contra su hijo Absalón, le había desterrado de la capital. Joab, grande amigo del rey David, quiso alcanzar perdón para el hijo. A este fin envió a una mujer de Tecua, la cual se presentó ante el Rey y le dijo las mismas palabras que Joab le había enseñado. Cuando acabó de hablar, David preguntó: — ¿No tiene parte en este asunto Joab? — Respondió la mujer: — Joab tu siervo, no sólo me envió, mas puso en mi boca todas las palabras que te he dicho. El Rey dijo a Joab: — He aquí que quiero hacer todo cuanto pides (Lib. II de los Reyes, XIV). — Si tan agradable fué a David y tan eficaz la oración enseñada por un siervo fiel ¿cuánto más acepta será a Dios y de más poder sobre su corazón la que nos enseñó su mismo Hijo?

NOTA LITURGICA. — Convencida de estas verdades, procura la Iglesia que todas sus fórmulas de bendiciones y plegarias: salmos, cánticos, antífonas, versículos y hasta los mismos himnos y **oremus** sean trozos de la Sagrada Escritura (que es la palabra de Dios) o al menos se inspiren en ella acercándose en lo posible al lenguaje escritural; así como los artífices al fabricar un objeto de arte usan a veces en todo o en parte fragmentos de madera o de otro material que pertenecieron a muebles u objetos célebres.

— Los cristianos instruídos, imitando el ejemplo de la Iglesia, gustan mucho de repetir esas oraciones de sabor escritural, especialmente las que trae el Santo Evangelio, como las siguientes:

Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí.

Señor, si quieres, puedes sanarme.

¿A quién iremos, Señor, lejos de ti? Tú tienes palabras de vida eterna.

¡Señor mío y Dios mío!

¡Señor, auméntanos la fe!

¡Señor, haced que vea!

¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!

¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Oración dominical. - Su división.

Oración dominical. — El padrenuestro se llama **oración dominical** porque su autor es Jesucristo, a quien también llamamos **Señor,** palabra que viene del latín **Dominus;** de allí deriva a su vez la palabra **Dominicus** que quiere decir **dominical** o sea del Señor.

Los hombres suelen dar a ciertos instrumentos o inventos el nombre del autor; así llamamos *América* el continente explorado y dibujado por Américo Vespucio; tabla *pitagórica* la ideada por el célebre matemático *Pitágoras;* frailes *franciscanos, domínicos, benedictinos* a los religiosos que siguen la regla de *S. Francisco, de Sto. Domingo,* de *San Benito;* con mucha propiedad llamamos, pues, *dominical* a la oración ideada y enseñada por el Señor.

Por este mismo motivo llamamos *domingo* al *día dominical,* es decir, al día que pertenece al Señor, a quien honramos de un modo especial en ese día.

330. - *¿Cuántas peticiones tiene el Padre Nuestro?*

El Padre Nuestro tiene siete peticiones fundadas en toda caridad, que abarcan todas nuestras necesidades espirituales y corporales.

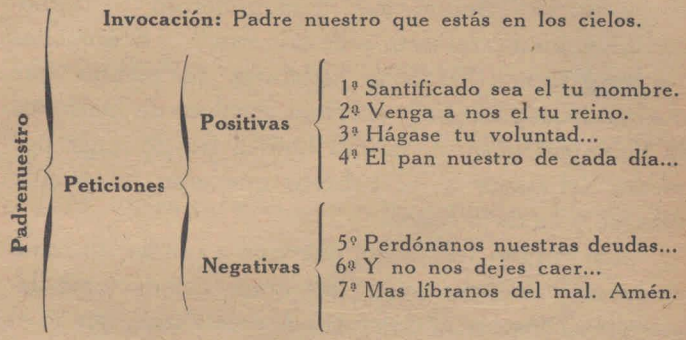
Cómo se divide. — El padrenuestro consta de dos partes principales: Invocación y Peticiones.

La primera parte es la invocación: **Padre nuestro que estás en los cielos.**

La segunda parte comprende todo lo demás o sea las siete peticiones, que pueden ser **positivas y negativas.**

Positivas son las cuatro primeras, desde **santificado,** hasta **dánosle hoy** en las que pedimos el bien.

Negativas son las tres últimas en que pedimos nos libre del mal.



331. - *¿Por qué decimos antes de las peticiones del Padre Nuestro la invocación: Padre Nuestro que estás en los Cielos?*

Antes de las peticiones decimos Padre Nuestro que estás en los cielos, para levantar el corazón a Dios y pedirle sus beneficios, con afecto y confianza de hijos para nosotros y para todos los hombres, pues todos somos hermanos.

Por qué damos a Dios el título de Padre. — Cuando nos dirigimos a los grandes de la tierra acostumbramos darles algún título, el que corresponde a su dignidad; decimos, p. ej.: Excelentísimo Señor, Majestad, Serenísimo Príncipe, Santidad, Excelencia; y si escribimos a personas de inferior categoría nos limitamos a decir: Estimado amigo o Querido papá, etc.; la urbanidad exige dar a cada cual el merecido tratamiento que de ordinario precede al pedido.

Así también es justo que antes de dirigirnos a

Dios con la oración le demos el título que le conviene. Los hebreos acompañaban sus súplicas a Dios con las expresiones: " Señor, Rey Todopoderoso ", " Jehová ", " Creador del cielo y de la tierra ", " Señor Dios de los ejércitos " u otras alabanzas semejantes que indican omnipotencia y dominio absoluto de Dios. Así lo había dispuesto el mismo Dios a fin de guiar por medio del temor a los hebreos que eran un pueblo rebelde y de dura cerviz.

En cambio Jesucristo, que vino a fundar un reino de amor y de paz, quiere que empecemos a orar llamando a Dios con el dulce nombre de Padre, que es el más apto para despertar sentimientos de amor filial y de confianza, cualidades que avaloran inmensamente nuestra oración, según ya lo hemos explicado.

Confírmase mejor esta explicación con las palabras del Apóstol: *No habéis recibido ahora el espíritu de servidumbre para obrar todavía solamente por temor como esclavos, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos con toda confianza: Abba, esto es: ¡Oh Padre mío!* (Rom. VIII, 15).

Jesucristo quiere de nosotros el amor filial, no el amor servil o del esclavo que sirve al amo por temor del castigo. Para despertar en nosotros esa confianza, quiere que desde el principio de la oración llamemos a Dios con el nombre de Padre.

EJEMPLO. — El hijo pródigo cuando se vió abandonado de todos y apacentando cerdos con los cuales se disputaba las bellotas, se acordó que tenía un padre amantísimo que ciertamente le perdonaría y admitiría de nuevo en su casa. " Iré, decía en sus adentros, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti "... Su alma se ensancha con la palabra padre que pronuncia varias veces para aumentar su confianza.

NOTA LITURGICA. — La Iglesia interpretando muy bien el pensamiento de su divino Fundador, en sus pinturas y escul-

turas se esfuerza en representar a Dios preferiblemente con los atributos y caracteres de la paternidad, de la bondad y del amor. Las figuras del **Padre Eterno,** anciano venerable de luenga barba, de Jesucristo representado como tierno niño que nos tiende los brazos o simbolizado en la figura de cordero o del buen pastor que lleva al hombro la ovejita; del **Espíritu Santo** significado por la paloma, ave tímida y mansísima; de la Sma. Virgen en actitud de madre de Dios y nuestra, todo nos habla de la bondad y misericordia de Dios, todo nos exhorta a amarle con la mayor ternura. **Todo nos da voces para que amemos a Dios,** como dice un Santo.

¿Por cuáles razones nos corresponde el nombre de hijos de Dios?

Dice el Catecismo de Trento que por tres razones podemos llamarnos hijos de Dios: por **creación,** por **providencia,** por **redención.**

a) **Por creación.** — Dios es nuestro Padre y a ninguno compete mejor que a El este dulce y venerable nombre porque El nos ha criado. Nos dió el cuerpo por medio de nuestros padres; mas el alma la creó El mismo de la nada.

Si bien en este sentido todas las criaturas podrían ser llamadas hijas de Dios, sin embargo este título corresponde principalmente al hombre porque es el único que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios: "Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram" (Gén. I, 26).

b) **Por providencia.** — Así como llamamos padres a los seres queridos que nos alimentan y educan; así también llamamos **padre** a Dios por el cuidado amoroso y continuo que tiene de nosotros, esto es por su providencia con la cual gobierna al universo sin olvidar siquiera al gusanito que se arrastra en el suelo.

Es dogma de fe que existe la Providencia, pues si

no existiese, sería Dios semejante a esos padres que abandonan a sus hijos.

La providencia se deduce especialmente de la misión que dió el Creador a sus Angeles, de guardar al linaje humano y de socorrer a cada hombre para que no reciba daño alguno grave; porque así como los padres cuando los hijos necesitan viajar por caminos malos y peligrosos, hacen que los acompañen personas que los cuiden y defiendan de los peligros; de igual manera nuestro Padre celestial en este viaje que emprendemos hacia la celeste Patria, a cada uno de nosotros nos da ángeles que nos acompañen y defiendan.

También se deduce la providencia de Dios de la bondad con que cuida de nosotros a pesar de nuestros pecados e infidelidades; de tal manera que hace injuria a Dios el que cree que se olvida de los hombres, como lo significó Ezequiel cuando dijo que se indignó Dios contra el pueblo de Israel por haber dicho: *No nos ve el Señor; el Señor ha desamparado la tierra* (Ezech. VIII, 12).

A lo cual dijo el Señor: *Pues que ¿puede una madre olvidarse de su hijo, sin que tenga compasión del hijo de sus entrañas? Pero aunque alguna se haya olvidado, yo nunca me olvidaré de ti. Mira cómo yo te llevo grabado en mis manos.*

c) **Por redención.** — La razón principal por la que llamamos a Dios nuestro Padre es porque nos ha redimido y porque con el bautismo nos comunicó nueva vida sobrenatural, nos adoptó por hijos suyos y nos hizo herederos de su Reino. Conmovido por tanta bondad y generosidad exclama el apóstol San Juan: **Considerad qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos en efecto** (1ª Epíst. III, 1).

Y al principio del evangelio dice el mismo Apóstol: **Dióles el privilegio** (a los cristianos) **de llegar a ser hijos de Dios.**

San León Magno no titubea en llamar a esta divina filiación un dón que supera a todos los demás dones.

" ¡Oh qué sobreabundancia de amistad divina para con los hombres; qué plenitud de honor a nosotros! exclama S. Juan Crisóstomo; pondéralo bien y maravíllate de la inefable bondad de Dios, que te concede llamarle Padre.

Seamos hijos dignos de tan eminente Padre, conduciéndonos en todas partes con ese recato, modestia y circunspección que conviene a tan alta dignidad. ¿Qué pensaríamos del hijo de un monarca que se rebajase a acciones indignas con personas de la hez del pueblo? ¿Qué decir del hijo de Dios que arrastra por el fango la imagen de tan excelso Señor?

Explicación de las palabras " nuestro " y " que estás en los cielos ".

Padre " nuestro ". — Decimos **nuestro** a fin de que nos acordemos que siendo todos hijos de Dios, somos todos los hombres hermanos y debemos amarnos fraternalmente unos a otros.

Porque todos vosotros sois hermanos y uno es vuestro Padre que está en los cielos (Mat. XXIII, 8 y 9).

Además en virtud de la misma adopción de Dios, no solamente están unidos entre sí todos los fieles con fraternal lazo, sino que por ser hombre el Hijo unigénito de Dios, todos los **cristianos** son llamados y son realmente hermanos suyos; y así es como el mismo Jesucristo resucitado dijo a las mujeres, según el

Evangelio: **Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea, que allí me verán.**

De todo esto se sigue que todos los hombres y especialmente los cristianos, debemos amarnos recíprocamente como hermanos y pedir los unos por los otros.

¡Cuán bello y conmovedor es este pensamiento de que todos los hombres somos miembros de una numerosa familia, y que todos los cristianos especialmente somos hermanos! Esta es la igualdad y fraternidad que tiene su raíz en una verdad, en Dios; igualdad y fraternidad que conduce no al combate y al trastorno de lo existente, como predican los socialistas y comunistas, sino a la paz y al orden.

"Dios — dice S. Juan Crisóstomo — oye con agrado al cristiano que ruega no sólo por sí, sino también por otro".

EJEMPLO. — La princesa Galitzín refiere en sus memorias que en cierta ocasión en que pasaba un puente en San Petersburgo (Rusia), encontró un pobre que le pedía limosna y al cual le dió una moneda de plata. El pobre (un anciano inválido) tan pronto como hubo recibido la limosna, apoyado en sus muletas, se apresuró a acercarse a un ciego, que a poca distancia se hallaba sentado en un banco, y compartió la limosna que acababan de darle. Conmovida con esto, la Princesa llamó al inválido y le preguntó:

— Ese ciego ¿es hermano vuestro?

— No lo es según la sangre, respondió el anciano, pero es mi hermano en Jesucristo. Hemos sido compañeros de armas en nuestra juventud, y ahora somos compañeros de enfermedad y de miseria. Más desgraciado que yo, no puede casi mendigar porque no ve; justo es, por consiguiente, que yo implore la caridad para él y para mí.

Jamás, dice la Princesa, he sentido una satisfacción más pura que la que experimenté dando entonces a ese buen hombre una moneda de oro.

¡Tan nobles sentimientos inspira a los hombres la oración!

"Que estás en los cielos". — Es clarísimo para todos los que piensan bien de la Divinidad, que Dios está presente en todas partes y en todas y en cada

una de las cosas. ¿Quién se atreverá a poner límites a Dios que ha dicho de sí mismo: **Por ventura ¿no lleno yo el cielo y la tierra?**

Esto no obstante decimos "**Que estás en los cielos**" por las siguientes razones:

a) Porque los cielos que vemos son la parte más excelente del universo; ellos permanecen incorruptos y exceden a los demás cuerpos materiales en poder, grandeza y hermosura y están dotados de determinados y constantes movimientos. Por eso al decir "**que estás en los cielos**" nos formamos una idea de la infinita omnipotencia y grandeza de Dios y por consiguiente concebimos los sentimientos de reverencia, sumisión y humildad con que es justo comparezcamos en su presencia.

b) Esas palabras nos recuerdan que somos peregrinos en este mundo y que el cielo es nuestra patria. No teniendo en esta tierra ciudad permanente, como dice S. Pablo, debemos suspirar por nuestra patria verdadera (Hebr. XIII, 14).

c) También nos recuerdan que al comenzar la oración debemos olvidar las cosas de la tierra, los negocios mundanos, etc., para pensar únicamente en el cielo. Según esto esas palabras equivalen al "Sursum corda", *arriba los corazones* que el sacerdote dice poco antes de la consagración para concentrar en el Dios de la Hostia la propia atención y la de los fieles.

CAPITULO VII.

Primera Petición

" SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE "

332. - *¿Cuál es la primera petición del Padre Nuestro?*

La primera petición del Padre Nuestro es " Santificado sea el tu nombre " y en ella pedimos que el nombre de Dios sea conocido y honrado en todo el mundo.

Explicación de términos. — Dos son los significados de la palabra **santificar:**

a) Según su etimología, de " Sanctum facere ", **hacer santo,** significa dar o aumentar la santidad a una persona o cosa que de ella carece; así decimos que el hombre debe **santificarse,** esto es perfeccionarse en los hábitos de su vida moral; en este sentido leemos en el Apocalipsis: **El que es santo santifíquese más** (XXII, 11).

b) En su segunda acepción la palabra **santificar** es lo mismo que glorificar, dar a conocer la santidad, recibir una persona el honor que le corresponde por su santidad.

Cuando decimos **santificado sea tu nombre,** damos a la palabra **santificado** esta segunda acepción y no la primera, porque Dios no necesita de santifi-

cación por ser infinitamente santo por naturaleza, ni puede recibir un ápice de santidad.

La palabra **nombre** da idea de la persona que representa; respetar un nombre es honrar a quien lo lleva.

Aclarados así los términos, explicaremos la pregunta diciendo que en esta primera petición pedimos que Dios sea santificado, esto es conocido y honrado en todo el mundo; deseamos que el nombre de Dios nunca sea profanado y blasfemado, sino que sea conocido, amado y reverenciado por nosotros y por todos los hombres.

Este deseo es legítima consecuencia del amor que todo hombre debe profesar a su Dios según el primer mandamiento del Decálogo: **Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón** (Marc. XII, 30).

Del mismo modo que a un buen hijo le está muy a pechos el honor de su padre, lo defiende de los insultos y persecuciones, y se esfuerza (aun exagerando) por aumentar su gloria; así también un buen cristiano debe tener verdadero interés en que Dios no sea ultrajado; antes bien, que sea conocido, amado, adorado y glorificado en todo el mundo.

Decimos *en todo el mundo* porque el verdadero amor de Dios no tiene límites y según S. Bernardo: "La medida del amor de Dios es amarle sin medida". Por consiguiente las almas que aman mucho a Dios quisieran ver rendidos ante El a todos los hombres sin excepción; y como no lo pueden conseguir efectivamente, se esfuerzan en conseguirlo afectivamente, esto es, con ardientes deseos; por lo que dicen con gran devoción: *Santificado sea tu nombre* y lo repiten una y mil veces.

Y como en orden al conocimiento de Dios se pueden clasificar los hombres en tres categorías: *infieles, herejes* y *católicos,* de aquí que las almas buenas desean ardientemente y rezan por estos tres fines:

1º Para que todos los pueblos gentiles o idólatras, que son la gran mayoría, salgan de las tinieblas de la infidelidad, conozcan a Dios y por medio del santo bautismo entren en el seno de su Iglesia, única arca de salvación.

2º Para que los herejes y cismáticos vuelvan a la unidad de la fe.

3º Para que los católicos que están en la verdadera Fe, eviten el pecado y se perfeccionen día a día .

EJEMPLO. — **El Sac. Andrés Beltrami** habiendo oído hablar en 1884 de las misiones de la Patagonia, encendióse en deseos de ser sacerdote para ir a evangelizar a los habitantes de aquella extensa comarca, que en ese tiempo eran casi todos infieles. Dios se contentó con el deseo, pues aunque pudo llegar al sacerdocio, una penosa enfermedad impidióle partir para las misiones. Consagróse entonces de lleno al apostolado de la oración y del sufrimiento por los infieles de todo el mundo y para ello pasaba largas horas del día y especialmente de la noche rezando ante el Smo. Sacramento (tenía su celda junto al coro de la iglesia).

Un día en que sentía más ardiente que nunca el deseo de rezar y de sufrir por la conversión del mundo, escribió y después firmó con su sangre esta oración que desde entonces llevó siempre en su pecho con el deseo de repetirla a cada palpitación.

" Corazón dulcísimo de Jesús: yo me ofrezco víctima por la conversión de Inglaterra, Alemania y Rusia; por la Iglesia Oriental, por Turquía, los Estados Unidos, el Africa, la China el Japón, la India, los pueblos de la Oceanía y de ambos polos. Aceptadme, Señor, en estado de víctima por los misioneros. Corazón dulcísimo de Jesús, el amor que me habéis dado por las almas es más fuerte que la muerte y que el infierno mismo (1).

Así rezó hasta el alba del 30 de Diciembre de 1897 en que el Siervo de Dios voló al cielo.

Tres meses antes, el 30 de Septiembre en el Carmelo de

(1) La oración es mucho más larga: aquí sólo reproducimos una parte. (Véase su vida escrita por el sac. P. Valle; pág. 202, 3, 4, 5).

Lisieux fallecía Santa Teresita del Niño Jesús: sólo tenía 24 años y ya había tocado las altas cumbres de la santidad, que alcanzó mediante el apostolado de las misiones ejercido con la oración y el sufrimiento. El Papa Pío XI la declaró celestial Patrona de las Misiones.

Como se ve, estas dos almas entendía muy bien el significado de la petición: " Santificado sea el tu nombre " y procuraban que fuese algo más que un simple deseo. Imitémolas en la medida de nuestras fuerzas.

Medios para promover la gloria de Dios

Hemos de promover la gloria de Dios de dos maneras: **negativamente**, impidiendo la ofensa de Dios; **positivamente**, trabajando a su mayor gloria.

1° **Negativamente.** — Debemos impedir con todas nuestras fuerzas que Dios sea ofendido con el pecado especialmente con el de la blasfemia que directamente ofende su santo nombre.

Hace muy bien a este propósito el aviso que da S. Juan Bosco: " Si los que hablan así son vuestros inferiores, reprendedlos severamente; si no podéis hacerlo por su posición, reparad al menos la blasfemia diciendo alguna jaculatoria, como ser: " Alabado sea Jesucristo ", " Jesús mío, misericordia ", " Bendito sea Dios ", " Sea alabado y agradecido en todo momento el Smo. y divinísimo Sacramento ".

Nota. — Véase lo dicho acerca de la **blasfemia** en la Parte 3ª " Los Mandamientos ", Cap. III.

EJEMPLO. — Se lee en la vida del Siervo de Dios Domingo Savio que un niño de unos nueve años altercando con un compañero no lejos de la puerta del Oratorio, en la contienda profirió el adorable nombre de Jesucristo; Domingo, si bien al oírlo sintió una justa indignación, sin embargo con

ánimo sereno se interpuso entre los dos contendientes y los apaciguó; en seguida dijo al que había pronunciado el santo nombre de Dios en vano:

— Ven conmigo y no te arrepentirás.

Tomóle de la mano, llevóle a la iglesia ante el altar, y haciéndole luego arrodillar junto a sí:

— Pide perdón a Dios, le dijo, de la ofensa que le has hecho nombrándolo en vano.

Y como el niño no sabía el acto de contrición. Domingo rezólo juntamente con él. Luego añadió:

— Di conmigo estas palabras para reparar la injuria que has hecho a Dios: "Alabado sea Jesucristo y que su santo y adorable nombre sea siempre alabado".

Este angélico joven esforzábase en impedir a toda costa la ofensa de Dios; en una ocasión no vaciló interponerse entre dos compañeros mayores que habían jurado romperse la cabeza a pedradas; en otra alejó del Oratorio a un sujeto que tenía conversaciones escandalosas. Véase su biografía (que todo niño debería tener y leer a menudo).

2º **Positivamente.** — Tres grandes medios tenemos a nuestro alcance para promover la gloria de Dios: **Oración, Limosna y Acción.**

a) **Oración.** — Es increíble la eficacia que tiene la oración para conseguir de Dios la conversión de las almas; muchas veces ésta se atribuye a la predicación, a los consejos de tal o cual persona; pero la verdadera causa es la oración de un alma humilde. Dios así lo ha revelado en algunas ocasiones y lo comprenderemos perfectamente el día del juicio final que será el día de las grandes revelaciones.

Dice San Juan M. Vianney, conocido comúnmente con el nombre del Cura de Ars: **Una sola elevación del corazón hacia Dios, puede alcanzar la salvación de un alma.**

Y Sta. Teresita del Niño Jesús: **Un alfiler recogido por amor, puede impetrar la conversión de un alma.**

EJEMPLO. — **La oración de Santa Catalina.** — En Febrero de 1371 Santa Catalina de Sena se encontró con un cortejo que conducía al suplicio a dos insignes malhechores; según la bárbara costumbre de la época los verdugos durante el trayecto atormentaban a sus víctimas con tenazas candentes; mientras aquéllos blasfemaban horriblemente a causa del dolor, vió la Santa una legión de demonios, danzando alrededor de sus almas. La piadosa virgen de Sena angustiada por tan horrendo espectáculo, pónese en oración y después de breve coloquio con el celestial Esposo, la gracia es concedida... Jesús aparece en ese mismo instante a los dos enjuiciados, los exhorta vivamente a la contrición y ambos al punto piden un sacerdote; éste no acierta a explicarse tan repentina mutación...; suben al cadalso cantando las alabanzs de Dios e implorando su clemencia.

b) **Limosna.** — Es costumbre en ciertas naciones que aquellos jóvenes que no pueden hacer el servicio militar, suplan pagando una multa o tasa que se destina a los gastos del ejército; así también en la república cristiana los que no son llamados a ejercer el sacerdocio o a ir como misioneros a tierras de infieles, deben ayudar con su dinero a todas las obras de la gloria de Dios, verbigracia: Vocaciones eclesiásticas, seminarios, misiones, buena prensa, propaganda católica, cultos, escuelas y hospitales católicos, iglesias y capillas, asociaciones, etc.

Si los impíos invierten sumas fabulosas para la propaganda del mal ¿no será muy justo que los católicos den generosamente para las obras de la gloria de Dios? Por desgracia no faltan católicos pudientes que en estos casos cierran su bolsa. Se confirman así las palabras de Jesucristo: **Los hijos de este siglo** (es decir los malos) **son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz** (los buenos) (Luc. XVI, 8).

EJEMPLO. — Presentóse un día a las puertas del Seminario de Padua un niño de familia pobre. Modestamente vestido y con la timidez del que solicita un favor, entregó al Rec-

tor una carta de recomendación firmada por el Cura de la parroquia.

— Señor, balbuceó con embarazo el niño, dicen que tengo vocación sacerdotal, pero soy muy pobre... no tengo cómo educarme; por eso vengo aquí para que Ud. vea lo que se puede hacer conmigo.

El Rector, cuyo seminario pasaba por muy duras estrecheces, con dolor hubo de decirle:

— Mira hijo, por ahora no se puede... vuelve más tarde... tal vez entonces... en fin veremos.

Pero llegado el hecho a noticia de una caritativa señora, se ofreció gustosa, aun con notable sacrificio, a costear la educación de ese niño, que era aquel día el modestísimo José Sarto y que más tarde fué el santo e inmortal Pío X muerto en 1914, después de once años de glorioso pontificado.

c) **Acción.** — No contentas las almas con rezar y dar limosnas, descienden al campo de la acción como si fuesen sacerdotes y se prodigan generosamente por la causa de Dios promoviendo el esplendor de las sagradas funciones, organizando manifestaciones católicas, dirigiendo asociaciones parroquiales, escribiendo libros, periódicos, folletos que propagan la verdad y las buenas costumbres; pero sobre todo dando buenos consejos, animando a los pusilánimes, enseñando a pequeños y a adultos las verdades religiosas.

Acción Católica. — Una obra que comprende los tres medios de que hemos hablado es la Acción Católica organizada por S. S. Pío XI, cuyo objeto es vincular los buenos católicos al trabajo de los sacerdotes a fin de defender los derechos conculcados de Dios y de promover su gloria en la sociedad cristiana. Día a día va ganando terreno y sus frutos se dejan sentir doquiera se ha implantado.

EJEMPLO. — **Un gran soldado de Jesucristo fué ciertamente San Ignacio de Loyola, del cual escribe su discípulo y biógrafo el P. Rivadeneira: En el mes de Julio de 1541 San Ignacio dijo en mi presencia: "Si Dios me dejase escoger entre**

morir ahora y entrar en posesión de la bienaventuranza o bien quedar aun en vida incierto de la perseverancia en el bien, escogería esto segundo, con tal que supiese poder hacer aun alguna cosa por la gloria de Dios ". Al decir esto abrigaba la íntima convicción de que no podía perder el paraíso el que hubiese promovido con todas sus fuerzas la gloria de Dios. El lema de este Santo y el de todos sus discípulos, los padres jesuitas, es el siguiente: A. M. D. G. - **A mayor gloria de Dios.**

NOTA LITURGICA. — La Iglesia ora y quiere que sus hijos oren mucho por la conversión de los infieles: a tal objeto ha establecido:

a) Una misa especial " Pro fidei propagatione ", **por la propagación de la fe.**

b) Una invocación en las letanías de los Santos: " Pedímoste, Señor, te dignes llamar a la unidad de la fe a todos los extraviados y conducir la luz del Evangelio a los infieles de todo el mundo ".

c) El **día misional,** (penúltimo domingo de Octubre) en el que se predica, se ofrecen oraciones y se hacen colectas por las misiones.

d) Asociaciones piadosas, como la " Santa Infancia ", la " Obra de la Propagación de la Fe ", etc., cuyos miembros se proponen orar y dar alguna limosna por las misiones.

e) Una Congregación de Cardenales y altos dignatarios llamada " Propaganda Fide " cuyo oficio es velar por todo lo concerniente a misiones entre infieles.

San Bernardino de Siena y el nombre de Jesús. — San Bernardino de Siena es una figura tallada en la madera de las lumbreras de la Iglesia y de los Apóstoles de avasalladora acción proselitista. Vivió en el siglo XIV y perteneció a la orden de San Francisco de Asís. La ciencia sagrada que poseía le permitió escribir tratados admirables sobre los capítulos más importantes del dogma cristiano, sobre ascética, teología y moral. Algunos de sus biógrafos opinan que San Bernardino de Siena merecería el título de Doctor de la Iglesia.

Su gloria principal es el haber sido el clarín sonoro que hizo vibrar en el mundo entero las armonías divinas del Nombre de Jesús. Por eso se lo representa, sosteniendo en la mano la tablilla en que aparece dibujado ese divino nombre. Acostumbrados a ver por todas partes el monograma formado por la J., la H. y la S., del Jesús Hominum Salvator, no siempre recordamos la parte principalísima que tuvo San Bernardino en esa devoción, al presente universalizada.

Al llegar el santo, un día, a cierta ciudad de Italia en que debía predicar, se encontró con un pobre hombre ocupado en dibujar cartas de juego. Propúsole otro medio de ganarse la vida, ofreciéndole un trabajo más productivo y, habiendo ob-

tenido la aceptación, el apóstol trazó un círculo y escribió en el centro el nombre de Jesús, rodeado de rayos luminosos, y dijo al pintor: " Haz muchas cartas a ésta semejantes ". El hombre hizo lo que se le propuso y no tardó en ver el copioso rendimiento de esas cartas, que le produjeron una abundancia en que jamás había soñado. Mayores, sin embargo, fueron las maravillas logradas por el santo al solo exponer a la veneración de los pueblos el cuadro que llevaba siempre consigo.

La gloria de Dios debe ser preferida a cualquier otro interés o provecho nuestro.

Tratándose de cosas de la mayor gloria de Dios, a imitación de los santos, hemos de estar dispuestos a anteponerlas a cualquier otro interés o provecho nuestro.

¿Qué diríamos del siervo que no quisiese molestarse de ningún modo y prefiriese su bienestar al de su amo? ¿Qué decir del cristiano que no quiere incomodarse por su Dios que es su Creador y Redentor?

Aun cuando Dios no nos hubiese hecho ningún beneficio, ni nos prometiese el paraíso, aun entonces deberíamos servirle porque le basta ser Dios para tener derecho a la adoración y al amor de todas las criaturas. Con mayor razón hemos de servirle y procurar su gloria en atención a tantos beneficios que nos ha prodigado y al premio incomparable que nos promete.

Urías, general del ejército de David, invitado a ir a descansar respondió: " El arca de Dios e Israel y Judá habitan en pabellones; y Joab, mi señor y los siervos de mi señor duermen sobre la desnuda tierra; ¿y he de entrar yo en mi casa para comer y beber y regocijarme? Por tu vida y por tu salud no haré tal cosa ". Así también debe responder el alma amante de Dios.

Los santos tenían presente la respuesta dada por Jesucristo

a los discípulos que lo convidaban a comer: *Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento a su obra,* o sea que trabaje *para que mi Padre sea conocido y honrado en todo el mundo.*

Si Jesucristo, siendo Dios igual al Padre, consideraba que debía dejar a un lado sus propios intereses y comodidades para procurar la gloria de su Padre celestial, ¡con cuánta mayor razón hemos de hacerlo nosotros criaturas suyas infinitamente inferiores a El!

Es terminante la recomendación del divino Maestro: *Buscad primero el Reino de Dios,* es decir su gloria, sus intereses.

Relación de esta petición con los tres primeros mandamientos y con los sacramentos.

Así como Dios al promulgar sus mandamientos en el monte Sinaí entregó a Moisés dos tablas: en una estaban escritos los tres mandamientos que se refieren al honor de Dios y en la otra los que miran al bienestar del hombre; así también Jesucristo al darnos la fórmula de oración, el Padrenuestro, lo dividió en dos partes: la primera, que comprende tres peticiones se refiere exclusivamente a Dios; la segunda, que abarca cuatro peticiones, tiene por objeto las necesidades del hombre.

Además de lo dicho notamos una íntima relación entre la **primera petición** y los **tres primeros mandamientos.**

Tanto aquélla como éstos miran al honor que se debe a Dios: El primer mandamiento "No tendrás otro Dios más que a mí", nos ordena dar a Dios el culto debido, y nos prohibe los pecados contrarios a la religión que es la virtud que regula nuestras relaciones con Dios.

El segundo mandamiento " No tomar el nombre de Dios en vano " nos manda respetar ese santo nombre y nos prohibe de un modo especial la blasfemia.

El tercer mandamiento " Acuérdate de santificar las fiestas " también mira a la gloria de Dios la cual se procura grandemente dedicando el día festivo a actos públicos y privados de religión.

La primera petición " Santificado sea el tu nombre " se relaciona también con los siete sacramentos que santifican el alma dándole o aumentándole la gracia.

Siendo el alma humana imagen de Dios, según El mismo lo ha dicho al crearla, purificando y santificando la imagen, también se glorifica a Dios.

Cuando queremos honrar a un personaje ausente, limpiamos su retrato, y lo ponemos bien adornado a la vista de los espectadores, los cuales aplauden y recitan discursos ante ese cuadro como lo harían ante la persona en él representada. Lo mismo hacemos respecto de Dios cuando por medio de los sacramentos purificamos y engalanamos el alma: los hombres al ver nuestra pureza y santidad no pueden menos de glorificar en nosotros al Creador.

Así como los hijos cuanto más buenos y corteses son, más honran a sus padres (y viceversa); así también el cristiano cuanto más perfecto es, más honra a Dios, su Padre celestial. Es así que los sacramentos son los medios de que disponemos para perfeccionarnos; luego concluimos que los sacramentos son medios excelentes de honrar o glorificar el Nombre de Dios.

Dignidad del nombre cristiano que es reflejo del Santo Nombre de Dios.

A los medios positivos y negativos de promover la gloria de Dios ya indicados, añadimos aquí otro de

indiscutible eficacia y sin el cual serían vanos aquéllos: nos referimos al **buen ejemplo.**

Ya nos inculcó esto el mismo Jesucristo cuando dijo: **Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos** (Mat. V, 16).

El Príncipe de los Apóstoles exhorta a los fieles diciendo: **Observad buena conducta entre los gentiles para que los que dicen mal de vosotros como de malhechores, vean vuestras buenas obras y glorifiquen a Dios** (I Petr. II, 12).

Los primeros cristianos cumplían tan bien este aviso, que muchos gentiles se convertían a la verdadera fe, más que por las explicaciones, por los buenos ejemplos y por los actos heroicos de virtud (especialmente de caridad) que veían practicar a aquellos discípulos de Jesucristo.

Así como los militares, especialmente cuando visten uniforme, se esfuerzan en conducirse con toda corrección porque el menor desliz sería en desdoro del ejército y de la nación a que pertenecen; así también el cristiano, que por el Bautismo es hijo de Dios y por la Confirmación soldado de Cristo, ha de evitar diligentemente toda palabra, acción, gesto, actitud que desdigan de su profesión, porque no sólo se deshonra a sí mismo sino también a la religión y a su divino Fundador.

Ha dicho Jesucristo: (Mat. VII, 17) *Los buenos frutos arguyen la bondad del árbol;* así también la virtud de los buenos hace pensar en la santidad del que fundó una religión tan a propósito para producir santos.

EJEMPLOS. — Mientras predicaba un misionero en la plaza pública, pasó un infiel y le escupió en el rostro. Sin perder su serenidad el sacerdote sacó el pañuelo, limpióse y

siguió predicando. Maravillado el infiel por tan heroica paciencia, dijo en sus adentros: "Una religión que inspira tanta virtud debe ser divina; ese hombre dice la verdad". Y sin más pidió ser instruído en nuestra religión y recibir el bautismo.

San Vicente de Paul después de haber tratado con San Francisco de Sales, exclamó con transporte: "¡Oh, Señor, cuán santo no seréis Vos si el Obispo de Sales lo es en tan alto grado!" Lo mismo debieran poder decir cuantos mantienen relaciones con nosotros.

Llamó un día San Francisco de Asís a un fraile y díjole: — Vamos a predicar. Salieron ambos, recorrieron unas cuantas calles de la ciudad y regresaron al convento sin decir palabra.

— Pero, Padre Francisco, ¿no predicamos? díjole admirado el fraile.

— Hermano, ya hemos predicado, respondió tranquilamente San Francisco.

— ¿Cómo? ¿No ve Ud. que no dijimos nada?

— Mucho hemos predicado, concluyó el pobrecito de Asís, nuestro sermón ha sido el buen ejemplo.

En efecto la gente al ver a esos dos frailes andar con tanta modestia y compostura y al considerar que todo lo habían abandonado para seguir a Cristo, quedaba edificada y bendecía al Señor.

Prediquemos siempre este sermón que está al alcance de todas las inteligencias aún de las menos privilegiadas y que supera en eficacia a cualquier otro discurso.

CAPITULO VIII.

Segunda Petición:

"VENGA A NOS EL TU REINO"

---

333. - *¿Cuál es la segunda petición del Padre Nuestro?*

La segunda petición del Padre Nuestro es "Venga a nos el tu reino" y en ella pedimos que reine Dios en nuestras almas por la gracia y después nos dé la gloria eterna.

En la segunda petición "Venga a nos el tu reino" pedimos tres cosas:

1º Que el Reino de Dios que es **su Iglesia** se extienda más en el mundo.

2º Que venga a nuestras almas y permanezca habitualmente en ella, el Reino de la **gracia santificante.**

3º Que después de esta vida podamos alcanzar el **Reino de los cielos,** que es el fin por el cual fuimos creados.

La palabra "Reino". — Dios es el Señor y Rey de todo el universo porque El lo sacó de la nada, lo conserva y lo tiene sujeto a su dominio: **Del Señor es la tierra y todo lo que hay en ella** (Salmo 23). Por consiguiente todo el universo, cielo y tierra, puede con razón llamarse su Reino. Mas en la segunda

petición no se toma en este sentido la palabra **reino,** porque a este reino o dominio de Dios sobre toda criatura pertenecemos necesariamente nosotros y todas las cosas criadas, y por eso no necesitamos pedir que venga a nosotros. Aquí se trata, pues, de otro reino que es, como ya dijimos, de tres maneras:

1° Un reino dentro de nosotros: la Gracia.
2° Un reino alrededor de nosotros: la Iglesia.
3° Un reino sobre nosotros: el Paraíso.

Relación de esta petición con la anterior. — Esta petición guarda con la primera la relación que existe entre el fin y los medios de conseguirlo.

La primera petición: "Santificado sea tu nombre" nos trae el recuerdo de Dios, nuestro último fin, al cual debemos conocer, amar y servir en esta vida para gozar de El en la eterna.

La segunda petición nos señala los medios que debemos emplear para alcanzar tan noble fin. El medio indispensable es la gracia de Dios o gracia santificante, sin la cual nadie se salva; luego pedimos que el *reino de la gracia* venga a nuestras almas. Para adquirir, conservar y aumentar la divina gracia debemos entrar y permanecer en el seno de la Santa *Iglesia Católica,* que es el reino *temporal* de Dios y en la cual están siempre a nuestra disposición, los medios de adquirir la gracia, que son principalmente la palabra de Dios, la oración y los santos sacramentos. Finalmente, no alcanzaríamos nuestro fin si a pesar de vivir en estos dos reinos, la gracia y la Iglesia, no alcanzáramos el principal que es el *Reino de los cielos.*

Como se ve, pues, logrado el triple objeto de esta petición o sea los tres reinos (Gracia, Iglesia y Cielo) habremos conseguido nuestro último fin que es santificar, es decir, glorificar por toda la eternidad el santo nombre de Dios.

Que así demostrado que por medio de la segunda petición

"Venga a nos el tu reino" alcanzamos plenamente la primera "Santificado sea el tu nombre".

1º El reino de la Gracia.

Ante todo, el reino de Dios en nosotros es el reino de la divina gracia.

Jesucristo mismo dió esta explicación, pues cuando un día los fariseos, que esperaban el reino terreno del Mesías, preguntaron: — ¿Cuándo vendrá el reino de Dios?, Jesús respondió: — **El reino de Dios no ha de venir con muestras de aparato... el reino de Dios está en medio de vosotros** (Luc. XVII, 20 y 21).

La gracia de que aquí se trata es un don sobrenatural que nos hace justos, hijos adoptivos de Dios y herederos de la gloria; es en una palabra la amistad con Dios. ¿Puede haber cosa más preciosa? Si en esta vida ser amigo del rey es tenerlo todo ¿qué suerte mayor puede darse que ser amigo del Rey de los reyes?

Es tan necesaria esta gracia que sin ella no es posible entrar en el reino de los cielos: **No entrará en ella** (en la gloria) **ninguna cosa contaminada** o sea nadie que no esté revestido del traje de la gracia. (Apoc. XXI, 27).

En el Cap. 22 de San Mateo narra Jesucristo la parábola de los invitados a las bodas del rey y dice que mientras estaban comiendo alegremente, entró en la sala el rey para ver a los que estaban sentados a la mesa y reparó en un hombre que no iba con vestido de boda.

— Amigo, díjole el rey, ¿cómo has entrado tú aquí sin vestido de boda?

Pero él enmudeció; entonces el rey dijo a sus ministros:

— Atadlo de pies y manos, arrojadlo a las tinieblas exteriores, donde no habrá sino llanto y crujir de dientes.

La vestidura de boda simboliza la divina gracia, sin la cual nadie es admitido en el Reino de los Cielos.

Por consiguiente no basta que nos hallemos en el reino visible de Cristo, que es su Iglesia, sino es preciso que el reino de Dios venga a nuestros corazones o que nuestro corazón sea un reino en que tenga su trono el Altísimo.

Lejos, pues, de nosotros el pecado, único enemigo que puede desposeernos de ese reino; y si por desgracia hubiese penetrado en nosotros, echémoslo al instante destruyendo su dominación para que el Espíritu de Dios reine entera y absolutamente en él, según la expresión del Apóstol: **Vuestros miembros son templo del Espíritu Santo** (1ª Cor. III, 16).

El mundo está dividido en dos grandes reinos: el de Dios y el de Satanás. El dominio que éste ejercía en la humanidad antes de la venida de Jesucristo era mucho mayor que el que siguió a la muerte del Redentor, el cual triunfó del demonio en el árbol de la cruz. " Regnavit a ligno Deus ". **Reinó Dios desde la cruz,** canta la Iglesia en uno de sus himnos.

Diciendo " Venga a nos el tu reino " pedimos a Dios que nos sustraiga al reino despótico y cruel del demonio y nos tenga siempre sujetos al suave y apacible yugo de Jesucristo, a quien servir es reinar según frase de la Sagrada Escritura.

2º **El reino de la Iglesia.**

El segundo reino a que se refiere esta petición es la **Santa Iglesia,** reino visible fundado por Jesucristo, sellado con su Sangre preciosísima y al cual prometió su asistencia hasta el fin de los siglos.

Jesucristo aludió a este reino cuando dijo: (Mateo, XIII, 41) **Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y quitarán de su reino a todos los escandalosos.** San Gregorio explica este pasaje diciendo que aquí la palabra **reino** significa la Iglesia (en la cual hay buenos y malos) y en manera alguna el reino de los cielos en el cual no puede haber escándalo.

También quiso significar Jesucristo la Iglesia cuando en la parábola de las vírgenes dijo: **Semejante es el reino de los cielos a diez vírgenes... cinco de ellas prudentes y cinco necias ".** (Mat. XXV, 2).

Por la gracia del Bautismo fuimos elegidos con preferencia a tantos millones de hombres, a formar parte de este Reino de Dios; sin embargo pedimos y debemos pedir que venga a nosotros, y esto en dos sentidos:

a) Para que sepamos aprovechar mejor los tesoros inestimables que la Iglesia nos ofrece en orden a nuestra salvación.

b) Para que este reino se dilate, llegue hasta los últimos confines de la tierra, se extienda a todos los hombres del mundo: infieles, herejes, cismáticos, etc., a fin de que se cumpla el deseo de Jesucristo: **Habrá un solo rebaño** (la Iglesia Católica) **y un solo pastor** (el Papa) (Juan X, 16).

Seamos apóstoles. — No basta desear la difusión de la Iglesia: hemos de concurrir a ello con todos los medios que estén a nuestro alcance.

Imitemos a los apóstoles que abrasados en celo de la gloria de Dios se internaron hasta donde no llegó Alejandro ni

las águilas romanas y al sonido de su voz se extendió el reino de Dios: "In omnem terram exivit sonus eorum" (Salmo XIII).

Animados de este mismo celo mil y mil otros apóstoles se han suscitado a través de los siglos los cuales a costa de los mayores sacrificios y de las más terribles dificultades llevaron la buena nueva a otras naciones. Las arenas ardientes del desierto, los hielos polares, las tribus salvajes, no logran detener hoy al misionero ni a la Hermana de Caridad que donde quiera haya almas hechas a imagen de Dios, allí se apresuran a establecer su reino.

Si no podemos imitar a esos héroes, podemos al menos proporcionarles algún medio de subsistencia, dar limosnas, ofrecer oraciones, hacer propaganda por las misiones. (Véase lo dicho en el Cap. ant.).

EJEMPLO. — **San Juan Bosco y las Misiones.** — En los primeros años de su sacerdocio deseó ir a las misiones y habría cumplido su aspiración si no lo hubiese disuadido su confesor el Beato José Cafasso quien, iluminado por Dios, tuvo intuición de que aquel sacerdote sería más que simple misionero, a saber, fundador de una Congregación eminentemente misionera como es la salesiana.

Más tarde, cuando hubo fundado la Congregación, envióle Dios sueños misteriosos en los cuales vió el campo de apostolado en que trabajarían sus hijos: de un modo especial recorrió en espíritu las tierras americanas y argentinas, una de cuyas razas, la patagónica, vió representada en forma de salvajes en actitud de pedir auxilio al joven Juan Cagliero, entonces gravemente enfermo en el lecho y que más tarde fué el apóstol de esas tribus.

El Santo fué visto en repetidas ocasiones pensativo y lloroso ante un mapa del mundo deplorando que existiesen tantos millones de hombres privados de la luz del evangelio.

En 1875 tuvo la dicha de enviar a la Argentina los diez primeros misioneros salesianos que debían multiplicarse maravillosamente en esta tierra que Don Bosco llamaba su segunda patria.

Desde esa fecha hasta el presente año han salido de Turín, y precisamente del Santuario de María Auxiliadora, 70 turnos de misioneros, algunos de ellos con más de cien personas.

¡He aquí la obra de un alma que deseaba ardientemente

que el **Reino de Dios** llegase a todos los corazones y que el árbol de la Iglesia extendiese sus ramas hasta los últimos confines de la tierra!

3º El reino del Paraíso.

El reino de Dios por antonomasia es el Cielo, del cual ha dicho el Arcángel S. Gabriel: " Regni eius non erit finis ". **Su reino no tendrá fin** (Luc. I, 33).

Diciendo " Venga a nos el tu reino ", pedimos que tanto nosotros como nuestros hermanos, los hombres de todo el mundo, podamos reunirnos en aquella felicidad de la cual dijo el Apóstol: **Ni ojo alguno vió, ni oreja oyó, ni a la mente del hombre ocurrió lo que Dios tiene preparado para los que le aman** (1ª Cor. II, 9).

La Iglesia de la tierra es, por decirlo así, el vestíbulo o antesala del cielo; la gracia es la llave que nos abre las puertas celestiales; el cielo mismo es el fin o término, el centro de nuestros deseos.

Aunque este reino esté sobre nosotros y no descienda a nosotros, sin embargo pedimos diciendo " Venga a nos el tu reino " porque nos viene de la mano de Dios como recompensa de una vida virtuosa.

Pidamos, pues, noche y día esta gracia de ser felices moradores de aquel reino de bienaventuranza.

Trabajemos para conquistarlo. — No nos contentemos con pedirlo; hagamos cuanto esté de nuestra parte para merecerlo. Jesucristo ha dicho: **El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza; y los esforzados lo arrebatan.** (Mat. XI, 12). Cierto, la conquista del Paraíso exige sacrificios, privaciones, renuncias; mas ¿seremos tan flojos y cobardes que por no afrontarlas

perdamos un bien tan grande? ¿Qué no hace el soldado para conquistar una fortaleza, el avaro para aumentar su caudal, el atleta para vencer en los juegos? ¿No sería bochornoso para un cristiano que no hiciese para merecer la corona eterna e incorruptible lo que hacen los hombres para conseguir un premio efímero y deleznable? Estas palabras las dirige S. Pablo a los corintios (1ª Cor. IX, 24, 25), y termina diciendo: **Castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado;** con lo que nos da a entender que para conseguir el reino de los cielos han de parecernos leves y llevaderos aun los mayores sacrificios.

Aspiremos al cielo. — Hemos de hacer a menudo actos de deseos del cielo a imitación del real Profeta que así se expresa en uno de sus salmos: *¡Cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos. Mi alma suspira y padece deliquios ansiando estar en los atrios del Señor!* (Salmo 83, 1-2).

Me he alegrado por lo que se me ha dicho: a la casa del Señor iremos (Salmo 121).

Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo, lo cual es sin comparación mejor (Filip. 1-23).

San Ignacio de Loyola: "Quam sordet tellus cum caelum aspicio" *¡Oh! ¡cuán vil me parece la tierra cuando miro al cielo!*

Repitamos a menudo estos versos:

Hermosa patria del cielo
Do amor por amor se da!
Cuyo amable Rey, sin velo
Visto de todos será!
Venir a verte algún día,
Gozar de tu compañía
¿Cuándo dado me será?

¿Cuándo Señor mío, cuándo?
¡Ay! mira que suspirando
Por Ti viene el alma mía
Y derritiéndose va.

En la predicación de Jesús y de los Apóstoles siempre se habla de este reino.

Jesucristo hablaba a menudo del Reino de Dios ya en uno ya en otro de los sentidos que, según explicamos, suele darse a esta palabra. San Lucas dice expresamente que Jesucristo después de su resurrección aparecíase frecuentemente a sus discípulos y **hablábales del reino de Dios** (Act. I, 3). "Loquens de regno Dei".

Los apóstoles, imitadores de Jesucristo y continuadores de su doctrina, predicaban también muy a menudo sobre este hermoso tema ¿Por qué? Por las siguientes razones:

1° **Cada cual habla con gusto de lo que ama:** (Mat. XII, 34). Nada extraño, pues, que el divino Maestro tuviese siempre en sus labios ese Reino hermosísimo del cual procedía y en el cual habitaba con su divinidad; ese Reino que iba a fundar en la tierra para la salvación de las almas a él tan queridas; ese Reino que establecería en el corazón de los justos para vivir en su compañía: **Son mis delicias estar con los hijos de los hombres** (Prov. VIII, 31).

No de otra manera un extranjero habla con cariño de su patria lejana; un artífice, de la obra que tiene entre manos.

2° **Porque el Reino de los Cielos es lo que**

más debe interesar al hombre, según las palabras del mismo Jesucristo: **¿De qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma?** (Mat. XVI, 26).

3º **Porque los hombres son muy propensos a olvidar las cosas del cielo.** — Por lo mucho que están apegados a las cosas de la tierra. Luego es menester que a menudo se les llame la atención sobre ese reino. No de otra manera al niño que sólo piensa en sus juegos, hay que irle siempre a la mano y recordarle a cada paso sus obligaciones escolares.

Los centinelas, para no dormirse durante la noche, deben contestar de tiempo en tiempo a la voz de alerta que le dan sus compañeros y trasmitirla a su vez o otros; así también Jesucristo, los Apóstoles y sus sucesores los sacerdotes, nos trasmiten a menudo esa voz "Acuérdate del cielo", a fin de que nunca lo perdamos de vista y no nos durmanos en un sueño fatal.

4º Los judíos del tiempo de Jesús (como los de ahora) creían que el Mesías vendría a fundar un reino puramente temporal, librándolos de la dominación de los romanos bajo la cual habían caído. Jesucristo, trató de quitar este prejuicio de las mentes de sus paisanos haciéndoles ver que El venía a librar a los hombres del yugo del demonio y a fundar su Iglesia, sociedad visible, pero con fines puramente espirituales. Por esto contestó a Pilato que le preguntó si era Rey: "Regnum meum non est de hoc mundo (Juan XVIII, 36). Esto explica porque cuando, después de la multiplicación de los panes, las turbas entusiasmadas quisieron coronarlo rey, Jesucristo desapareció de en medio de ellos y retiróse a un monte a hacer oración.

NOTA LITURGICA. — **Fiesta de Jesucristo Rey.** — **Para remediar el olvido lamentable que los hombres tienen de Dios**

y sobre todo para reparar la injuria gravísima que las naciones han inferido a Jesucristo descartándolo de la legislación, de los edificios públicos, del gobierno, el Sumo Pontífice Pío XI ha instituído la festividad de Jesucristo Rey que se celebra todos los años el último Domingo de Octubre, como homenaje del mundo entero a su Creador y Supremo Señor. Hemos de celebrar esta fiesta con gran deseo de que Jesucristo sea rey de nuestras almas y que todos los soberanos y jefes de estado se sometan al suave yugo de este Rey pacífico, el cual ha dicho: **Suave es mi yugo, y ligero el peso mío.** (Mat. XI, 30).

Parábolas relativas al reino de Dios.

En el Capítulo XIII de San Mateo leemos las parábolas relativas al Reino de Dios; he aquí algunas de ellas:

1º **Parábola de la buena semilla y de la cizaña.** — El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo. Pero al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo, sembró cizaña en medio del trigo y se fué. Estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familias acudieron a él y le dijeron: — Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? Pues ¿cómo tiene cizaña? Respondióles: — Algún enemigo mío la habrá sembrado. Replicaron los criados: — ¿Quieres que vayamos a sacarlas? A lo que respondió: — No, porque no suceda que, arrancando la cizaña, arranquéis juntamente con ella el trigo. Dejad crecer uno y otro hasta la siega y entonces yo diré a los segadores: — Sacad primero la cizaña y haced gavillas de ellas para el fuego y meted después el trigo en mi granero.

Explicación. — El sembrador de trigo es Jesucristo que esparció doquiera por sí y por sus discípulos la simiente de su predicación. Sembradores de la cizaña o del error son el demonio y sus secuaces. El campo es el mundo en el cual andan mezclados buenos y malos. No obstante el deseo de los ángeles que, celosos de la gloria de Dios, quisieran exterminar a los malos, Dios se lo impide y aguarda con paciencia permitiendo esa mezcla a fin de probar la virtud de los buenos y poner a los malos en ocasión de convertirse con los ejemplos de aquéllos. El día del juicio universal se hará la separación definitiva: los malos (la cizaña) irán al infierno; los buenos (el trigo) al Reino de los Cielos.

2° **El grano de mostaza.** — Semejante es el reino de los cielos a un grano de mostaza que tomó en su mano un hombre y lo sembró en su campo; ese grano es en verdad el más pequeño; mas en creciendo viene a ser mayor que todas las legumbres y hácese árbol, de forma que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas.

Explicación. — Esta parábola demuestra la maravillosa propagación de la Iglesia. El grano es la Iglesia que pequeñísima y diminuta en un principio, humillada y perseguida por los poderes de la tierra y del infierno, creció no obstante de tal manera que hoy se halla extendida en todas las partes de la tierra y los pueblos descansan tranquilos a su sombra.

San Hilario ve en el grano de mostaza a Jesucristo, que fué entregado a muerte por el pueblo judaico y como sembrado en el campo, cuando su cuerpo

fué sepultado en la tierra. Este creció, y después se elevó sobre la gloria de los profetas que le precedieron.

3º **La levadura.** — Semejante es el reino de los cielos a la levadura que tomó una mujer y la mezcló con tres medidas de harina hasta que toda la masa quedó fermentada.

Explicación. — Esta parábola demuestra la fuerza y eficacia de la Iglesia. Así como la levadura esparcida por toda la masa, poco a poco la va mudando y convirtiendo en sí misma; del mismo modo la predicación de los Apóstoles y de sus santos sucesores mudó y convirtó a los pueblos haciéndolos semejantes.

4º *El tesoro escondido.* — Semejante es el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo, que lo halla un hombre, lo encubre de nuevo y gozoso del hallazgo, va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo.

Explicación. — Este tesoro de inestimable valor es la gracia santificante para cuya adquisición y conservación hemos de estar dispuestos a perderlo y sufrirlo todo, a imitación de muchos santos y mártires. Recuérdese el ejemplo de José el egipcio que prefirió ser encerrado en la cárcel antes que perder el tesoro de la gracia de Dios.

5º *La red y los peces.* — También el reino de los cielos es semejante a una red que echada en la mar, allega todo género de peces; y cuando está llena la sacan a la orilla y sentados allí los pescadores, escogen los peces buenos y los meten en vasijas, y arrojan los de mala calidad.

Explicación. — Esa red puede simbolizar la Iglesia en la cual hay buenos y malos cristianos; también es imagen del mundo. En la consumación de los siglos — dice Jesucristo — saldrán los Angeles y apartarán a los malos de entre los justos y los meterán en el horno del fuego; los justos irán a la gloria.

6º *Las diez vírgenes.* — El reino de los cielos es semejante a diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa. De las cuales cinco eran necias y cinco prudentes. Pero las cinco necias al tomar sus lámparas, no se proveyeron de aceite. Al contrario, las prudentes, junto con las lámparas llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas, y al fin quedaron dormidas. Mas llegada la media noche se oyó una voz que gritaba: — Mirad que viene el esposo, salidle al encuentro. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Entonces las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que éste que tenemos no baste para nosotras y para vosotras, mejor es que vayáis a los que venden y compréis el que os falta. Mientras iban éstas a comprarlo, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta.

Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: — ¡Señor, Señor, ábrenos! Pero él respondió y dijo: — La verdad os digo que yo no os conozco.

Así que, velad vosotros, ya que no sabéis ni el día ni la hora (Mat. XXV, 1 al 13).

Explicación. — El reino de los cielos representa la Iglesia; las vírgenes prudentes son imagen de aquéllos que durante la vida procuran enriquecerse de buenas obras; las necias representan a aquellos otros que no se preocupan de las cosas celestiales o bien piensan arreglar los asuntos del alma en la hora de la muerte. La llegada repentina del esposo representa la muerte la cual viene según dice Jesucristo cuando menos se piensa, sin dar tiempo a prepararse debidamente. ¡Dichosos aquéllos que al presentarse al divino Juez tienen ordenadas las partidas de su alma! Procuremos nosotros ser de este número, viviendo a cada momento como si entonces debiésemos morir.

CAPITULO IX.

Tercera Petición:

HAGASE TU VOLUNTAD ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.

334. - *¿Cuál es la tercera petición del Padre Nuestro?*

La tercera petición del Padre Nuestro es "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo" y en ella pedimos que hagamos la voluntad de Dios los que estamos en la tierra, como la hacen los bienaventurados en el cielo.

Relación de esta petición con las dos primeras. — En las dos primeras peticiones hemos hablado de Dios y de su reino; en esta tercera se indica el medio para llegar a la posesión de Dios y de su reino y este medio es el cumplimiento de la divina voluntad, según lo ha dicho el mismo Jesucristo: **No todo el que me dice ¡Señor! ¡Señor! entrará por eso en el reino de los cielos, sino que tan sólo entrará el que hiciere la voluntad de mi Padre** (Mat. VII, 21).

Excelencia de esa divina voluntad. — Siendo infinitamente santo y perfecto, también lo son sus facultades y atributos, entre ellos su voluntad, la cual iluminada por su ciencia infinita sólo puede querer lo bueno y perfecto. Lejos, por lo tanto, de nosotros la idea de que Dios pueda querer algo malo: si no lo

pueden querer los ángeles y los bienaventurados, mucho menos Dios. ¡Cuán distinta es, pues, su voluntad de la de los hombres inclinada al mal desde su adolescencia, como dice la Escritura (Gén. VIII, 21).

Necesidad de hacer la voluntad de Dios. — Siendo tan perfecta la voluntad de Dios y tan inclinada al mal la nuestra, se sigue que, si queremos salvarnos, no nos queda otro recurso que enderezarla hacia Dios procurando acercarla a ella cuanto podamos.

Las naves en alta mar, especialmente cuando hay tormenta, tienden continuamente a desviarse de la ruta; pero el piloto con un golpe de timón la endereza al instante según la dirección que señala la aguja magnética; así también la navecilla de nuestra alma que azotada por el viento de las pasiones se desvía continuamente de su último fin, debe ser continuamente enderezada según esa brújula invariable y segura que es la adorable Voluntad de Dios.

Debemos pedir que se cumpla esa voluntad. — Aunque está en nuestra mano el hacer o no la voluntad de Dios, sin embargo tenemos motivos para pedirle nos ayude a cumplirla, porque el pecado original obscureció nuestro entendimiento e inclinó nuestra voluntad hacia el mal; ya deploraba esta triste condición el Apóstol cuando decía: *Veo otra ley en mis miembros la cual resiste a la ley de mi espíritu y me sojuzga a la ley del pecado* (Rom. VII, 23).

Luego así el justo como el pecador deben pedir a Dios les haga conocer su voluntad y les dé fuerza para cumplirla. David pedía con frecuencia: *Enseñadme, Señor, a cumplir vuestra voluntad. Conducidme por la senda de vuestros mandamientos. No permitáis que me extravíe del camino de vuestros preceptos.*

Jesucristo nos enseña a pedir diciendo "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Dadnos, Señor, vuestra mano, pues aunque la voluntad quiera cumplir los mandamien-

tos, se lo impide la flaqueza de la carne: "Spiritus promptus est, caro autem infirma" (Mat. XXVI, 41) podemos decir con mucha mayor razón que Jesucristo en el huerto de los Olivos.

Dadnos, Señor, vuestra mano, pues queriendo correr, no podemos. Alas tiene nuestra alma, quisiera levantarse al cielo, pero la pesadez del cuerpo se lo impide.

Estos pensamientos deben embargar nuestra alma cuando decimos "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo".

Debemos protestar sumisión a esa divina voluntad. — Padre, debemos decirle a Dios, hágase vuestra adorable voluntad en nosotros y en todas las criaturas. Haced de mí y de todas mis cosas lo que fuere de vuestro mayor agrado. Todos vuestros juicios son santos y justos, y los adoro humildemente y me someto a ellos de todo corazón.

Si os place enviarme graves pruebas, amargas penas y dolores, hágase vuestra voluntad y no la mía.

Si se levantan contra mí numerosos enemigos; si por envidia o malicia me menosprecian y calumnian, me roban el honor, buen nombre y bienes, de vuestras manos, Señor, recibiré este cáliz de amargura. Os diré con vuestro Hijo adorable: *Así sea, oh Padre, por que así fué de vuestro agrado* (Mat. XI, 26).

EJEMPLOS. — **El Patriarca Job.** — Dios en este santo patriarca quiso dejarnos un modelo de conformidad a su divina voluntad:

Un día llegó a la casa de Job un mensajero y le dijo: — "Estando tus bueyes arando y los asnos paciendo, los Sabeos lo han robado todo y han pasado a cuchillo a los mozos: sólo yo he huido para traerte la noticia". Mientras éste hablaba, llegó otro y dijo: — "Fuego de Dios ha caído del cielo y ha reducido a cenizas ovejas y pastores". Y enseguida un tercero: —"Los Caldeos se llevaron todos los camellos después de haber dado muerte a los criados". Luego un cuarto: — "Tus hijos e hijas estaban comiendo, cuando, de repente un huracán derrumbó la casa y todos murieron aplastados". Como si todo esto no bastara, apoderóse de su cuerpo una lepra tan asquerosa que habiéndose vuelto insoportable hasta a sus parientes, fué llevado a un muladar, donde para colmo de infortunios hubo de soportar los insultos de su mujer y las repren-

siones de sus amigos que lo creían culpable de un gran pecado. Firme el santo Patriarca en su confianza en Dios, permaneció inalterable en medio de tantas calamidades. A su mujer que lo injuriaba, decía: "Si de Dios hemos recibido los bienes ¿por qué no recibimos también los males cuando a El place enviárnoslos? Y exclama con resignación: El Señor me lo dió todo, el Señor me lo ha quitado. Sea hecho lo que es de su agrado, bendito sea el nombre del Señor".

Resignación de Tobías. — Tobías era un santo israelita que a pesar de haber sido llevado cautivo a Asiria(717 años antes de Jesucristo) no abandonó el camino de la verdad. Vivía todo entregado a la oración y a las obras de misericordia especialmente la de enterrar a los muertos. Acaeció que un día, fatigado de enterrar, vino a su casa y echándose junto a una pared se quedó dormido; en esto le cayó de un nido de golondrinas un poco de estiércol caliente sobre los ojos y quedó ciego. Permitió el Señor que le viniese esta prueba, para que quedase a los venideros un ejemplo de su paciencia, así como la del santo Job; porque no se entristeció contra Dios por haberle venido la ceguera, sino que permaneció firme en el temor de Dios, dándole gracias todos los días de su vida.

Cuál es la voluntad de Dios.

Demostrada la necesidad de conformar nuestra voluntad con la de Dios, es lógico inquirir cual sea esa divina voluntad.

A esta pregunta responde el Apóstol: **Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación** (1ª Tesal. IV, 3).

Ya antes Jesucristo había dicho: **Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial** (Mat. V, 48).

Para conseguir esta perfección debemos:

1º Cumplir los **diez mandamientos** que Dios ha grabado en la conciencia de cada hombre y que más tarde promulgó en el monte Sinaí. Jesucristo confirmó estos mandamientos y recomendó su exacta observancia.

" Serva mandata " (Mat. XIX, 17). **Cumple los mandamientos,** respondió al joven que le preguntaba qué debía hacer para salvarse.

2° Cumplir los **preceptos** de la Iglesia cuya observancia ayuda a la de los mandamientos. Jesucristo nos manda obedecer en todo a la Iglesia y a sus legítimos pastores, especialmente al Sumo Pontífice. Por lo tanto no cumple la voluntad de Dios el que se niega a cumplir las disposiciones de la Iglesia.

3° Cumplir los **deberes y obligaciones del propio estado.** Además de los mandamientos y de los preceptos, comunes a todos, quiere Dios que cada uno cumpla las obligaciones del estado, oficio o condición en que se halle: el sacerdote, el religioso, el médico, el gobernante, el padre, el maestro, el juez, el comerciante, el alumno, etc., tienen especiales deberes que satisfacer. Por lo tanto se oponen a la voluntad de Dios cuando voluntariamente no cumplen o descuidan esos deberes.

Cómo nos manifiesta Dios su voluntad. — Fuera de los casos extraordinarios en que Dios se aparece a un hombre para comunicarle su pensamiento, nos manifiesta su voluntad de dos modos:

a) *Directamente,* por medio de buenas inspiraciones o deseos vehementes que sentimos de hacer alguna cosa.

b) *Indirectamente* por medio de la *Iglesia* a la cual confió la misión de interpretar y explicar la Sda. Escritura, donde se contiene la palabra y la voluntad de Dios; por medio del *confesor o director espiritual* encargado de dirigir las almas por el camino de la salvación; por medio de los *padres maestros, educadores,* los cuales también han recibido de Dios la misión de dirigir especialmente a los niños.

EJEMPLO. — **Sabia respuesta de Domingo Savio.** — Desde sus más tiernos años este santo jovencito había comprendido que los padres tienen el lugar de Dios el cual nos comunica su voluntad por medio de ellos.

Un día fué convidado por unos niños a bañarse en el arroyo. A todas las excusas que oponía para declinar la invitación, respondían aquéllos con argumentos más o menos especiosos. No sabiendo ya Domingo a qué recurso acudir, tuvo de repente una feliz inspiración:

— Antes de hacer lo que me aconsejáis — dijo — quiero pedir permiso a mamá; si ella me dice que sí, iré; de lo contrario, no voy.

Calla, simplón — respondieron. — Cuídate de decirlo a tu madre, que ella a buen seguro no te dejará venir; al contrario, se lo diría a nuestros padres, que nos harían pasar el calor a varitazos.

— ¡Ah! — contestó Domingo Savio resuelto — si mamá no quiere que vaya, señal es de que es malo ir allá y por tanto no voy... Ni me habléis ya de nadar: si eso no gusta a vuestros padres no deberíais hacerlo, porque Dios castiga a los hijos que obran contra la voluntad de sus padres.

Cómo hemos de hacer la voluntad de Dios.

No de cualquier modo, sino en la forma que señala la petición: **Como en el cielo.** Los hombres en la tierra hemos de cumplir la divina voluntad con la misma perfección con que la cumplen los bienaventurados en el cielo.

Cuatro son las cualidades de la verdadera y perfecta obediencia: **pronta, entera, alegre, amorosa:**

1º Debemos cumplir la voluntad divina con toda **prontitud,** a imitación de los ángeles que están pendientes de los labios de Dios para ejecutar al instante sus mandatos; a imitación de San José y de la Sma. Virgen cuando Dios por medio de un ángel ordenóles partir al instante para Egipto porque Herodes andaba en busca del niño Jesús para darle muerte; avisados de noche, no aguardaron al día siguiente, si-

no que partieron esa misma hora (Mat. II, 13, 14, 15).

2° Debemos obedecer **enteramente,** es decir, ejecutar la orden recibida; hacerla en el tiempo, lugar y modo que más sean del agrado de Dios. Debemos obedecer a todos los mandamientos y no a algunos tan sólo; y cumplir todas nuestras obligaciones. Recuérdese aquella copla:

Corazones partidos.
Yo no los quiero:
Que cuando doy el mío
Lo doy entero.

¡Con cuánta generosidad se sometió Jesucristo a la voluntad de su Padre durante su dolorosísima pasión! Nada omitió de lo que debía suceder o padecer según las profecías, cumpliendo hasta el menor de los detalles, como lo expresó con aquellas palabras: "Consummatum est", *todo está consumado,* es decir todo se ha cumplido en mi persona. No padeció cuando quiso, sino en la hora establecida por su Padre: "Nondum venit hora mea", *todavía no ha llegado mi hora,* la de padecer, dijo en varias ocasiones en que quisieron prenderle; y cuando llegó, entregóse espontáneamente en manos de sus enemigos.

3° Con **alegría.** ¡Cómo sufre el superior cuando ve que el súbdito obedece de mala gana, a regañadientes; como quien está reventado con la carga! Así son respecto de Dios muchos cristianos que obedecen y cumplen la ley pero con tristeza y lamentos.

Hacer sólo las cosas que nos agradan y complacen no es verdadera obediencia, sino halago de la propia voluntad. La verdadera obediencia que nos hace queridos de Dios consiste en hacer de buena gana todo lo que nos manda; pues, como escribe San Pablo: **Dios ama al que alegremente da** (2ª Cor. IX, 7).

Imitemos a los ángeles y bienaventurados que considerándose altamente honrados de poder cumplir las órdenes de Dios, las ejecutan con regocijo y alegría.

" Servite Domino in laetitia ": **Servid al Señor con alegría,** nos dice el Real Profeta: así obedecen los hijos a diferencia de los esclavos.

4º Debemos obedecer por **amor** de Dios y no tanto por temor del castigo o la esperanza del premio. Esta es la razón por que aman los bienaventurados: porque Dios por sí mismo es digno de ser amado sobre todas las cosas. Digamos a menudo:

" Aunque no hubiera cielo, yo te amara
Y aunque no hubiera infierno te temiera".

El hijo bueno y cariñoso ama a sus padres aun cuando sean pobres y no espera de ellos ninguna herencia; no así el hijo interesado y frío.

No queremos decir que obre mal el que cumple la divina voluntad movido por el premio o el castigo; sólo decimos que es mucho más perfecto y conforme a la conducta de los bienaventurados del cielo, servir a Dios por puro amor, prescindiendo de toda idea de galardón o castigo.

La voluntad de Dios y los superiores. — Alguien extrañará que a la pregunta " Cómo se debe cumplir la voluntad de Dios " hayamos respondido explicando los caracteres de la perfecta obediencia como si se tratase de obedecer a hombres.

Téngase presente que Dios gobierna el mundo por medio de los hombres; por consiguiente obedeciendo a éstos obedecemos a Dios. El mismo Jesucristo así lo ha declarado a sus apóstoles y en ellos a todos sus sucesores: *Quien a vosotros oye* (u obedece) *a mí me oye* (u obedece); *quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia* (Luc. X, 16).

Dios algunas cosas nos las manda por sí mismo, directamente, p. ej.: los mandamientos, las inspiraciones; pero muchas otras nos las impone por medio de otros hombres a quienes reviste de su autoridad; éstos son los padres, los maestros, el confesor y en general nuestros superiores a quienes por consiguiente debemos obedecer como a Dios mismo.

No importa que esos superiores tengan defectos (¿qué hombre no los tiene?); los defectos no les quitan un ápice de su autoridad, ni desligan a los súbditos de la obediencia. Así como el soldado debe obedecer a su capitán (siempre que le mande cosas lícitas), aunque sea vicioso, cruel, soberbio, porque representa a Dios, autoridad suprema. El buen súbdito debe, pues, abstraer de las cualidades morales del superior para ver en él tan sólo la autoridad a la cual representa aunque indignamente. Al que va a la fuente por agua poco le importa que el acueducto sea de barro o de metal precioso; interésale el agua; así también al hombre debe estarle a pecho la divina voluntad, no las cualidades de la persona por quien ella se nos manifiesta.

EJEMPLO. — **Santa Gertrudis.** — Cuando esta santa recitaba el Padrenuestro, al llegar a la tercera petición, tenía la costumbre de repetir muchas veces estas palabras: "Hágase, Señor, tu voluntad". Un día que oraba de este modo se le apareció el Divino Salvador, y presentándole en cierta manera la salud en una mano y la enfermedad en la otra, le dijo: "Hija mía, escoge". ¿Qué elegiría la sierva de Dios? ¿La salud? — No. ¿La enfermedad? — Tampoco. Sin conocer los designios de Dios, se limitó a repetir: "Hágase, Señor, tu voluntad y no la mía".

Ese es en verdad el sentimiento cristiano.

Inspiraciones y vocación.

Inspiraciones son voces secretas por las cuales Dios nos habla; es la voz de la conciencia; son los buenos deseos que a menudo sentimos, especialmente después de la comunión, de la visita al Smo. Sacramento, etc.

¿Cómo nos vienen? — De muchas maneras Dios nos habla: por medio de una buena lectura, de un buen ejemplo, de una plática, de una desgracia, de una muerte repentina... de todo se vale Dios para llamar a la puerta del corazón y guiarlo hacia el bien.

¿Debemos corresponder a ellas? — Sí, por las siguientes razones:

a) Porque hay que obedecer a Dios. El lo dice por el Salmista: **Si hoy oyereis su voz, no queráis endurecer vuestros corazones** (Salmo 94).

b) Porque se expone a grave riesgo de condenarse quien resiste a las divinas inspiraciones. Santa Teresa vió el lugar que habría ocupado en el infierno si no se enmendaba en cierto defecto que Dios con repetidas inspiraciones le recomendaba corregir.

Dios da a todos los hombres, además de las gracias suficientes para salvarse, otras que los teólogos llaman *supererogatorias,* con las cuales más fácilmente conseguirán salvarse y sin las cuales tal vez no se salvarán. Cuando el alma resiste habitualmente a las divinas inspiraciones, Dios también cierra su mano a las gracias supererogatorias por cuya carencia esa alma corre gran riesgo de condenarse. Por esta razón exclamaba San Agustín: *Temo al Señor que pasa* con sus gracias o inspiraciones que si no aprovecho ahora, puede que no vuelvan más.

El Apóstol en su epístola a los hebreos (Cap. VI, 7) dice: La tierra que embebe la lluvia que cae muchas veces sobre ella y produce yerba provechosa a aquéllos que la labran, recibe bendición de Dios. *Mas la que brota espinas y abrojos* (símbolo del alma que no corresponde a las divinas inspiraciones) *es abandonada de su dueño y queda expuesta a la maldición, y al fin pára en ser abrasada.*

c) En cambio la correspondencia a una gracia trae otra y ésta a su vez otra; de modo que se va for-

mando una cadena que llega hasta el cielo. Díganlo sino S. Pablo, S. Ignacio de Loyola, Sta. María Magdalena, San Agustín, Sta. Margarita de Cortona, S. Antonio Abad y tantísimos otros que por haber obedecido a la inspiración de Dios que los llamaba, a conversión o a vida perfecta, fueron mereciendo otras gracias extraordinarias por las cuales llegaron a la santidad y salvaron innumerables almas. ¿Qué habría sido de ellos si no hubiesen correspondido prontamente?

EJEMPLO de correspondencia a las divinas inspiraciones. — **San Juan Gualberto** siendo militar había jurado dar muerte al asesino de su hermano. Un día de viernes santo hallólo desarmado en un estrecho sendero y en lugar solitario. Desenvaina Juan su espada para traspasarlo, cuando aquél se echa a sus pies y le pide perdón por la pasión y muerte de Jesucristo. Juan siente en ese momento la divina inspiración que lo invita a perdonar; y a pesar de los clamores de venganza que también oye en su interior, concede no obstante el perdón y abraza a su enemigo; corresponde de ese modo a la divina inspiración. Al instante Dios lo premia porque al entrar en una iglesia cercana y al orar ante un crucifijo, éste en señal de complacencia inclinó la cabeza. Conmovido por este rasgo de bondad, Juan abandona el mundo, se hace religioso, funda una orden monástica y muere lleno de méritos siendo hoy venerado en los altares. ¿Qué habría sido de él si sordo a la divina inspiración no hubiese perdonado en aquella coyuntura y hubiese satisfecho su sed de venganza?

Vocación. — Entre las buenas inspiraciones que Dios manda al hombre una de las principales, es ciertamente la vocación.

Vocación, del Verbo latino " vocare ", **llamar,** es el llamamiento que Dios hace a cada hombre señalándole el estado, oficio o destino que debe seguir en el mundo. Como se ve, se trata de un asunto importantísimo que fija para cada hombre su rumbo definitivo en el camino de la vida.

¿Cómo se conoce la vocación? — No es necesario

que Dios hable directamente, ni por medio de un ángel, ni hace falta tampoco el examen de diez doctores. Dios habla al hombre comunicándole un deseo o inclinación natural hacia determinado oficio; así vemos niños que manifiestan marcada tendencia a la mecánica; otros a la agricultura; otros al sacerdocio. También Dios habla por medio de los padres, del director espiritual o de personas prudentes.

¿Hay que seguir la vocación? — Indudablemente, porque cuando Dios llama, debe ser obedecido, según hemos demostrado al hablar de las inspiraciones. Quien va por camino distinto del que Dios quiere, carecerá de los auxilios que había determinado darle en caso de seguir la vocación; y sin esos auxilios difícilmente se salvará.

Quien sigue una vocación distinta de la verdadera será en la sociedad un hueso dislocado que duele a quien lo tiene y causa molestia a los demás. De los tales, aun cuando aparentemente todo les vaya bien, dice San Agustín: "Bene curris sed extra viam". **Caminas bien, pero fuera de camino.**

Hablando en particular de aquéllos que se empeñan en no seguir la vocación sacerdotal o religosa, se les puede aplicar las palabras de Job: **¿Quién jamás resistió a Dios y pudo gozar de paz?** (IX, 4).

Y aquellas otras más severas del libro de los Proverbios: **Por cuanto os llamé y dijisteis que no..., yo también me reiré en vuestra muerte y os escarneceré** (I, 24, 26).

¿Qué ha de hacer el niño o el joven respecto de su vocación? — Estas tres cosas:

a) Pedir a Dios constantemente que se la dé a conocer.

b) Aconsejarse con el director espiritual o con persona prudente. En cuanto a los padres, no suelen ser los mejores consejeros en asunto de vocación, porque tienen miras interesadas y atienden a su propia ventaja más que a la de sus hijos y de la sociedad, máxime cuando éstos manifiestan inclinación al estado eclesiástico o religioso.

c) Seguir los consejos de esos superiores, no resistir a la voluntad divina y cumplirla cuanto antes, aun a costa de grandes sacrificios, como hicieron S. Francisco de Sales, S. Luis Gonzaga, Sto. Tomás de Aquino, Sta. Rosa de Lima y tantos otros.

EJEMPLOS. — **El joven del Evangelio.** — Presentóse a Jesús un joven y le preguntó: — Maestro bueno, ¿qué bien haré para conseguir la vida eterna? — Si quieres conseguir la vida eterna, respondió Jesús, guarda los mandamientos. — Yo los he cumplido siempre desde mi juventud, añadió el mancebo, ¿qué me falta aún? — Si quieres ser perfecto, dijo Jesús, vé, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo: y vén y sígueme. Oídas estas palabras, el mancebo triste y lleno de pena, se retiró de la presencia de Jesucristo: era rico y no se animó a vender sus bienes para seguir el divino llamamiento.

Los sagrados expositores dudan de la salvación de este joven por no haber escuchado la voz de Dios, es decir no haber seguido su vocación.

¡Prefiero verlo muerto! — Cierto día una señora noble de Turín presentó a Don Bosco sus cuatro hijos para que les diese su bendición, y luego pidióle también que le dijese el porvenir de cada uno. Don Bosco, después de proferir unas palabras de excusa, dijo: — "Este será un gran general; de este otro haremos un estadista notable; este otro será un médico de mucha fama". — Y éste ¿que será? preguntó impaciente la señora, señalando al más pequeño — "Este, dijo Don Bosco, será un excelente sacerdote". Al oír estas palabras la noble dama encendida de furor, con energía y desdén

exclamó: — ¿Mi hijo sacerdote? ¡Jamás! ¡Prefiero que muera! — Señora, dijo muy apesadumbrado Don Bosco, yo no puedo continuar hablando con quien tiene en tan baja estima el estado más hermoso y más noble de la tierra, y estoy seguro de que Dios tendrá en cuenta tan insolente ruego.

Después de unos meses se presenta a Don Bosco un pariente de aquella señora y le ruega acuda pronto al palacio para bendecir a aquel hijo que yacía gravemente enfermo. Al principio se rehusó pero después acudió a la cabecera del niño, y éste tomándole la mano, la besó respetuosamente; enseguida con sus ojitos lánguidos miraba ya a Don Bosco ya a su mamá sin decir palabra; al fin tendiendo su mano demacrada hacia la madre, exclamó: — Yo bien sé por qué muero, mamá. ¿Se acuerda de lo que le dijo a Don Bosco? Vd. prefirió verme muerto antes que entregarme a Dios y Dios me llama.

La madre lanzó un grito, prorrumpiendo en llanto inconsolable. Entre los sollozos se le oía decir: — ¡Hijo mío, el amor que te tengo me ha hecho hablar de esa manera! ¡Ah, hijo mío, no abandones a tu madre; dile a Don Bosco que te sane!

A poco el niño era cadáver.

Resignación en las desgracias.

Es fácil conformarse con la voluntad de Dios en los casos prósperos; en cambio es difícil resignarse en los adversos: pero precisamente entonces es cuando se conoce la fortaleza de un alma y su fidelidad a Dios.

No se aprecia el valor del soldado en el cuartel, sino en el fragor de la batalla; ni la pericia del navegante en tiempo de bonanza sino cuando ruge la tempestad; así también en la adversidad y en la desgracia se conoce la virtud y santidad del hombre.

Es especialmente en las desgracias cuando hemos de repetir con Job y Tobías: " Hágase la voluntad de Dios ". Lejos de quejarnos de Dios y blasfemar de él, como hacen tantos infelices, debemos besar esa mano que nos castiga como padre y como médico para sanar las heridas de nuestra alma.

Debemos resignarnos por los siguientes motivos:

1º Porque las tribulaciones de esta vida no son un verdadero mal; si así fuera, no las habría abrazado Jesucristo, ni habría dicho: **Bienaventurados los que lloran, los que padecen persecución por la justicia** (Mat. V, 5-10).

2º Porque las tribulaciones cristianamente sobrellevadas nos ayudan a hacer penitencia de nuestros pecados y a descontar la pena temporal de los mismos en esta vida, para no tener que descontarla en el purgatorio. Por eso decía San Agustín: **Señor, en esta vida quema, corta, no me ahorres sufrimientos; con tal que me los ahorres en la eternidad.**

3º Si somos justos, los padecimientos sufridos con paciencia aumentarán nuestros méritos, abrillantarán nuestra corona y contribuirán a la conversión de los infieles pecadores. Nos harán exclamar con S. Pedro de Alcántara: **Dichosa penitencia que me ha valido tanta gloria.**

4º Seamos justos o pecadores, los sufrimientos nos acercan más a Dios y nos ayudan a vencer las pasiones. Esta es la razón por que tantas almas justas como S. Juan Bautista, San Luis, Santa Catalina de Sena, Santa Rosa, afligían su cuerpo con terribles penitencias.

5º Debemos resignarnos porque Jesucristo nos dió el ejemplo. Si él siendo la santidad misma quiso sufrir tan espantosos tormentos ¿será razón que no sufra el hombre pecador? *Si en el leño verde hacen esto ¿qué no se hará en el seco?* dijo Jesús a las piadosas mujeres que lloraban al verlo cargado con la cruz, dando a entender que si tan grandes castigos afligían al inocente (Jesús, el leño verde) ¿qué no sufrirían los pecadores (leño seco)? (Luc. XXIII, 31).

¿No es injusto que el Maestro esté sufriendo y el discípulo gozando? ¿que muera el Inocente y viva el pecador? ¿que sea atormentada la Cabeza y se deleiten los miembros? ¿que esté luchando el Capitán y durmiendo los soldados ?

EJEMPLO. — En un hospital iban a operar a un pobre enfermo de cáncer en la lengua. Antes de comenzar dijo el cirujano al paciente: — Voy a operarle; si tiene Vd. algo que manifestar de palabra, hágalo ahora mismo porque después de la operación ya no podrá Vd. hablar.

Alzó el hombre la vista al cielo, humedeciéronsele los ojos y con voz conmovida dijo: — Hágase la voluntad de Dios ahora y siempre.

Tal debe ser nuestra respuesta en la desgracia. Dice un Santo: Vale más un " ¡Bendito sea Dios! " en la adversidad que mil acciones de gracias en la prosperidad.

La crucecita de ébano. — La crucecita que Teresa había recibido de regalo era preciosa. Construida de ébano, ofrecía en sus cuatro extremidades pomitos de oro. La joven la llevaba al cuello pendiente de una cinta de seda azul. Cierto día habiéndose separado el travesaño de la crucecita, Teresa rogó a su padre que se lo arreglase.

— De buen grado lo haré, le dijo éste. Al propio tiempo te enseñaré la manera como has de conducirte para que ninguna contrariedad de este mundo se convierta para ti en cruz, es decir, en motivo de aflicción. Mira, hija mía, separado este travesaño, sólo queda el leño más largo, ya no hay cruz. Para hacer una cruz es menester añadirle el travesaño. Lo mismo ocurre con toda contrariedad de las que llamamos comúnmente cruces. La voluntad de Dios es la rama principal; nuestra voluntad que a menudo trata de oponerse a la de Dios, es el travesaño. Así, pues, a cada contrariedad que experimentes en la vida, quita el travesaño, es decir sacrifica tu voluntad a la de Dios, y verás como ya no hay contrariedad desde el momento en que reina únicamente la voluntad del Señor.

CAPITULO X.

Cuarta Petición:

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA DANOSLE HOY

335. - *¿Cuál es la cuarta petición del Padre Nuestro?*

La cuarta petición del Padre Nuestro es "El pan nuestro de cada día dánosle hoy" y en ella pedimos que Dios nos dé el alimento material para el cuerpo y el alimento espiritual de la gracia y los sacramentos para el alma.

Relación de estas cuatro últimas peticiones con las primeras.

Las cuatro últimas peticiones guardan con las tres primeras la misma relación que hay entre el fin y los medios para conseguirlo; es la misma relación que existe entre el edificio y los materiales para construirlo; entre el viaje y el medio de transporte; entre la ciencia y el estudio que es el medio ordinario de conseguirla.

Las tres primeras peticiones se refieren al último fin del hombre que es conocer a Dios (primera petición), gozar de El en su reino (segunda), cumplir su voluntad (tercera).

Para conseguir un fin tan noble, especialmente para cumplir siempre y en todo la adorable voluntad de Dios, ha menester el hombre, de especiales auxilios que sirven, unos para remover los obstáculos a la salvación (negativos); otros para ayudarlo a salvarse (positivos).

Los medios positivos se indican en la cuarta petición: "El pan nuestro (espiritual y material) de cada día dánosle hoy".

Los negativos se señalan en las tres últimas peticiones que se refieren a los tres grandes obstáculos que ha de evitar el hombre para salvarse.

Primer obstáculo: el **pecado;** para removerlo decimos: "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (5ª petición).

Segundo obstáculo: las **tentaciones;** nos fortalecemos contra ellas diciendo: "Y no nos dejes caer en la tentación" (6ª petición).

Tercer obstáculo: todos los otros **males,** de los que pedimos ser librados, diciendo: "Mas líbranos del mal".

La obligación del trabajo.

Esta petición tiene especial motivo de ser, en el actual estado del hombre o sea en el estado de culpa original.

Creó Dios al hombre en estado de inocencia y felicidad, que es un estado muy distinto del actual. Por lo tanto hay grandísima diferencia entre las necesidades de la vida de Adán y las de la vida nuestra. Por-

que no hubiese precisado de vestidos para cubrir su cuerpo, ni de casa para guarecerse, ni de armas para defenderse, ni de medicinas para curarse, ni de otras muchas cosas que necesitamos como medio para proteger la debilidad y flaqueza de la naturaleza; le hubiera bastado para la vida inmortal el fruto que habría producido sin ningún trabajo suyo ni de sus descendientes, el dichosísimo **Arbol de la vida.** Cierto que no habría estado del todo ocioso Adán, porque dice la Escritura que Dios lo puso en aquel jardín de placer para que lo cultivase (Gen. II, 15); pero ninguna labor le hubiera sido molesta, ni desagradable el ejercicio de cualquiera ocupación; hubiera recogido siempre suavísimos frutos del cultivo de aquel precioso edén, sin salirle jamás frustrada su laboriosidad ni su esperanza.

Pero, por desgracia, pecó Adán y cambiaron las cosas para él y para todos los hombres, sus descendientes. No solamente fuimos privados del fruto de aquel Arbol, sino también condenados con aquella terrible sentencia: **Maldita sea la tierra por tu causa; con grande fatiga sacarás de ella el alimento todos los días de tu vida. Espinas y cardos te producirá... Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan...**

Después de la culpa el hombre para comer debe trabajar y — lo que es más de notarse — con mucha frecuencia a grandes trabajos y fatigas no se sigue ningún fruto; porque las semillas arrojadas en un campo muy malo o se sofocan por la maleza de las hierbas agrestes, o crecidas se pierden a causa de los vientos, granizo, sequía, insectos, enfermedades, etc.,

de suerte que todo el trabajo de un año, en cortos momentos redúcese a la nada por cualquier desastre del cielo o de la tierra.

El hombre, pues, debe trabajar y fatigarse mucho por adquirir las cosas necesarias para vivir; pero aun así, si Dios no bendice sus trabajos, será todo inútil. Porque: **Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que es el que hace crecer** (1ª Cor. III, 7). O como dice el Salmista: **Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano fatigan los que la fabrican.** (Salmo 126).

Por lo expuesto se comprende la necesidad de pedir a Dios nos dé lo que necesitamos, que haga productiva la tierra, que aleje de ella los azotes, etc., esto es lo que hacemos cuando decimos con humildad: "El pan nuestro de cada día dánosle hoy".

Esta petición nos inspira confianza. — Al exhortarnos Jesucristo a pedir el pan de cada día, despierta en nuestra alma una gran confianza en Dios, porque, si quiere que pidamos, es señal evidente que está dispuesto a favorecernos. ¿Qué hace un generoso señor para despertar la confianza de un niño u hombre que por timidez no se atreve a pedir?; le dice una y otra vez: "Cuando necesites algo, pídemelo con toda libertad, no temas molestarme, que yo estoy siempre dispuesto a ayudarte". Lo mismo hace nuestro buen amigo y protector Jesucristo al exhortarnos a que pidamos el pan. Sólo notamos esta diferencia: que a menudo los hombres hablan por puro cumplimiento (cumplo y miento!...) o para deshacerse de un hombre molesto; pero Dios nunca habla con fingimiento, sino que cumple cuanto promete.

De esta suerte imita el hombre al hijo pródigo que habiendo empezado a sentir necesidad en la tierra lejana y no teniendo quien le diese ni mondaduras, reflexionando un día sobre su estado, comprendió que no encontraría remedio para los males que sentía, sino en su padre.

Sentiremos una gran confianza pensando que los oídos de Dios están siempre atentos a las peticiones de sus hijos el cual al exhortarnos a que le pidamos pan, promete dárnoslo en abundancia, pidiéndolo bien.

Si el Padre Celestial — dice Jesús — *alimenta a las avecillas del cielo y viste los lirios del campo, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?* (S. Mat. VI, 26, etc.).

EJEMPLOS. — Se lee en la vida de San Alfonso María de Ligorio que un día mientras estaba ocupado en su estudio vino el ecónomo de la casa a decirle que no había pan para la comunidad y faltaba además el dinero con que comprarlo. El Santo después de haber dicho al ecónomo que no se preocupase del asunto, a poco descendió a la capilla, vistió el sobrepelliz y la estola y se puso en oración delante del SSmo. Sacramento; levantóse luego con la mayor confianza dió unos golpecitos en la puerta del sagrario diciendo: "Jesús, tus siervos no tienen pan". Al salir de la iglesia encontróse en la portería con un caballero que le entregó una suma de dinero más que suficiente para las necesidades de la casa.

— Santa Clara de Asís, con medio pan dió de comer a cincuenta hermanas; en otra ocasión faltando el aceite, tomó una vasija, la lavó y de repente la vió llena de aceite.

— Existe en Turín un gran hospital donde se albergan alrededor de diez mil enfermos, llamado "Pequeña Casa de la Divina Providencia". Todos los días, sin que medie pedido alguno y sin que se gaste un centavo, llegan de una parte y de otra los víveres necesarios para alimentar a tantas personas. Su fundador fué San José Benito Cottolengo, varón que descolló por su ilimitada confianza en la Divina Providencia.

Estos y otros santos nos enseñan con su ejemplo a confiar en la bondad de Dios el cual nunca deja faltar a sus siervos el necesario alimento.

NOTA LITURGICA. — La Santa Iglesia con el lenguaje de su liturgia nos exhorta a pedir con toda confianza el pan de cada día:

Una gran parte de las bendiciones contenidas en el Ritual son para los animales y los frutos de la tierra; bendice el

pan, el vino, la cerveza, los gusanos de seda, las ovejas y animales domésticos, las fuentes, los pozos, los vestidos, el aceite, la sal, las medicinas, los huevos, las abejas, las uvas, los establos, etc.

Tiene especiales exorcismos para alejar de las habitaciones y de los sembrados las ratas, la langosta, las orugas y otros animales dañinos, las tempestades nocivas, las inundaciones y otros flagelos. Dispone que todos los años tres días antes de la Ascensión del Señor se hagan especiales rogativas o procesiones preferiblemente alrededor de los campos a fin de implorar sobre ellos la bendición de Dios: entre las invocaciones de las letanías que se cantan en voz alta figuran las siguientes: "Ut fructus terrae dare et conservare digneris, te rogamus audi nos.

"A peste, fame, et bello, libera nos Domine,

A fulgure et tempestate, libera nos Domine".

Dios sabe premiar aun con hechos extraordinarios la fe y confianza de los buenos cristianos que llaman al sacerdote para que bendiga las semillas, los frutos, los campos, etc., o para que aleje de ellos los animales nocivos u otros flagelos.

Explíquese cada palabra de la petición.

Qué se entiende por "pan". — En la lengua hebrea con esta palabra se designa no sólo el pan propiamente dicho, sino cualquier clase de alimento. Que tal sea el significado de esta palabra, se colige también del pasaje de San Lucas: **Entró Jesús en casa de uno de los principales fariseos a comer pan** (Luc. XIV, 1) es decir varias clases de alimento, pues no es probable que en casa de un personaje lo convidasen tan sólo con pan.

Aun entre nosotros es costumbre dar este nombre no sólo al alimento, sino también a todo lo que es necesario a la vida material. La frase "ganarse honradamente el pan" tiene ese significado.

Siendo el pan el alimento más necesario y el más común, del cual no carecen ni siquiera los mendigos, el Salvador al enseñarnos a pedir el pan de cada día,

nos dió a entender que debíamos desear no lo superfluo, sino solamente lo necesario y conducente al bienestar de la vida. Dice San Juan Crisóstomo: "No debemos pedir mesas bien provistas de manjares, ni bocados exquisitos, ni platos costosamente sazonados, ni vinos generosos, ni todo aquello que place al paladar pero que embota el espíritu y despierta las pasiones".

Teniendo qué comer y con qué cubrirnos — dice el Apóstol — **contentémonos con esto** (I Tim. VI, 8). Porque la riqueza y la pobreza, la escasez y la abundancia pueden conducir al hombre al mal y exponer a grandes peligros su salvación; por esto pedimos a Dios que nos preserve de ambos extremos.

No rehuimos el trabajo. — Al decir **danos** no entendemos ni deseamos que, como en otro tiempo a los israelitas en el desierto, nos envíe el maná del cielo y nos excuse todo afán y trabajo; no entendemos contrariar la ley del trabajo impuesta por Dios a todo hombre; nuestra petición es que Dios se digne bendecir y dar prosperidad a nuestro trabajo y buen resultado a nuestras empresas; que nos dé salud y fuerzas para desempeñar con prontitud y diligencia las obligaciones de nuestro estado. No de otro modo un hombre robusto y apto para el trabajo no pide que se le mantenga gratuitamente, sino que se le dé ocupación con que ganarse honradamente el sustento.

El pan "nuestro". — Llámase **nuestro** el pan porque debemos adquirirlo rectamente y no con injusticias, fraudes y hurtos; porque nunca aprovecha lo mal adquirido, ni tampoco es **nuestro,** sino ajeno.

Por el contrario con ganancias justas y fruto de su trabajo la persona honrada logra tranquilidad y gozo extraordinario.

Sería detestable crimen que un usurero, un estafador, un ladrón pidiese a Dios le ayudase en sus injustas adquisiciones y posesiones.

" **De cada día** ". — Jesucristo nos ensenó a pedir el pan de **cada día** para que recordemos que no debemos pensar demasiado en acumular tesoros para lo porvenir, tesoros que en lugar de utilidad pueden traernos el mayor daño, si para adquirirlos ponemos en riesgo o descuidamos nuestra salvación eterna. Concuerda esta recomendación de Jesucristo con esta otra que él mismo nos dice: **No andéis acongojados por el día de mañana, porque el día de mañana, harto cuidado traerá por sí** (Mat. VI, 34) como si dijera: " Basta esperar el día de mañana para pensar en él; cada día trae al hombre bastante trabajo, sin que anticipe los días con sus inquietudes y cuidados inútiles ".

Sin embargo con estas palabras no desaprueba ni prohibe el divino Maestro el cuidado racional y moderado de lo porvenir, pues este cuidado, que podríamos llamar *Ahorro, Previsión,* es loable, es un deber sagrado para todo hombre cristiano, especialmente para los que tienen a su cargo numerosa familia a la cual no sólo deben mantener en el actual momento, sino que deben pensar en asegurar un buen porvenir.

Quiere Jesucristo que evitemos el cuidado excesivo y angustioso de lo futuro, cuidado que disminuye las fuerzas físicas, quita la paz del alma, cierra el corazón a la misericordia y benignidad, aleja de las prácticas religiosas, pone olvido de los bienes celestiales y trueca al hombre en un vil adorador del becerro de oro. De tales hombres dice el Espíritu Santo por

Isaías: *Ay de vosotros los que juntáis casa con casa y agregáis heredades a heredades, hasta que no hay más terreno. ¿Acaso habéis de habitar vosotros solos en medio de la tierra?* (V., 8).

Por qué se dice " danos ". — Decimos **danos** y no **dame**, para traernos a la memoria que así como los bienes nos vienen de Dios, así cuando El nos los manda en abundancia, lo hace para que distribuyamos lo superfluo a los pobres.

Es propio de la caridad cristiana no mirar cada uno sólo para sí, sino trabajar también en favor de su prójimo.

¿Qué juicio nos merece el niño que recibiendo de regalo una cajita de bombones, se los come todos él sin pensar en sus hermanitos o amigos? Decimos que es un egoísta, un avaro, indigno de nuestro cariño; así también es indigno de la amistad de Dios el hombre que recibiendo del cielo bienes en abundancia, los guarda todos para sí y cierra la mano al mendigo que le pide. Recuérdese la historia tan conocida del rico Epulón y Lázaro donde se ve el castigo que recibió el rico por su avaricia y falta de caridad (Luc. XVI).

" Frange esurienti panem tuum " dice Dios por Isaías (LVIII, 7), esto es: **Divide con el hambriento tu pan.**

Para estimularnos más en este ejercicio de misericordia, dió Jesucristo a la caridad con el prójimo el mayor valor a que puede aspirar un acto humano: *Siempre que lo hicisteis* (un acto de caridad) *con uno de esos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis* (Mat. XXV, 40). Y en otro pasaje del Evangelio promete no dejar sin recompensa al que da por su amor un vaso de agua fresca.

Los bienes que Dios da a uno, no se los da precisamente para que sólo él los disfrute, o viva con ellos licenciosamente, sino para que distribuya a otros lo que le sobrase una vez cubiertas sus necesidades. Dicen a este propósito S. Basilio y S. Ambrosio: "El pan que tienes de sobra, es de los que tienen hambre; el vestido que tienes guardado, es de los que están desnudos; el dinero que escondes bajo tierra, es la libertad y el desempeño de los infelices. Ten, pues, entendido que usurpas tantos bienes cuantos puedes dar y no quieres".

EJEMPLO. — **San Martín de Tours.** — Martín, soldado romano, habiendo encontrado en el camino a un pobre aterido de frío, se quitó el manto de los hombros, lo dividió en dos partes y con una cubrió al mendigo. Premio Dios ese acto de misericordia pues a la noche se le apareció Jesucristo cubierto con la mitad de aquel manto y diciendo: "Martín no obstante ser todavía catecúmeno me cubrió con este vestido"

La palabra "hoy" — Decimos **"hoy"** porque debemos pedirle todos los días. Quiere Dios que nunca dejemos de orar. No sólo el pobre a quien falta lo necesario, sino también el rico que vive en la abundancia, tienen razón para decir: "El pan nuestro de cada día dánosle hoy", porque así los ricos como los pobres, todos somos mendigos de Dios; porque los mayores tesoros pueden perderse en pocas horas. Job era por la mañana muy rico y tenía abundancia de bienes terrenos; a la tarde había desaparecido toda su riqueza y bienestar.

El pan del alma.

Es común sentencia de los Stos. Padres que en esta petición pedimos no solamente el pan material sino también el espiritual. Así como es doble la vida del hombre: vida del cuerpo y vida del alma; así te-

nemos necesidad de un doble alimento. El evangelista San Mateo al referir las palabras del Padrenuestro dice: "Danos hoy nuestro pan **supersustancial** (Mat. VI, 11).

Jesucristo nos enseñó a pedir al mismo tiempo el sustento del alma, que debemos desear aun más ardientemente que el del cuerpo. **Procuraos** — dice — **no el alimento que perece sino el que permanece para la vida eterna** (Juan VI, 27).

¿De cuántas maneras es este pan? — Así como es de muchas especies el alimento con que se nutre y vive el cuerpo; así también no es de una sola clase el sustento que mantiene la vida del alma. Sustento del alma es todo lo que contribuye a su salvación: Sacramentos, oración, gracia santificante, gracias actuales, dones del Espíritu Santo; pero de un modo especial se da el nombre de pan del alma a la **palabra de Dios** y a la **Sma. Eucaristía**

El pan de la divina palabra.

Palabra de Dios es todo lo que El nos ha revelado, contenido en las Sagradas Escrituras, explicado y comentado por la Santa Iglesia.

A esta palabra se suele llamar pan del alma por las siguientes razones:

1º Porque Dios mismo le ha dado este nombre cuando ahuyentó al demonio que lo tentaba de trocar las piedras en pan: "No de sólo pan vive el hombre, sino de toda **palabra que sale de la boca de Dios**" (Mat. IV, 4).

Cuando priva Dios a los hombres de oír esta

palabra, se dice que la humanidad siente hambre; y por esto expresó por boca del profeta Amós: "Enviaré hambre sobre la tierra; no hambre de pan, ni sed de agua, sino **de oír la palabra de Dios**" (Amós VIII, 11).

2º Porque la palabra de Dios produce en el alma los mismos efectos que el pan en el cuerpo.

Enseña la experiencia que quien no escucha la palabra de Dios, es decir no oye sermones, ni lee libros piadosos, ni escucha buenos consejos, ni siquiera atiende a las divinas inspiraciones, ese tal es moralmente imposible que viva con la gracia santificante.

Dios da este aviso para no pecar: *Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás.* La condición para no pecar, es decir para vivir vida de gracia es la meditación de las postrimerías; luego podemos inferir que quien no las medita, perderá esa vida.

Así como uno de los mayores castigos temporales que Dios puede inferir a un pueblo es privarlo del alimento haciendo que se malogren las cosechas o se pierdan los víveres; así también uno de los más grandes castigos espirituales es privar a los hombres de su divina palabra, lo cual puede suceder por falta de sacerdotes, de misioneros, de escuelas o prensa católica, etc. Se cumple entonces lo que decía el profeta Jeremías en sentido material: "Los pequeñuelos pidieron pan y no había quien se lo partiese". (Trenos IV, 4).

Presagio de muerte. — Así como es presagio de muerte próxima, el que los enfermos no puedan tomar alimento o digerir el que han tomado; de igual manera es prueba de condenación el obstinarse en no oir la divina palabra, conforme a lo que dijo Jesucristo a los judíos: *El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no las escucháis porque no sois de Dios* (Juan VIII, 47).

En esta situación peligrosa se hallan los que desprecian-

do al Sumo Pontífice, a los obispos y sacerdotes católicos, que son sus legítimos superiores, y separándose de la santa Iglesia Romana, se ponen para ser instruidos en manos de herejes corruptores de la divina palabra.

Pidamos a Dios en esta cuarta petición que no nos deje faltar nunca el pan de su divina palabra; que nos dé la voluntad de escucharla con agrado y sobre todo la fortaleza y constancia en cumplir lo que nos impone.

Consejos de San Juan Bosco. — "Oíd con atención los sermones y demás instrucciones religiosas. Procurad no dormiros, toser o hacer algún ruido durante las mismas. No salgáis nunca de los sermones sin haber sacado alguna máxima para practicarla durante vuestras ocupaciones; y dad mucha importacia al estudio de la religión y del catecismo". (Reglam. III, 6).

"Evitad en los sermones las sugestiones del demonio que os engaña diciéndoos: "Esto conviene a mi compañero Pedro; aquello otro, a Pablo ". No, queridos míos, el predicador se dirige a vosotros y quiere que os apliquéis las verdades que os expone. Además, aquello que no sirve para corregiros de lo pasado servirá para preservaros de caer en nuevas faltas en lo porvenir". ("Juventud Instruida").

Cómo se le aplican los términos " nuestro " y " de cada día ". — A la palabra de Dios la llamamos **pan nuestro** porque de ella participan tan sólo los cristianos a quienes por el Sto. Bautismo se ha concedido el derecho de llamar a Dios su Padre. No todos disfrutan de esta dicha. ¡Cuántos millones de hombres hay a quienes todavía no llegó la luz del Evangelio! ¡Cuántos otros que habiéndola recibido, cierran obstinadamente los ojos a la luz!

Agradezcamos al Señor el que nos suministre con tanta abundancia este pan divino y procuremos sea para nosotros fuente de vida eterna.

Llamamos a la palabra de Dios pan nuestro de **cada día** porque todos los días debemos procurarnos

este alimento, con la misma o mayor solicitud con que nos procuramos el pan material. Siendo continuo el desgaste de energías que experimentamos en el combate espiritual, continuo debe ser el empeño en reparar esas pérdidas.

Los santos y las almas buenas no dejan pasar día sin hacer meditación y sin entregarse a la lectura de libros sagrados y otros piadosos escritos.

El pan Eucarístico.

La Sda. Eucaristía es el pan del alma, por dos motivos:

1º Porque Jesucristo lo ha dicho: " Yo soy el pan de vida; vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; éste es el pan bajado del cielo para que todo el que coma de él no muera. Yo soy el pan vivo que descendí del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo " (San Juan, Cap. VI).

2º Porque la Eucaristía produce en quien dignamente la recibe, los mismos efectos que produce el pan en el cuerpo.

Nosotros cristianos lo llamamos de un modo especial **nuestro pan,** como observa S. Cipriano, porque de él participan solamente los cristianos.

" **De cada día** ". — Decimos así por dos razones:

1ª Porque en la Santa Misa se ofrece diariamente a Dios y se da a los que lo piden piadosa y santamente.

2ª Porque a ejemplo de los primeros cristianos, deberíamos participar de él todos los días; dice S. Ambrosio: " Siendo la Eucaristía el pan cuotidiano ¿por qué le recibes solamente una vez al año? Recíbele todos los días, para que todos los días te aproveche. Vive de tal manera que merezcas recibirle diariamente ".

A los que se excusan de comulgar frecuentemente porque dicen que son pecadores, les respondemos con S. Agustín: " Cotidie peccas, cotidie sume ": *precisamente porque todos los días pecas, todos los días comulga,* a fin de extirpar más fácilmente los malos hábitos.

Jesucristo ha dicho: *No han menester de médico los sanos, sino los enfermos* (Mat. IX, 12) así también la Eucaristía se ha instituído no solamente para los justos y perfectos, sino especialmente para los pecadores y débiles a fin de que se robustezcan y venzan a los enemigos de su alma.

Nota. — De la comunión frecuente tratamos con más extensión en la Parte Tercera (Capítulo de la Eucaristía).

CAPITULO XI.

Quinta Petición:

PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS ASI COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES.

---

336. - *¿Cuál es la quinta petición del Padre Nuestro?*

La quinta petición del Padre Nuestro es "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" y en ella pedimos que Dios nos perdone nuestros pecados, así como nosotros *hemos perdonado* a los que nos han agraviado y hecho mal.

Son muy pocos los hombres que pasan toda su vida sin manchar su alma con culpa grave: ¡tan viciada y enferma quedó la naturaleza humana por el pecado original!

¿Hay por ventura alguien que pueda repetir en presencia de los hombres y de Dios lo que dijo nuestro Señor Jesucristo: **¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?** (Juan VIII, 46).

Dice el Apóstol San Juan en su primera epístola: *Si dijéramos que no tenemos pecados, nosotros mismos nos engañamos y no hay verdad en nosotros.*

Y el libro de los Proverbios: *Muchas veces caerá el justo, pero se levantará;* aquí se habla de caídas cotidianas y venia-

les en las que también caían los santos, excepción hecha de la SSma. Virgen.

Siendo así las cosas, muchas y poderosas razones tenemos para pedir continuamente al Señor nos perdone los pecados leves y graves que a diario cometemos.

Las palabras de la 5ª petición: "Perdónanos nuestras deudas...", dichas con atención y acompañadas de contrición perfecta serían suficientes para alcanzar inmediatamente el perdón de los pecados, sin quitar empero la obligación de confesarse: equivalen a un verdadero acto de contrición, que nada pierden de eficacia por su brevedad, puesto que pocos instantes de verdadero arrepentimiento son suficientes para alcanzar el perdón de Dios, como le aconteció al buen ladrón.

Pero aun en el caso de no alcanzar este efecto por insuficiencia de contrición, siempre serán esas palabras un acto excelente de humildad con el cual declaramos que somos incapaces de ofrecer a Dios justa reparación por nuestras culpas y que el perdón y la gracia son dones gratuitos de su parte.

El fin de la Redención. — Al decir "Perdónanos nuestras deudas" no podemos menos de recordar el fin de la redención de Jesucristo que fué reconciliar al hombre con Dios ayudándole a alcanzar el perdón de sus culpas.

Dice San Juan que cuando el Bautista vió al Salvador, lo presentó a las turbas diciendo: **He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo** (I, 29).

Y el mismo evangelista refiere que dijo Jesucristo: **Yo he venido para que los hombres tengan vida, y para que la tengan en abundancia** (Juan X, 10). Claro está que para dar la vida al alma es menester quitar el pecado que es la muerte del alma.

Refiere San Marcos (Cap. II) que estando Jesús

predicando en la casa de S. Pedro, cuya suegra había curado, acudió gran cantidad de gente a escucharlo y vinieron a él trayendo un paralítico; y como no pudiesen acercarse a Jesús a causa del tropel de gente, abrieron la claraboya del techo y descolgaron la camilla en que yacía el enfermo. Cuando Jesús vió la fe de ellos, dijo al paralítico: — Hijo, perdonados te son tus pecados. Había allí sentados algunos escribas que decían en su interior: — ¿Cómo este hombre habla así? Blasfema; ¿quién puede perdonar pecados sino sólo Dios? Conociendo Jesús el pensamiento de esos hombres les dijo: — ¿Por qué pensáis esto dentro de vuestros corazones? ¿qué es más fácil, decir al paralítico: "Perdonados te son tus pecados", o decirle: "Levántate, toma tu camilla y anda?" **Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados,** dijo al paralítico: — A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y anda; y al punto se levantó él; y se fué a vista de todos.

Como a este paralítico, perdonó Jesús los pecados a Magdalena, a la mujer adúltera, a Zaqueo, al buen ladrón y a muchos otros y además dió a sus sucesores hasta el fin del mundo el poder de perdonar los pecados (Véase 1ª Parte; Art. X del Credo, 3ª Parte, cap. IV: Confesión).

Sólo Jesucristo podía satisfacer. — ¿Quién podía reparar la deuda del pecado? Todas las criaturas juntas sin exceptuar la SSma. Virgen, no son capaces de satisfacer por el más leve pecado venial: únicamente Dios que es infinito podía satisfacer por el pecado cuya malicia es infinita. Pero como Dios por naturaleza es imposible y como tal incapaz de satisfacer, fué necesario que se hiciese hombre para que por una parte

con la naturaleza humana padeciese y satisfaciese; y por otra con la naturaleza divina (unida a la humana) diese valor infinito a los padecimientos, quedando así plenamente satisfecha la divina justicia. (Véase 1ª Parte, Cap. XV).

Dios está dispuesto a perdonar. — Enciérrase, pues, en esta petición el siguiente significado: que Dios nada desea tanto como conceder perdón a los verdaderamente arrepentidos. Porque si es cierto que es Dios aquél contra el cual pecamos, también es cierto que es aquel Padre cariñosísimo que no sólo ha declarado que quiere perdonarnos, sino que al mismo tiempo estimula a los hombres a que le pidan perdón, y enseñó con qué palabras harían esto. En confirmación de lo cual podríamos citar muchas expresiones de la Sagrada Escritura; baste la siguiente: *No quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su mal proceder y viva* (Exequiel XXXIII, 11).

Con qué disposición han de acompañarse las palabras de esta petición. — No hemos de decir estas palabras sólo con los labios; debemos acompañarlas con verdadera contrición de las faltas y firme propósito de evitarlas.

A todo esto añádese una firme persuasión de que Dios se halla pronto a perdonar, de modo que al recuerdo de los pecados no se siga esa desconfianza del perdón que antiguamente se apoderó del ánimo de Caín y de Judas, los cuales consideraron a Dios sólo como vengador y castigador y no como dulce y misericordioso. Estemos dispuestos a acudir a Dios como a nuestro Padre y no como a nuestro Juez, a quien pediremos que obre con nosotros no con justicia, sino con misericordia, según las palabras de David: **Ten piedad de mí, Señor, según tu grande misericordia** (Salmo 50).

EJEMPLOS. — Nada explica tanto la bondad y ternura del Corazón de Jesús con los pecadores arrepentidos como la parábola del buen pastor. Dijo, pues, Jesús: "Un pastor llevó a apacentar cien ovejas y al volverlas al aprisco echó de ver que no había más que noventa y nueve. Con el ánimo abatido dejó a éstas en el redil y con indecible fatiga fué por valles y montes en busca de la oveja extraviada. Luego que la encontró no la obligó a andar por sí misma, sino que se la echó al hombro y llegado a su casa convocó a sus amigos y vecinos y les dijo: — Regocijaos conmigo porque he hallado la oveja que se me había extraviado. — De igual suerte digo a vosotros — concluyó el Salvador — que **habrá más regocijo en el cielo por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no han menester penitencia**". (Luc. XV, 4 al 7).

— Recuérdese también la parábola del **Hijo pródigo.** (Luc. XV, 11 al 32).

* * *

El árbol de la cruz. — Un niño bueno y vivaracho que se preparaba a la primera comunión oía con el mayor interés al catequista que explicaba con abundancia de detalles la desesperación de Judas y su horrible suicidio. De pronto le asalta una idea y pide permiso para hablar:

— ¿Qué quieres? dice el maestro.

— Se me ocurre una idea ¿la puedo decir?

— Oigamos.

— Si hubiese sido yo en lugar de Judas me habría asido de otro árbol.

— ¿De qué árbol?

— Del árbol de la cruz.

Tenía razón el niño; Jesús murió en la cruz para perdonar los pecados de los hombres y dejarles con ella una tabla de salvación en el naufragio.

La deuda del pecado.

¿Por qué se llaman deudas? — La palabra **deuda** significa obligación que se debe satisfacer; quien recibe prestada una suma de dinero, queda con la obligación de pagarla: contrae deuda; quien recibe beneficios de otro, queda moralmente obligado a pagarle con otros beneficios: contrae deuda de gratitud; quien ofende a otro queda con la obligación de

reparar la ofensa; así también el hombre al ofender a su Dios y Creador queda con la obligación de reparar esa ofensa, es decir, contrae una deuda con su Divina Majestad.

Doble es la deuda que contrae el pecador con la divina justicia: deuda de **culpa** por la injuria hecha a Dios y deuda de **pena** por el castigo que merece por esta injuria.

Una y otra pueden borrarse en esta vida con la penitencia. En caso de no hacerla, tendrá que pagar el hombre, a pesar suyo con penas mucho mayores, en la otra vida:

a) En el purgatorio si se trata de penas merecidas por pecados veniales o por pecados mortales ya confesados y perdonados, pero no expiados en cuanto a la pena temporal.

b) En el infierno por toda la eternidad si se trata de culpa y pena debidas por el pecado mortal no perdonado.

El hombre es deudor insolvente. — El hombre no es apto por sí mismo para pagar la deuda contraída por el pecado; por consiguiente no le queda más recurso que acudir a la misericordia de Dios; pero como Dios es también justo y exige por el perdón una digna satisfacción, recurrimos a la mediación y al auxilio de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, sin la cual nadie jamás ha conseguido perdón, de donde también mana como de una fuente toda virtud y causa de satisfacer. Porque aquel precio que pagó en la Cruz, Cristo nuestro Señor, y se nos comunica por medio de los Sacramentos, recibidos de hecho o con la voluntad y el deseo, es de tanto valor que nos alcanza y realiza lo que suplicamos en esta petición, a saber, que se perdonen nuestros pecados.

" Nuestras " deudas. — a) Decimos **nuestras** deudas en un sentido muy diferente de aquél por el cual dijimos antes el pan **nuestro**; aquel pan es nuestro por habérnoslo dado la divina misericordia; en tanto que los pecados son nuestros por residir en nosotros la causa de ellos, pues se cometen por nuestra voluntad, faltando la cual no habría pecado.

Al decir **nuestras** deudas hacemos un acto de humildad reconociéndonos pecadores y no pretendiendo echar a otros la culpa de nuestros pecados, como maliciosamente hicieron Adán y Eva: de hacer así no mereceríamos perdón como no lo merecieron entonces nuestros primeros padres.

Peor sería echar la culpa a Dios, como hacían ciertos herejes al confesarse. Se expresaban más o menos en estos términos: " Me acuso de haber cometido tal pecado por haberme faltado el auxilio de Dios ": confesión blasfema porque Dios nunca niega su auxilio a quien debidamente se lo pide.

Al decir, pues, *nuestras* deudas confesamos que somos pecadores, como David cuando el profeta Natán le echó en cara su pecado: " Peccavi domino " exclamó el santo Rey, *pequé contra el Señor* (2º Reyes, XII - 13). Nosotros imitamos a David penitente cuando con corazón contrito y golpeándonos el pecho decimos: " Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa ": *pequé por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.*

b) Pedimos por todos. — Decimos en plural tanto el verbo " perdónanos " como el adjetivo " nuestras " porque la unión y caridad fraterna que debe existir entre los hombres todos, exige de cada uno de nosotros que mirando al bien común de los prójimos, pidamos por ellos mientras pedimos por nosotros.

Jesucristo nos dió el ejemplo porque muriendo pidió per-

dón por todos los hombres del mundo habidos y por haber; y en especial pidió perdón por sus fieros verdugos. Este método de orar, enseñado por Jesucristo, seguido después por la Iglesia Católica, fué observado muy especialmente por los Apóstoles y éstos ordenaron que fuese practicado por los demás.

Ejemplos ilustres de este amor y deseo ardiente de rogar el bien de los prójimos, nos ofrecen Moisés y San Pablo.

Cuando el pueblo de Israel se manchó de idolatría adorando el becerro de oro, subió Moisés al monte para aplacar la justa ira de Dios y oró de esta manera: *O perdónales esta culpa, o, si no lo haces, bórrame del libro tuyo, en que estoy escrito* (Exodo XXXII, 32).

El apóstol en su epístola a los romanos (IX, 3) dice: *Deseaba yo mismo ser anatema por Cristo, por amor de mis hermanos.* Anatema significa aquí persona apartada de la sociedad de la Iglesia: de allí viene la palabra anatematizar o excomulgar. El Apóstol lleno de la más ardiente y fervorosa caridad, declara que se tendría por dichoso si llegara a ser el objeto de públicas execraciones y entregado a las mayores afrentas y a la muerte como el más infame malhechor, a trueque de conseguir la conversión de sus hermanos.

EJEMPLOS. — **Una víctima expiatoria.** — Muchos santos y almas buenas a ejemplo de Moisés y de San Pablo se ofrecieron a Dios como víctimas expiatorias por los pobres pecadores.

Apareciόse un día a la Beata Galgani y le dijo: "Son tantos los pecados de los hombres que no sé cómo se retenga de fulminar a no pocos de ellos"; y le hizo comprender que hacía falta un alma que a semejanza del Redentor en la Cruz se ofreciese a la divina justicia para aplacar su indignación. Gema respondió al instante: "Heme aquí, Señor, a vuestra disposición". Enseguida mostró el cielo haber aceptado el ofrecimiento. Una terrible calentura acompañada de flujos de sangre la postraron para siempre en el lecho del dolor. Abatida materialmente, lo fué también espiritualmente careciendo hasta la muerte de consuelo humano y divino a imitación de Jesucristo que exclamó en su agonía: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?" Ni siquiera tuvo el consuelo de ser asistida por su confesor en el trance de la muerte, en el cual se le apareció el demonio en forma de horrible perro

negro que daba vueltas a su alrededor para atemorizarla. Después de tan rudas pruebas murió santamente el 11 de Abril de 1903 a la edad de 25 años. Fué beatificada por Pío XI en 1933.

* * *

Don Andrés Beltrami. — Este Siervo de Dios, del cual ya hemos hablado al explicar la 1ª petición, también se había hecho víctima voluntaria por los pecados del mundo. He aquí como termina aquella oración que firmó con su sangre.

"Señor, salvad, perdonad a todo el mundo y castigadme sólo a mí que soy el más grande pecador, peor que los mismos demonios; Lucifer cometió un solo pecado de soberbia y yo cometí muchos de toda especie. Señor, para mí las maldiciones (excepto el pecado) pronunciadas por Josué y por los Levitas en el monte Hebal; para mis hermanos, las bendiciones pronunciadas sobre el Garizim. Corazón dulcísimo de Jesús, el amor que me disteis por las almas es más fuerte que la muerte y que el infierno".

Almas como éstas son las que alejan de los hombres los grandes castigos con que provocan de continuo la ira de Dios. Imitémoslas pidiendo perdón por los pecados de todos los hombres.

NOTA LITURGICA. — Aquí es el caso de recordar como el Santo Sacrificio de la Misa tiene también valor expiatorio, o sea, es muy apto para pedir perdón de nuestros pecados y de los de todo el mundo. Esto hace el sacerdote principalmente cuado ofrece la hostia: **por mis innumerables pecados; ofensas y negligencias y por todos los que están presentes y también por todos los fieles cristianos vivos y difuntos.** — Luego ofrece el cáliz: **por nuestra salvación y por la del mundo entero.** — Poco después de la elevación, hecho el memento de los muertos, el sacerdote golpeándose el pecho dice en voz media: "Nobis quoque peccatoribus: **también a nosotros pecadores danos, etc.** — Al " Agnus Dei " dice el sacerdote: " Miserere nobis ", **ten piedad de nosotros** (y no de mí tan sólo).

La forma de la consagración del vino es la siguiente: " Este es el cáliz de mi Sangre del nuevo y eterno testamento que será derramada **por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados.**

Es muy útil y conforme al espíritu de la Iglesia escuchar una parte de la misa, p. ej.: desde la elevación a la comunión para pedir perdón de los pecados; las otras partes pueden escucharse en espíritu de adoración, de hacimiento de gracias y de súplica.

Valor condicional (además del comparativo) de la palabra " sicut ", " como "?

La palabra " sicut ", " **así como** ", puede entenderse de dos maneras; significa:

a) **Comparación,** semejanza, igualdad; así decimos blanco como la nieve, brillante como el sol, tacaño como un avaro; en el caso presente entendemos decir a Dios que nos perdone en la misma medida con que nosotros perdonamos a los demás.

b) **Condición;** así decimos: " Como repitas esa palabra, te castigaré ". La partícula " **como** " equivale a la conjunción condicional **si, con tal que, supuesto que;** en el caso presente significa que Dios nos perdonará con la condición que nosotros perdonemos a los demás: en este sentido dijo Jesucristo: **Porque si perdonáis a los hombres las ofensas que os hacen, también vuestro Padre celestial perdonará vuestros pecados; pero si vosotros no perdonáis a los hombres, tampoco os perdonará vuestro Padre** (Mat. VI, 14, 15).

Los dos significados contienen la misma necesidad de perdonar, de suerte que si queremos que Dios nos conceda el perdón de los pecados, preciso es que nosotros perdonemos a aquéllos de quienes hayamos recibido alguna injuria.

Perdón de las ofensas.

Debemos perdonar a los que nos han ofendido.

1º **Porque Jesucristo lo manda expresamente. Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar**

allí te acordares que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano; y después volverás a presentar tu ofrenda (Mat. V, 23, 24).

Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian (Mat. V, 44). Alguien dirá que esto es imposible o demasiado duro. Dios, dice S. Jerónimo, no nos manda cosas imposibles, sino perfectas; y que hagamos lo que hizo David con Saúl, y San Esteban con los que le apedreaban.

En una ocasión preguntó S. Pedro a Jesús: — Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿hasta siete veces? Respondióle Jesús: **No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete,** es decir, jamás nos hemos de cansar de perdonar a los que nos ofenden, como no se cansa Dios de perdonarnos a nosotros (Mat. XVIII, 22).

Dice S. Pablo escribiendo a los Efesios: *El sol no se ponga sobre vuestra ira* (IV, 26) es decir, si acontece enojarnos con alguno, reconciliémonos pronto, antes que anochezca.

Salomón había escrito: *Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale agua para que beba* (Prov. XXV, 21).

San Juan Evangelista, llamado el Apóstol de la caridad por su especial empeño en predicar esta virtud, dice en su primera epístola: *Si alguno dijere: yo amo a Dios y aborreciere a su hermano, mentiroso es. Porque quien no ama a su hermano a quien ve ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve?* (Cap. IV, 20).

2º **Porque Jesucristo y los santos nos dieron ejemplo de perdón.** — Nuestro divino Redentor pen-

diente de la cruz imploró perdón para sus verdugos que lo crucificaban: " Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt " (Luc. XXIII, 34). **Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen.**

Yendo Jesús a Jerusalén, pasó por una ciudad de Samaría donde pidió hospedaje. Mas los habitantes no le quisieron recibir; por lo que Santiago y Juan, discípulos de Jesús, le dijeron: — ¿Señor, quieres que digamos que descienda fuego del cielo y los acabe? Mas Jesús volviéndose a ellos, los riñó, diciendo: — No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido a perder las almas, sino a salvarlas. Y se fueron a otra aldea (Luc. IX, 51 al 56).

Los santos nos dieron muchísimos ejemplos de cristiano perdón; es muy notable el de San Esteban protomártir que poco antes de morir apedreado por los judíos, así oró: " Señor, no les tomes en cuenta este pecado " (Act. VII, 59).

Si somos verdaderos cristianos, es decir imitadores de Cristo, seamos semejantes a El que perdonó y que nos perdona continuamente.

3º **Porque la ley natural nos manda perdonar.** Está dispuesto por ley natural que nos hayamos con los demás como deseamos que ellos se hayan con nosotros; es por lo tanto muy desvergonzado aquél que pide a Dios le perdone la pena de su pecado, conservando él su espíritu irritado contra su prójimo.

La ley natural está expresada en el conocido adagio: *No hagas a otros lo que no quieres te hagan a ti; haz a los demás lo que quisieras hiciesen contigo.* Ahora bien, cuando yo ofendo a alguno, quiero ser perdonado; así también cuando otro

me ofende a mí, debo perdonarle generosamente sin esperar siquiera que venga a pedirme perdón; y si viniese por él, debo guardarme de recibirlo con semblante adusto o responderle con palabras secas y desabridas; debo mostrarle afecto, buenos modales y benevolencia.

4° **Porque sin perdón no hay paz entre los hombres.** — Quitada la ley del perdón, reina la ley del odio y de la venganza y se multiplican los crímenes. No puede haber tranquilidad. ¿Cómo es posible que viva en paz el que doquiera está viendo el puñal vengativo de su enemigo que juró vengarse de una ofensa recibida? (Véase 2ª parte: 5° Mandamiento; Perdón de las ofensas).

EJEMPLO. — **La paz del mundo.** — Lo que sucede con los hombres en particular acontece con el mundo. Una de las causas principales de la actual crisis mundial es la sed armamentista de las naciones: recelan una de otra y gastan sumas fabulosas para armarse construyendo febrilmente naves, aeroplanos, submarinos, fortalezas, etc. ¿Por qué así? Porque no reina en el mundo la caridad y porque se alejó de él la ley del perdón y del olvido de las ofensas que tanto predicó el Divino Maestro. Al firmar la paz de Versalles después de la gran conflagración europea, las naciones vencedoras se inspiraron más bien en principios de venganza y de opresión, sin tener en cuenta la voz del Vicario de Jesucristo el Papa Benedicto XV que proponía perdón para los vencidos, supresión de las deudas de guerra, etc. Ese tratado de paz no satisfizo a los pueblos y por lo tanto no reina en ellos la paz, como lo dan a entender las continuas revoluciones que en ellos ocurren.

NOTA LITURGICA. — **La ceremonia de la paz.** — Una de las ceremonias más tiernas e impresionantes de la Iglesia es la que se efectúa durante la misa solemne. El celebrante, recitado el " Agnus Dei " en el cual pide a Dios la paz (**dona nobis pacem**), se vuelve al diácono y poniéndole dulcemente las manos en los hombros e inclinado hacia él la cabeza, le dice: " Pax tecum ", **la paz sea contigo**, a lo que responde el diácono: " Et cum spiritu tuo ", **y con tu espíritu.** A su vez el diácono da la paz al subdiácono y éste al ministro inmediatamente inferior, quien la da al principal del clero o asistentes a la Misa, los cuales se la auguran entre sí. Esta ceremonia, poco antes

de la comunión significa que el cristiano ha de acercarse a recibir a Jesús con un corazón lleno de caridad hacia sus hermanos y perfectamente reconciliado si hubiese habido algún disgusto: así lo da a entender el 2º de los textos que citamos en el párrafo "Perdón de las ofensas". Esta costumbre es un vestigio del **beso de paz** que solían darse mutuamente los primeros cristianos al fin de la oración común; así dice San Pablo al fin de sus epístolas: **Saludaos los unos a los otros en ósculo santo.**

La condición para ser perdonados.

Quien no quiere perdonar, no tiene razón de esperar que Dios le perdone; antes bien, diciendo esa petición se condena a sí mismo porque pide ser perdonado en la medida que él perdona; es así que él no perdona nada; luego tampoco Dios le perdonará.

El mejor testimonio de esta verdad lo hallamos en la parábola del siervo despiadado que leemos en S. Mateo (cap. XVIII, 23, etc.). El divino Maestro, después de recomendar a S. Pedro que perdone siempre, añade:

"El reino de los cielos es comparado a un rey que quiso entrar en cuentas con sus siervos; le fué presentado uno que debía diez mil talentos (suma muy considerable). Y como no tuviese con qué pagarlos, mandó su señor que fuese vendido él y su mujer y sus hijos y cuanto tenía y que se le pagase. Entonces el siervo arrojándose a sus pies, le rogó diciendo: — Señor, espérame, que todo te lo pagaré. Y compadecido el señor de aquel siervo, le dejó libre y le perdonó la deuda.

Mas luego que salió aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios (muy poca cosa): y trabando de él lo quería ahogar, diciendo: — Paga lo que me debes. Y arrojándose a sus pies, su compañero le rogaba diciendo: — Ten un poco de paciencia y todo te lo pagaré. Mas él no quiso, sino que fué y le hizo poner en la cárcel hasta que pagase lo que debía.

Viendo los otros siervos, sus compañeros, lo que pasaba,

se entristecieron mucho, y fueron a contar a su señor todo lo que había pasado. Entonces le llamó su señor y le dijo: — Siervo malo, toda la deuda te perdoné porque me lo rogaste: ¿pues no debías tú también tener compasión de tu compañero, así como yo la tuve de ti? Y enojado el señor le hizo entregar a los atormentadores hasta que pagase todo lo que debía.

Del mismo modo — terminó Jesús — *hará con vosotros mi Padre celestial, si cada uno no perdonare de corazón a su hermano.*

¿Qué comparación hay entre la deuda infinita que contraemos con Dios al cometer el pecado y la leve ofensa que nos puede hacer nuestro hermano? La distancia que hay de la una a la otra es por cierto mucho mayor que la que media entre los diez mil talentos y los cien denarios de la parábola. Si, pues, Dios nos perdona una deuda tan grande, ¿por qué no perdonaremos la deuda infinitamente más pequeña de nuestro prójimo?

El confesor no puede absolver al penitente que se acusa de guardar rencor hacia alguno, si antes no perdona, deponiendo todo sentimiento de odio y venganza.

EJEMPLO. — **García Moreno.** — Al caer este santo presidente del Ecuador víctima del puñal asesino, fué trasladado moribundo a la catedral. Allí el sacerdote antes de darle la absolución (no necesitaba confesarse porque lo había hecho antes y también había comulgado) y la Extremaunción le hizo una sola pregunta: — ¿Perdona Vd. a sus asesinos? — Perdono de todo corazón, respondió con voz débil pero decidida el Presidente. Y sin más administróle ese sacramento y a poco falleció santamente. (Véase el ejemplo de San Juan Gualberto que referimos al explicar la 3ª Petición, " Inspiraciones ").

El olvido de la injuria.

Hay quienes sabiendo que deben olvidar las injurias y amar a los que los ofendieron, desean hacerlo y hacen lo que pueden; pero por más que quieran

no consiguen desechar el recuerdo total de las injurias y por esto sienten grandes remordimientos temiendo no obedecer al divino precepto.

Esos tales no deben apesadumbrarse y deben seguir rezando porque si **de veras han perdonado y no desean ningún mal al prójimo,** aunque persista a pesar suyo ese recuerdo de las injurias, pueden estar tranquilos de haber cumplido con su deber.

Son contrarias entre sí las inclinaciones de la carne y del espíritu, porque el deseo de aquélla es hacia la venganza, mientras el espíritu desea perdonar; cuando, pues, acude a la mente el recuerdo de las ofensas recibidas, procúrese rechazarlo como se rechaza un mal pensamiento y renuévese la protesta de querer perdonar a pesar de todo.

Convendrá advertir de paso que el ofendido no está obligado a dar señales positivas y especiales de amistad y confianza al ofensor; basta que le dé aquéllas que no se niegan a ninguna persona; p. ej.: responder al saludo, contestar a las preguntas, socorrerla en grave necesidad, etc.

Claro está que sería mayor perfección hacer el bien a los enemigos, a ejemplo de los santos, quienes, venciéndose a sí mismos, se complacían en colmar de beneficios y atenciones a sus perseguidores, según el precepto del Señor: *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos dignos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores* (Mat. V, 44-45).

El que aun no está dispuesto a perdonar ¿podrá dejar de rezar, esperando hasta que se sienta dispuesto?

San Agustín así responde a esta pregunta: " ¿Podré yo acaso deciros que si no amáis a vuestros enemigos no hagáis oración? Eso no diré yo, sino: pedid para que podáis amarlos ".

Todo sentimiento sobrenatural nos viene de Dios y hemos de pedírselo por medio de la oración; ahora bien, el amor a los enemigos, el perdonar sus ofensas, es un sentimiento que está por encima de las fuerzas naturales; luego debemos pedírselo a Dios y para ello muy bien podemos emplear las palabras de la oración dominical.

Dice el Catecismo Romano: "Cuando tengamos necesidad de perdonar a los que nos han causado algún perjuicio o algún mal, al pedir que Dios nos perdone, pedimos al mismo tiempo nos dé fuerzas para reconciliarnos con los que aborrecemos; lejos, pues, de dejar la oración, debemos animarnos a orar a menudo a fin de pedir a Dios Padre nos dé la resolución para perdonar a los que nos ofendieron y para amar a los enemigos".

Cuando los médicos quieren operar a una persona débil procuran disponerla a la operación robusteciendo su organismo; así también cuando uno no se siente con fuerzas para perdonar, debe a ello disponerse mediante la oración y la meditación de los motivos que hay para hacerlo. "El mejor medio para perdonar — dice S. Juan Crisóstomo — es el recuerdo de nuestros propios pecados y el temor del juicio futuro. Acuérdate — añade — cuán grandes son las deudas que has contraído con la Divina Justicia y el castigo que has merecido por todas tus culpas; y el temor de todo esto amortiguará tu ira contra tu prójimo. Cuando haces oración acuérdate del infierno, del castigo y pena eternos, y entonces ni siquiera te vendrá al pensamiento tu enemigo... Mas la causa de todo mal está en que espiamos con suma diligencia las faltas de otros y miramos con sumo descuido las nuestras".

CAPITULO XII.

Sexta Petición:

Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION

337. - *¿Cuál es la sexta petición del Padre Nuestro?*

La sexta petición del Padre Nuestro es "No nos dejes caer en la tentación" y en ella pedimos que Dios no nos deje consentir en los malos pensamientos y tentaciones con que el demonio procura hacernos caer en pecado.

En la sexta petición pedimos a Dios nos libre de ese terrible mal que son las tentaciones; le pedimos una de estas dos cosas:

a) O no permita que seamos tentados.

b) O nos dé fuerzas para vencer la tentación; de un modo especial pedimos esto último y no tanto lo primero, que no será acaso conveniente para nosotros, y el pedirlo sería pedir a Dios en algún modo un continuo milagro.

San Jerónimo, sobre aquello del Eclesiastés (Eccl. III, 8): **Hay tiempo de guerra y tiempo de paz**, dice que mientras estamos en vida es tiempo de guerra y cuando pasemos a la otra, será tiempo de paz; por eso llamamos al paraíso "Jerusalén" palabra que significa "visión de paz". Por tanto, dice,

ninguno se tenga ahora por seguro, porque es tiempo de guerra; ahora ha de ser el pelear para que, saliendo vencedores, descansemos después en aquella bienaventurada paz.

Dice Job: *La vida del hombre sobre la tierra es una continua guerra y como el día del jornalero* (Job VII, 1). Así como el oficio del jornalero es trabajar y cansarse todo el día y después le sigue el premio y el descanso; así también en nosotros el día de esta vida es lleno de trabajos y tentaciones, y después se nos dará el premio y el descanso, conforme a cómo hubiéremos trabajado.

En vista de esta continua lucha, a la cual nos es forzoso sujetarnos, dice San Jerónimo que en la oración del "Pater noster", Cristo nuestro Señor no nos dice que pidamos a Dios no tener tentaciones, porque eso, dice, es imposible, sino que no nos deje caer en la tentación. Y eso es también lo que el mismo Cristo en otra parte dijo a sus discípulos: *Velad y orad porque no entréis en la tentación* (Mat. XXVI, 41). Entrar en la tentación, no es ser tentado, sino ser vencido de la tentación. El santo patriarca José, la virtuosa Susana fueron tentados, pero ayudólos el Señor para que no cayeran en la tentación. Pues eso es lo que nosotros pedimos al Señor en la oración del "Pater noster": que nos dé gracia y fortaleza para que no caigamos ni seamos vencidos en la tentación. Y en la epístola a Heliodoro dice el mismo S. Jerónimo "Yerras, hermano; yerras y engáñaste mucho, si piensas que el cristiano ha de estar sin tentación".

Extrañarse y más aún espantarse de las tentaciones es como si el soldado se extrañase y espantase del tiro y del cañón, y se quisiese volver de la guerra; o como el que quisiese dejar de navegar y salirse de la nave, por ver que se le revuelve el estómago.

EJEMPLO. — Muy bien demostraba comprender el significado de esta petición aquel santo monje al cual viendo San

Doroteo gravemente tentado, le dijo que, si quería, con mucho gusto rogaría para que el Señor hiciese cesar la tentación. Respondió el monje: — Me encuentro, es verdad, en un estado miserable; dura es la lucha, pero conozco el provecho que me resulta, pues me veo así en la necesidad de hacer oración, de echar mano a la mortificación y penitencia; **Orad, añadió, no para que cese la tentación sino para que el Señor me ayude a vencerla.**

— Hijo mío, respondió admirado San Doroteo, ahora veo claramente cómo adelantas por el camino derecho de la virtud; lucha, pues, con valor en medio de la tentación y tu alma se purificará y elevado será el grado de perfección a que llegarás.

La tentación.

Las tentaciones son excitaciones al pecado que nos vienen del demonio, de los hombres perversos o de nuestras pasiones.

La palabra tentar tiene varios significados:

a) Tentar es someter a alguien a una prueba **para inquirir de él alguna verdad:** Dios no tienta en este sentido porque no necesita conocer nada, todo lo sabe.

b) Tentar significa también **poner a prueba la virtud** de una persona, para que después sea honrada y propuesta como modelo a los demás. Dios muchas veces tienta en esta forma; así p. ej.: probó (o tentó) la fidelidad de Abrahán mandándole sacrificar a su primogénito Isaac; tentó la virtud de Tobías, de Job ,etc.

c) Tentar significa finalmente **inducir a pecado** o a la perdición, lo cual es oficio propio del diablo. Dios, santidad por esencia, no puede excitar a nadie al pecado, ni tentarle; pero puede permitir que seamos tentados. Así lo enseña el Apóstol

Santiago: **Nadie diga cuando fuere tentado, que es tentado por Dios; El no tienta a ninguno.** (Jac. I, 13-14).

¿De cuántas maneras puede ser la tentación? — Podemos clasificar las tentaciones según la fuente de donde proceden, que son tres, llamadas comúnmente los tres enemigos del alma: el **demonio**, el **mundo** y la **carne.**

El demonio. — Nos tienta el demonio el cual, según expresión de S. Pedro, **como león rugiente gira de continuo alrededor de nosotros buscando a quien tragar** (1ª epíst. V, 8). Ningún tiempo, ningún lugar, ninguna virtud puede librar al hombre de sus asaltos.

No sólo es Satanás quien tienta a los hombres, sino que a veces bandas de demonios acometen a uno, según lo declaró aquel diablo que, preguntado por Cristo Señor Nuestro, qué nombre tenía, contestó: **Tengo por nombre "Legión"** (Marc. V-9); en otro pasaje dice Jesucristo que el demonio cuando se ve expulsado de un alma, **toma consigo otros siete** (es decir muchos) **espíritus peores que él y entrando habitan allí, y el último estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero** (Mat. XII, 45).

Cuán atrevidos sean los demonios, demuéstralo la voz de Satanás, según el Profeta: **Escalaré el Cielo.** Acometió a los primeros padres en el Paraíso, persiguió a los Profetas, deseó apoderarse de los Apóstoles a fin de **zarandearlos como el trigo,** (Luc. XXII 31); y ni aún se avergonzó ante la presencia misma de Jesucristo (Mat. IV).

¿Es cierto que nos tienta el demonio? — Algunos quieren mirar las tentaciones como imaginarias porque no las experimentan en sí. ¡Desgraciados!: el demonio no necesita luchar con ellos porque tienen su voluntad completamente rendida a la del tentador: hacen todo lo que éste les sugiere, no resisten y, claro está, no sienten la lucha como la sienten los que contradicen varonilmente al demonio. Así como experimentan la fuerza de la corriente tan sólo aquellos navegantes que bogan en contra de ella; del mismo modo sienten las tentaciones tan sólo aquellas almas que resisten al demonio.

Si, pues, no sentimos tentaciones, veamos si no es porque secundamos en todo al demonio.

¿Por qué nos tienta el demonio? — Por dos razones principalmente:

a) *Por envidia*: Los hombres están destinados a ocupar en el cielo los tronos de los cuales fueron desposeídos los ángeles rebeldes o sea, los demonios; por consiguiente no omiten esfuerzo para hacerlos partícipes de su eterna desgracia; es propio de la envidia sentir un gran pesar del bien ajeno y desear destruirlo.

b) *Por odio a Dios*: El demonio tiene un odio implacable contra Dios y quisiera aniquilarlo; no pudiendo hacerlo, desahoga su odio contra el hombre, imagen de Dios.

Podemos vencer al demonio. — Es verdad de fe que siempre podemos vencer al demonio con la ayuda de Dios. Así lo dice el apóstol San Pablo: **Fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados más de lo que podéis; y si creciere la tentación; crecerá también el socorro y favor para vencer y triunfar de vuestros enemigos y quedar en ganancia de la tentación** (Iª Cor. X, 13).

Por una parte sabemos que el demonio no puede más de lo que Dios le diere licencia, ni nos podrá

tentar un punto más; por otra parte estamos ciertos que Dios no le dará licencia para que nos tiente más de lo que pudiéremos llevar.

San Agustín expresa gráficamente esta verdad diciendo que el demonio es un perro atado; atólo Jesucristo al árbol de la cruz; si está atado, tiene un poder muy limitado y no puede ir más allá de lo que le permite la cadena; por consiguiente tan sólo morderá a aquéllos que se le acerquen demasiado y en manera alguna a los que se mantengan a una prudente distancia.

El mundo. — Nuestro segundo enemigo es el mundo, es decir el conjunto de hombres perversos que arruinan las almas por medio de espectáculos inmorales, modas indecentes, novelas pornográficas, prensa perversa y sectaria, cinematógrafo, teatro, escuela laica, malos ejemplos, conversaciones inmorales, etc.

" Vae mundo a scandalis " (Mat. XVIII, 7). **Ay del mundo por sus escándalos,** ha dicho con lenguaje severo el mansísimo Jesús, dando a entender que es peligrosa su compañía.

Y San Juan Evangelista escribe: *Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de carne* (es decir impureza), *concupiscencia de ojos* (avaricia) *y soberbia de la vida* (deseo de independencia e insubordinación) (1ª Juan, II, 16).

" Non pro mundo rogo " (Juan XVII, 9). *No ruego por el mundo,* ha dicho Jesucristo en el discurso que hizo después de la última cena; y añade S. Juan: *No queráis amar al mundo ni las cosas que hay en el mundo* (1ª Juan II, 15).

Dice San Juan Bosco: " Cuando el demonio ha empleado inútilmente sus ardides para seducir a un jovencito, se suele servir de los escandalosos ", es decir de los hombres perversos

del mundo; es, pues, el mundo un aliado del demonio para perder las almas.

EJEMPLO. — **Vida monástica.** — Convencidos de los peligros del mundo, muchos santos lo abandonaron y fueron a vivir en el desierto. El primero y más célebre entre los solitarios fué San Pablo llamado el ermitaño; San Antonio el egipcio fué el fundador del monaquismo. Se llamaban monjes o **solitarios** los religiosos que vivían separados uno de otro; en cambio se llamaban **cenobitas** los religiosos que vivían juntos y dormían bajo el mismo techo.

Actualmente existen muchas órdenes religiosas de ambos sexos cuyas reglas y finalidades son muy diversas; pero todas tienen como base la observancia de los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia y el **retiro del mundo**, el cual es más o menos riguroso según las diversas órdenes; algunas hay cuyos individuos no pueden salir del convento ni pueden dar entrada en él a personas extrañas, fuera del caso de grave necesidad: a esta regla diciplinaria se denomina con el nombre de **clausura** y es la mejor salvaguardia de los religiosos contra los peligros del mundo.

Los buenos cristianos que no han sido llamados por Dios a la vida religiosa, si no quieren ser víctimas del mundo deben vivir en él como si les fuese ajeno, evitar sus peligros y amar la vida doméstica y retirada.

(Véase lo que a este respecto dijimos en la 2ª Parte, Cap. III, últimos párrafos).

La carne. — La carne es nuestro cuerpo con sus pasiones y malas inclinaciones que constantemente nos arrastran al mal.

El Apóstol nos habla de la guerra que nos mueven estas malas inclinaciones. **La carne**, dice, **codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne; porque estas cosas son contrarias entre sí y sucede frecuentemente que el hombre no hace el bien que desea y obra el mal que repugna al espíritu.** Por eso exclamaba angustiado: **¿Quién me librará de este cuerpo mortal?** (Rom. VII - 23, 24).

De esta última expresión se colige que la car-

ne es el peor de los tres enemigos; en efecto, al demonio podemos ahuyentarlo con oraciones, exorcismos, etc.; del mundo podemos huir o podemos rechazarlo con la fuerza; pero el cuerpo está siempre con nosotros y no está en nuestro poder desprendernos de él.

Esta circunstancia y la tendencia perniciosa de la carne hacia el mal, encendían en muchas almas buenas un santo odio contra su cuerpo al cual trataban como a temible enemigo; decía S. Pablo: *Castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre* (1ª Cor. IX, 27).

Esta rebeldía de la carne contra el espíritu es consecuencia del pecado de nuestros primeros padres. Ellos se rebelaron contra Dios y Dios dispuso que la carne o las pasiones, que antes del pecado estaban sujetas a la razón, se rebelasen contra ésta.

Ejemplos: La Historia Sagrada trae muchos ejemplos de tentaciones originadas por alguno de estos tres enemigos: unas veces con victoria por parte de los tentados y otras con derrota; en ambos casos con lecciones muy útiles para nosotros a fin de que considerando las victorias de los unos nos animemos a luchar, y meditando en las derrotas de los otros escarmentemos en cabeza ajena apartándonos de los peligros.

El primer ejemplo lo tenemos en nuestros primeros padres Adán y Eva, quienes fueron vencidos por soberbia queriendo ser iguales a Dios.

Fué muy tentado contra la virtud de la paciencia el Patriarca Job, no sólo por el demonio sino también por su mujer y por sus amigos; pero apoyado en Dios superó heroicamente todas las pruebas. (His. Sda.: Epoca 3ª, Cap. 8º).

El justo José fué tentado de impureza; pero resistió varonilmente acudiendo al arma de la presencia de Dios y prefiriendo la cárcel a manchar su alma con el pecado. (Hist. Sda.: Ep. 3ª, Cap. 4º al fin).

Sansón fué tentado y vencido por Dalila a quien reveló el secreto de su fuerza; cayó David por haber dado rienda suelta a sus ojos; y el mismo Salomón en su vejez frecuentó la compañía de mujeres idólatras, a cuyos dioses levantó templos: para resistir a la tentación no le valió a Sansón su **fuerza**, ni a David su **santidad**, ni a Salomón su **sabiduría**, ejemplos terribles que nos enseñan que sin el auxilio de Dios caen también las almas grandes.

Tentado fué por sus amigos el anciano Eleazar para que fingiese comer carnes prohibidas por la ley mosaica; pero resistió diciendo: "Si yo siguiere vuestro consejo, me libraría de los suplicios de los hombres, pero de la mano del Omnipotente no me libraría ni vivo ni muerto" (Hist. Sda. 6ª Ep., Cap. 4º).

Dieron ejemplo de resistencia a las tentaciones los siete macabeos (Hist. Sda.: 6ª Ep., Cap. 4º); los tres niños de Babilonia (Id. 6ª Ep., Cap. 1º) y el profeta Daniel, quienes estuvieron dispuestos a morir antes que adorar a los falsos dioses.

Siempre despertará admiración la virtud heroica de Susana calumniada por los jueces malvados y librada por Daniel. (Historia Sda.: 6ª Ep., Cap. 1º).

Los Apóstoles fueron tentados la noche de la captura de Jesús; todos huyeron cobardemente y Pedro, además, negó tres veces a su Maestro: los Apóstoles no habían cumplido el consejo del Señor: *Vigilad y orad.*

También Jesucristo, para darnos ejemplo de resistencia a las tentaciones y para que nos convenciéramos de que ellas de por sí no son un mal, permitió ser tentado tres veces por el de-

monio con tentaciones de gula, de vanagloria y de idolatría. (Véase Hist. Sda. 7ª Ep., Cap. 3º: "Jesús en el desierto").

De estos y otros ejemplos que podríamos citar, debemos aprender:

1º A evitar las tentaciones, no exponiéndonos sin necesidad al peligro de caer.

2º A acudir a Dios con fervor y confianza cuando nos viéramos en alguna tentación.

3º A expiar con penitencias las faltas cometidas como hicieron nuestros primeros padres, David, los Apóstoles, etc.

Cuándo, cómo y por quién puede ser tentado el hombre.

Cuándo. — Desde que el hombre tiene uso de razón hasta que muere está sujeto a las tentaciones; sólo cesarán después de la muerte.

No hay, pues, edad en que no pueda ser uno tentado: en la infancia, en la juventud, en la edad madura, en la vejez; de día, de noche; en cualquier época del año, en cualquier lugar; sabemos de niños pequeños (con uso de razón) que se han condenado.

Si bien es cierto que en todo tiempo nos asalta el demonio y que nunca hemos de estar desprevenidos, hay no obstante unas horas en las cuales nuestro enemigo hace más abundante cosecha de almas: son las horas de la noche y de la siesta a causa del ocio a que uno se entrega, de las tinieblas que favorecen el pecado, de la soledad, del calor, del embotamiento de las facultades mentales que se produce después de la comida, etc.

El profeta David que cometió el pecado precisamente mientras sesteaba, pedía a menudo a Dios que *lo librase del demonio meridiano* (Salmo 90, vers. 6).

Jesucristo al proponer la parábola del buen trigo y de la

cizaña dice que *mientras sesteaban* los colonos, el enemigo sembró cizaña en el campo (Mat. XIII, 25).

El bienaventurado San Gregorio nota también que algunos comienzan a sentir esta guerra de las tentaciones al principio de su conversión, después de los Ejercicios Espirituales, cuando comienzan de veras a practicar la virtud. Y trae para esto el ejemplo de Jesucristo el cual permitió ser tentado después del bautismo y cuando se recogió al desierto a ayunar y orar y hacer penitencia. Dios así lo permite porque no piense uno que es ya santo por haber dejado la mala vida y tomado otra buena.

Otros hay que al principio de su conversión no son combatidos; antes sienten mucha paz, gustos y consolaciones; y después andando el tiempo los prueba el Señor con tentaciones.

EJEMPLOS. — Los santos estaban íntimamente persuadidos de que en todo tiempo puede el hombre ser tentado y caer. San Pedro de Alcántara ni siquiera en el lecho de muerte permitió ser tocado por su hermano. — "Todavía soy mortal y puedo ofender a Dios", decía.

Una de las razones porque desean morir las almas buenas es para verse libres del peligro de ofender a Dios.

También nosotros, penetrados de esta verdad, procuremos estar siempre alerta y prevenidos a fin de que el demonio no nos juegue alguna mala partida.

Cómo. — Muy diestro es el demonio en el arte de engañar a las almas. Dice S. Gregorio que así como uno de los principales avisos de los cazadores es saber a qué linaje de cebo son más aficionadas las aves que quieren cazar, para armarles con eso; así el principal cuidado del demonio es saber a qué género de cosas estamos más aficionados y de qué gustamos más, para armarnos y entrarnos por ahí.

Así vemos que tentó a Adán por la mujer, porque sabía la afición grande que le tenía; a Sansón también por ahí le acometió y le venció; a los blan-

BIBLIOTECA NACIONAL

dos y de suave condición les acomete con tentaciones deshonestas y de vanagloria; y a los que tienen condición áspera, con tentaciones de ira, de soberbia, de indignación e impaciencia.

En vista de esto debemos estudiarnos a nosotros mismos, conocer bien la pasión dominante, que es nuestro lado débil y fortificarlo con ejercicios de piedad y con una atención y vigilancia especial, así como se redoblan las centinelas en los puntos más débiles y accesibles al enemigo.

Por quién. — Podemos ser tentados por el demonio directamente, por las cosas y los hombres del mundo y también por nuestras propias pasiones.

Ya hemos explicado que Dios no tienta al hombre en el sentido de inducirlo al mal, sino que tan sólo permite por muy justos motivos que sea tentado.

Cuándo hay culpa en esas tentaciones. — Hay cristianos que cuando sufren una tentación especialmente si es prolongada y muy insistente, se acongojan y afligen creyendo que ya están en desgracia de Dios y con un pie en el infierno. Se equivocan; la tentación no es de suyo un mal; si lo fuera, ni Jesucristo ni los santos las habrían experimentado.

El pecado está en consentir en la tentación, o sea, en poner por obra lo que ella insinúa; o, si no se puede poner en obra, desear eficazmente hacerlo, como cuando uno teniendo el deseo de hurtar un objeto de valor, se retiene porque ve al guardia civil o al dueño, o porque no cede la puerta que impide la entrada.

Si se trata de pecados puramente internos (pen-

samientos malos) es pecado deleitarse voluntariamente en ellos sin hacer esfuerzos para desecharlos.

Del mismo modo es pecado exponerse voluntariamente y sin razón suficiente a la tentación, porque el que busca el peligro parecerá en él y el Señor ha prometido su auxilio, pero sólo a aquéllos que sin culpa se hallen en la tentación.

Hay, pues, gran diferencia entre sentir la tentación y consentir en ella: lo primero no es pecado, antes un bien muy provechoso; lo segundo es pecado, por lo que hemos de procurar de rechazarlas al punto que nos damos cuenta de ellas, sin deternernos a examinarlas.

EJEMPLO. — Cuéntase de Santa Catalina de Sena que estando una vez muy fatigada y afligida de tentaciones, se le apareció Cristo nuestro Redentor y desaparecieron luego todos aquellos nublados. Ella quejóse dulcemente: — ¡Ah! Señor, ¿y dónde estabais Vos cuando tales cosas pasaban por mi corazón? Dícele: Hija, ahí estaba yo dentro de tu corazón: — ¡Jesús mío! ¿Entre pensamientos tan torpes y malos estabais Vos? Dícele — Hija ¿te alegrabas tú, por ventura, de tener aquellos pensamientos? — ¡Oh! Señor, que me llegaba al alma y no sé qué me escogiera antes que tenerlos! — Pues ¿quién — concluyó Jesús — hacía que te pesara, sino yo que estaba allí?

De manera que por malos y feos pensamientos que tengamos, si no nos alegramos con ellos, antes recibimos pena y pesar, no sólo no nos ha desamparado Dios, sino que podemos tomar ésa por señal de que mora en nosotros.

Por qué Dios permite la tentación.

Por las siguientes razones:

1ª **Para conservarnos en humildad.** La humildad es el fundamento de todas las virtudes y medio indispensable para salvarnos; a Dios, que desea ardientemente nuestra salvación, le está muy a pechos que seamos humildes.

Las tentaciones nos mantienen en humildad por-

que nos hacen sentir nuestra profunda miseria y fragilidad y la necesidad del auxilio divino. San Pablo confiesa de sí que para no ensoberbecerse por la grandeza de las revelaciones con que era de Dios favorecido, permitía que fuese tentado con tentaciones de cosas humillantes (2ª Cor. XII, 7).

Las grandes caídas están siempre acompañadas de grande soberbia y presunción; así lo declara el Espíritu Santo (Prov. XVIII, 12). Muchos santos han caído por creerse muy fuertes en la virtud; por eso Dios permite las tentaciones para que el alma se conserve en humildad, no se exponga al peligro y acuda a Dios al primer asomo de tentación.

2ª **Para probar nuestra fidelidad o castigar nuestra infidelidad.** — a) " En la tempestad se prueba la habilidad del piloto, en el combate la valentía del guerrero, en la tentación la fidelidad del cristiano ", dice S. Basilio.

Es en la tentación cuando el cristiano muestra su amor a Dios. Fácil cosa es amarlo cuando todo está sosegado y no hay tentaciones; pero ser fieles a Dios cuando el demonio, el mundo, la carne quieren apartarnos de Dios, eso es virtud y fidelidad.

Así resplandeció admirablemente la fidelidad de Job, de Tobías, de Daniel, de los mártires porque permanecieron en el servicio de Dios a pesar de las seducciones y halagos del demonio y del mundo.

b) Además Dios permite a veces las tentaciones en castigo de nuestra falta de fidelidad en cumplir su santa Ley, en castigo de nuestra soberbia, de nuestra liviandad, de nuestra destemplanza en comer y beber, de nuestra tibieza, de nuestros hábitos pecaminosos; en castigo de habernos dado a lecturas frívolas o poco honestas, a conversaciones libres; en castigo de

la libertad que concedemos a los sentidos, especialmente a la vista.

3ª **Para perfeccionar nuestras virtudes.** — " Como el oro se purifica de toda la escoria — dice S. Juan Crisóstomo, así los que están ya probados en la virtud, son más probados por las tentaciones, son más y más purificados y estimulados al bien ".

Dice el Apóstol: **La virtud se perfecciona en la enfermedad,** es decir en las tentaciones (2ª Cor. XII, 9).

Ser manso y paciente cuando nadie nos molesta o contradice es poca virtud; serlo en tiempo de enfermedad, de persecuciones, de insultos o calumnias, como le aconteció a S. Francisco de Sales, eso es ya virtud heroica.

No cometer pecados de impureza cuando uno no es tentado o se halla fuera de peligro, es virtud incipiente o cuanto más mediocre; pero llegar al extremo de dar la vida por la pureza, como hicieron tantas vírgenes; de arrojarse, como S. Bernardo, en un estanque helado; o revolcarse, como S. Francisco de Asís, en un rosal lleno de espinas; o morderse la lengua y escupirla en el rostro del tentador, como hizo un santo mártir, todo esto supone virtud heroica que sólo se consigue venciendo muchas tentaciones.

Para aumentar nuestros méritos. — Dice S. Francisco de Sales: " Estemos persuadidos que cada victoria que alcanzamos sobre los enemigos de nuestra salvación, es una nueva piedra preciosa que brillará en nuestra corona en el cielo ".

Leemos en la epístola del Apóstol Santiago:

Bienaventurado el hombre que sufre tentación, porque después que fuere probado, recibirá la corona de la vida (Cap. I, 12).

Así como el soldado lucha con denuedo pensando en la corona o medalla que recibirá al fin de la batalla; así también el cristiano debe animarse a vencer las tentaciones con el pensamiento del galardón que recibirá de Jesucristo, perfecto conocedor de esos combates espirituales que escapan a la vista de los hombres y justo remunerador de los esfuerzos hechos por su amor.

¡Con cuánto placer recuerdan los bienaventurados del cielo las tentaciones padecidas y las victorias alcanzadas con el auxilio de Dios!

EJEMPLO. — San Juan Clímaco cuenta de San Efrén, que viéndose en altísimo estado de paz y tranquilidad, a la cual llama él cielo terrenal e impasibilidad, rogaba a Dios que le volviese y le renovase las batallas antiguas de sus tentaciones por no perder la ocasión y materia de merecer y labrar su corona.

Por qué permite Dios sean tentadas las almas justas. — Lo dicho acerca de los bienes que producen las tentaciones vale especialmente para las almas justas; ellas más que otras necesitan tentaciones para mantenerse humildes y para no envanecerse de los dones que reciben de Dios; para adelantar constantemente en la virtud porque en el camino de la perfección *no adelantar es retroceder;* para corresponder a los beneficios de Dios y como éstos son grandes y extraordinarios, así también son muy grandes y extraordinarias las tentaciones que han sufrido los santos, proporcionadas a su virtud.

Dios se complace en probar las almas buenas como el joyero se complace en purificar el oro con que debe labrar una riquísima corona. Dijo el Arcángel San Rafael al anciano Tobías (Tob. XII, 13): *Porque eras acepto a Dios fué menester que te probara la tentación.*

EJEMPLO. — Un santo monje fué un día al abad Pastor y díjole: — Ya Dios me ha quitado las peleas y dádome paz porque se lo he rogado. Dijo Pastor: — Vuelve a Dios y pide que te vuelva tus peleas porque no te hagas negligente. Fué al Señor y díjole lo que Pastor decía. Respondióle Dios que tenía su maestro razón y permitió que de nuevo fuese tentado.

En confirmación de esto, vemos como el apóstol San Pablo cuando pidió ser libre de la tentación, no fué oído, sino respóndele el Señor: Bástate mi gracia porque en la tentación se perfecciona y echa de ver la virtud (II a los Cor. XII, 9).

Medios para evitar las tentaciones.

Se evitan y vencen las tentaciones practicando el consejo de Jesucristo: **Velad y orad para no ser vencidos por la tentación** (Mat. XXIV, 41).

En el primer verbo, **velad** se indican los medios negativos o sea cómo se **evitan** las tentaciones; en el segundo se señalan los medios positivos o sea cómo se **rechazan**, siempre que culpable o inculpablemente se hayan posesionado de nosotros.

1ª **Parte: ¿Cómo se evitan?** — Velando sobre nuestra **mente**, nuestro **corazón** y nuestros **sentidos.**

a) **Nuestra mente.** — Hemos de estar atentos, para que no entren en ella pensamientos, imaginaciones, deseos vedados. Al darnos cuenta de ellos hemos de intimarles decididamente el " Vade retro, Satana ". Nuestra alma debe estar lejos de asemejarse al campo del perezoso de que habla la Escritura: **Pasé por el campo de un hombre necio y vi que todo estaba lleno de ortigas, y las espinas habían cubierto la superficie, y la cerca de piedras estaba destruída** (Prov. XXIV, 30, 31). Triste imagen de un alma en la cual los malos pensamientos van y vienen como dueños de casa,

pues no hay la cerca de piedras, es decir, no hay ninguna vigilancia para advertirlos y rechazarlos.

EJEMPLO. — Presentóse a un santo religioso un joven tentado de pensamientos deshonestos pidiéndole rogase a Dios que lo librase de tan grave molestia. Hízolo así el religioso; pero por más instancias que hiciese a Dios, nada conseguía, según se lo significó el joven, de lo cual el santo viejo quedó desconsolado y se maravillaba cómo Dios no le oía. Estando fatigado con este pensamiento, el Señor le reveló que la causa por qué no le oía era la negligencia y poco valor del joven para desechar los malos pensamientos; vió en efecto en espíritu a aquel joven ocioso y sentado y el demonio de la impureza andaba delante de él tomando diversas formas, jugando y haciéndole visajes indecentes y el monje miraba que se holgaba mucho de ello; veía también que el ángel custodio estaba cabe él muy indignado con el joven porque no se levantaba de allí y acudía al Señor y dejaba de deleitarse en sus pensamientos. Por esto conoció el buen viejo que la causa porque Dios no le oía, era la negligencia del joven, en rechazar los malos pensamientos, y así se lo dijo cuando éste volvió a visitarle y a exponerle la misma queja. Arrepintióse de todo corazón el joven y en adelante fué muy diligente en vigilar los pensamientos e imágenes que se presentaban a su alma.

NOTA. — Lo aquí expuesto vale no sólo para los pensamientos deshonestos, sino también para todos los demás que puedan ocurrir contrarios a otros mandamientos, p. ej.: Juicios temerarios, deseos de venganza, dudas contra la religión, codicia del bien ajeno, impulsos de odio contra Dios o el prójimo, etc.

b) **Nuestro corazón.** — El corazón es el centro del amor; el hombre ha sido creado para amar a Dios; al prójimo hemos de amarlo por amor a Dios, con un amor espiritual. El amor desordenado a las criaturas es uno de los lazos más comunes y peligrosos que el demonio tiende a las almas; debemos pues, velar sobre los movimientos del corazón y evitar las amistades demasiado sensibles que suelen ser causa de funestas caídas.

S. Juan Bosco era muy exigente en este pun-

to, como lo da a entender en diversos pasajes de sus escritos: " No pongáis las manos encima de los otros, ni estéis en el recreo agarrados ni paseéis de bracete o con el brazo sobre los hombros de los compañeros, como hacen frecuentemente los muchachos de la calle " (Reglam. Cap. X, 4).

" Impídanse con la mayor solicitud las llamadas amistades particulares, los billetitos, los besos, las caricias, el ponerse las manos unos sobre otros, los corrillos en recreo... " (Reglam. Sal., Art. 177).

" Huid de la familiaridad con personas de distinto sexo. Comprendedlo bien: quiero decir que los jóvenes no deben contraer familiaridad alguna con las jóvenes, si no quieren exponer su virtud a los mayores peligros " (Juv. Instr.: " Devoción a María SSma ").

c) **Nuestros sentidos.** — De un modo especial debemos velar sobre nuestros sentidos que son las ventanas por donde entra el pecado en el alma. De los cinco sentidos los más peligrosos son la vista y el tacto.

Debemos mortificar la **vista** apartándola de objetos aptos a despertar las malas pasiones: libros y figuras obscenas, personas inmodestas, teatros, bailes, cinematógrafos, espectáculos indecentes, etc.

Debemos mortificar el sentido del **tacto** evitando cualquier libertad ya a solas ya con otros, observando la más severa modestia, dando al cuerpo el reposo estrictamente necesario, acostumbrándolo a sufrir el calor, el frío, el cansancio, habituándolo al

trabajo, evitando el lujo excesivo en los vestidos y procurando que éstos sean modestos, etc.

La mortificación del **oído** nos obliga a evitar todo discurso obsceno o inconveniente, las músicas afeminadas, los chistes y cuentos indecentes, las conversaciones contrarias a la religión, la murmuración, etc.

Hay que mortificar asimismo el **gusto**, no excediéndose en la comida, ni en la bebida, no amando demasiado las golosinas, contentándose de manjares groseros y ordinarios y ayunando algunas veces por lo menos cuando lo manda la Iglesia.

También debe mortificarse el **olfato** evitando el uso excesivo de perfumes, agua de olor, etc., invenciones muy aptas para formar espíritus débiles y para convertir el cuerpo en un ídolo al cual se rinde homenaje con menoscabo de la religión y de la virtud.

Cómo se vencen las tentaciones. — Son las tentaciones como las enfermedades, las cuales a menudo vienen a pesar de todas las medidas que se toman para evitarlas. Cuando, pues, por culpa nuestra o sin ella, la tentación ha invadido nuestra alma, debemos emplear los medios **positivos** para rechazarla.

El medio principal es la oración y por eso decimos en el Padrenuestro: " No nos dejes caer en la tentación ".

" Tan pronto como sientas la tentación — dice S. Francisco de Sales (Filotea, cap. 9°) — haz como los pequeños cuando ven un toro o un perro, que al instante corren a refugiarse en los brazos de su padre o de su madre o a lo menos los llaman en su socorro ".

Exclamemos como los Apóstoles cuando se vie-

ron en peligro de naufragar: **Sálvanos, Señor, que perecemos.** (Mat. VIII, 25).

En la oración se comprende también el recuerdo de los novísimos o postrimerías; el oír (o leer) la palabra de Dios, la frecuencia de Sacramentos, el uso del agua bendita y de otros sacramentales, y en especial la invocación de los santos y de la SSma. Virgen.

Otros medios que señalan comúnmente los maestros de espíritu y que son táctica excelente para desbaratar al enemigo son:

1º Mostrar ánimo, esfuerzo y alegría en las tentaciones, porque con eso luego el demonio se entristece y desmaya y pierde la esperanza de podernos dañar.

2º Considerar que nos está mirando Dios cómo peleamos. Somos en verdad espectáculo de Dios y de los ángeles y de toda la corte celestial.

3º Pensar, mientras luchamos, que se trata no sólo de nuestra honra sino también de la de Dios y que por consiguiente está dispuesto a ayudarnos.

4º Resistir la tentación en sus principios y no permitir que vaya ganando terreno en nuestra alma. "Principiis obsta", decían los antiguos.

5º Tener presente que nadie es tentado más allá de sus fuerzas espirituales.

6º Evitar el ocio. "Hállete siempre el demonio ocupado", era la sentencia de los Santos Padres.

7º Descubrir la tentación al confesor: el demonio no puede ver la luz y huye cuando uno descubre la tentación manifestándola a quien corresponde. Este aviso es tanto más necesario cuanto que hay tentaciones que vienen con apariencia de bien, y sólo un confesor prudente y experimentado puede descubrirlas.

Si nos servimos con diligencia de todos estos medios negativos y positivos, podremos esperar con confianza que alcanzaremos las más señaladas victorias sobre nuestros enemigos y que un día seremos del número de aquellos bienaventurados a quienes el Señor dice: (Apc. III, 21). *Al que venciere, le haré sentar conmigo en mi trono.*

Nota: A mayor abundamiento puede leerse lo dicho en la 2ª Parte, Cap. 7º donde se trata del sexto y noveno mandamiento del decálogo.

CAPITULO XIII.

Séptima petición:

MAS LIBRANOS DEL MAL. AMEN

338. - *¿Cuál es la séptima petición del Padre Nuestro?*

La séptima petición del Padre Nuestro es "Mas líbranos del mal" y en ella pedimos que Dios nos libre de todos los males y peligros espirituales y corporales.

En esta séptima petición pedimos al Señor se digne librarnos de todo mal de cuerpo y alma; pero especialmente del pecado y de la condenación eterna.

El mal es lo opuesto del bien. Como Dios es el bien por esencia, así todas las cosas en tanto son verdaderos bienes en cuanto nos conducen a Dios; y en tanto son verdaderos males en cuanto nos alejan o nos separan de Dios; según esto el peor de los males es el pecado que nos aparta de Dios; y peor aún la muerte en el pecado y la eterna condenación.

En esta petición, pues, rogamos a Dios de un modo especial, se digne librarnos de este sumo mal, con el cual no admiten comparación todos los males y tribulaciones de la vida; y aunque en la petición precedente pedimos la gracia de vencer las tentaciones, sin embargo por desgracia sucede con frecuencia

que el hombre por no cooperar debidamente a la gracia, cae en pecado.

Por consiguiente siempre hay motivo para pedir de nuevo a Dios se digne preservarnos de todo pecado, y que si hemos tenido la desgracia de caer en él, no permita que lleguemos a morir repentinamente, sino que nos conceda tiempo y gracia de arrepentirnos y hacer penitencia.

EJEMPLOS. — Así pensaban los santos: Santa Blanca, reina de Francia y modelo de madres, solía decir a su hijo: "Aunque es grande el amor que te profeso, preferiría verte muerto a mis pies antes que saber que has tenido la desgracia de cometer un solo pecado mortal". Ese hijo fué San Luis, rey de Francia.

San Juan Bosco dijo en varias ocasiones: "Preferiría pegar fuego al Oratorio antes que permitir en él la ofensa de Dios".

Su santo discípulo Domingo Savio tenía por lema: "La muerte mas no el pecado".

San Ignacio de Loyola para impedir un pecado no titubeó en permanecer sumergido hasta el cuello por algún tiempo en un frío estanque junto al cual debía pasar una persona que iba a pescar; conmovida ésta por tanto heroísmo, volvió sobre sus pasos y se enmendó. Este es el origen del agua de San Ignacio que suele bendecirse y que obra muchos prodigios.

Males físicos. — Aunque sea el alma fin principal a que se dirige la séptima petición, sin embargo es deseo del Señor que pidamos en ella que además nos libre de otros males; pues así como en la cuarta petición pedimos lo que necesitamos para nuestro bien temporal, así aquí suplicamos vernos libres de los males temporales, especialmente de aquéllos que nos vienen de Dios, como son los castigos merecidos por nuestras culpas.

En efecto, no sólo la Sagrada Escritura, sino también con su ejemplo los santos nos enseñan a pedir a Dios que aparte

de nosotros sus castigos; y lo mismo hace con frecuencia la Iglesia prescribiendo a este fin ayunos y penitencias, procesiones para pedir la intercesión de los santos y suplicar con el pueblo cristiano que nos libre no sólo del pecado, de la muerte súbita e imprevista, de la muerte eterna, sino también del rayo y de la tempestad, del terremoto, de la peste, hambre y guerra. (Véase lo dicho en la 4ª petición: *Nota litúrgica*).

Del uso de las medicinas. — Es muy notable y útil lo que a este respecto enseña el Catecismo Romano (7ª pet. Nº 4-5). Dice así:

Los infieles y los impíos piden también a Dios con instancia poder sanar de las enfermedades y dolencias y poder salir bien de los males que los afligen y amenazan; pero aun así ponen la mayor confianza de librarse de aquellos males en los remedios preparados por la naturaleza o por la industria humana; y hasta la medicin que cualquiera les propina, aunque haya sido compuesta por arte de superstición, hechicería o por el demonio, la toman sin escrúpulo alguno, con sólo que se les dé alguna esperanza de curación.

Muy distinto es el modo de conducirse los cristianos, los cuales en las enfermedades y en todas las cosas adversas consideran a Dios como el refugio supremo y el remedio para su salud; solamente a El reconocen y veneran por causa de todo bien y por su Salvador; tienen por seguro que la virtud que hallan en las medicinas, se encuentra en ellas comunicada por Dios, y creen que en tanto aprovechan las medicinas a los enfermos, en cuanto Dios quiere; porque Dios es quien da a los hombres las medicinas para sanar las enfermedades. A esto se refieren las palabras del Eclesiástico: *El Altísimo creó de la tierra los medicamentos, y el hombre prudente no los desechará* (Cap. XXXVIII, 4).

De suerte que los cristianos no ponen en aquellos remedios la principal esperanza de recobrar la salud, sino que confían sobre todo en el mismo creador de la medicina, que es Dios.

Por cuya razón en las Sagradas Letras se reprende a los

que con la confianza en las medicinas, no solicitan el auxilio divino; mas al contrario los que viven según la ley de Dios, se abstienen de todos los remedios que es notorio no haber sido por Dios ordenados para curar. Y aunque fuese para ellos cierta la seguridad de sanar aplicando aquellos remedios, con todo, les tienen horror como hechicerías y artificios satánicos.

Confiemos, pues, en Dios nuestro benignísimo Padre el cual nos manda que pidamos ser libres de los males. Muchos ejemplos de esto hay en las Sagradas Letras para que se vean obligados a confiar por la multitud de ejemplos aquéllos a quienes no mueven los razonamientos a esperar firmemente en Dios. Abrahán, Jacob, Lot, José y David son testigos notorios y muy elocuentes de la divina misericordia.

EJEMPLOS. — La Sagrada Escritura al hablar de Asa, rey de Judá, después de hacer mención de sus iniquidades, dice: "Cayó después enfermo Asa el año 39 de su reinado de un agudísimo dolor de gota en los pies, y ni aun en su enfermedad buscó al Señor, sino que confió más en la ciencia de los médicos... y murió el año cuarenta y uno de su reinado". Del lenguaje que emplea la Sgda. Escritura en este lugar se colige que ese rey se hizo culpable de una especie de impiedad al atribuir a la criatura una virtud que solamente pertenece al Criador.

— El profeta Jeremías al anunciar la derrota de los egipcios dice: "Frustra multiplicas medicámina, sanitas non erit tibi" (XLVI, 11). **En vano multiplicas las medicinas, no habrá para ti sanidad.**

Por qué viene última esta petición.

Esta séptima petición, que es final del Padrenuestro se considera como un magnífico epílogo y resumen de toda la oración dominical; porque después de haber conseguido lo que en esta petición se contiene, "nada resta, — según San Cipriano, — que deba pedirse después, puesto que de una vez pedimos

el divino socorro contra todo mal; y conseguido este socorro estaremos seguros y protegidos contra todo lo que intenten hacer el diablo y el mundo".

Tal es la importancia de esta petición, que Jesucristo se valió de ella cuando estando por salir de esta vida rogó a su Padre por la salvación de los hombres: "Rogo ut serves eos a malo" (Juan, XVII, 15). **Te pido que los preserves del mal.**

NOTA LITURGICA. — También la Iglesia gusta de repetir a menudo esta petición, compendio de las anteriores, y así inmediatamente después del Padrenuestro que rezan los sacerdotes en la misa, pone en sus labios esta oración: **Líbranos, Señor, te rogamos, de todos los males préteritos, presentes y futuros.**

EJEMPLO. — **La batalla del Marne.** — Es notorio el siguiente episodio registrado en la terrible jornada del Marne. Contra la desbordante y victoriosa avanzada alemana había resultado inútil la resistencia de los franceses. El general Joffré no se forjaba ilusiones. Cabizbajo meneaba la cabeza y hablando con los generales que le acompañaban, decíales:

— Todo está perdido, aquí no hay nada que hacer.

— No, general, interrumpióle vivamente Castelnau, todavía queda la esperanza; pediremos a Dios que nos ayude.

— ¿Rezar?

— Sí, General, rezar. Es nuestro deber hacer los más heroicos esfuerzos como si la victoria dependiese exclusivamente de ellos; mas al mismo tiempo hemos de implorar el socorro divino y confiar en él como factor decisivo de nuestro triunfo; recemos, General.

— Rece Vd., replicó Joffré sorprendido, Vd. que tiene tanta fe.

— Sí, General, nosotros rezamos; pero Vd. debe acompañarnos porque es nuestro jefe. Imploremos pues a la Reina de las Victorias recitando juntos el Avemaría.

Joffré repitió con ellos: "Dios te salve, María, llena eres de gracia....".

...La batalla del Marne resultó para las armas francesas, una de las más grandes victorias de la última conflagración europea.

Por qué se pide ser librados del mal y no de los males.

Decimos: líbranos del **mal** y no de **males** porque no hemos de desear estar exentos de todo los males de esta vida, sino solamente de aquéllos que no convienen a nuestra alma; y por eso pedimos nos libre del mal en general, a saber de todo lo que Dios prevé que es mal para nosotros.

Si el hombre se equivoca pidiendo ser libre de un mal particular, Dios, según su sabiduría y bondad paterna, mirando por nuestro verdadero bien y por nuestros verdaderos intereses espirituales, permitirá que nos aflija aquel mal, pero sólo para convertirnos y santificarnos. Así que siempre será oída nuestra oración, aunque parezca que el Señor rehuse escucharnos.

EJEMPLO. — **La fe de un ciego.** — Un ciego se hizo conducir a la tumba de Santo Tomás de Cantorbery. Rogó allí al Santo que le restituyese la vista, y fué grande su gozo al ver escuchada su petición. Mas calmados los primeros transportes de alegría, recordó que había olvidado pedir a Dios la restitución de la vista tan sólo si este favor hubiera de contribuir a facilitarle la salvación. Volvió pues, a la tumba del Santo para suplicarle que si más convenía a su salvación quedar privado de la vista, volviese a dejarlo ciego. Sucedió esto en efecto, y resignado consagró su vida al servicio de Dios y tuvo la muerte de los predestinadoss.

Los males de la vida.

Hemos de mirar los males de la vida no con ojos materiales, a la manera de los mundanos, sino con los ojos de la fe, como suelen mirarlos las almas buenas. Cuando uno se pone ante la vista lentes de color, todo lo ve de ese color; así también el cristiano que mira los sucesos a través de los lentes de la fe y a la luz de la eternidad, los juzgará de muy distinto modo que si los contemplase con ojos humanos y desde este mundo.

Ahora bien, la fe, apoyada en la sana razón nos dice:

1º Que los males de esta vida no son verdaderos males, puesto que tienen término; verdaderos males son los que nunca acaban.

2º Que los males son necesarios en el orden de la Providencia; así como en un cuadro son necesarias las sombras para que se destaque el conjunto y en una música los sonidos graves para hacer armonía con los agudos; así también en el mundo es menester que haya calamidades para que resalte la bondad de Dios al quitarlas y la virtud de los hombres al sobrellevarlas. Si no hubiese habido persecuciones contra los cristianos ¿cómo habría resplandecido el valor de los mártires y la omnipotencia de Dios al sostener a su Iglesia?

3º Para juzgar de las cosas y de los acontecimientos hay que contemplarlos desde cierta distancia, sin prejuicios, sin ser parte interesada. Un telón de escena visto de cerca parece un conjunto de manchas distribuidas sin ton ni son; visto de lejos es muy hermoso y se comprende el porqué de esas manchas. ¿Qué diría una mosca si se posase sobre un cuadro de mucho mérito artístico? No pudiendo apreciar el conjunto por estar muy cerca de él, lo despreciaría; en cambio visto desde cierta distancia agrada y maravilla. (Esta comparación la trae S. Agustín). Lo mismo pasa con Dios y con los hombres: nosotros consideramos el vasto escenario del universo mirando una partecita tan sólo y apreciando únicamente lo que con nosotros se relaciona; Dios en cambio ve el conjunto, está en grado de apreciarlo debidamente y ve muy bien que los males de la vida entran maravillosamente en la armonía del universo.

4º Dios permite el mal para sacar el bien; infinitamente sabio, endereza los acontecimientos para sacar al fin de ellos

su gloria y el bien de los hombres. Cuando el cirujano aplica el fuego al enfermo, el fuego quisiera destruir, pero la habilidad del cirujano hace que tan sólo cure y no le permite quemar más de lo necesario; así también Dios saca innumerables ventajas de los males de la vida.

EJEMPLOS de la Historia Sagrada. — 1º Dios permitió la confusión de Babel para obligar a los hombres a dispersarse por el mundo, lo que era muy necesario.

2º La diversidad de lenguajes favoreció la formación de las naciones y la emulación entre ellas, de donde nacieron el comercio, las industrias, las artes,etc.

3º ¡Cuántos bienes no sacó Dios para todo el mundo de la venta de José por sus hermanos!

4º El cautiverio de los Judíos en Babilonia y en otros pueblos sirvió para llevar a éstos, noticias de la religión verdadera y la esperanza del Redentor.

5º Lo que pareció a aquellos marineros una desgracia para Jonás (el ser lanzado al mar y tragado por un pez) fué en realidad la causa de la salvación del Profeta y de la populosa ciudad de Nínive.

6º La persecución de los judíos contra los apóstoles obligó a éstos a separarse y a anunciar el evangelio a todos los puueblos.

7º ¿Qué más? El mismo pecado de Adán resultó un beneficio para la humanidad por los incalculables bienes que nos trajo la redención de Jesucristo; por esto canta la Iglesia el Sábado Santo: **Oh feliz culpa que mereció ser reparada por un tan grande Redentor.**

Resignación en los sufrimientos

Debemos sobrellevar las tribulaciones con **resignación** y también (aunque no está mandado pero es lo más perfecto) con **alegría.**

1º **Sufrir con resignación.** — Dios nos manda soportar con paciencia y resignación los males de la vida; persuadámonos que esto agrada a la divina Majestad. Por lo cual no es razonable indignarnos ni resentirnos de que Dios no atienda nuestras peticiones, sino que es preciso dejarlo todo a su voluntad y

beneplácito, creyendo ser útil y saludable lo que a Dios agrada que sea de este modo, y no lo que, al contrario, nos parece a nosotros.

EJEMPLOS. — La Historia Sagrada trae muchos ejemplos de resignación a la voluntad de Dios.

1º Adán y Eva soportaron con resignación la larga penitencia que Dios les impusiera por su pecado. Recuérdese que Adán murió a los 930 años.

2º El Sumo Sacerdote Helí al oír la enumeración de los castigos que caerían sobre él, sobre su familia y sobre el pueblo de Israel, exclamó: **El Señor es: haga lo que sea agradable a sus ojos** (Libro 1º de los Reyes: III, 18).

3º Mientras iba David de viaje salióle al encuentro un hombre ruín y comenzó a lanzar maldiciones contra él; indignados sus compañeros quisieron dar muerte al atrevido, pero retúvoles David diciendo: **Dejadle que maldiga porque el Señor así lo permite ¿y quién osará decir por qué lo ha hecho así? Quizá el Señor mirará mi aflicción y me volverá bien por las maldiciones de este día** (II Reyes XVI, 5-13).

2º **Sufrir con alegría.** — Progresando en el camino de la santidad hemos de procurar llegar también nosotros a este grado más perfecto que es sufrir con alegría.

Cuando arde en un alma muy intensa la llama del amor de Dios, se despierta espontáneamente el deseo de sufrir por El. El amor tiende a igualar a los que se aman; Jesucristo es rey de dolores y los sufrió con mucho deseo y complacencia, luego sus verdaderos discípulos juzgan que no aman de verdad a Jesucristo cuando no sufren como El, es decir con alegría.

Esas almas amantes de Dios no sólo no huyen de los padecimientos, sino que van en su busca y consideran perdido el día en que no sufren algo, pareciéndoles que entonces dejan de ser discípulos de Cristo.

EJEMPLOS. — Se ha visto a muchos mártires ir gozosos al suplicio, acelerando el paso para llegar más pronto y no verse privados de esa dicha; otros fueron vistos sonreir en medio de las más crueles torturas: San Lorenzo mientras ardía en la parrilla convidaba al tirano a que comiese de él porque ya

estaban sus carnes asadas; el mártir San Ignacio temía que las fieras no se llegasen a él (como había acontecido con otros mártires) y decía que las instigaría para que devorasen su cuerpo.

Los apóstoles, después de haber sido azotados en el Sanedrín, salían gozosos de haber sufrido tormentos y afrentas por Jesucristo.

San Pablo decía: **Abundo sobremanera de gozo en toda nuestra tribulación** (2ª Cor. VII, 4).

El siervo de Dios D. Andrés Beltrami tenía por lema: "Ni mejorar, ni morir; pero vivir para sufrir".

¡Cuántos otros ejemplos podríamos citar! Los santos meditaban a menudo en la cruz, recordando las palabras del Apóstol: (2ª Tim. III, 12): **Todos los que quieren vivir virtuosamente con Jesucristo, han de padecer persecución;** y aquellas otras del libro de los Hechos: **Es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios** (XIV, 21).

No es justo que el siervo sea de mejor condición que su Señor. "Es vergonzoso, dice San Bernardo, que haya miembros delicados bajo una cabeza coronada de espinas". Si Jesucristo nuestro Maestro y Cabeza ha sufrido, con mayor razón deben sufrir los discípulos y los miembros.

Provechos que pueden sacarse de los males de la vida.

He aquí los principales:

1º Expiar nuestros pecados.
2º Aumentar nuestra virtud.
3º Imitar a Jesucristo.
4º Aumentar nuestros méritos.

1º **Expiar nuestros pecados.** — Las tribulaciones padecidas por Dios son un medio excelente para expiar nuestros pecados. Con la confesión se nos perdona la pena eterna pero no la temporal, la cual debemos pagar en esta vida o en la otra: es mil veces preferible lo primero.

2º **Aumentar nuestra virtud.** — Así como el agricultor poda los árboles para que den mejores fru-

tos o presenten más bello aspecto; así también la divina Justicia nos prueba en mil formas para que sean más exquisitos los frutos de nuestras virtudes y se embellezca más nuestra alma (Véase lo que dijimos del provecho de las tentaciones: cap. anterior).

3º **Imitar a Jesucristo.** — Dice San Pablo que Dios premiará tan sólo a aquéllos que viere conformes a la imagen de su divino Hijo (Rom. VIII, 29); ahora bien, el sello característico de Jesucristo es el sufrimiento; luego sin esta cualidad no entraremos en el Reino de los cielos.

Mal lleva el nombre de cristiano, que significa discípulo de Cristo, el hombre que no quiere sufrir al menos con resignación los males de la vida.

Si queremos gozar con Cristo en el Tabor, hemos de subir primero con El la dura y fatigosa cuesta del Calvario.

4º **Aumentar nuestros méritos.** — Cada sufrimiento cristianamente sobrellevado se trocará en perla de nuestra corona en el cielo.

Dice S. Pablo: "No hay comparación entre las penas de esta vida y el premio que Dios nos dará" (Rom. VIII-18).

Santa Teresa animaba a sus religiosas a sufrir por Jesucristo, diciéndoles: "Breve el penar, eterno el gozar".

Apareciósele S. Pedro de Alcántara a esta Santa y le dijo: "¡Oh dichosa penitencia que me ha procurado tanta gloria!".

Animados con estos pensamientos muchos santos mortificaban su cuerpo con toda clase de aspere-

zas y hasta lamentaban la necesidad de darle algún reposo para que no sucumbiese.

EJEMPLOS. — Un santo solitario que moraba en un desierto horroroso debía efectuar todos los días un largo camino para proveerse de agua. En cierta ocasión, mientras caminaba y echaba sus cálculos para fijar su residencia más cerca de la fuente a fin de no fatigarse tanto, oyó una voz como de hombre que contaba: uno, dos, tres, etc. Volvió la vista maravillado de que hubiese algún ser humano en esa soledad,pero a nadie vió; a poco andar oyó de nuevo la misma voz y al volverse vió un joven de hermosísimo aspecto que le dijo: — No temas, soy el ángel del Señor que vengo contando todos tus pasos a fin de recompensártelos un día. Y desapareció.

Comprendió al punto el solitario la lección que el buen Dios le quería dar y fijó su residencia aun más lejos, a fin de sufrir y mortificarse más. ¡Cuán cierto es que Dios lleva cuenta exacta de todo lo que sufrimos por El! Si pudiesen tener algún remordimiento los bienaventurados sería el de no haber padecido más en esta vida.

La palabra " Amén ".

339. - *¿Qué quiere decir la palabra Amén, que decimos al fin de las oraciones?*

La palabra Amén, que decimos al fin de las oraciones, quiere decir: Así sea.

Terminamos el Padrenuestro con la palabra **Amén.** Así como se procura terminar todo trabajo, escrito, etc., con un rasgo notable, (firma, pensamiento importante, etc.) así también terminamos el Padrenuestro con una palabra enérgica que da mayor viveza y expresión a nuestros deseos y significa: **Así sea, así se cumpla, así suceda como lo pedimos.**

La palabra **Amén** se usa generalmente para confirmar un dicho o una petición. Jesucristo Señor nuestro, se valió de ella con frecuencia para confirmar o para dar mayor energía a sus palabras y encarecer sus

discursos: " Amen, amen dico vobis ": **en verdad, en verdad os digo.**

Cuando respondemos **amén** a una oración, consagración, profesión de fe, etc., que recita el sacerdote u otra persona, declaramos categóricamente que nos adherimos a cuanto ellos dicen y que hacemos nuestros los sentimientos y ruegos manifestados en la oración; en este sentido se dice que los bienaventurados del cielo se unen con el eterno **Amén** a la oración que el Sumo Sacerdote Jesucristo dirige continuamente al Eterno Padre en nombre de toda la creación.

La palabra **Amén** encierra también esta idea: " Ten entendido que han sido oídas tus oraciones "; porque tiene el significado de que Dios contesta y despacha favorablemente al que ha conseguido por la oración lo que deseaba.

Esta interpretación se halla confirmada por la costumbre constante de la Iglesia, la cual cuando se dice el *Pater noster* en el sacrificio de la Misa, no encomendó la palabra *Amén* a los ministros sagrados cuyo cargo es decir " sed líbera nos a malo ", sino que la reservó como propia suya al mismo sacerdote, quien, siendo medianero entre Dios y los hombres, contesta que Dios ha oído favorablemente al pueblo.

Este rito no es común para todas las oraciones (porque en las demás es cargo del ministro responder *Amén*), sino que es exclusivo de la Oración Dominical; porque en las demás oraciones denota únicamente nuestro consentimiento y deseo; pero en ésta es la respuesta de que Dios ha dado asentimiento a la petición del que ora.

El rezo del Padrenuestro.

Cómo hemos de rezarlo: Para alcanzar las gracias que pedimos en el Padrenuestro hay que rezarlo

sin atropellar las palabras, con atención de la mente y afecto del corazón.

Sin embargo frecuentemente lo rezamos distraídos y sin rastro de devoción, por rutina y simple costumbre. ¿Por qué? Por no tener un justo concepto de la oración, ni conocer los sentimientos profundos encerrados en el Padrenuestro. Para apreciarlos debemos repasar a menudo la explicación de cada una de las peticiones y reflexionar en ellas mientras las rezamos.

Hemos de rezarlo muy a menudo, varias veces al día. Véase la respuesta a la pregunta **¿Cuándo se debe orar?** (Cap. 5º).

Así como a diversas enfermedades convienen diversas medicinas; así también según las diferentes necesidades de nuestra alma hemos de rezar ya una, ya otra petición.

Si somos tentados, repitamos con especial fervor: **No nos dejes caer en la tentación.**

Si oímos una blasfemia, reparemos el honor de Dios ultrajado, exclamando: **¡Santificado sea el tu nombre!**

Cuando oímos hablar del número inmenso de almas que no conocen a Dios o viven muy alejadas de El; cuando meditamos en los males de la Iglesia y del pueblo cristiano, digamos: **Venga a nos el tu reino.**

En cualquier necesidad temporal, especialmente cuando la pobreza y tal vez el hambre, la desnudez, la desocupación golpean a nuestras puertas, es el caso de repetir: **El pan nuestro de cada día dánosle hoy.**

Si la desgracia nos visita y gemimos bajo el peso

de la tribulación, digamos como Job: **Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.**

Ante un peligro inminente o duradero: " **Líbranos, Señor, del mal** ".

Finalmente cuando nos sentimos agobiados por el peor de los males, digamos: **Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.** Esta última expresión debe brotar de nuestros labios y más aun de nuestro corazón cuando hubiéremos recibido alguna ofensa y se nos hiciere muy dificultoso el perdonar.

CAPITULO XIV.

DEL AVEMARIA

340. - *¿Cuáles son las oraciones principales que rezamos a la SSma. Virgen?*

Las oraciones principales que rezamos a la SSma. Virgen son el Ave María y la Salve.

Además del Padrenuestro y a menudo después de él rezamos el Avemaría.

Principalmente por dos razones:

1ª **Para que la SSma. Virgen apoye nuestras débiles oraciones mediante su poderosa intercesión con su divino Hijo.**

Cuando los hombres quieren alcanzar algún beneficio o favor del Rey, después de haber hablado con él de palabra o por escrito, para dar mayor eficacia y obtener más pronto despacho en sus negocios, acuden a los cortesanos para que éstos intercedan con el Rey y sean favorablemente escuchadas sus peticiones.

Así hacemos nosotros: después de haber presentado a Dios las importantes súplicas contenidas en el Padrenuestro, las recomendamos a su gloriosa Madre, bien persuadidos de que, habiendo Ella hallado gracia delante de Dios y siendo Madre de misericordia, la hallará también cuando interceda en nuestro fa-

vor y hará que sean benignamente acogidas nuestras súplicas.

De aquí la antiquísima y universal costumbre de la Iglesia de añadir el Avemaría a la oración dominical. Los clérigos y religiosos comienzan siempre con estas oraciones el rezo del divino oficio.

Pío IX exhortando a los fieles a pedir a Dios con fervor que libre a la Iglesia de tantas tribulaciones, dice: " Y para que la bondad divina incline más fácilmente su oído a nuestras súplicas y cumpla nuestros deseos, pongamos siempre por medianera a la SSma. Madre de Dios ".

EJEMPLO. — El siguiente episodio de la vida de la Beata Gema Galgani confirma cuanto hemos dicho sobre la conveniencia de acudir después de Dios a la SSma. Virgen. — Un día mientras la santa joven estaba a la mesa, movida por una secreta inspiración, levantóse súbitamente, se retiró a su aposento y se puso en oración ante el crucifijo y a poco fué arrebatada en éxtasis. Durante ese tiempo, como otro Moisés, suplicaba al Señor por la conversión de un alma. " Oh Señor, decía, vuelvo a suplicarte por ese pecedor. ¡Sálvalo, Jesús mío! Acuérdate que has derramado tu Sangre tanto por él como por mí... y ¿cómo es que a mí me salvas y a él no? No me levantaré hasta que no haya conseguido esta gracia. ¡Sálvalo! Respondióle Jesús que los pecados de esa alma habían colmado ya toda medida. Pero la joven no cesaba... " Muy bien sé, decía, que ha cometido tantos pecados... pero triunfa, de esa alma te lo pido por caridad! " Ante la inflexibilidad de Jesucristo, asaltóle una idea y dijo: — " Mira, tu propia Madre María es la que intercede por él ". Al oír estas palabras, Jesús no pudo resistir y cedió. — " Se ha salvado — gritó Gema, — se ha salvado; ¡has vencido, Jesús mío! " Y así fué en efecto porque en ese mismo momento aquel pecador se presentó al sacerdote pidiendo confesarse.

2º **Porque el Avemaría es después del Padrenuestro la oración más hermosa.** — Y esto por tres motivos: por los autores que la compusieron, por los

misterios que recuerda y por la **persona** a quien se dirige.

Los autores fueron el Arcángel San Gabriel, Santa Isabel y la Iglesia: los tres hablaron inspirados por el Espíritu Santo.

Los **misterios** que recuerda el Avemaría son la Encarnación y la Redención de Jesucristo y la maternidad de María SSma. Así como el misterio de la unidad y trinidad de Dios es el fundamento de nuestra fe, la Encarnación lo es de nuestra esperanza; porque únicamente por este misterio podemos esperar de alcanzar nuestra eterna salvación.

La maternidad de María es misterio gloriosísimo para nosotros, porque en la persona de María nuestra naturaleza humana fué sublimada a la categoría de Madre de Dios.

Finalmente el Avemaría es oración nobilísima porque se dirige a la más perfecta de todas las criaturas, a la Soberana de los Cielos, a la Reina de los Angeles y de los hombres, la cual en oyendo esta oración experimenta suma alegría pues le recuerda el momento solemne en que fué hecha Madre de Dios.

EJEMPLOS. — **Salvada por un Avemaría.** — M. Lucas, diputado francés encontrándose en Berlín el 15 de Mayo de 1868 escribía: "Permitidme comunicaros un hecho que me ha impresionado profundamente. Asistía yo a la función del **mes de María,** cuando vi entrar en la iglesia a una tierna niña, pobre sirvienta, con un precioso ramo de flores y que avanzando hasta el altar de la Virgen lo deponía a los pies de la imagen visiblemente conmovida. Quise conocer la causa que la afligía y la niña habló así: — Ayer por la mañana mi señora me envió a una jabonería. Al pasar delante de una iglesia me acordé de que en la tarde no podría asistir al mes de la Virgen, y me vino el pensamiento de rezar allí un Avemaría. Entré y rezada esa oración, seguí mi camino a la jabonería. Me hallaba ya a pocos pasos de ella cuando sentí que saltaba hecha

pedazos a causa de una explosión, muriendo tres personas y quedando heridas diez y siete. Si no hubiese rezado esa Avemaría, hubiera llegado momentos antes para ser víctima de la catástrofe ".

Cómo apreciaban esta oración algunos santos. — El sabio Suárez, insigne teólogo de la Compañía de Jesús, estaba dispuesto a darlo todo por el mérito de una sola Avemaría. — El Beato Alfonso Rodríguez llegó al más alto grado de virtud rezando esta oración cada vez que el reloj daba las horas. — Tomás de Kempis saludaba a la Virgen repitiendo el Avemaría cada vez que entraba en su habitación o salía de ella. — San Alfonso la recitaba constantemente y decía que el Avemaría es la palabra deliciosa de los santos. — Un día que San Bernardo invocaba a la Virgen diciéndole: " Dios te salve, María ", Ella le contestó: " Dios te salve, hijo mío, Bernardo ".

Salutación angélica.

La palabra **angélica** deriva de **ángel.** Llamamos al Avemaría **salutación angélica** porque comienza con las palabras que el Arcángel San Gabriel dirigió a la Virgen María.

341. - *¿Quién dijo el Ave María?*

El Arcángel San Gabriel cuando saludó a la Virgen María en la Anunciación dijo la parte principal del Ave María, y la Iglesia añadió la otra parte: Santa María, Madre de Dios, ruega...

El Avemaría se compone de dos partes: la primera es de **alabanza,** a saber: " Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús ".

La segunda parte es de súplica: " Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén ".

Las primeras palabras fueron dichas por el Ar-

cángel S. Gabriel, el cual según narra S. Lucas, fué enviado por Dios a la Virgen María y habiendo entrado en el aposento en que retirada y sola oraba al Padre celestial, le dijo: " Ave gratia plena: Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus " (Luc. I, 28). **Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.** A estas palabras siguió el diálogo sublime que terminó con la respuesta que expresaba la conformidad de María en ser Madre de Dios.

Por esos mismos días la Virgen fué a visitar a su prima Santa Isabel que pronto debía ser madre del Bautista. Isabel al ver a María, inspirada por el Espíritu Santo, exclamó en alta voz: " Benedicta tu in mulieribus et benedictus fructus ventris tui " (Luc. I, 42). **Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.**

Como se ve, la expresión: **Bendita tú eres entre todas las mujeres,** fué pronunciada por el Arcángel y por Santa Isabel, lo cual es una prueba más de la divina inspiración de esas palabras.

En 1263 el Papa Urbano IV añadió el nombre de **Jesús** a las palabras **fruto de tu vientre;** y la piedad de los fieles puso el de **María** después del saludo **Dios te salve.**

La segunda parte del **Avemaría** o sea la oración de súplica se fué introduciendo en el transcurso de los siglos.

NOTA LITURGICA. — En 1568 el Sumo Pontífice S. Pío V prescribió a los sacerdotes y religiosos que comenzasen las horas canónicas rezando el Padrenuestro y el Avemaría en la forma actual.

Breve explicación del Avemaría.

Para penetrarnos de los sentimientos con que debemos acompañar las palabras del Avemaría, nada más oportuno que dar de ellas una breve explicación o paráfrasis.

¡Dios te salve!, en latín " Ave ". Esta palabra de origen hebreo significa **Vive, vivas;** era un saludo respetuoso entre los judíos y todavía lo usamos nosotros cuando victoreamos a algún noble personaje.

El saludo del Arcángel a María diciéndole "Ave" fué una señal de respetuoso homenaje que aquel príncipe de la corte celestial dió a la Madre de Dios. ¡Qué honor para la Virgen recibir ese homenaje de un Angel y qué lección para que aprendamos a saludarla con el más profundo respeto!

María. — Esta palabra significa " Estrella del mar "; así llama la Iglesia a la Virgen en su himno " Ave maris stella ". Se le da ese epíteto porque así como la estrella dirige al navegante en alta mar, especialmente durante la borrasca; así también la Virgen guía nuestra alma en medio de las tempestades de la vida, hasta dar con nosotros en el puerto de la dichosa eternidad.

San Bernardo nos exhorta a acudir a María, diciendo: " ¡Oh tú que en el curso de este siglo andas fluctuando entre escollos y tempestades, no apartes tu vista del brillo de esta Estrella, si no quieres ser sumergido por la tormenta! Si se levantan los vientos de las tentaciones, si caes en los escollos de las tribulaciones, mira a la Estrella, invoca a María; si eres agitado por las olas de la soberbia, de la ambición, de la murmuración y de la envidia, mira a la Estrella, invoca a María;

si la ira, la avaricia, la concupiscencia de la carne combaten la navecilla de tu alma, mira a María; si turbado por el horror de tus iniquidades, principias a caer en el abismo de la tristeza y de la desesperación, piensa en María; en los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María... No se aparte de tus labios, no se aleje de tu corazón".

Llena eres de gracia. — Quiere decir que la SSma. Virgen:

Antes del nacimiento ya tuvo gracia.
Siempre creció en gracia.
Concibió al Autor de la gracia.

a) Antes del nacimiento María fué exenta de culpa original y llena de gracia, porque, como Dios la destinaba a la sublime dignidad de Madre de su Unigénito, debió adornarla con la plenitud de gracias y dones del Espíritu Santo que corresponden a esa dignidad.

Dios da a cada uno las gracias necesarias según el oficio o misión a que lo destina; ¿qué no le habrá dado a la Virgen que debía desempeñar la más alta misión que pueda concebirse: la de ser madre del mismo Dios?

b) Esa gracia fué siempre en aumento: el Eterno Padre no cesó de comunicarle nuevas gracias a la que consideraba como su hija amantísima: el Espíritu Santo también fué colmando de gracias a la que se complacía en llamar su esposa purísima; y Jesucristo el Hijo de Dios ¿qué no le daría a su Madre queridísima? Además la misma Virgen María aumentaba siempre más ese caudal inmenso de gracia, por su constante cooperación a la obra de la SSma. Trinidad.

c) La Virgen concibió al Autor de la gracia que es Jesús. Con mucha razón el Arcángel la saluda llena de gracias; la palabra María en latín significa **mares**; como en el mar se reúnen todas las aguas, así en María todas las gracias.

El Señor es contigo. — María, por la dignidad de madre de Cristo, entró en próximo parentesco con las tres divinas personas; Dios está, pues, con la Virgen de un modo especial y por esta razón es llamada Hija predilecta del Padre, Madre amantísima del Hijo, Esposa purísima del Espíritu Santo.

Cuanta más abundancia de gracia tiene una criatura, más íntima es su unión con Dios: siendo la Virgen llena de gracia y aventajando en esto a todas las criaturas, se comprende cómo Dios debe estar con Ella en una forma mucho más perfecta que en cualquier otro ser creado.

Bendita eres entre todas las mujeres. — Estas palabras fueron dichas a María por el Angel y por Santa Isabel, ambos inspirados por el Espíritu Santo.

María es la más perfecta de las mujeres y con Ella comienza la rehabilitación o elevación moral de la mujer, que en todos los países era considerada como esclava, y todavía sigue siéndolo en los pueblos que no poseen la verdadera religión; desde el nacimiento de María sube la mujer a un plano superior llegando a ser la compañera del hombre, la reina del hogar.

Bendita, porque así como una mujer, Eva, nos trajo la ruina, otra mujer, María, nos trajo la salud y la redención de Jesucristo.

Cuando Judit, después de vencer a Holofernes volvió a Betulia, Osías, príncipe del pueblo, le salió al encuentro y exclamó: "Bendita eres, oh hija, por el Señor Dios altísimo sobre

todas las mujeres de la tierra ". Con mayor razón merece María este elogio porque Judit dió muerte a un enemigo corporal que oprimía a un solo pueblo; en cambio María venció a Satanás, enemigo espiritual y opresor de todo el linaje humano.

Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. — Con estas palabras significamos que la veneración a María es inseparable de la veneración de Cristo y que alabamos a la Madre por razón del Hijo. La Iglesia nunca separa la veneración de la SSma. Virgen del culto que se tributa a Jesucristo; dando a María un culto especial, las alabanzas que damos a la divina Madre, siempre miran, como a su centro, a la alabanza y gloria de Dios.

343. *¿Quién es la Santísima Virgen María?*

La Santísima Virgen María es la Madre de Dios.

Santa María, Madre de Dios. — Aunque la Iglesia siempre creyó en la divina maternidad de María, sin embargo este privilegio se definió como dogma en el Concilio de Efeso (año 431). Convocóse este Concilio para condenar la herejía de Nestorio, obispo de Constantinopla, quien predicando falsamente que en Jesucristo hay dos personas, concluía que la Virgen era madre de la persona humana y no de la divina; luego, decía, no es madre de Dios. Refutó estos errores el Concilio que se reunió en Efeso.

El pueblo que asistía junto a la iglesia donde se celebraba el Concilio, al saber la definición de la maternidad de María, improvisó lleno de entusiasmo una procesión de antorchas y acompañó en triunfo a los

doscientos obispos, gritando alborozado: " Santa María, Madre de Dios ".

Este título es el más a propósito para despertar nuestra confianza, pues siendo madre de Dios, no hay duda que tiene un gran poder en el cielo, y que quiere ayudarnos porque nos ama como a hermanos.

Algunos herejes le han negado a María el título de Madre de Dios, porque razonaban así: " María no dió a la persona de Jesucristo la naturaleza divina, sino tan sólo la humana; luego no es Madre de Dios ".

Concedemos que María no es madre de la naturaleza divina de Jesucristo; pero de allí no se sigue que no sea verdadera madre de Dios. Nuestras madres, observa S. Cirilo, no nos dieron el alma (que es criada directamente por Dios e infundida en el cuerpo) sino tan sólo el cuerpo: y no obstante son verdaderas madres de persona humana, que consta de alma y cuerpo; del mismo modo la Virgen María aunque sea madre de Jesucristo en cuanto hombre y no en cuanto Dios, puede llamarse con toda verdad Madre de Dios.

Admitida la unión hipostática, o sea que en Jesucristo nunca hubo más que una persona, y ésta divina, no hay razón para negar a María el título glorioso de Madre.

Grandeza de esta dignidad. — No puede imaginarse favor más grande para una criatura que hacerla Madre de Dios.

" Después de Dios, escribe Alberto Magno, no hay nada más grande que ser Madre de Dios ".

Y San Buenaventura: " Haber llegado a ser Madre de Dios equivale a haber alcanzado la dignidad más sublime a que puede llegar una simple criatura ".

San Bernardo: " Dios ha dado a la Virgen el **máximum** que podía darle, la maternidad divina ".

" Alegraos, oh augustísima Reina, exclama la Iglesia, porque Vos sola merecisteis sentaros a la diestra de vuestro santísimo Hijo, el cual está sentado a la diestra del Eterno Padre ".

EJEMPLO. — Coriolano, joven y valiente capitán romano, resentido con su ingrata patria, abandonó su servicio y puso a disposición de otro pueblo su valor y su espada. Declarado

enemigo de Roma, juró perderla, y muy pronto, a la cabeza de un formidable ejército, marchó contra ella sembrando a su paso la desolación y la muerte.

A su vista cunde el pánico por toda la ciudad; los habitantes corren a los templos para implorar el auxilio del cielo, pero esto no detiene al intrépido vencedor. Se le envía una embajada de los más ilustres senadores implorando la paz, y se muestra inflexible; se hace salir con gran pompa a los sacerdotes y pontífices vestidos con sus ornamentos sagrados y llevando en sus manos las estatuas de los dioses patrios; mas Coriolano continúa inexorable. Ha jurado vengarse y cumplirá su palabra.

En tan crítica situación se vió que no quedaba más recurso que enviarle a Veturia, su madre, acompañada de las más nobles matronas romanas. Apenas la divisa Coriolano se precipita hacia ella para abrazarla. Pero su madre le rechaza diciendo:

— "Antes de recibir tus abrazos, quiero saber si voy a abrazar a un hijo agradecido o ingrato, si soy tu madre o tu esclava...". Siguió hablando en este tono por un buen rato y al fin concluyó:

— "Oh hijo mío, la única gracia que te pido es que nos libres de estos males, ¿lo negarás a tu madre?

El altivo romano, al escuchar estas palabras se enternece y las lágrimas corren por sus ojos; se arroja al cuello de su madre, diciendo:

— ¡Oh madre mía! me habéis vencido y Roma está salvada.

De un modo semejante defiende María nuestra causa delante de su Hijo. A sus ruegos, Jesús perdona, y de sus manos caen los rayos que iba a lanzar sobre nosotros.

344. - *¿Y la Madre de Dios es también Madre Nuestra?*

Sí, la Virgen Santísima, que es Madre de Dios, es también Madre nuestra, porque su Hijo Jesucristo nos la dió por Madre.

Refiere el evangelista San Juan (XIX, 25, 26, 27) que durante la agonía de Jesús estaban junto a la cruz, su madre con otras piadosas mujeres (María, mujer de Cleofás y María Magdalena). Estaba

también presente el apóstol San Juan, el único que se había animado a acompañar al Maestro en tan duro trance, pues los demás apóstoles habían huido.

Habiendo mirado, pues, Jesús a su Madre y al discípulo que El amaba (Juan), dijo a su Madre:

— Mujer, ahí tienes a tu hijo.

Después volviéndose a Juan, le dijo:

— Ahí tienes a tu Madre.

Desde aquel punto encargóse de ella el discípulo y la tuvo consigo en su casa.

Notan los sagrados intérpretes que San Juan, al pie de la cruz, representaba a la humanidad entera, de quien la SSma. Virgen quedó constituída Madre.

La Virgen María es madre nuestra por la razón que acabamos de explicar, y también porque a Ella debemos la vida de la gracia, incomparablemente más noble que la del cuerpo.

Esa vida es la que Jesucristo vino a restablecer en el mundo, mediante la obra de la redención a que cooperó eficazmente la Sma. Virgen.

Cuanto es mayor la gracia que la naturaleza, tanto mayor es la excelencia de la maternidad espiritul de María, comparada con la terrena y corporal de las otras madres.

Amor de María a los hombres. — Juntamente con el oficio, posee María, en alto grado, el amor de madre para con los hombres, por las siguientes razones:

1º Porque si Dios la ha elegido para este oficio, debió darle también las cualidades necesarias para desempeñarlo con perfección; una de estas cualidades esenciales es precisamente el **amor maternal.**

2º Porque María amó muchísimo a Dios y por consiguiente también a los hombres, pues esos dos amores son inseparables.

3º Porque los hombres formamos un mismo cuerpo místico con Jesucristo.

4º Porque mejor que nadie sabe lo mucho que nos amó Jesús.

5º Por las innumerables pruebas de amor maternal que en todo tiempo ha dado a los hombres, como lo atestiguan los templos, ermitas, altares, erigidos en su honor; los cuadros,

imágenes, medallas, ex-votos que abundan en todas partes; los libros, revistas, folletos que publican sus alabanzas y dan cuenta de sus prodigios; los innumerables santos que llegaron a la perfección con el auxilio de María.

Ruega por nosotros pecadores. — Dichosos seremos si la Virgen ruega por nosotros. ¿Qué no alcanzará rogando a su Hijo que nada sabe negarle?

Estando en grave peligro de muerte los hebreos a causa de las intrigas de Amán, Mardoqueo envió un recado a Ester, mujer hebrea que había hallado gracia ante el rey Asuero y la había elegido por esposa; envióle, pues, a decir Mardoqueo: *Tú habla por nosotros al rey y líbranos de la muerte* (Esth. XV, 3).

Lo mismo, y con mucha mayor razón y esperanza, hemos de hacer nosotros rogando a María, que es no ya esposa sino Madre del Rey, a fin de que nos salve .

La circunstancia de ser pecadores es un título más para que nos oiga, pues no en vano se llama *Refugio de pecadores.*

Ahora y en la hora de nuestra muerte. — Ahora quiere decir durante nuestra vida y de un modo especial en el momento del peligro. Solicitamos el auxilio de María para la hora de la muerte porque es el trance más difícil y decisivo en que con más encono y furor nos acomete el demonio.

Sabemos de muchos santos que habiendo amado a la SSma. Virgen durante la vida, fueron por Ella visiblemente asistidos y consolados en el trance de la muerte. ¡Qué dicha morir en brazos de María!

NOTA LITURGICA. — **El toque del Angelus.** — Es muy antigua en la Iglesia la costumbre de saludar tres veces al día a la SSma. Virgen con el rezo de tres Avemarías alternadas con los versículos del " Angelus Domini ". Para que los fieles se acuerden de invocar a la Virgen, la Iglesia ha dispuesto que se anuncie esta oración con tres toques especiales de cam-

pana: al amanecer, a medio día y al anochecer. La rezamos por dos motivos: 1º para dar gracias a Dios por el sublime misterio de la Encarnación que es el mayor beneficio que nos ha hecho; 2º para honrar a María y encomendarnos a su protección. La Iglesia ha enriquecido con indulgencias esta saludable práctica.

Toque de Animas. — En muchos países y según orden de los diocesanos, existe también la costumbre de rogar por los difuntos al toque de ánimas. Es lamentable que tantos cristianos se muestren indiferentes a esos toques de campana con que la Iglesia los convida a rezar. Cuando los turcos o mahometanos oyen el toque o la señal de la oración (y lo oyen no sólo tres, sino cinco veces al día) al instante dejan el trabajo, se postran aunque sea en las calles y plazas y se glorían de pagar su tributo al Altísimo; ¿y han de avergonzarse los católicos de rezar sus oraciones al menos en su casa? ¡Qué contraste tan vergonzoso!

345. - *¿Qué entendemos cuando decimos: Nuestra Señora de Luján, del Carmen, del Rosario, etc.?*

Cuando decimos Nuestra Señora de Luján, del Carmen, del Rosario, etc., entendemos diversas advocaciones o títulos con que es invocada la misma Santísima Virgen María.

Cuanto más noble, sabio, santo, poderoso es un personaje, más títulos tiene a la admiración de los hombres por los diversas maneras con que los ha beneficiado.

Así p. ej.: el Sumo Pontífice Pío XI es llamado por unos: " El Papa de las **Misiones** " por el impulso extraordinario que les ha dado; de la " **Acción Católica** ", por haberla organizado e impuesto en todo el mundo; de " **Cristo Rey** ", por haber instituído esta fiesta; de la " **Conciliación** " por haber resuelto satisfactoriamente el conflicto que desde 1870 a 1929

medió entre la Santa Sede y el Gobierno de Italia; de los " **Obreros** " por su encíclica " Quadragesimo Anno " y por sus obras a favor de la clase trabajadora; de los "**Santos** " por el número extraordinario de Siervos de Dios que ha elevado al honor de los altares, etc., etc.

Del mismo modo damos a la SSma. Virgen diversos nombres, títulos o advocaciones que nos recuerdan hechos o misterios de su vida, prerrogativas o cualidades que la adornan, apariciones o milagros obrados a favor de determinadas personas, instituciones, pueblos o de todos los hombres en general; nos complacemos en invocarla con uno u otro título según nuestro estado de alma o las necesidades que nos afligen.

Si p. ej.: estamos enfermos, la llamamos " Salud de los enfermos "; si tristes, " Consuelo de los afligidos "; si fatigados de tentaciones impuras, " Madre purísima "; etc.

Las principales advocaciones que se dan a María están contenidas en esa hermosa lista denominada " Letanías lauretanas " que se suelen recitar o cantar después del Rosario.

Además de las advocaciones contenidas en las letanías y de las que especifican hechos o misterios de la vida de la Sma. Virgen, son universalmente celebradas las siguientes: Ntra. Sra. de Lourdes, (11 de febrero); Ntra. Sra. de los Dolores (Viernes de Pasión y 15 de septiembre); Ntra. Sra. del Carmen (16 de julio); Ntra. Sra. de las Nieves (5 de agosto); Ntra. Sra. de las Mercedes (24 de septiembre); Ntra. Sra. del Rosario (7 de octubre).

A los argentinos nos son particularmente queridos los títulos de Ntra. Sra. de Luján, de Guadalupe (prov. de Santa Fe), de Itatí (Corrientes), del Milagro (Córdoba), del Valle (Catamarca).

Fundamentos de nuestra devoción a María.

He aquí los principales:

1º **María SSma. es nuestra medianera para con Dios.** — Si bien el único medianero entre nosotros y el Padre Eterno es Jesucristo, según enseña S. Pablo (1ª Tim. II, 5), también la Virgen puede llamarse medianera entre nosotros y Jesucristo. Si no osamos presentarnos al Hijo, vayamos con confianza a la Madre. ¡Cuántas veces ha rogado Ella por nosotros! ¡Cuántas veces ha detenido la mano de Dios pronta a descargarse sobre nosotros! Muy bien lo dice el poeta:

En las iras de Dios las esconde
Y le grita al sonar la explosión:
" ¡Son mis hijos, piedad! " y responde:
" ¡Son sus hijos, piedad y perdón! "

2º **No se concede gracia aquí en la tierra que no pase por las manos de María.** — Aunque esta verdad no es todavía dogma de fe (quiza lo sea) sin embargo la enseñan muchos padres y teólogos, entre ellos el insigne S. Bernardo, doctor de la Iglesia, el más apasionado amante de María.

Enseñan que la Sma. Virgen en el cielo es la tesorera de las arcas divinas y que todo pasa por sus manos. Tanto quiere Jesucristo a su benditísima Madre que cuando alguien se dirige a El con alguna súplica, repite las palabras que Faraón decía a los que a él venían por trigo: *Id a José. Id a María, id a mi Madre,* dice Jesús.

3º **María es la omnipotencia suplicante.** — Porque Dios nada niega de cuanto le pide María. En las

bodas de Caná, cuando faltó vino a aquellos esposos, María consiguió de su divino Hijo el estupendo milagro de la conversión del agua en vino (Hist. Sda. 7ª Ep., Cap. III); y nótese que todavía no había llegado para Jesús la hora de hacer milagros; hizo el primero de ellos a instancias de su SSma. Madre. ¿Qué no hará ahora en el cielo a un simple ruego de esa misma Madre?

Con mucha verdad dice el verso: " Quod Deus imperio, tu prece, Virgo potes ": **Lo que Dios puede por naturaleza, tú ¡oh Virgen! lo puedes con tus súplicas.**

4º **Nadie acude en vano a María.** — Así lo afirma el melifluo S. Bernardo en su hermosísima oración " Memorare ", cuyo rezo frecuente aconsejamos; dicha oración comienza así: " Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído haya sido abandonado de Vos el que ha implorado vuestro favor... " Los innumerables ex-votos que adornan las paredes de los santuarios de la Virgen; la relación de gracias y favores de que están llenos los libros y revistas; el testimonio de tantas almas favorecidas, publican a los cuatro vientos esta verdad consoladora, tan apta a despertar nuestra confianza en la bondad jamás desmentida de la celeste Madre.

5º **Todos los santos han sido devotos de María.** — En la vida de los santos, sin excepción alguna, nunca falta el capítulo que habla de su devoción a la Virgen, y para muchos de ellos es el capítulo más interesante y conmovedor. María ha sido para ellos modelo de perfección cristiana y auxilio poderoso para

alcanzarla. No en vano en las letanías lauretanas la llamamos " Regina sanctorum omnium, **Reina de todos los santos.**

6° **Honrando a María se honra a Dios.** — Es injusta e irracional la acusación que los protestantes e incrédulos no cesan de repetir, diciendo que cuando veneramos a María hacemos agravios al verdadero culto de Dios; o al menos traspasamos la medida de lo conveniente alabando con tanto entusiasmo a María, dándole títulos tan honoríficos, celebrando con solemnidad sus fiestas, elevando a su memoria monumentos y templos, dirigiendo procesiones solemnes a sus santuarios y visitándolos con tanta devoción y con tanto celo. Se equivocan aquellos herejes; no puede ser injuriosa a Dios la veneración de María, porque en María glorificamos a Dios y los dones de Dios.

Así como un buen hijo se complace en ver honrada a su madre y aun tolera que para honrarla se olviden de él; así también Jesucristo se goza en ver agasajada a su SSma. Madre. Recordemos que a Dios se refiere la honra que damos a los ángeles, a los santos y a la reina de los Santos, la Virgen María. ¿No es por ventura alabar a un artista el elogiar sus obras aun cuando no se nombre al autor? ¿Y no será alabar a Dios el enaltecer a María que es la obra maestra de las manos de Dios?

7° *Nuestra devoción a María debe ser práctica.* — No debemos contentarnos con rezarle algunas oraciones, con celebrar sus fiestas, llevar su medalla o escapulario ,etc., sino que debemos también honrarla con la imitación de sus virtudes. Un buen hijo no omite esfuerzos a fin de parecerse a su madre;

así también el hijo de María debe reproducir en su conducta las virtudes de su SSma. Madre; de otro modo, mereceremos el reproche que dirigió la Virgen a un siervo suyo que al decirle: "Monstra te esse matrem, *muestra que eres mi madre*, le respondió con severidad: "Monstra te esse filium", *muestra que eres mi hijo*, o sea condúcete de manera que yo nunca deba avergonzarme de ser tu madre.

La SSma. Virgen podría decir las mismas palabras de Jesucristo: *No todo aquél que dijere: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumpliere la voluntad de mi Padre celestial;* así también no será buen hijo de María aquél que se limita a honrarla con buenas palabras, sino aquél que se esfuerza en cumplir la voluntad de María, que es la de Dios, o sea la guarda de los divinos preceptos, la lucha constante contra las pasiones y defectos, el empeño en procurar en todo la mayor gloria de Dios.

346. - *¿Para qué colocamos en los altares la Imagen de María Santísima?*

Colocamos en los altares la Imagen de María Santísima para honrarla y acordarnos frecuentemente de nuestra Madre que está en el cielo.

347. - *¿Debemos honrar también las imágenes de los santos?*

Sí, debemos honrar también las imágenes de los santos, porque representan a aquéllos que reinan con Dios en el cielo.

348. - *¿Debemos honrar las reliquias de los santos?*

Sí, debemos honrar las reliquias de los santos porque con sus cuerpos, que han sido templos vivos del Espíritu Santo, glorificaron a Dios en la tierra.

349. - *¿A quién se dirige el culto que damos a la SSma. Virgen y a los ángeles y santos?*

El culto que damos a la SSma. Virgen, a los ángeles y a los santos, se dirige a Dios por medio de ellos, que son también nuestros medianeros para con Dios.

NOTA: La explicación de las preguntas 346 y 347 se halla en la Parte Segunda de esta obra: "Los Mandamientos", Cap. 2º, pág. 57 (de la 3ª edición) **Imágenes Sagradas.**

La explicación de las preguntas 348 y 349 se halla al fin del mismo capítulo bajo el rubro: "Culto de María Sma." y "Reliquias Sagradas". (pág. 77, 78, 79, 80, 81 de la 3ª edición).

La devoción del Rosario.

Se nos inculca la devoción del Smo. Rosario porque ella es un modo excelente de orar; contiene en efecto la **oración mental** o la meditación de los misterios de nuestra santa religión; y la **oración vocal** con las dos oraciones más excelentes: el Padrenuestro y el Avemaría.

Origen del Rosario. — A principios del siglo XIII, época en que la herejía de los Albigenses devastaba la Iglesia de Jesucristo, la Bienaventurada Virgen reveló a Sto. Domingo, fundador de la Orden de Predicadores, la devoción del Rosario. Se la propuso como medio eficacísimo para combatir el error, sostener la fe y obtener bendiciones del Cielo sobre el pueblo cristiano.

Cómo se reza. — El Rosario se compone de 150 Avemarías en memoria de los 150 salmos de David

contenidos en la Sagrada Escritura y que los sacerdotes recitan en el Oficio Divino durante la semana. Cada diez Avemarías constituyen una decena, durante la cual se considera brevemente un punto de la vida, pasión, muerte y triunfo de Jesucristo o de su santísima Madre; cada decena consta de un Padrenuestro, diez Avemarías y un Gloriapatri. Se termina con las letanías lauretanas que son un recuerdo de los títulos honoríficos que la Iglesia da a la Madre de Dios. Para facilitar esta práctica, se ha adoptado la costumbre de rezar solamente una tercera parte (cincuenta Avemarías o cinco decenas) cada día.

Misterios del Rosario. — Lo más provechoso del rezo del rosario es la meditación de los misterios, los cuales se dividen en **gozosos** (se meditan el lunes y el jueves) **dolorosos** (martes y viernes) y **gloriosos** (domingo, miércoles y sábado).

Los misterios **gozosos** son:

1º La Anunciación del Angel.
2º La visita de María SSma. a Sta. Isabel.
3º La Natividad de N. S. J. C.
4º La Presentación de Jesús en el templo.
5º El Niño perdido y hallado en el templo entre los doctores.

Los misterios **dolorosos** son:

1º La Oración en el Huerto.
2º Los azotes en la columna.
3º La Coronación de espinas.
4º La Cruz a cuestas, camino del Calvario.
5º La Crucifixión y muerte del Salvador.

Los misterios **gloriosos** son:

1º La resurrección del Señor.
2º La Ascensión a los cielos.
3º La Venida del Espíritu Santo.
4º La Asunción de la Virgen nuestra Señora.
5º La Coronación de María Santísima y la gloria de todos los Santos.

¡Qué hermoso panorama se presenta todos los días a la vista del cristiano que reza bien el Rosario! ¿Puede haber meditación más provechosa que considerar las escenas de la vida de Jesús y de María?

Los *misteriosos gozosos* bien meditados son una escuela de las virtudes de Jesús y de María: la piedad, el recogimiento, la obediencia, la pureza, la humildad, la religión, etc., resplandecen admirablemente en esos misterios.

Los *misterios dolorosos* nos animan a sufrir con paciencia las tribulaciones de la vida y a cumplir el consejo de Jesucristo: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mat. XVI, 24).

Los *misterios gloriosos* nos enseñan a apreciar las cosas del cielo, a tener en poco las de la tierra, nos llenan de alegría con la esperanza de la eterna gloria y con el pensamiento de que si acompañamos a Jesús en la tribulación, también lo acompañaremos en el gozo, como muy bien dice el Apóstol (Rom. VIII, 17).

No nos olvidemos, pues, mientras rezamos las Avemarías, de meditar por unos instantes en estos saludables misterios.

Ventajas del Rosario. — Son innumerables los favores de orden temporal y espiritual que se han obtenido con la práctica de esta devoción. Con ella se combatieron herejías, se reformaron costumbres, se alejaron epidemias, se alcanzaron espléndidas victorias,

como la de Lepanto en que un puñado de cristianos derrotó completamente a la flota musulmana que amenazaba apoderarse de Europa (7 de Octubre de 1571).

Los Sumos Pontífices han enriquecido esta devoción con innumerables indulgencias.

Mes del Rosario. — Por disposición de León XIII, se suele dedicar el mes de Octubre a la Virgen del Rosario, como continuación de su fiesta que ocurre el 7 del mismo mes. Al fin de esa oración se añade una a San José por las necesidades de la Iglesia. Entre los Pontífices que se distinguieron por su amor al Rosario figura León XIII († en 1903) que es llamado el "Papa del Rosario". Veinte veces lo recomienda solemnemente en sus encíclicas; ordenó incluir en las letanías lauretanas la invocación "Regina sacratissimi Rosarii, ora pro nobis".

El Rosario en familia. — Una de las maneras más provechosas y fáciles de llevar a la práctica esta devoción es el rezar el rosario en familia y en común.

Dios y su SSma. Madre no pueden menos de mirar con complacencia y de bendecir esos hogares donde después de la cena y antes de entregarse al reposo, los padres alternan con sus hijos en la recitación del rosario; entonces con verdad la familia semeja un templo o uno de esos coros donde se reúnen los religiosos a rezar el Oficio.

Jesucristo ha dicho que allí estaría El donde se reunieren dos o más en su nombre (Mat. XVIII, 20); por consiguiente estará en esas familias cuyos miembros se congregan en nombre de Dios o sea para cantar las alabanzas de Dios y de su SSma. Madre.

Además la recitación del rosario en comunidad es más fácil por cuanto cada coro recita tan sólo la mitad de las oraciones respondiendo el otro coro.

Lástima que esta costumbre que formaba la delicia y la vida de las antiguas familias cristianas haya decaído tanto; los

fatales resultados de esta decadencia saltan a la vista, porque son tan pocos los hogares bien organizados. ¡Ojalá se restablezca esta hermosa costumbre que bastaría por sí sola a restaurar la familia, base de la sociedad y de las naciones! Cada cual procure hacer cuanto esté de su parte para conseguirlo.

EJEMPLOS. — **García Moreno y el Rosario.** — Este santo presidente asesinado en 1875 por la masonería en odio a la religión, era muy devoto de la Virgen. Hallándose un día en medio de algunos obreros irlandeses, les preguntó sobre las costumbres religiosas de su tierra y si sabían algún cántico en honor a la Virgen. Por toda respuesta los irlandeses entonaron uno muy devoto. Escuchábalos conmovido García Moreno y cuando hubieron acabado les preguntó:

— ¿Es muy amada la Virgen en Irlanda?

— Muchísimo — respondieron a una los buenos irlandeses.

— Bien, hijos míos, añadió el piadoso presidente, arrodillémosnos y recemos el Rosario a fin de obtener de la Virgen la perseverancia en el divino servicio. Y haciendo corona al presidente, rezaron todos, conmovidos hasta las lágrimas, el santo Rosario.

En el rezo de esta oración García Moreno encontró el secreto de esa fe viva y ardiente que en el mismo instante de caer bajo el puñal asesino puso en sus labios, como sublime desafío, estas palabras: ¡ **" Dios no muere "** !

De paso hacemos notar que el Rosario no es, como pretenden algunos, devoción de niños y mujeres: ha sido siempre, desde su aparición en el mundo y lo es todavía, devoción de grandes, de magistrados, de sabios, de militares.

Sabia respuesta. — San Juan Bosco a Máximo D'Azeglio, célebre político liberal de Italia que le aconsejaba quitar el rosario de las prácticas de piedad del Oratorio, porque — decía — es devoción anticuada y monótona, respondió con su habitual franqueza:

— Pués yo soy de distinto parecer y muy a pechos me está esa devoción; digo más: estaría dispuesto a renunciar a muchas cosas y también a la preciosa amistad de S. E., antes que alejar de mi instituto una devoción tan cristiana y tan provechosa. Y cumplió su palabra, porque en todos los colegios salesianos del mundo no pasa un día sin que los niños y sus maestros saluden a la Virgen con el rezo del Rosario.

342. - *¿Quién nos enseñó la Salve?*

La Salve nos la enseñó la Santa Iglesia, para pedir favor y ayuda a María Santísima.

Los historiadores están muy divididos acerca del autor de la Salve. Los últimos estudios han venido a confirmar la opinión que la atribuía al español S. Pedro de Mezonzo, obispo de Compostela y antes abad del monasterio benedictino de Antealtares, cuya comunidad custodiaba el sepulcro del apóstol Santiago.

Cuándo y en qué circunstancias haya sido compuesta, no se sabe; pero por el contenido de la misma oración puede conjeturarse que sería en alguna de las tristes circunstancias de la azarosa vida del autor que acudiría a buscar consuelo a los pies de la Reina de misericordia.

Sea lo que fuere acerca del autor, lo cierto es que la Iglesia ha aprobado esta oración; más aun, la halló tan devota, tan completa y a la vez tan teológica, que mandó insertarla en el Oficio divino disponiendo que los sacerdotes y demás personas obligadas la reciten al fin de las horas canónicas, y que los sacerdotes la recen con los fieles al fin de la misa.

Partes de que consta. — Puede dividirse en tres partes. En la primera, después de saludar a la Virgen con las palabras "Dios te salve", le recordamos lo que es Ella para nosotros: "Reina de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra".

En la segunda le exponemos nuestra situación y nuestras penas: "A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas".

En la tercera pedimos que nos auxilie y ampare en ésta y en la otra vida: "Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve

a nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu viente. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María!

Estas tres últimas exclamaciones han sido atribuidas a San Bernardo, gran amante de María; pero recientes investigaciones han demostrado la falsedad de esta creencia.

EJEMPLOS. — Refiere un piadoso autor que una devota mujer de Lombardía, oyendo cantar la Salve a los religiosos domínicos después de Completas con mucha devoción, fué arrebatada en espíritu y vió cosas admirables: vió que cuando los religiosos cantaron las palabras: "Esperanza nuestra, Dios te salve", la benignísima Señora saludó a los religiosos con gran dulzura y amor; cuando éstos dijeron: "Ea, pues, abogada nuestra", la Virgen se hincó de rodillas delante de su Hijo, abogando e intercediendo por ellos. A las palabras: "Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos", los miró con semblante alegre y apacible; y cuando al fin cantaron: "Muéstranos a Jesús", tomando la Virgen en sus manos al Niño Jesús, lo fué mostrando lleno de cariño a cada uno de los religiosos, que con inexplicable gozo de su alma lo adoraron. Concluido el canto, desapareció la soberana Reina dejándolos con el consuelo que se puede pensar.

La Salve, remedio contra la impureza. — Hubo un joven entregado al vicio deshonesto; y aunque a tiempos se confesaba luego volvía a caer. Quiso su suerte que diera con un confesor que le dijo que pidiera confiado favor a nuestra Señora rezándole cada día devotamente **tres Salves.** Aceptó el joven la penitencia y pudo comprobar con gran consuelo de su alma que el día que rezaba esa oración o no era tentado o salía vencedor; en cambio el día que la dejaba, era vencido y caía en el pecado, lo que demuestra que no vencía por sus propias fuerzas, sino con las que le alcanzaba la Madre de Dios por la devoción de la Salve.

Recemos siempre muy devotamente esta oración y alcanzaremos con ella innumerables gracias.

Otras oraciones muy excelentes y aprobadas por la Iglesia para honrar a María son: las Letanías Lauretanas, el "Magnificat", el "Angelus", el "Regina caeli" (para el tiempo pascual), el "Memorare", (sacado de los escritos de S. Bernardo), el "Sub tuum praesidium" y las devotas **jaculatorias** marianas indulgenciadas, p. ej. "Ave María purísima, sin pecado concebida" — "Dulce Corazón de María, sed la salvación mía" (300 días de indulg.) — "María Auxilio de los cristianos, rogad por nosotros" (300 días de indulg.) — "Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que acudimos a Vos" (100 días), etc.

CAPITULO XV.

De las virtudes.

Suele compararse el alma del justo a un jardín ameno esmaltado de bellas y fragantes flores: estas flores son las **virtudes** o los hábitos buenos infundidos por Dios en el alma o adquiridos por el hombre mediante su esfuerzo ayudado por la divina gracia. Por hábito se entiende una disposición a obrar bien o mal.

Así como el sentido se deleita al pasearse por un hermoso jardín, del mismo modo goza el alma al contemplar en los Santos la **rosa** encendida de la **caridad**, la **violeta** fragante de la **humildad**; la **genciana** de la **mortificación**; el **lirio** o la **azucena** de la **pureza**, etc.

Pero los jardines no los forma la tierra espontáneamente; exigen el esfuerzo inteligente y constante del hombre, exigen un doble trabajo: por una parte la extirpación de las malas hierbas, fruto natural de la tierra maldecida por Dios después del primer pecado; por otra parte la plantación y el cultivo de las plantas de adorno y de las flores. Hay más todavía: este trabajo debe ser tan asiduo y tenaz que bastaría interrumpirlo por unos días para que el jardín vuelva a ser poco más o menos, el erial de antes, quedando las flores sofocadas por las malezas.

Así también la adquisición de las virtudes cristianas exige dura y constante fatiga: 1° el desarraigo de los malos hábitos (de soberbia, ira, lujuria, pereza, etc.), frutos espontáneos de nuestra naturaleza viciada

por el pecado de origen; 2º la repetición frecuente de actos positivos de virtud, de caridad, obediencia, humildad, fortaleza, etc.

Este trabajo no es tan sólo para alguna categoría de personas, (para frailes y monjas, como dicen algunos) sino que es para todos los hombres, ya que a todos se refería Jesucristo cuando dijo: " **Sed vosotros perfectos, así como vuestro Padre Celestial es perfecto, imitándole en cuanto podáis** " (Mat. V, 48).

Por este motivo añadimos a este tratado de la Oración, algunas nociones muy someras sobre las principales virtudes y los medios de adquirirlas; nociones que podrán completar con la lectura de obras más extensas y sobre todo de la vida de los Santos, aquellas almas que desean remontarse a más alta perfección.

Concepto de virtud. — Ante todo veamos qué se entiende por **virtud:**

a) En sentido muy amplio, virtud es lo mismo que **fuerza, poder, facultad para hacer algo;** así decimos: la **virtud** del fuego natural es tal que derrite los más duros metales, la tierra posee la **virtud** de producir cuanto es menester para la vida del hombre y de los animales; en este sentido son **virtudes** los milagros y portentos divinos, así dice S. Lucas que " de Jesús salía una **virtud** que daba la salud a todos " (Luc. VI, 19).

b) En sentido más estricto (el que hace a nuestro objeto), virtud es una fuerza por la cual efectuamos actos moralmente buenos; se define: **Hábito que nos ayuda a hacer actos buenos.**

Y ante todo la virtud es un **hábito** o **costumbre** de bien obrar; por lo tanto no se puede decir que posea la virtud de la **obediencia** el que obedece una que otra vez, sino aquél que constantemente (aunque no siempre) obedece.

El hábito se perfecciona con el ejercicio frecuente y constante, así como aprende uno la escritura, la lectura, la música y en general cualquier arte u oficio mediante el ejercicio o la práctica de muchos días y años; así también se adquiere el hábito de las virtudes actuándose en ellas, es decir haciendo actos positivos de esas virtudes.

350. - *¿Cuáles son las tres virtudes teologales?*

Las tres virtudes teologales son: Fe, esperanza y caridad.

Clasificación de las virtudes. — Las virtudes pueden clasificarse según el *origen* o *principio* de que proceden y según el *objeto* a que se refieren.

a) Según su origen o el principio de que proceden se clasifican en: *adquiridas* e *infusas.*

Virtud *adquirida* es la que se engendra con el ejercicio de nuestras fuerzas; p. ej.: la templanza, la obediencia, la pureza, etc.

Virtud *infusa* es la que Dios pone en nuestra alma, es decir se engendra no mediante el ejercicio de nuestras fuerzas, sino por acción sobre natural de Dios; p. ej. la virtud de la *penitencia* por la cual detestando el pecado con dolor sobrenatural, adquirimos su remisión y recuperamos la gracia de Dios.

b) En razón de su *objeto* las virtudes pueden ser *teologales* y *morales.*

Virtudes *teologales* (de Theos = Dios) son aquéllas que tienen a Dios por objeto, o sea cuyos actos giran alrededor de Dios; son tres: la fe, la esperanza y la caridad; por estas tres virtudes el hombre cree a *Dios,* espera en *Dios* y ama a *Dios.*

Virtudes *morales* son las que tienen por objeto el cumplimiento de los deberes morales que Dios nos impuso. Son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y de ellas derivan las demás.

Las virtudes más excelentes: Son sin duda las virtudes teologales, porque tienen a Dios por objeto; del mismo modo la ciencia más noble es la Teología porque trata de Dios; los mandamientos más importantes son los tres primeros porque miran directamente a la honra de Dios; el sacramento más excelente es la Eucaristía porque contiene a Dios; las peticiones más importantes del Padrenuestro son las tres primeras porque tienen a Dios por objeto.

De las tres virtudes teologales la mayor y más excelente es la caridad, que acompaña siempre a la gracia santificante, nos une espiritualmente con Dios y nos hace merecedores de la gloria.

Dice S. Pablo: " *Ahora permanecen estas tres virtudes, la fe, la esperanza y la caridad; pero de las tres la caridad es la más excelente de todas* " (1ª a los Cor. XIII, 13). En el cielo cesan la fe y la esperanza porque ya no son necesarias desde el momento que se ve a Dios cara a cara y se le posee; en cambio permanece eternamente la caridad o el amor de Dios que es el gozo de los bienaventurados.

EJEMPLOS. — Un artista pintó las tres virtudes teologales, con la apariencia de mujer. La fe con túnica **azul**, lleva en la mano una **cruz**; la esperanza con traje **verde**, tiene un ancla en los pies; vestida de **blanco** aparece la caridad, con un corazón en el pecho ardiendo en vivas llamas. Los tres colores y los tres símbolos encierran verdades profundísimas. El **azul** es el color del cielo, adonde siempre ha de mirar nuestra fe, conforme a aquello de: " Ibi fixa sunt corda ubi vera sunt gaudia ": allí estén fijos nuestros corazones, donde están los gozos verdaderos; el **verde** recuerda la primavera, estación de nacientes esperanzas; el **blanco** es el color de la luz, imagen del paraíso donde el amor de Dios reviste de luz inefable a todos los bienaventurados.

Tambien son expresivos los símbolos. La **cruz** recuerda que la fe tiene por objeto las enseñanzas de Jesús crucificado; el **ancla** figura la esperanza, la cual asegura al hombre en medio de las tempestades de la vida, como el ancla salva la nave en medio de las furias del mar; el **corazón**, con sus palpitaciones continuas, expresa muy bien el amor constante que debemos a Dios.

Cuando recibimos las virtudes teologales. — Dios por su bondad nos infunde en el alma las virtudes teologales cuando nos hermosea con su gracia santificante; por esta razón al recibir el bautismo fuimos enriquecidos con estas virtudes y juntamente con los dones del Espíritu Santo.

El que estando ya en gracia recibe por los Sacramentos o actos virtuosos nuevo aumento de gracia, adquiere también aumento de virtudes.

Aunque Dios haya infundido en el alma las virtudes, si queremos que permanezcan en nosotros y nos sean personalmente meritorias, es necesario que las guardemos con amor y las ejercitemos con frecuencia.

Dios al infundirnos estas virtudes se ha con nosotros como aquel rico señor de quien habla S. Mateo (XXV, 15, etc.) que al partir convocó a sus criados y les entregó sus bienes, dando al uno cinco talentos, a otro dos y uno solo a otro; a la vuelta recompensó a los dos primeros porque con los talentos recibidos habían negociado otros tantos; y castigó al tercero porque había enterrado su talento sin hacerlo fructificar. Las virtudes teologales son talentos que no debemos dejar infructuosos, sino que debemos multiplicar día a día haciendo actos frecuentes de esas virtudes y procurando conformar a ellos nuestra vida.

EJEMPLOS. — **La fe de los santos.** - ¡Cuánto va de la fe de los cristianos ordinarios a la fe de los santos! Todo buen cristiano cree en el infierno y en los tremendos suplicios que atormentan a los condenados; pero ¡como creía estas verdades S. Francisco de Borja, quien al meditar en ellas temblaba y hacía temblar su aposento!

Todos creemos en la eternidad de las penas, pero, con cuánta fe creía Santa Teresa, la cual, después de haber meditado seriamente en ese dogma sentíase tan sobrecogida de espanto, que recorría los corredores del convento diciendo a las religiosas: ¡Qué larga! ¡Qué terrible es la eternidad!

Todos amamos a la Ssma. Virgen, y no obstante ¡qué diferencia entre nuestra devoción y la de S. Estanislao de Kotska, cuyo rostro se inflamaba, cuyos ojos se llenaban de lágrimas con sólo pensar en Ella, con sólo pasar delante de una Iglesia a Ella dedicada, con sólo pronunciar su nombre dulcísimo!

No nos cabe la menor duda de la presencia real de Jesús en la Eucaristía; pero ¡cuán tibia es nuestra fe y frío nuestro corazón en comparación de los transportes de amor con que lo visitaba S. Alfonso de Ligorio, cuya alma se derretía ante el Sagrario!

Todos convenimos en que es cosa divina cooperar con Dios en la salvación de las almas; pero ¡cuán deficiente es nuestro celo en comparación del que ardía en el corazón de S. Juan Bosco el cual deseaba, a costa de cualquier sacrificio, destruir el pecado y salvar las almas de todos!

Podríamos multiplicar estos ejemplos. Los Santos tenían una fe muy grande porque sabían explotar a maravilla lo que Dios les había infundido en el santo Bautismo. Lo mismo podríamos decir de la Esperanza, de la Caridad y de otras virtudes.

351. - *¿Qué es Fe?*

Fe es una virtud sobrenatural, infundida por Dios en nuestra alma, por la cual creemos todo lo que Dios ha revelado y por medio de la Iglesia nos propone para que lo creamos.

Véase la explicación detallada en: Parte primera: "Credo" - 3ª edición desde la pág. 11 a pág. 21 inclusive.
Parte segunda: "Mandamientos" - Cap. 2º "de la Fe" (pág. 36 de la 3ª edición hasta pág. 41).

352. - *¿Qué es esperanza?*

Esperanza es una virtud sobrenatural infundida por Dios en nuestra alma, por la cual esperamos la gloria, mediante la gracia y nuestras buenas obras.

Véase explicación en: Parte segunda: "Mandamientos" - Cap. 2º - "De la Esperanza" - Pág. 41 al 46 (3ª edición).

353. - *¿Qué es caridad?*

Caridad es una virtud sobrenatural infundida por Dios en nuestra alma, por la cual amamos a Dios sobre todas

las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.

Véase explicación en: Parte Segunda: "Mandamientos" (3ª edición), págs. 46, 47, 48 y 49.

354. - *¿Tenemos obligación de hacer actos de fe, esperanza y caridad?*

Sí, tenemos obligación de hacer actos de fe, esperanza y caridad: 1) cuando llegamos al pleno uso de razón; 2) Muchas veces en la vida; 3) En la hora de la muerte y respectivamente siempre que esté en peligro o nuestra fe o nuestra esperanza o nuestra caridad, o debamos confirmar a nuestros prójimos en alguna de estas tres virtudes.

355. - *¿Cómo se hará brevemente un acto de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad?*

Se hará brevemente un acto de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, diciendo con toda el alma: Creo en vos, Dios mío,porque sois la verdad misma, espero en Vos, que sois infinitamente fiel a vuestras promesas, me daréis la gracia que necesito para salvarme; os amo sobre todas las cosas, porque sois infinita bondad y mi sumo bien, y por amor vuestro amo a mi prójimo como a mí mismo, y me pesa en el alma de haberos ofendido.

356. - *¿Cómo cumpliremos la obligación que tenemos de hacer actos de fe, esperanza y caridad?*

Cumpliremos la obligación que tenemos de hacer actos de fe, esperanza y

caridad rezando con devoción y frecuencia, como conviene a todo buen cristiano, el Credo, el Padre Nuestro y diciendo de corazón el acto de contrición.

La explicación de estas tres preguntas se encuentran en las mismas páginas señaladas para las tres preguntas anteriores.

Las virtudes cardinales.

357. - *¿Cuáles son las cuatro virtudes cardinales?*

Las cuatro virtudes cardinales son: Prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Estas virtudes se llaman **cardinales** (de **cardo - bisagra, quicio**) porque en torno de ellas giran como sobre cuatro quicios o bisagras todas las virtudes morales, siendo por lo tanto el fundamento de toda la vida moral cristiana.

La Prudencia.

Prudencia es la virtud moral y sobrenatural por la cual en toda circunstancia discernimos lo que hemos de hacer o evitar, conforme a nuestro último fin.

La prudencia es el guía, (el lazarillo para el ciego) que a cada paso indica lo que, según las circunstancias, se ha de hacer u omitir, decir o callar.

No basta saber en general que se ha de hacer el bien y evitar el mal; es necesario saber aplicar este principio a cada acción en particular; hay muchas cosas que, aunque buenas en sí, no se deben hacer; otras que son malas en unas circunstancias resultan buenas en otras. P. ej.: excelente cosa es corregir a la persona que yerra; pero corregirla intempestivamente, cuan-

do se halla muy excitada, o en presencia de otros, es malo y contraproducente. Es malo apoderarse de lo ajeno, herir a otro; pero quien se halla en extrema necesidad o se ve agredido, puede tomar sin permiso lo necesario para la vida y puede rechazar con la violencia (y aun con la muerte) al injusto agresor.

Su excelencia. — Por lo expuesto se comprende la excelencia de esta virtud, tan elogiada en la Sda. Escritura:

"*Dichoso el hombre que ha adquirido la sabiduría y es rico en prudencia, cuya adquisición vale más que la de la plata, y sus frutos son más preciosos que el oro acendrado*". (Prov. III, 13-14).

"*Más vale la sabiduría que la fuerza, y el varón prudente más que el valeroso*" (Sap. VI, 1).

Jesucristo en el Evangelio nos exhorta a unir la sencillez de la paloma a la prudencia de la serpiente (Mat. X, 16) y nos da admirables ejemplos de cómo hemos de hablar, callar y obrar según las circunstancias de personas, lugar y tiempo.

Su necesidad. — La virtud de la Prudencia es necesaria para dirigirnos a *nosotros mismos* y para dirigir a los *demás.*

1º Es necesaria para dirigirnos *a nosotros mismos* a fin de *evitar el pecado* (conocer las ocasiones peligrosas: compañías, lugares, libros, espectáculos, etc.) y *practicar las virtudes* las que, para ser tales, deben mantenerse en un justo medio, sin pecar por defecto ni por exceso: este justo medio lo señala la prudencia, que es llamada "auriga virtutum", guía de las virtudes.

2º Es necesaria para dirigir *a los demás.* La prudencia es la virtud propia de los encargados de gobernar a otros: el sacerdote, el padre, el maestro, el capitán, el gobernante, etc., han menester de esta virtud a fin de saber dar a los súbditos las órdenes y consejos más oportunos, y para que no se cumpla en ellos la sentencia de Jesucristo: "*Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la fosa*" (Mat. XV, 14).

Vicios opuestos a la Prudencia. — Se puede faltar a esta virtud por defecto y por exceso.

1º Se opone a la prudencia por defecto, la **imprudencia**, la cual comprende los siguientes vicios que debemos evitar cuidadosamente:

a). La **precipitación** que induce a obrar por impulso de la voluntad o de la pasión sin tomar consejo de la propia experiencia o de la ajena. (Recuérdese el ejemplo de Roboán, Hist. Sagrada de D. Bosco).

b) La **inconsideración** que induce a obrar sin tener en cuenta las circunstancias. Dice la Sagrada Escritura: "**Todas las cosas tienen su tiempo... Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo que se plantó; tiempo de luto y tiempo de gala; tiempo de hablar y tiempo de callar; tiempo de llorar y tiempo de reir,** etc.". (Eccle. III, 1, etc.).

c) La **inconstancia** o ligereza de ánimo que induce a mudar de propósito a cada momento y sin justa causa. La veleta que cambia de dirección a todo viento, es el símbolo del hombre veleidoso e inconstante.

d) La **negligencia** o irresolución es la tardanza excesiva en llevar a la práctica lo que se ha resuelto. ¡Cuántas empresas se malogran por dejar pasar el momento oportuno en que podrían realizarse! Pasado ese momento, cambian las circunstancias, se mudan los hombres, y la ejecución se vuelve difícil o imposible. Así como se le hace imposible al herrero torcer el hierro si no aprovecha el momento en que está caliente.

2º Se oponen a la Prudencia por **exceso:**

a) **La prudencia de la carne** que hace al hombre ingenioso en hallar medios para conseguir fines perversos como la satisfacción de las pasiones, el enriquecerse injustamente, etc.

"**La sabiduría (o prudencia) de la carne,** dice S. Pablo (Rom. VIII, 7-8), **es enemiga de Dios, como que no está sumisa a la ley de Dios, ni es posible que lo esté siendo contraria a ella. Por donde los que viven según la carne no pueden agradar a Dios**".

b) La **astucia** que excogita los medios para medrar a expensas de otros, valiéndose de engaños ilícitos en acciones (fraude) y en palabras (dolo).

c) La **excesiva solicitud de las cosas temporales.** - Es la prudencia del industrial, del comerciante, del artista, del obrero que sólo buscan acumular dinero descuidando por completo la salvación de su alma.

A estos tales dice el Señor en el Evangelio: "**¿De qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?**". (Mat. XVI, 26).

También hace a este propósito el pasaje de S. Mateo: Cap. VI, versículo 25 hasta el fin del capítulo.

Dios prohibe la solicitud excesiva o desordenada por los bienes de la tierra; una solicitud moderada y justa (que no sea obstáculo a la salvación) no sólo no está prohibida, sino que es necesaria y se recomienda bajo el nombre de **previsión y ahorro.**

La Justicia.

La palabra justicia en sentido amplio significa en la Sda. Escritura el conjunto de las virtudes cristianas; es sinónimo de santidad, así Nuestro Señor dice: " **Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia** " (Mat. V, 6) S. José es llamado varón **justo,** es decir santo.

En sentido estricto, como le empleamos aquí: **Justicia es la virtud moral y sobrenatural que inclina a la voluntad a dar a cada uno constantemente lo que le es debido estrictamente.**

Es virtud que regula nuestros deberes **estrictos** para con el prójimo y en esto difiere de la caridad que nos lleva a hacer favores que no exige la estricta justicia. Si p. ej. pago una deuda, cumplo con la virtud de la **justicia,** si en cambio presto a otro una suma de dinero o algún objeto, cumplo con la virtud de la **caridad.**

Excelencia de esta virtud. — La justicia pone el orden y la paz tanto en la vida individual como en la social. Precisamente porque respeta los derechos de cada uno, hace que reine la honradez en los negocios, contiene el fraude, defiende los derechos de los pequeños y de los humildes, refrena las rapiñas y las injusticias de los poderosos y pone orden en la sociedad. Sin ella vendría la anarquía, la lucha de clases, la opresión de los débiles por los fuertes, el triunfo del mal.

Práctica de esta virtud. — La justicia nos lleva a respetar los dos grandes lemas del prójimo: los *bienes materiales,* y la *fama.*

1º Ante todo nos inclina a respetar el *derecho de propiedad* en lo que concierne a los bienes temporales; nos inclina:

a) A evitar el robo grande o pequeño, cualquier género de fraudes, las especulaciones temerarias y los negocios dudosos en los que so pretexto de ganancia se arriesga la propia fortuna y la ajena.

b) A no contraer deudas o a pagarlas cuanto antes.

c) A tratar con el mayor cuidado, como si fuesen cosa propia, los bienes recibidos en préstamo.

d) A reparar los daños causados voluntariamente; cuanto a los involuntarios, si bien su reparación no es de estricta justicia, no obstante las almas que aspiran a la perfección procuran repararlos en la medida de sus fuerzas.

e) Cuando se hubiere recibido *en depósito* alguna cantidad, en dinero o en valores, para obras pías, se han de tomar todas las precauciones legales necesarias para que, en caso de muerte repentina, se empleen esas cantidades según la intención de los donantes.

2º La virtud de la justicia nos obliga a respetar la *fama* y la *honra* del prójimo, que, en decir del Espíritu Santo, es preferible a las riquezas: " *Melius est nomen bonum quam divitiae multae* " (Prov. XXII, 1 - Eccl. VII, 2).

Se evitarán por lo tanto los *juicios temerarios* o el pensar mal de otros, sin motivo; la *maledicencia* que descubre a los demás las faltas y defectos secretos del prójimo; la *calumnia* que con acusaciones mentirosas, carga al prójimo con pecados que no ha cometido.

Si por desgracia se ha caído en estos dos últimos pecados (maledicencia y calumnia) hay deber estricto de repararlos con tanto mayor energía y constancia cuanto mayor hubiese sido el daño.

NOTA. — Complétense estas nociones sobre la Justicia con lo que llevamos dicho en la parte segunda, 7º, 8º y 10º Mandamiento.

Son parte de la virtud de la **justicia:**

a) La virtud de la **Religión** que nos inclina a dar a Dios el culto **debido** por más que el hombre no pueda tributarlo en el grado que lo merece Dios, ser infinito.

b) La virtud de la **Obediencia** que nos inclina a la sumisión **debida** a los Superiores.

La Fortaleza.

La fortaleza es una virtud moral que da fuerza al alma para correr tras del bien difícil sin detenerse por el miedo, ni siquiera por el temor de la muerte.

La fortaleza: a) Reprime el temor que paraliza nuestros esfuerzos para el bien; b) Modera la audacia que, sin ella, degeneraría fácilmente en temeridad.

Práctica de esta virtud. — La fortaleza consiste principalmente:

1º En acometer y ejecutar *cosas difíciles,* las que abundan en el camino de la virtud y de la salvación, según las palabras de Jesucristo: "*Entrad por la puerta angosta; porque la puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen a la perdición, y son muchos los que entran por él. ¡Oh qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la vida eterna, y qué pocos son los que andan por ella*"! (Mat. VII, 13-14).

2º En saber *sufrir* por Dios las muchas y difíciles pruebas que nos envía: padecimientos, enfermedades, burlas, calumnias, etc. Por donde se ve que el hombre que no sabe sufrir estas pruebas y apela al suicidio es un cobarde; en cambio es un hombre fuerte, un héroe, el que las afronta serenamente.

El acto sobrenatural más grande de fortaleza es el *martirio,* que consiste en dar voluntariamente la vida por causa

de la religión. "*Nadie, dice Jesús, tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos*" (Juan XV, 13).

Temores que debemos combatir. — Las almas que desean poseer esta virtud han de luchar denodadamente contra los diversos temores que se oponen al cumplimiento del deber:

1º El temor de la **fatiga** y de los **peligros.** Siendo el pecado el único y verdadero mal, hay que evitarlo a toda costa aun con riesgo de padecer todos los males temporales.

2º El temor de las **murmuraciones**, de las **burlas** o en otros términos del **respeto humano** que nos inclina a apartarnos de nuestro deber por temor del qué dirán, de las burlas que habremos de sufrir, de las amenazas que nos hicieron, de las injurias e injusticias de que se nos hará víctimas. ¡Cuántos hombres intrépidos en los campos de batalla, retroceden ante esas críticas y amenazas!

Dice Jesucristo: "**Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, ante los hombres, de ese tal se avergonzará el supremo Juez cuando venga en el esplendor de su majestad y en la de su Padre y de los santos ángeles**" (Luc. IX, 26).

Compañeras de la Fortaleza. — A la virtud de la fortaleza se refieren cuatro virtudes: dos que nos ayudan a hacer cosas difíciles, a saber la **magnanimidad** y la **magnificencia;** y dos que nos ayudan a sufrir con provecho: la **paciencia** y la **constancia.**

1º La magnanimidad o grandeza de alma **es una disposición de ánimo noble y decidida de acometer grandes cosas por Dios y por el prójimo.** Resplandece esta virtud en todos los Santos, especialmente en los que fueron misioneros, fundadores de órdenes religiosas, etc.

2º **La magnificencia es la virtud que lleva a hacer los grandes gastos que demandan las obras de la gloria de Dios.** Ha habido santos pobres que han sabido gastar millones en levantar edificios, iglesias, asilos, escuelas, etc., para la gloria de Dios y el bien de la humanidad.

3º **La paciencia es aquella virtud cristiana por la que sufrimos con ánimo igual, por amor de Dios y en unión con Jesucristo, los padecimientos físicos y morales.**

El verdadero motivo que debe alentarnos a sufrir con paciencia es la conformidad con la voluntad de Dios y la esperanza de la eterna recompensa que coro-

nará nuestra paciencia. Santa Teresa decía a menudo: "**Breve el penar, eterno el gozar**" y San Pablo: "**Los sufrimientos o penas de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros**". (Rom. VIII, 18).

4º **La constancia consiste en pelear y padecer hasta el fin, sin rendirse al cansancio, al desaliento o a la molicie.**

No es sólida la virtud que no tenga la sanción del tiempo y no esté confirmada con hábitos profundamente arraigados.

Dice Jesucristo: "**Quien perseverare hasta el fin,** (hasta la muerte) **éste se salvará**" (Mat. X, 22). No es suficiente comenzar bien, hay que acabar bien.

La constancia no excluye el descanso legítimo, siempre que se tome en conformidad con la voluntad de Dios, según las prescripciones de la moral cristiana.

Medios de adquirir o de perfeccionar la virtud de la fortaleza:

1º Desconfiar de nosotros mismos y confiar en Dios. Por eso son fuertes los humildes cuando a la conciencia de su flaqueza añaden la confianza en Dios.

2º Profundo convencimiento de las verdades de nuestra fe y el hábito de obrar en conformidad con nuestras ideas.

3º Prevenir las dificultades, mirarlas de frente y armarse de valor contra ellas. Dificultad prevista, ya está medio vencida.

4º No hay cosa que nos haga tan intrépidos como el amor de Dios, según aquello de la Escritura: "*Fortis est ut mors dilectio*" (Cant. VIII, 6), "El amor es fuerte como la muerte".

Ejemplos de la Historia Sagrada:

Heroica paciencia de Job, 3ª Epoca, cap. 8º.
Intrepidez del profeta Elías, 5º Epoca, cap. 3º.
Eleazar y los Macabeos, 6ª Epoca, cap. 4º.

La Templanza.

La templanza es una virtud moral sobrenatural que modera la inclinación al placer sensible, especialmente a los placeres del gusto y del tacto y la contiene dentro de los límites de la honestidad.

Precisamente porque el placer es seductor y nos arrastra fácilmente más allá de los justos límites, la templanza nos inclina a privarnos aun de lo lícito para asegurar más el imperio de la razón sobre la pasión.

La templanza comprende principalmente la **frugalidad**, que modera el apetito desordenado de comer y la **sobriedad** que modera el apetito desordenado de beber.

1º La **frugalidad** reprime los desórdenes en la comida; he aquí los principales:

a) Comer antes de sentir necesidad, fuera de las horas señaladas y sin razón alguna, sólo para satisfacer la gula.

b) Procurarse con excesivo afán manjares exquisitos y cuidadosamente condimentados para mayor deleite.

c) Comer más de lo necesario, con peligro de la salud; a esto se llama **glotonería.**

d) Comer con avidez, con ansias, con precipitación como hacen los animales.

2º La **sobriedad**, en sentido estricto, es la virtud que modera los desórdenes en la bebida. Se le opone la embriaguez, de la cual hablamos en la parte segunda (5º Mandamiento: Pecados parecidos al suicidio).

Malicia de la gula. — La gula, obliga al alma a servir al cuerpo, materializa al hombre, debilita su vida intelectual y moral, es causa de muchas y fuertes tentaciones impuras.

Remedios contra la gula. — Hemos de santificar los deleites de la mesa por medio de la **pureza de intención**, la **sobriedad** y la **mortificación**.

1º Comer y beber con recta intención quiere decir que hemos de hacer esos actos cristianamente: no para satisfacer el gusto, sino para poder trabajar más para la gloria de Dios; con agradecimiento a Dios, rezando antes y después de la comida. Dice S. Pablo: "**Ora comáis, ora bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios**" (1ª Cor. X, 31).

2º Comer con sobriedad, es decir sin pasar de la justa medida. No sólo los santos, sino también los higienistas aconsejan levantarse de la mesa con cierta sensación de levedad y de vigor, quedarnos con un poco de hambre y evitar la pesadez que produce la ingestión de carnes fuertes.

3º Practicar algunas mortificaciones en la comida o bebida, privándonos de algún bocado exquisito, aguardando un poco antes de comer de un plato; absteniéndonos de algunos condimentos, practicando con espíritu cristiano (no por simple deseo de parecer bien) las reglas de urbanidad en la mesa.

Es excelente ejercicio acostumbrarse a no comer nunca sin hacer alguna mortificación en la misma comida.

Las principales mortificaciones son las que se refieren al uso de bebidas alcohólicas y licores.

Nota. - Pueden completarse estas nociones con lo que llevamos dicho en la 2ª parte, Cap. XIII: Ayuno y Abstinencia.

La castidad. — También se refiere a la templanza la virtud de la castidad de la cual hablamos extensamente en la segunda parte: 6º y 9º Mandamiento.

CAPITULO XVI

DE LAS FUENTES Y CAUSAS DE LOS PECADOS Y DE LAS VIRTUDES OPUESTAS.

358. - *¿Cuántos y cuáles son los pecados capitales?*

Los pecados capitales son siete: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza.

Los pecados capitales se llaman también **vicios** capitales. **Vicio** (lo contrario de virtud) **es una mala disposición del ánimo a huir el bien y hacer el mal, causada de la frecuente repetición de actos malos.**

No es lo mismo **pecado** y **vicio**; el pecado es un acto que pasa; vicio es una mala costumbre contraída de caer en algún pecado. Quien se emborracha una que otra vez, incurre en **pecado** de embriaguez, pero no tiene el **vicio** de la embriaguez.

El vicio se produce por la repetición frecuente de un mismo pecado. Quien hace frecuentemente la misma acción (p. ej.: tocar el piano) adquiere, después de algún tiempo, facilidad y destreza tal que le inclina a obrar lo mismo sin apenas advertirlo, como quien dice, a ojos cerrados. Esto vale también tratándose del pecado: el pecador habitual y que ya ha contraído algún vicio, no resiste de ordinario a sus pasiones, a las provocaciones de hombres perversos, a las tentaciones del demonio; cae apenas se le presenta la ocasión, sin lucha y como inadvertidamente.

Esta facilidad de caer en pecado causada por el vicio, *no disminuye la culpa,* antes de suyo la aumenta, como la destreza en la música adquirida por el largo ejercicio, no disminuye el mérito del artista, antes lo aumenta, pues tal destreza ha de atribuirse a su continuado trabajo .

Es muy importante no contraer vicios o hábitos malos, pues una vez adquiridos, no diré que sea imposible, pero cuesta mucho desarraigarlos; sólo una *gracia especial* del Señor y *grandes esfuerzos* por parte del vicioso podrán conseguirlo.

EJEMPLO. — Un solitario para hacer comprender a uno de sus noveles discípulos la dificultad de enmendarse de las malas costumbres, señalándole un árbol añoso y robusto, le dijo: — " Anda y arranca ese árbol ". Todos los esfuerzos del joven fueron vanos. Indicándole entonces otro arbolito recién plantado, le dijo: — " Arranca éste ". El joven puso manos a la obra y lo desarraigó al instante.

— " Mira, añadió entonces el solitario; fácil cosa es arrancar de tu corazón las malas inclinaciones si las combates cuando son incipientes y pequeñas; si las dejas arraigar y desarrollarse, no lo conseguirás sino con grandísimo trabajo ".

359. - *¿Por qué estos siete pecados se llaman capitales?*

Estos siete pecados se llaman capitales, porque son cabezas y como fuente y raíces de otros vicios que de ellos nacen.

Así como el primer aviso del médico para curar a un enfermo es conocer la causa de la dolencia, la raíz del mal, muchas veces ocultas y difíciles de discernir; así también el hombre que desea evitar el pecado y alcanzar la perfección, debe trabajar (con el examen de conciencia, ayudado por la divina gracia y el consejo de un buen confesor) para descubrir la raíz o causa de sus pecados y desarraigarla; hecho lo cual, cesará el pecado, así como cesa de vivir la planta arrancada de raíz.

360. - *¿Cuándo los pecados capitales son pecados mortales?*

Los pecados capitales son pecados mortales cuando quebrantan en materia grave algún mandamiento de Dios o de la Iglesia.

El vicio en sí mismo no es pecado, sino una disposición al pecado. Pos esto la costumbre mala en sí, no es pecado, como la gracia santificante por sí sola no es un mérito. Pero, así como quien tiene la gracia, si se ejercita, vendrá a hacer fácilmente obras de vida eterna; así el que pecando ha contraído un vicio caerá fácilmente en otras obras pecaminosas.

Así como el sólo hecho de llevar un arma en la mano no es pecado, y sí lo será cuando se emplee esa arma en herir o dar muerte al prójimo; del mismo modo el tener un vicio o mala costumbre, será pecado cuando nos lleve a infringir algún mandamiento de Dios o de la Iglesia o a faltar a las obligaciones de nuestro estado.

361. - *¿Qué es soberbia?*

Soberbia es un apetito desordenado de ser preferido a otros.

Soberbia es una estima excesiva de sí mismo, un deseo desordenado de honras y de preferencias.

Son soberbios:

1) Los que llevan la propia estimación hasta considerarse superiores a Dios; es el pecado de los ateos que rechazan a Dios porque no quieren tener dueño a quien servir; es el pecado de Lucifer que se rebeló contra Dios.

2) Los que aun confesando que Dios es nuestro primer principio, en la práctica se comportan como si ellos mismos se hubiesen dado las dotes intelectuales, morales o físicas que

poseen; contra estos tales protesta enérgicamente S. Pablo diciendo: " *¿Qué cosa tienes tú que no la hayas recibido de Dios?; y si todo lo que tienes lo has recibido de El ¿de qué te jactas como si no lo hubieses recibido?* (1ª Cor. IV-7).

Pueden compararse estos tales al pobre mendigo o a esos locos que se creen reyes sólo porque visten traje real.

3) Los que exageran sus dotes personales: cierran los ojos para no ver sus defectos y miran con cristal de aumento sus buenas cualidades; aun llegan a atribuirse cualidades que no poseen o que sólo parecen virtudes; p. ej.: dar limosna por ostentación.

4) Los que se anteponen injustamente a los demás, exagerando sus defectos; estos tales, como dice el Señor " *ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el suyo* " (Mat. VII, 3).

5) Los que critican y censuran a los Superiores.

6) Los que quieren ser alabados y felicitados por sus buenas obras, en vez de referirlas a Dios; véase a este propósito lo que dice Jesucristo en el Evangelio de S. Mateo, Cap. VI, versículo 1º al 19.

Pecados que nacen de la soberbia: Hijas legítimas de la soberbia son: la **presunción**, la **ambición** y la **vanagloria.**

1º La **presunción** es el deseo y la creencia de que podemos hacer cosas que superan nuestras fuerzas.

Pecó de presunción S. Pedro cuando en la última cena, confiando demasiado en sí mismo, protestó que no negaría al Maestro. Véase Hist. Sagd., Parte 7ª, Cap. 7º y 8º).

2º La **ambición** es el amor desordenado de la honra, de las dignidades y del mando sobre los demás. Porque presumimos demasiado de nuestras fuerzas y nos creemos superiores a los otros, queremos dominarlos , gobernarlos e imponerles nuestro parecer. Esta ambición se extiende a todos los órdenes:

a) En el orden **político** se aspira con frecuencia al mando a costa de mil bajezas, fraudes e injusticias.

b) En el orden **intelectual** se intenta obstinadamente imponer a los demás el propio parecer.

c) En la vida de **relación** se ansían los primeros puestos, los oficios de relumbrón, los aplausos de la plebe; contra-

riamente a lo que nos enseña Jesucristo, de buscar el último lugar. Véase la hermosa parábola de los invitados a bodas que termina con estas hermosas palabras: "**El que se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado**" (Luc. XIV, 7-12).

3º La **vanidad** o **vanagloria** es el amor desordenado de la buena estima de los demás.

La vanagloria conduce:

a) A la **jactancia** o hábito de hablar de sí mismo o de lo que puede redundar en la propia alabanza.

b) A la **ostentación** que consiste en llamar la atención por la manera especial de portarnos, por la fastuosidad en el vivir y por las cosas singulares a que nos atrevemos.

c) La **hipocresía** por la cual se finge virtud a pesar de estar llenos de vicios y pecados. Es el vicio que reprueba Jesús en los fariseos: "**¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque sois semejantes a los sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo género de podredumbre; así también vosotros en el exterior os mostráis justos a los hombres; mas en el interior estáis llenos de hipocresía y de iniquidad**". (Mat. XXIII, 27, 28).

Malicia de la soberbia. — La soberbia es muy odiosa a Dios porque le niega la gloria que le es debida atribuyéndose a sí mismo el soberbio lo que pertenece a Dios.

Dice el Espíritu Santo: "**La soberbia es aborrecida de Dios y de los hombres**" (Eccli. X, 7) "**El primer origen de todo pecado es la soberbia y quien es gobernado por ella rebosará en abominaciones y ella al fin será su ruina**" (Eccli. X, 15).

"**Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes**" (Santiago IV, 6).

Ejemplos de la Historia Sagrada. — Castigo de los Angeles rebeldes (1ª época, Cap. 1º).
Torre de Babel (2ª época, Cap. 2º).
Castigos de Faraón (4ª época, Cap. 1º).
Castigo de David (Peste en Israel) (4ª Ep., Cap. 8º).
Castigo de Nabucodonosor (6ª Ep., Cap. 1º).
Castigo de Amán (6ª Ep., Cap. 3º).

2º Avaricia.

362. - *¿Qué es avaricia?*

Avaricia es un apetitò desordenado de riquezas.

No es avaro el rico que procura hacer buen uso de su dinero y riquezas; en cambio sería avaro el pobre que desease desordenadamente los bienes de la tierra.

Se conoce al avaro en la manera de usar de sus riquezas: a) No las gasta sino con dolor, con tacañería; se han vistos avaros que a pesar de ser ricos y millonarios vivian voluntariamente en la mayor miseria; b) No da nada a los pobres o a las obras buenas: **capitalizar** es el fin supremo que el avaro persigue a todo trance; c) Adora el dinero como a un ídolo, lo guarda bajo siete llaves, lo palpa con delicia.

Malicia de este vicio. — La avaricia es una señal de falta de confianza en Dios que ha prometido velar por nosotros; es una pasión que destierra a Dios del corazón y en su lugar pone el dinero: " *Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón* ", dice Jesucristo (Mat. VI, 21). El mismo ha dicho que los ricos (se entiende de los avaros) difícilmente entrarán en el reino de los cielos (Luc. XVIII, 25).

Dice San Pablo: " *Tened esto bien entendido: que ningún impúdico o avariento, lo cual viene a ser una idolatría, será heredero del reino de Cristo y de Dios* ". (Efesios V, 5). Y en otro pasaje dice: " *Raíz de todos los males es la avaricia* ". (I Tim. VI, 10).

Léanse las impresionantes parábolas del *avariento* (Luc. XII, 16-20) y del *rico Epulón* (Luc. XVI), o bien: " Historia Sagrada (7ª Epoca, cap. 6º). Léase también en la " Historia Sagrada " (7ª Epoca, cap. 8º) el fin desastroso del avaro Judas.

Nota. — Complétense estas nociones con lo que llevamos dicho al tratar del 7º Mandamiento en la 2ª parte.

3º Lujuria.

363. - *¿Qué es lujuria?*

Lujuria es un apetito desordenado de perversos deleites.

De este vicio tratamos en la segunda parte al hablar del 6º y 9º Mandamiento.

4º Ira.

364. - *¿Qué es ira?*

Ira es un apetito desordenado de venganza.

La ira es un movimiento desordenado del alma que nos mueve a rechazar con violencia lo que nos desagrada y ofende y nos arrastra al deseo de venganza.

Hay empero una ira legítima, una santa indignación que es deseo ardiente, pero razonable de imponer a los culpables un justo castigo. Así se airó justamente Nuestro Señor contra los fariseos en repetidas ocasiones y contra los vendedores del templo (Mat. XXI, 12, 13 o bien Hist. Sagr. 7ª Epoca cap. 3º " Jesús expulsa a los mercaderes "). Es buena la ira de los padres y otros que castigan a sus hijos o subordinados: a) con toda justicia, b) moderadamente, c) con recta intención, no llevados por el hervor de la pasión, sino por el deseo de corregir.

Malicia de la ira. — Los efectos de la ira no reprimida son a veces terribles; de ella provienen las traiciones, las muertes, los envenenamientos, las divisiones de las familias, las disensiones, las guerras con todas sus funestas consecuencias. Aun cuando no llegue a

estos excesos, es origen de muchos pecados, porque nos hace perder el dominio sobre nosotros y especialmente turba la paz de las familias y crea enemistades terribles.

La ira que llega hasta el odio y el rencor, cuando es deliberada y voluntaria, es pecado mortal porque viola gravemente la caridad y, muchas veces, la justicia. En este sentido dice Nuestro Señor: " **Todo aquél que se encoleriza con su hermano sin razón, merecerá que el juez le condene; y el que le llamare raca (o estúpido) merecerá que le condene el concilio; mas quien le llamare fatuo** (palabra muy ofensiva) **será reo del fuego del infierno** " (Mat. V, 22).

Ejemplos de la Historia Sagrada. — La ira de Esaú contra Jacob (3ª Epoca, cap. 3º).

La ira santa de Moisés al ver al pueblo hebreo adorando el becerro de oro (4ª Epoca, cap. 2º).

La ira de Saúl contra David (4ª Epoca, cap. 7º " Ingratitud de Saúl ", " Su trágica muerte ").

Ira santa de Elías (5ª Epoca, cap. 5º), de Matatías (6ª Epoca, cap. 5º).

Ira de Herodes y degüello de los inocentes (7ª Epoca, cap. 2º).

5º Gula.

365. - *¿Qué es gula?*

Gula es un apetito desordenado de comer y beber.

Véase lo que ya dijimos al hablar de la virtud de la **Templanza.**

A lo dicho añadimos:

La gula es pecado grave cuando llega a tales excesos, que nos deja incapaces, por un tiempo nota-

ble, de cumplir con las obligaciones de nuestro estado o de obedecer a las leyes divinas o eclesiásticas; p. ej. cuando daña a la salud, cuando es origen de gastos excesivos, cuando se falta a las leyes de la abstinencia o del ayuno.

Es pecado **venial** cuando nos dejamos llevar del deleite de comer y beber inmoderadamente, pero sin caer en excesos graves, y sin exponernos a quebrantar precepto alguno de importancia. Así, pues, será pecado venial comer o beber más que de costumbre por placer, para hacer honor a una buena comida, para dar gusto a un amigo, sin cometer exceso notable.

EJEMPLOS de la Historia Sagrada: Esaú vende la primogenitura: 3ª Epoca, cap. 3º.

Los sepulcros de la concupiscencia: 4ª Epoca, cap. 2º.

Banquete de Baltasar: 6ª Epoca, cap. 2º.

Dios premia la templanza de: Daniel y de los tres niños de Babilonia (6ª Epoca, cap. 1º); de Judit (5ª Epoca, cap. 9º "Muerte de Holofernes"); de Eleazar (6ª Epoca, cap. 6º); de los ninivitas (5ª Epoca, cap. 6º "Jonás profeta. Su predicación en Nínive); de David (Libro 1º de los Paralipómenos o de las Crónicas, XI, 16 al 20); de S. Juan Bautista (7ª Epoca, cap. 3º).

Sentencias de la Escritura. — Son muy notables y dignas de ser conocidas algunas sentencias de la Sda. Escritura relativas al vicio de la gula y a la virtud opuesta:

"*Lujuriosa cosa es el vino y llena está de desórdenes la embriaguez: no será sabio quien a ella se entrega*". (Prov. XX, 1). "*Quien gusta de dar banquetes, parará en mendigo: no será jamás rico el aficionado al vino y a los manjares regalados*" (Prov. XXI, 17). — "*De un hartazgo han muerto muchos; mas el hombre sobrio alargará la vida*" (Eccli. XXXVII, 34). — "*No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*". (Mat. IV, 4). — "*En cualquiera ciudad que entrareis y os hospedaren, comed lo que os pusieren delante*". (Luc. X, 8).

6º Envidia.

366. - *¿Qué es envidia?*

Envidia es un pesar del bien ajeno.

La envidia es una tendencia a entristecerse del bien del prójimo como si fuera algo que mermara nuestra superioridad. A menudo va acompañada del deseo de ver al prójimo privado del bien que nos deslumbra.

La envidia es hija de la soberbia que no puede sufrir superiores ni rivales; el envidioso sufre cuando oye alabar a otros y procura negar o atenuar aquellos elogios hablando mal (con verdad o sin ella) de las personas que son alabadas.

Malicia de la envidia. — Por sus efectos es muy mala la envidia: *a*) suscita sentimientos de odio; *b*) siembra discordias entre extraños y en el seno de las familias; separa a veces aun a los católicos de una misma nación con grave daño de la Iglesia; *c*) impulsa a la busca inmoderada de riquezas y honores para ser más que aquéllos a quienes se envidia; *d*) quita la paz del alma. La envidia es el único vicio capital que no proporciona ninguna satisfacción al que lo posee; los demás le dan algún placer, aunque sea ilícito; la envidia, ni siquiera eso.

La Sagrada Escritura reprueba enérgicamente este vicio: " *El corazón sano da vida al cuerpo; mas la envidia es carcoma de los huesos* ". (Prov. XIV, 30). — " *Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo* ". (Sabiduría, II, 24). — " *No me acompañaré con el que se repudre de envidia, pues el envidioso no será jamás participante de la sabiduría* ". (Sab. VI, 25).

El Apóstol menciona la *envidia* entre las obras de la carne que nos apartan del reino de Dios. (Gal. V, 19-20-21).

La emulación. — No debe confundirse la *envidia* con la *emulación*, sentimiento noble y cristiano que nos mueve a imitar

y aun a superar, con la gracia de Dios, las virtudes y buenas cualidades del prójimo. Para que sea buena y se distinga de la envidia, la emulación cristiana ha de ser: a) *honesta en su objeto,* o sea, versar, no sobre los triunfos sino sobre las virtudes de los demás para copiarlas; b) *noble en la intención*: no pretender vencer a los demás, ni humillarlos o dominarlos, sino ser mejores, si es posible, para que Dios sea más alabado y respetada su Iglesia; c) *legal en sus procedimientos,* usando, para conseguir sus fines, no de la intriga, de la astucia, ni de ningún otro procedimiento ilícito, sino del esfuerzo del trabajo, del buen uso de los dones divinos.

S. Pablo decía: " *Sed mis imitadores, como yo lo soy de Jesucristo* " (1ª Cor. XI, 1); y en otro pasaje: " *Pongamos los ojos los unos en los otros para incentivo de caridad y de buenas obras* " (Hebr. X, 24).

EJEMPLOS de la Historia Sagrada. — Primer pecado (1ª Epoca, cap. 2º).
Caín y Abel (1ª Epoca, cap. 3º).
José y sus hermanos (3ª Epoca, cap. 4º).
Ingratitud de Saúl y su envidia contra David (4ª Epoca, cap. 7º).

7º Pereza.

367. - *¿Qué es pereza?*
Pereza es una dejadez de ánimo para hacer buenas obras y cumplir las propias obligaciones.

La pereza es una tendencia a la ociosidad o por lo menos, al descuido, a la torpeza en la acción. A veces procede de debilidad corporal, pero casi siempre es una enfermedad de la voluntad que rehuye y rechaza el esfuerzo.

Acidia es la pereza acerca de los ejercicios de piedad, los que se hacen con desgano, se acortan o se omiten con vanos pretextos.

Malicia de la pereza. — El hombre fué criado para trabajar. Cuando Dios formó a nuestro primer padre, lo puso en el paraíso terrenal para que lo trabajara: " *ut operaretur et custodiret illum* " (Gen. II, 15).

Luego que el hombre hubo pecado, el trabajo fué para él no solamente una ley de su naturaleza, sino también un castigo: " *Ganarás el pan con el sudor de tu frente* (Gen. III, 19). El perezoso, el que no quiere trabajar falta, pues, a esta doble ley.

La pereza es fuente de muchas tentaciones peligrosas y de muchas caídas. Dice la Sda. Escritura: " *La ociosidad es maestra de muchos vicios* " (Eccli. XXXIII, 29) y en otro pasaje: " *He aquí cual fué el pecado de Sodoma: la soberbia, la hartura de pan, la abundancia y el ocio en que vivían sus hijos* " (Ezech. XVI, 49).

Con la ociosidad peligra la salud eterna del alma por dos motivos: 1º Porque, como dijimos, es causa de tentaciones y caídas; 2º Porque induce a omitir nuestros *graves* deberes para con Dios (oración, misa, sacramentos) y para con el prójimo (obligaciones del propio estado).

Veamos lo que dice la Sagrada Escritura del campo del perezoso:

Pasé por junto al campo de un perezoso
y por junto a la viña de un necio.
Y vi que estaba lleno de ortigas,
los espinos cubrían la tierra,
y la cerca de piedras estaba caída.....
Dormirás un poco, y otro poco lo pasarás adormilado;
cruzarás los brazos para descansar;
y llegará la pobreza como por la posta
y la miseria como un guerrero ".

(Prov. XXIV, 30-34).

Dice el Apóstol: " *El que no quiere trabajar no merece comer* ".

Nota: Véase lo que dijimos del ocio al hablar de la virtud de la Pureza: Parte segunda, Cap. 7º.

368. - *¿Es pecado sentir estos malos deseos y apetitos?*

No es pecado sentir estos malos deseos y apetitos, sino el quererlos y no reprimirlos.

Sentir estos malos deseos y apetitos no es pecado porque, sin culpa nuestra, venimos al mundo con ellos y nos acompañan hasta la muerte, como que forman parte de nuestra naturaleza viciada por el pecado de Adán (Véase 1ª Parte, cap. XIII).

Así como no es culpable el hombre que viene al mundo con un defecto físico, p. ej. ciego, sordo, lisiado, etc.; así tampoco es culpable el que siente en sí los estímulos de todos o de algunos de estos vicios capitales; de ello se quejaba el Apóstol cuando decía: " **Echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste a la ley de mi espíritu y me sojuzga a la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo** " (Rom. VII, 23).

Hay empero mucha diferencia entre los defectos físicos y los morales; los primeros, generalmente hablando, son incurables; en cambio los segundos se pueden y se deben corregir, y en esto estriba principalmente la diferencia entre el hombre sensato y el necio; el primero domina sus pasiones, las contraría, las vence y a fuerza de combatirlas ejerce en ellas tal señorío que casi ya no se le rebelan; en cambio el segundo nada hace para combatirlas, queda a merced de ellas y se vuelve su esclavo.

Los Santos, como que eran hijos de Adán, también sintieron estas pasiones; pero las combatieron con tanta energía y constancia, que llegaron a dar la impresión de ser hombres sin pasiones, como si estuviesen en aquel dichoso estado de la inocencia y justicia original en que Dios crió al hombre.

Por aquí se comprenderá en qué lamentable error incurren aquéllos que, cometida una falta, p. ej.: de ira, se excusan diciendo: " Yo soy así, mi natural, mi temperamento me lleva a eso ". Tienes razón, le respondemos, pero tu falta está no en tener ese natural, ese temperamento, sino en no quererte mortificar para desarraigar ese mal hábito.

Nota: Se confirma con lo que llevamos dicho: a) En la parte segunda, cap. VII: " Cuándo son pecado las malos pensamientos "; b) En la parte primera, cap. XIX " Beneficios de la Redención - Objeción ".

Virtudes opuestas a los vicios capitales.

369. - *¿Cuáles son las siete virtudes opuestas a estos siete pecados capitales?*

Las siete virtudes opuestas a los siete pecados capitales son: contra soberbia, humildad; contra avaricia, largueza; contra lujuria, castidad; contra ira, paciencia; contra gula, templanza; contra envidia, caridad; contra pereza, diligencia.

1° Contra Soberbia, Humildad.

Se define la humildad: **Virtud sobrenatural que por medio del conocimiento exacto de nosotros mismos, nos inclina a estimarnos justamente en lo que valemos, y a procurar para nosotros la obscuridad y el menosprecio.**

La humildad se funda en dos cosas: en la verdad y en la justicia: la **verdad** por la que nos conocemos como somos; la **justicia** que nos inclina a tratarnos según ese conocimiento.

Se engendra y aumenta la humildad con la consideración de estas verdades:

1º *Nada soy*: No es mío el ser que tengo, sino que es todo de Dios; yo salí de la nada y por mi propio peso tiendo a la nada y a ella volvería si mi Criador no me conservara con su acción incesante.

2º *Nada puedo* por mí mismo ni en el orden natural ni en el orden sobrenatural. Dice el Apóstol: "No porque seamos suficientes o capaces por nosotros mismos para concebir algún buen pensamiento, como de nosotros mismos; sino que nuestra suficiencia o capacidad viene de Dios" (2ª Cor. III, 5).

3º *Nada valgo* — Sea cual fuere el valor de los dones que poseamos, y aun de nuestros mismos méritos, no tenemos derecho de gloriarnos de ellos, sino obligación de referirlos a Dios, y darle gracias por ellos.

4º *Soy pecador* y como tal, merezco el *desprecio*, todos los desprecios que el Señor quisiere hacer de mí. Como pecadores debemos no solamente no procurar la buena estima de los demás, sino despreciarnos a nosotros mismos y aceptar de buen grado todas las humillaciones que a Dios pluguiere enviarnos.

Excelencia de la humildad. — La humildad es el fundamento de todas las virtudes; sin ella no puede haber virtud sólida y con ella todas las virtudes arraigan y se hacen más perfectas.

Pásense en reseña todas las virtudes: fe, esperanza, caridad, religión, prudencia, justicia, fortaleza, templanza, castidad, obediencia, mansedumbre, etc. y se verá que sin humildad todas esas virtudes se tambalean y caen como edificio sin cimiento. Por eso dice S. Agustín: "¿Quieres ser grande? Comienza por ser pequeño. ¿Quires levantar un edificio que llegue hasta el cielo? Piensa ante todo poner de fundamento la humildad".

EJEMPLOS. — Nada nos ayudará tanto a apreciar y a practicar la virtud de la humildad como los ejemplos de Jesucristo, cuya vida, dice S. Agustín, fué una enseñanza nuestra

y El fué de todas las virtudes maestro, pero especialmente de la humildad.

S. Basilio va discurriendo por toda la vida de Cristo mostrando y ponderando cómo todas sus obras nos enseñan particularmente esta virtud. Quiso nacer de madre pobre, en un pobre portal y en pesebre, y ser envuelto en pobres pañales; quiso someterse a la ceremonia de la circuncisión como pecador, huir a Egipto como débil y miedoso, ser bautizado entre pecadores y publicanos como uno de ellos; después en el discurso de su vida quiérenle honrar y levantar por rey, y escóndese; y cuando lo quieren afrentar y deshonrar, entonces se ofrece; ensálzanle los hombres y cura los endemoniados mandándoles que callen; y cuando le escarnecen diciéndole injurias, no habla palabra; y al fin de su vida, para dejarnos más encomendada esta virtud, como en testamento y última voluntad, lo confirmó con aquél tan maravilloso ejemplo de lavar los pies a sus discípulos, y con aquella muerte tan afrentosa de la cruz.

Con mucha razón dice el Redentor del mundo que él es el maestro de esta virtud y que de él la habemos de aprender, porque esta virtud de humildad no la supieron enseñar (y mucho menos practicar) los sabios, filósofos y moralistas de la antigüedad: Platón, Sócrates, Aristóteles, Séneca, Cicerón y otros anteriores a Jesucristo.

La humildad es virtud que nos vino del cielo.

2º Contra Avaricia, Largueza.

La largueza o liberalidad es la virtud moral que consiste en distribuir generosamente los bienes sin esperar recompensa.

Nada ayuda tanto a desasir el corazón de los bienes de la tierra como el **colocarlos en el banco del cielo** dando buena parte de ellos a los pobres y a las obras pías. Dar a los pobres es prestar a Dios y se recibe en pago el ciento por uno, aún aquí en la tierra, pero más en el cielo donde Jesús, que tiene por dado a El lo que se da al más pequeñuelo de los suyos, cuidará de restituirnos en bienes imperecederos los bienes temporales de que nos hubiésemos desprendido por El.

EJEMPLOS. — **San Lorenzo Mártir.** - Se lee en la vida del mártir S. Lorenzo que, obligado por el tirano a entregarle

los tesoros de la Iglesia, el santo diácono pidió tres días de tiempo, durante los cuales vendió esos tesoros y distribuyó su valor entre los pobres de la ciudad; después, en compañía de éstos se presentó al tirano, y señalándoselos exclamó: — " He aquí, oh juez, los tesoros de la Iglesia ".

San Juan Bosco y la limosna. — Convidado un día a comer en casa de un rico señor, con el cual tenía mucha confianza, acertó a pasar por una sala donde se exhibía una rica vajilla de plata. Detúvose el Santo a contemplar ese tesoro; después, afectando seriedad, empezó a introducir tranquilamente esos objetos, parte en sus bolsillos y parte en su valija. Los dueños y otros acompañantes miraban estupefactos. Terminada la operación, que duró pocos instantes, preguntó D. Bosco cuánto podría valer esa vajilla. — Si debiésemos comprarla como nueva, le respondieron, valdría diez mil francos; pero vendida de segunda mano, apenas darían mil.

— Bien, repuso D. Bosco, puesto que el Sr. Barón es tan rico y yo debo sudar el quilo para dar de comer a mis niños pobres, deme los mil francos y yo le restituiré la vajilla.

Con la mayor naturalidad puso el barón en manos de D. Bosco los mil francos y con no menor naturalidad volvió a poner éste los objetos en su lugar.

Solía decir D. Bosco: " Discuten algunos cuánto se deba dar de lo superfluo; quien dice un quinto, quien un cuarto, quien otra cantidad. En cuanto a mí, creo ya resuelta la cuestión por el Evangelio en forma muy clara y sencilla: " **Quod superest, date eleemosynam** ": " Lo que os sobra, dadlo de limosna ".

En una época, dice su biógrafo D. Ceria, en que la humanidad se engolfaba siempre más en el egoísmo y en la adquisición de bienes materiales, D. Bosco hizo cuanto pudo para ayudar a los hombres a hacer buen uso de lo superfluo.

3º Contra Lujuria, Castidad.

Véase 6º y 9º Mandamiento (Parte segunda).

4º Contra Ira, Paciencia.

La paciencia es la virtud moral que enseña a sufrir y tolerar con calma los infortunios y trabajos en las ocasiones que irritan o conmueven.

He aquí los principales remedios contra la ira:

1º Para **prevenir** la ira hemos de reflexionar antes de obrar, para que no se apoderen de nosotros los primeros movimientos de la pasión. El filósofo Atenodoro aconsejaba al emperador Augusto pronunciar las letras del alfabeto antes de hablar bajo el influjo de la ira.

2º Si a pesar de todo se apodera de nosotros la pasión, cumplamos el consejo de San Francisco de Sales, maestro eximio de esta virtud: " Más vale rechazar la ira al instante, que entrar con ella en parlamentos, pues por poco lugar que se le dé, se apodera de la plaza, y hace como la serpiente, que donde entra la cabeza, fácilmente entra todo el cuerpo " (**Vida devota** - Parte III, cap. 8º).

3º Para mejor reprimirla, conviene apartar el pensamiento de todo cuanto pueda excitarla. Quítese la leña del fuego si se quiere que éste disminuya y se apague, así también aléjese el pensamiento de las ofensas recibidas si se quiere que se apague la ira.

4º " Si nos vemos agitados de la ira, dice S. Francisco de Sales, invoquemos el auxilio divino, como los Apóstoles cuando se vieron combatidos del viento y del torbellino en medio de las aguas, que Dios mandará a nuestras pasiones que cesen y quedaremos en gran tranquilidad " (Vida devota).

5º Cuando la ira levanta en nosotros movimientos de *odio, rencor* o *venganza;* a) Pensemos que todos los hombres somos hijos del mismo Padre celestial; b) Recordemos los ejemplos de paciencia de Jesucristo que llamó " amigo " a Judas en el momento en que lo iba a entregar, y rogó desde la cruz por los verdugos; c) No hablemos de las injurias recibidas, con lo que, en vez de cerrarse y cicatrizarse, se encona más la herida; d) Será muy bueno rogar por la conversión de los que nos hubieren ofendido.

EJEMPLO. — Se lee en la vida de S. Francisco de Sales que un día le insultaban y a las injurias unían las amenazas. El Santo permanecía tranquilo y sereno, a tal extremo que sus amigos le reprochaban su insensibilidad.

— "Vosotros creéis, les contestó, que soy insensible; poned la mano sobre mi corazón y veréis en la precipitación de sus latidos cuán vivamente siento el ultraje y estallaría en cólera si no me detuviera. Pero ¿querríais que dejando escapar una palabra impaciente perdiese en un instante toda la mansedumbre que he conseguido reunir, con tantos vencimientos de mí mismo, durante veinticuatro años? ".

— Cualquier cosa que me digáis, le respondía a otro que le ultrajaba, sujetaré con ambas manos mi corazón y no conseguiréis que con vos me enoje, si me arrancáis un ojo, con el otro os seguiré mirando con bondad ".

5° Contra Gula, Templanza.

Véase lo que llevamos dicho acerca de la virtud de la Templanza.

6° Contra Envidia, Caridad.

Ya se ha definido y explicado (pregunta 353) la virtud de la Caridad.

Aquí añadimos algunos medios que la caridad señala para combatir la envidia. Estos medios son negativos y positivos.

1° Los medios negativos consisten: a) en **despreciar** los primeros movimientos de envidia, en pisotearlos como cosa indigna, o como se pisa un reptil venenoso; b) en **distraernos,** ocupándonos en otra cosa; y luego que ha vuelto la calma, pensar que las buenas obras del prójimo no merman en nada las nuestras, sino que son un estímulo para que las imitemos.

2° Los **medios positivos** son: a) pensar a menudo en aquellas palabras de San Pablo, que todos los

cristianos formamos un solo cuerpo místico cuya cabeza es Cristo; ahora bien, así como todas las partes del cuerpo están en armonía y las unas no envidian a las otras aunque sean más nobles; del mismo modo los cristianos en vez de entristecernos de la superioridad de nuestros hermanos, debemos regocijarnos porque esa superioridad contribuye al bien común y tambien a nuestro bien particular.

b) El segundo medio es fomentar la **emulación**, de la cual hablamos al tratar de la **envidia.**

EJEMPLO. — **S. Juan Bautista.** - Un hermoso ejemplo de cómo hemos de ser ajenos a todo sentimiento de envidia, nos lo da el glorioso Precursor del Mesías S. Juan Bautista. Este por su inocencia y austeridad tenía fama de Santo y a él acudían de toda la Judea para escuchar su palabra elocuente y recibir el bautismo de penitencia. Así y todo, cuando comenzó a predicar Jesucristo, no sintió envidia de su superioridad; antes bien lo presentó a los judíos como el verdadero y único maestro que debían escuchar y seguir, declarando en su profunda humildad que él (Juan) no era más que una voz que se pierde en el desierto y que no era digno de desatar la correa de las sandalias de Jesús. Más aún, teniendo Juan algunos discípulos, no titubeó en desprenderse de ellos para que siguiesen a Jesucristo (Juan I, 37).

En otra ocasión dijo: "**Conviene que él crezca y que yo mengüe** (Juan III, 30).

Nada extraño que Jesucristo hiciese del Bautista tan grandes elogios llegando a decir: "**En verdad os digo que no ha habido entre los hombres alguno mayor que Juan Bautista**". (Mat. XI, 11).

7º Contra Pereza, Diligencia.

Para vencer la pereza es menester grabar hondamente en el alma las **verdades** que se refieren a la necesidad de trabajar; convencerse que tanto los ricos como los pobres están sujetos a esa ley y que basta con faltar a ella para incurrir en la eterna condenación.

Considerar que se puede ir al infierno no sólo por haber cometido obras malas, sino también por haber **omitido** las buenas obras que se debían hacer, como lo dió a entender a Jesucristo con la parábola del árbol infructuoso: " Un hombre tenía plantada una higuera en su viña y vino a ella en busca de fruto, y no le halló. Por lo que dijo al viñador: Ya ves que hace tres años seguidos que vengo a buscar fruto en esta higuera y no le hallo; córtala, pues, ¿para qué ha de ocupar terreno en balde? " (Luc. XIII, 6-7-8).

En otro pasaje (Mat. XXI, 19), se lee que Jesucristo maldijo una higuera en que no había hallado fruto, sino hojas tan sólo.

Recuérdese también la parábola de los talentos (Mat. XXV, 30) en donde castiga al **siervo inútil** que había enterrado su talento sin hacerle fructificar mediante el trabajo.

1º Otro medio que ayudará al perezoso a enmendarse será el acostumbrarse al trabajo empezando por poco, por trabajos livianos, aumentando poco a poco las horas y emprendiendo faenas más arduas, hasta formarse el hábito del trabajo, de modo que llegue a sentirse incómodo de no hacer nada, como le pasa a muchos hombres bien acostumbrados desde la niñez.

2º De algunos sabios se lee que al darse cuenta del talento que tenían, de la obligación de explotarlo, y al ver por otra parte que la pereza paralizaba sus fuerzas, pagaban a sus criados para que **aun por medios violentos**, los obligaran a trabajar, a levantarse a determinada hora, a no salir de la habitación hasta haber terminado un trabajo, etc., y con la constancia por un lado y la firmeza por otro consiguieron corregirse de su pereza y dar al mundo obras inmortales de ciencia, arte, letras, etc.

Los enemigos del alma.

370. - *¿Cuáles son los enemigos del alma?*

Los enemigos del alma son tres: el mundo, el demonio y la carne.

371. - *¿Qué es el mundo?*

El mundo son los hombres mundanos, malos y perversos, y se vence con el menosprecio de sus pompas y vanidades.

El mundo.

Jesucristo nos pone en guardia contra el mundo y sus acechanzas, sus falsas máximas, sus espectáculos, sus vanidades. Abundan en el Evangelio estas advertencias: he aquí algunas:

"**Por ellos** (los apóstoles) **ruego yo ahora; no ruego por el mundo, sino por éstos que me diste porque tuyos son**" (Juan XVII, 9).

"**Yo les he comunicado tu doctrina y el mundo los ha aborrecido porque no son del mundo, y yo tampoco soy del mundo**" (Juan XVII, 14).

"**Y Jesús proseguía diciendo** (a los judíos perversos): **Vosotros sois de acá abajo: yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo**" (Juan VIII, 23).

"**¡Ay del mundo por razón de los escándalos!**" (Mat. XVIII, 7).

Los peligros del mundo. — El mundo nos **seduce** y nos **atemoriza.**

1º Nos seduce o engaña:

a) Con sus **máximas** que están en abierta oposición con las del Evangelio. Ensalza a los ricos, a los fuertes y aun a los violentos. En su loco desvarío exclama: "Coronémonos de rosas antes que se marchiten": entreguémonos a los placeres, a las diversiones; es preciso ganarse la vida y si somos escrupulosos en los negocios (es decir si no cometemos fraudes) jamás podremos enriquecernos.

b) Con la ostentación de sus **vanidades y de sus placeres;** casi todas las reuniones mundanas no tienen otro fin que dar pasto a la curiosidad, a la sensualidad y a la voluptuosidad. Bailes, teatros, cinematógrafos,

tertulias, excursiones, playas, revistas, libros, radio, trajes indecentes, deportes y diversiones inmorales, todo lo pone en juego el mundo para divertirse y seducir a las almas incautas asegurándoles que en esas cosas no hay pecado, que todos toman parte en ellas, que Dios es tan bueno y no va a condenar a todos, etc.

c) Nos seduce finalmente con los **malos ejemplos;** al ver a tantos jóvenes que se divierten, tantos casados que faltan a sus deberes, a tantos comerciantes y negociantes que se hacen ricos sin reparar mucho en los medios de que se valen, siéntense las gentes muy tentadas a dejarse llevar de parecidos desórdenes.

2º Cuando el mundo no puede seducir, intenta **atemorizar:** unas veces **persiguiendo** a los creyentes y excluyéndolos de los empleos, etc.; otras veces **mofándose** de los que practican la religión, creen en los dogmas, etc.; otras veces **amenazando.**

Cómo se vence al mundo —

1º Haciendo lo contrario de lo que enseña, pues sus máximas están en abierta oposición con las de Jesucristo; recordemos el dilema de S. Bernardo: "*O Cristo se engaña, o el mundo yerra; pero es imposible que se engañe la sabiduría divina*".

2º Leyendo a menudo el santo Evangelio para saber oponerlo a las máximas del mundo.

3º Evitando las ocasiones peligrosas, las fiestas, saraos, diversiones, espectáculos mundanos. Si hemos de estar en el mundo a la fuerza, estemos en él como si no estuviésemos: "*Qui utuntur hoc mundo, tamquam non utantur*" (1ª Cor. VII, 31). Tratemos con el mundo lo estrictamente necesario y jamás llevemos nuestra condescendencia con él hasta faltar a los divinos

preceptos. " *Quien cuida de agradar al mundo,* dice S. Pablo, *desagrada a Jesucristo*" (Galat. I, 10).

4º Finalmente si alguno oyere la voz de Dios que lo invita a dejar el mundo y a retirarse en una casa religiosa (verdaderas arcas de salvación en el diluvio universal del mundo), téngase por muy afortunado y siga fielmente y cuanto antes el divino llamamiento; de lo contrario, permaneciendo en el siglo, privado de especiales auxilios divinos, correrá gran riesgo de sucumbir a las seducciones del mundo y de perderse eternamente.

EJEMPLOS. — **El mundo.** - Estando una vez S. Anselmo arrebatado en éxtasis, vió un caudalosísimo río, notablemente precipitado y furioso, en el cual entraban las inmundicias y suciedades de toda la tierra; las aguas eran de tal condición y furia que todo cuanto encontraban arrebataban sin remedio, hombres y mujeres, ricos y pobres, hundiéndolos en lo profundo y zambulléndolos por momentos sin dejarles sosegar un instante. Admirado el Santo y preguntando de qué se mantenía aquella gente, fuéle respondido que del mismo cieno en que venían zabullidos y de aquello mismo bebían, y que aun con todo eso vivían contentísimos... Aquel río es imagen del mundo en el cual los hombres ciegos andan revueltos entre sus riquezas y honras y entre sus deleites carnales y sucios, y son tan miserables, que, aun no pudiendo hacer pie en tales suciedades, con todo esto viven contentos y se estiman y tienen por bienaventurados y dichosos.

El demonio.

372. - *¿Qué es el demonio?*

El demonio es un ángel, que se rebeló contra Dios con muchos otros y fueron arrojados al infierno; se vence y huye de él con la oración y humildad.

De la existencia del demonio hablamos en la parte primera (Credo) cap.X, preg. 66, 67, 68, 69, 70.

Que el demonio nos tienta, lo enseña la fe. Dice San Pablo: " **No es nuestra pelea solamente con-**

tra carne y sangre, sino contra... los espíritus malignos" (Efes. VI, 12) y San Pedro compara al demonio con un león rugiente que da vueltas alrededor de nosotros con intento de devorarnos. (1º Petr. V, 8 - 9).

La táctica del demonio. — No puede el demonio obrar directamente sobre nuestras facultades superiores, que son el entendimiento y la voluntad, las cuales reservó Dios para sí como santuario suyo; pero puede obrar directamente sobre el cuerpo, sobre los sentidos externos y sobre los internos, en especial sobre la memoria y la imaginación y sobre las pasiones; de esta manera obra **indirectamente** sobre la voluntad, cuyo consentimiento solicita por medio de los diversos movimientos de la sensualidad. Mas, de todas maneras, como advierte Sto. Tomás, " queda la voluntad libre siempre para consentir o rechazar los movimientos de la pasión ". Por otra parte, el poder del demonio hállase **limitado por Dios**, que no le permite tentarnos más allá de nuestras fuerzas. (1ª Cor. X, 13).

Conviene advertir que no todas las tentaciones vienen del demonio; también son obra de nuestra concupiscencia (la carne) excitada por malos hábitos pasados y por imprudencias presentes (falta de mortificación de los sentidos). Así lo enseña en su epístola el Apóstol Santiago (I, 14).

Conocer cuándo la tentación sea diabólica o puramente carnal, no es fácil discernirlo. Cada cual podrá remitirse a un sabio y prudente confesor.

Remedios contra las tentaciones diabólicas.

1º La oración **humilde** y **confiada**; decimos humilde porque siendo el demonio **soberbio** por naturaleza, nada detesta y le vence tanto como la humildad. Son muy buenas las oraciones jaculatorias.

2º El uso frecuente y confiado de los **sacramentos** (especialmente de la Confesión y Comunión) y de los **sacramentales** que son unas ceremonias o actos externos de religión instituidos **por la Iglesia** para honrar a Dios y santificar las almas; de éstos, Santa Teresa recomienda principalmente el **agua bendita**, pues, co-

mo dice en su autobiografía, una noche se vió acometida de los demonios con tanto ímpetu que pensó la ahogaban; y como echaron agua bendita, los vió huir precipitadamente como quien se va despeñando. (cap. XXXI, n. 9).

3º El tercer medio es un absoluto **desprecio del demonio.**

EJEMPLOS. — De este tercer medio principalmente se valía S. Antonio abad, célebre en la Historia Eclesiástica por sus combates contra el demonio. Cuando a este santo se le aparecían los demonios en diversas formas espantables, en figura de fieros animales, como leones, tigres, toros, serpientes y escorpiones, cercándole y amenazándole con sus uñas, dientes, bramidos y silbos temerosos, que parecía le querían ya tragar; el Santo hacía burla de ellos y decíales: Si tuvieseis algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear con un hombre; mas porque sois flacos y débiles, procuráis juntaros a una mucha canalla, para poner miedo con eso. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, aquí estoy, tragadme; mas si no le tenéis ¿para qué trabajáis en balde?

NOTA: Véase lo explicado en esta misma parte (cuarta) en el Cap. XII "No nos dejes caer en la tentación".

La carne.

373. - *¿Qué se entiende por la carne?*

Por la carne, se entienden, nuestras pasiones e inclinaciones desordenadas: se vence con la oración, humildad, mortificación y la custodia de los sentidos.

Ya hemos visto (Cap. XII) como la carne es nuestro tercer enemigo y el más temible. "Enemigo mortal, dice Rodríguez, el mayor traidor que nunca se vió, que anda buscando la muerte y muerte eterna, a quien le da de comer y todo lo que ha menester; que por recibir él un poco de placer, no tiene en nada

dar enojos a Dios y echar el alma en el infierno para siempre jamás... Ese nuestro cuerpo que come y duerme con nosotros y sabe muy bien que haciendo mal a nuestra alma, le hace también a sí mismo, y que echando el alma en el infierno, ha de ir allá tras ella (después del juicio final) con todo eso, a trueque de salir con su gusto, lo atropella todo y no repara en nada".

Los hombres virtuosos, poseídos de estos pensamientos, tenían contra su cuerpo ese odio y aborrecimiento santo que recomienda Jesús en el Evangelio: "*Quien a costa de su alma conserva su vida* (su cuerpo) *la perderá; y quien perdiere su vida por amor mío, la volverá a hallar*" (Mat. X, 39); y que practicaba el Apóstol, el cual decía: "*Castigo mi cuerpo rebelde y lo esclavizo*" (1ª Cor. IX, 27); pues, como dice escribiendo a los de Galacia, "*Los que son de Jesucristo tienen crucificada su propia carne con los vicios y pasiones*" (Gal. V, 24).

Si aborrecemos al demonio y le tenemos por capital enemigo por la guerra y daño que nos hace, mayor enemigo es nuestra carne, porque ella nos hace más cruel y más continua guerra, y muy poco podrían los demonios si no tuviesen de su parte esta carne y sensualidad para hacernos guerra con ellos, según dijimos hace poco al hablar de la *táctica del demonio*.

Dice S. Agustín: "No ayudemos ni demos fuerzas a nuestra carne, porque no haga guerra al espíritu; sino procuremos castigarla y mortificarla para que no se levante a mayores.

Se vence la carne principalmente con la mortificación y la custodia de los sentidos. "Andaban aquellos santos monjes antiguos, dice Rodríguez, con tan grande cuidado en este ejercicio, procurando de mortificar y disminuir las fuerzas a este enemigo, que cuando otros medios no bastaban, tomaban trabajos corporales muy excesivos para domar y quebrantar su cuerpo.

EJEMPLOS. — Cuenta Palodio de un monje que era muy fatigado de pensamientos de vanidad y soberbia y no podía

echarlos de sí; acordó de tomar una espuerta, y pasar a cuestas un gran montón de tierra de una parte a otra.

Preguntábanle: ¿Qué hacéis? Respondía: — Atormento y fatigo a quien me fatiga y atormenta: véngome de mi enemigo.

— Lo mismo se dice de S. Macario en su vida, y de S. Doroteo se cuenta que hacía gran penitencia y afligía mucho su cuerpo; una vez viéndolo otro tan trabajador, díjole: — ¿Por qué atormentas tanto tu cuerpo? Respondió: — Porque me mata él a mí.

Así como los demonios nos hacen guerra a nosotros y nos procuran vencer tomando por medio nuestra carne; así nosotros habemos de hacer guerra a los demonios y vencerlos, mortificándola y contradiciéndola.

CAPITULO XVII.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

374. - *¿Cuántas y cuáles son las obras de misericordia?*

Las obras de misericordia son catorce: siete corporales y siete espirituales; las corporales son: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento; vestir al desnudo; dar posada al peregrino; visitar a los enfermos; visitar a los presos; enterrar a los muertos.

Las espirituales son: dar buen consejo al que lo ha menester; enseñar al que no sabe; corregir al que yerra; consolar al triste; perdonar las injurias; sufrir con paciencia a los que nos molestan y rogar a Dios por los vivos y los muertos.

Jesucristo ha enseñado que el primer mandamiento, el mandamiento grande es amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. (Mat. XXII, 37 - 39).

El amor al prójimo hemos de demostrarlo más que con palabras, con obras, según la exhortación del Apóstol San Juan: " **Hijitos míos, no amemos solamente de palabra y con la lengua, sino con obras y de veras o sinceramente** " (1ª Epístola III, 18).

Estas obras de que habla el Apóstol son las que vulgarmente se llaman " Obras de misericordia " y

cuyo ejercicio frecuente es la mejor prueba de la caridad.

El divino Maestro las recomienda tan encarecidamente que aseguró que sobre ellas nos pedirá particular y estrecha cuenta.

Leemos en San Mateo (XXV, 41, etc.) que Jesucristo en el juicio final dirá a los que están a la izquierda (los réprobos): "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno que fué destinado para el diablo y sus ángeles: porque tuve hambre y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; era peregrino y no me recogisteis; desnudo, y no me vestisteis; enfermo y encarcelado, y no me visitasteis. A lo que replicarán los malos: ¡Señor! ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o desnudo, o enfermo, o encarcelado y dejamos de asistirte? Entonces les responderá: Os digo en verdad: siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de estos mis pequeños hermanos, dejasteis de hacerlo conmigo. Y en consecuencia irán éstos al eterno suplicio y los justos (que practicaron esas obras de misericordia) a la vida eterna".

Caridad cristiana. — Debemos procurar que nuestra caridad hacia el prójimo sea legítima, es decir lleve la marca de **cristiana**; de otro modo nos exponemos a que Jesucristo no la reconozca y nos diga: "**Ya recibiste por ella tu galardón en la tierra**" (Mat. VI, 1, etc.).

Hay grande diferencia entre la caridad del pagano o del filántropo y la caridad del cristiano o discípulo de Jesucristo: El primero socorre al prójimo movido por un sentimiento puramente humano, por compasión o simpatía natural; el segundo lo hace por un impulso superior, por amor de Dios a quien ve en la persona del prójimo.

El pagano socorre a los amigos, a los correligionarios, a los que sostienen sus mismas ideas, a los de su raza, de su patria, de su religión; tiene una caridad **exclusivista**; el cristiano socorre también a la enemigos a los que le son antipáticos, a

los desconocidos; no hace distinción de razas, nacionalidad o religión; tiene una caridad **universal o católica.**

La caridad del pagano es **cómoda,** no quiere molestarse demasiado, se contenta con dar una mínima parte de lo superfluo; la caridad cristiana es abnegada hasta el heroísmo; lleva su sacrificio hasta evangelizar a los salvajes, asistir a los apestados, a los leprosos, a los soldados en el campo de batalla; da no sólo de lo superfluo sino también de lo necesario e indispensable.

La caridad del pagano es **utilitarista;** se mueve por el interés o ventajas materiales; la caridad cristiana es **desinteresada;** no espera la recompensa de los hombres sino la de Dios.

La caridad pagana es **ostentosa,** busca el aparato, el aplauso de los hombres, que se publique a los cuatro vientos, como la caridad que reprueba Jesucristo en los fariseos (Mat. VI, 2); la caridad cristiana sigue la enseñanza de Jesucristo: " Cuando das limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta y tu Padre que ve lo más oculto, te recompensará en público " (Mat. VI, 3).

La caridad del pagano suele ser **inconstante,** sujeta al humor de la persona; la del cristiano persevera en su buena obra.

Por estos caracteres conoceremos si nuestra caridad tiene las condiciones que la hacen sobrenatural, acepta a Dios y digna de recompensa también sobrenatural.

Obras de misericordia corporales.

1º **Dar de comer al hambriento.** — Dice el Señor por Isaías: " **Parte tu pan con el hambriento** " (Is. LVIII, 7); y por el apóstol Santiago: " **Si un hermano o hermana están desnudos y necesitados del alimento diario, ¿de qué les servirá que alguno de vosotros les diga: Id en paz, defendeos del frío y comed a satisfacción, si no les dais, lo necesario para reparo del cuerpo?** (Sant. II, 15-16).

Jesucristo hizo dos insignes milagros para alimentar a las turbas hambrientas (Mat. XIV, 13-21; XV, 32-39).

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Ejemplos de la Historia Sagrada:

" Hospitalidad de Abrahán " (3ª Ep. cap. 1º). " Rut en el campo de Booz " (4º Ep. cap. 6º).

2º **Dar de beber al sediento.** — Quien haya sentido los estímulos de la sed, comprenderá qué obra hermosa de misericordia es aliviar al prójimo en esta necesidad. Jesucristo ha dicho: **" Cualquiera que diere de beber a uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca solamente por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra que no perderá su recompensa ".** (Mat. X, 42).

EJEMPLOS de la Historia Sagrada: Abrahán y Eliezer (3ª Epoca, cap. 2º).

" Eliseo endulza las aguas " (5ª Ep., cap. 5º).

" Jesús y la Samaritana " (Juan IV).

EJEMPLO. — En la vida del papa S. Clemente se lee que este Santo Pontífice por ser cristiano fué condenado a las minas del Quersoneso Táurico (Crimea) donde se le obligó a trabajar con una turba de malhechores e infieles.

Como no había agua en aquellos lugares, debían transportarla con grande trabajo desde más de una milla de distancia. Compadecido Clemente de esos pobres penados, entre los que había también no pocos cristianos, rogó a Dios por ellos y al instante, como en tiempos de Moisés, brotó allí mismo una fuente perenne de agua cristalina, que proveyó con abundancia a las necesidades de los cristianos y de los paganos, de los que un buen número, a la vista de ese portento, abrazó la fe de Cristo.

3º **Vestir al desnudo.** — No sólo al que carece enteramente de ropas sino también al que las tiene en muy mal estado o insuficientes para repararse de la inclemencia del tiempo. Esta obra de misericordia debe extenderse también a proporcionar a los pobres habitación conveniente o a no despedir inhumanamente de ella al que no pueda pagar el alquiler, especialmente si se trata de familia con hijos pequeños.

Dice el profeta Isaías: " **Recibe en tu casa a los pobres y a los que no tienen hogar y viste al que veas desnudo** ". (LVIII, 7).

EJEMPLOS de la Historia Sagrada: Piedad de Sem y Jafet con su padre Noé (2ª Ep., cap. 1º).

EJEMPLO. — Es muy conocido el episodio de San Martín de Tours, el cual siendo joven soldado habiendo visto a orillas del camino a un mendigo desnudo tiritando de frío, que le pedía limosna en nombre de Jesucristo, no teniendo otra cosa cortó por mitad su manto y dió una parte al mendigo. A la noche siguiente se le apareció Jesucristo vestido con aquella vestidura y diciendo estas palabras: " Martín, catecúmeno, me ha cubierto con este vestido ".

4º **Dar posada al peregrino.** — Dase el nombre de peregrino al que se encuentra lejos de su casa; al peregrino que no tiene donde guarecerse pide el espíritu cristiano que se le dé un asilo. Esta obra estaba muy recomendada en la antigüedad cuando las posadas (fondas, hoteles, etc.) eran desconocidas y los peregrinos debían cada día pedir hospitalidad.

Dice Jesucristo: " *Quien a vosotros* (los apóstoles) *recibe, a mí me recibe; y quien a mí me recibe, recibe a Aquél que me ha enviado a mí* " (Mat. X, 40).

Al dar normas a sus discípulos en orden a las excursiones apostólicas, les dijo: " *Donde quiera que tomareis posada, estaos allí hasta salir del lugar; y dondequiera que os desecharen, ni quisieren escucharos, retirándoos de allí, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos* " (Marc. VI, 10).

EJEMPLOS de la Historia Sagrada. — Hospitalidad de Abrahán (3ª Epoca, cap. 1º).

Resurrección de un niño (recompensa de la hospitalidad concedida al Profeta Eliseo) Epoca 5ª, cap. 5º.

Los discípulos de Emaús (Epoca 7ª, cap. 9º).

La familia de Lázaro da hospedaje a Jesucristo (Luc. X, 38).

5º **Visitar a los enfermos.** — Es mucho lo que sufre un pobre enfermo por los dolores físicos y morales que lo aquejan; suben de punto estos sufrimientos si a ellos se añade la soledad y el desamparo. ¡Qué largos le parecen los días y las noches que pasa en su lecho sin poder conciliar el sueño, sin poderse ocupar en nada! ¡Qué acto de exquisita caridad ejercen, pues, aquellas personas que, por amor de Dios, visitan a los enfermos, les dirigen palabras de consuelo, levantan su espíritu con la esperanza de la mejoría o con el bálsamo de la resignación cristiana, los entretienen en amable conversación, les traen medicinas, alimentos, etc., o bien pasan días y noches a su cabecera prodigándoles los cuidados necesarios por trabajosos y repugnantes que sean! Jesucristo mismo quiso manifestar cuánto le agrada esta caridad dando él mismo la salud a innumerables enfermos y proponiendo la tierna y conmovedora parábola del samaritano caritativo (Luc. X, 30-37). Muchos santos imitaron el ejemplo de Jesucristo; algunos de ellos, como S. Camilo de Lelis, S. José Benito Cottolengo, San Cayetano, S. Juan de Dios, S. Jerónimo Emiliano, S. Vicente de Paul, etc., fundaron hospitales y congregaciones religiosas destinados a la asistencia de los enfermos.

EJEMPLO. — Santa Isabel, reina de Hungría, movida de su ardiente caridad y olvidada de todo, llegó hasta el extremo de poner un leproso en el lecho de su marido, el langrave Luis. Este llega a saberlo y se dirige a palacio; pero al levantar la ropa para sorprender a Isabel infraganti; sus ojos quedan deslumbrados por el esplendor que despide la persona misma de Jesucristo.

6º **Visitar a los presos.** — En otro tiempo se expresaba esta obra de misericordia con las palabras "re-

dimir al cautivo", y también "librar y rescatar a los prisioneros de guerra tratados como esclavos por el vencedor". Esta obra dió vida a dos grandes órdenes religiosas: los **Trinitarios** (fundados por S. Juan de Mata) y los **Mercedarios** (fundados por S. Pedro Nolasco), cuyos religiosos se dedicaron a la magna obra de rescatar o redimir (con dinero que pedían de limosna) a los numerosos cristianos esclavizados por los turcos en las costas del Africa.

EJEMPLO. — Se lee en la vida de S. Vicente de Paul que movido a compasión de un pobre preso encerrado en una jaula de hierro, condenado a muerte y que dejaba en la miseria a su mujer y cuatro hijos, no pudiendo aliviarlo en otra forma, fué a la cárcel, cambió sus vestidos con los del preso y mientras éste huía tranquilamente, el Santo se quedó en la cárcel dispuesto a morir.

— De otros muchos religiosos dedicados a la redención de cautivos se lee que cuando ya no tenían dinero para rescatar, se quedaban ellos en lugar de los presos. ¡A qué excesos de heroísmo llevó a los santos la caridad de Jesucristo!

7° **Enterrar a los muertos.** — Desde el principio del mundo, en todo tiempo y en todas las naciones así bárbaras como civilizadas se han respetado los cadáveres humanos y se les ha dado honrosa sepultura. "Ni aun el perverso criminal, dice Mons. Jara, de quien la sociedad humana se desprende hasta inmolarlo en el patíbulo, pierde ese derecho al respeto, porque apenas cambia la vida por la muerte, esa misma sociedad le recoge para darle piadosa sepultura". Para el cristiano son los cadáveres dignos de veneración por la creencia en la resurrección final y porque esos cadáveres (sean de cristianos o de infieles) han sido un día informados por un alma espiritual, inmortal, creada a semejanza de Dios. La Iglesia se hace intér-

prete de este sentimiento universal prescribiendo ritos solemnes para las exequias de los difuntos y prohibiendo en sus restos, bajo penas severas, todo acto que signifique ultraje a la dignidad humana. En las actas de los confesores de la fe no deja de nombrar a las piadosas personas que dieron honrosa sepultura al cuerpo del mártir, especialmente cuando el tirano mandaba arrojarlo al mar o a sitios inmundos. Cumplen, pues, una obra de misericordia las personas que asisten al sepelio de los difuntos o contribuyen con su dinero a proporcionar decente sepultura a los pobres.

EJEMPLO. — Prototipo y ejemplar eminente de esta obra de misericordia es el anciano Tobías, israelita, hombre educado en el santo temor de Dios, el cual fué llevado esclavo a Asiria con sus compatriotas por el rey Salmanasar. Este rey inhumano había dispuesto que los cadáveres de los israelitas fuesen arrojados fuera de los muros de la ciudad para servir de pasto a las aves de rapiña, con prohibición rigurosa de darles sepultura. El virtuoso Tobías se dedicaba a consolar a los afligidos y especialmente a sepultar a los muertos. No bien llegaba a su conocimiento que el cadáver de algún israelita se hallaba insepulto, dejaba cuanto tenía entre manos, iba en su busca, y hallándolo lo llevaba a su casa y lo enterraba, amparado por la oscuridad de la noche. Un día que acababa de sentarse a la mesa, fué su hijo a anunciarle que yacía un cadáver en la plaza; levantóse al punto, llevó ocultamente el cadáver a su casa y lo enterró, dando de esta suerte a conocer cuánta era su constancia y ardor en el ejercicio de la caridad. (Véase Hist. Sgda. 5ª Ep., cap. 7º o bien el libro de **Tobías** en alguna biblia católica).

Obras de misericordia espirituales.

Cuanto supera el alma al cuerpo, tanto más excelentes son las obras de misericordia espirituales que las corporales.

1º **Dar buen consejo al que lo ha menester.** — No hay mejor limosna que un buen consejo del cual

depende muchas veces el honor y salvación del alma y del cuerpo. Así como el que da un mal consejo comete pecado y se hace responsable del mal que aconseja (véase "Pecados de cooperación" - parte 2ª - cap. 6º), del mismo modo el que da un buen consejo hace acto de caridad y participa del mérito de la obra que aconsejó.

Dice la Escritura: "Los que obran siempre con consejo se gobiernan prudentemente" (Prov. XIII, 10).

"**El buen consejo será tu salvaguardia**" (Prov. II, 11).

"**Pide siempre consejo al hombre sabio**" (Tob. IV, 19).

EJEMPLOS de la Historia Sagrada. — Malos consejeros arruinaron a Roboán (5ª Ep., cap. 2º, "División del reino").

Recuerdos de Tobías (5ª Ep., cap. 7º).

Daniel aconseja a Nabucodonosor (6ª Ep., cap. 1º, "Segundo sueño").

Isaías, consejero del rey Ezequías (5ª Ep., cap. 8º).

Leyendo la vida de los Santos se comprueba como han llegado a la perfección guiados por su confesor o director espiritual. A algunos de ellos, p. ej.: a la Beata Gema Galgani, Dios mismo le señaló el sacerdote que debía dirigirla ya que otros confesores no la comprendían.

2º **Enseñar al que no sabe.** — Así como el cuerpo se nutre con el alimento, del mismo modo la inteligencia se nutre de verdad. Pero siendo raros los hombres que puedan llegar al conocimiento de la verdad por sí mismos, de aquí que en todo tiempo haya habido maestros encargados de comunicar a otros las ciencias sagradas y profanas. Es por lo tanto obra de caridad

dar al espíritu el alimento de la verdad, como lo es dar al cuerpo el alimento material.

Habiendo recibido la Iglesia la misión especial de enseñar, en todo tiempo ha abierto y sostenido escuelas primarias y superiores que han difundido doquiera los beneficios de la instrucción; a todas partes ha enviado y sigue enviando misioneros que mediante la predicación del evangelio arrancan los pueblo a la barbarie y reparte en ellos los beneficios del cristianismo. Actualmente son numerosas las congregaciones religiosas de ambos sexos que se dedican a la enseñanza.

Ejemplos de la Historia Sagrada —
Ananías, maestro de Saulo" - 7ª Ep. cap. 12º.

3º **Corregir al que yerra.** — Es propio del hombre errar; y como la soberbia es un velo que impide ver los propios defectos aunque sean graves, de aquí que es obra de caridad el señalar a otros esos defectos para que se corrija; no hacerlo, pudiéndolo, es imitar a aquél que se callara al ver que un hombre ciego o distraído va a caer en un precipicio. La verdadera amistad, lejos de encubrir los defectos, los manifiesta, porque desea que se corrijan.

Dice la Escritura: " *Mejor es la corrección manifiesta que el amor encubierto*" (Prov. XXVII, 5).

" *Yo, dice el Señor, a los que amo, los reprendo y castigo*" (Apoc. III, 19).

" *Mejor es ser corregido del sabio, que seducido con las lisonjas de los necios*" (Eccles. VII, 6).

El filósofo Galeno da este consejo: " El que quisiere enmendarse de sus faltas y aprovechar en la virtud, busque un hombre bueno y prudente que le avise de ellas; y si le hallare, pídale muy encarecidamente le avise de todas las faltas que notan en él.

Así hicieron los santos, se avisaban mutuamente de sus defectos; y así llegaron a la perfección.

Dice el Espíritu Santo: "El que hiciere a un pecador convertirse del error de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados" (Santiago V, 20).

Ejemplos de la Historia Sagrada —

Debilidad de Elí en corregir a sus hijos: 4ª Ep. cap. 6º

Castigo de Jeroboán - 5ª Ep., cap. 2º.

Elías reprende a Acab - 5ª Ep. cap. 3º.

Corrección de David - 4ª Ep. cap. 8º.

4º **Consolar al triste.** — Es obra de misericordia consolar al triste, al que está afligido con dolores físicos o morales, por desventuras, tribulaciones, padecimientos de cualquier nombre. Esta obra de caridad es mucho más meritoria cuando el prójimo es persona enemiga; en este caso en vez de alegrarse de su infortunio, como hacen muchos, el hombre caritativo olvida toda ofensa y acude a consolar al afligido. Si no se puede ir personalmente a casa se le puede consolar igualmente con cartas de pésame informadas en pensamientos cristianos que son los más aptos para consolar.

Dice el Apóstol: "**Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran**" (Rom. XII, 15).

EJEMPLOS de la Historia Sagrada. — Tobías consuela a sus compatriotas cautivos (5ª Ep., cap. 7º).

Ageo consuela a los judíos (6ª Ep., cap. 3º).

Jesucristo consuela a Marta y María (7ª Ep., cap. 5º, "Resurrección de Lázaro").

David consuela a Saúl con la música (4ª Ep., cap. 7º, "Ingratitud de Saúl").

"José consuela a sus hermanos" (3ª Ep., cap. 6º).

5º **Perdonar las injurias.** — Perdonar al ofensor es un deber del cristiano. "**Si no perdonareis a los**

hombres, dice Jesucristo, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará a vosotros vuestros pecados " (Mat. VI, 15). El fiel cristiano tiene, por cierto, derecho a exigir la reparación debida del daño recibido y el justo castigo del ofensor; mas cuando por amor de Dios renuncia aun a este mismo derecho, sin daño de tercero, y perdona sinceramente sin exigir el castigo del ofensor, entonces hace un acto perfecto y eminentemente cristiano.

Véase lo que acerca de esta materia llevamos dicho en: Parte segunda - Cap. 6º, preg. 188; y en este mismo volumen al tratar de la 5ª petición: " Perdónanos nuestras deudas, etc. ".

EJEMPLOS de la Historia Sagrada. — David perdona a Saúl (4ª Ep., cap. 7º).

José perdona a sus hermanos (3ª Ep., cap. 6º).

Jacob se reconcilia con Esaú (3ª Ep., cap. 3º).

Moisés perdona a su pueblo (4ª Ep., cap. 2º " Muerte de Moisés ").

Jesucristo perdona a María Magdalena (7ª Ep., cap. 4º) a S. Pedro, al buen ladrón, a sus verdugos (cap. 8º).

S. Esteban muere perdonando a sus verdugos (7ª Ep., cap. 11).

6º **Sufrir con paciencia a los que nos molestan,** es decir, a las personas que con su trato, bromas, modales o carácter nos causan tristeza, fastidio o pena.

Dice el Apóstol: " **Os ruego que andéis como conviene..... sobrellevándoos unos a otros en caridad, solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz** " (Efes. IV, 1-3).

Y escribiendo a los cristianos de Galacia, dice: " **Comportad las cargas unos de otros y con eso cumpliréis la ley de Cristo** (Gal. VI, 2).

Esta mutua tolerancia de los defectos es condición indispensable para que reine la paz y la armonía en aquellos lugares donde conviven muchas personas: familia, comunidad, colegio, etc. Siendo así que los caracteres difieren como las fisonomías, si no hay paciencia y mutua tolerancia, habrá continuas quejas, choques, reyertas, y esa comunidad se convertirá en un pequeño infierno; en cambio la caridad y la condescendencia uniendo los corazones hará el oficio del aceite o lubricante que deslizándose en las piezas y engranajes de la máquina hace que ésta no chille, sino que marche con toda suavidad y celeridad.

EJEMPLOS de la Historia Sagrada. — Jesucristo soportó durante tres años a los apóstoles, hombres rudos, ignorantes, sin trato social...

David soporta los ultrajes de Serrés (2º libro de los Reyes XVI, 11).

7º **Rogar a Dios por los vivos y los muertos.** — En el cap. 5º de este volumen hemos explicado " por quienes se debe orar ".

Aquí añadimos que esta obra de misericordia es la única que está al alcance de todos y en todo tiempo y lugar. No siempre tendremos ocasión o posibilidad de vestir al desnudo, dar de comer al hambriento, corregir al que yerra, etc. pero nadie dirá jamás con verdad: " No puedo rezar ". La oración es un medio muy poderoso para impetrar de Dios muchas gracias, y este medio está siempre a nuestra disposición.

Es particularmente agradable a Dios la oración que se hace por la conversión de los pecados, por la salvación de los moribundos y por la liberación de las almas del purgatorio. (Véase lo que al respecto dijimos en la **parte primera**, cap. XXIX, preg. 121, sobre el **Purgatorio**).

EJEMPLOS de la Historia Sagrada. — Moisés ora por su pueblo (4ª Ep., cap. 1º) " Derrota de los Amalecitas ".

Elías consigue la lluvia con su oración (5ª Ep., cap. 3º).

Abrahán ruega por las ciudades culpables (3ª Ep., cap. 1º " Incendio de Sodoma ").

375. - *¿Por qué estas obras se llaman de misericordia?*

Estas obras se llaman de misericordia porque no se deben de justicia.

Podemos estar obligados hacia el prójimo por *justicia* y por *caridad*. La obligación de justicia es más estricta que la de caridad.

1º Está obligado al prójimo *por justicia* al que tiene con él especiales compromisos que nacen de algún contrato explícito o tácito; p. ej.: el maestro que recibe estipendio está obligado a enseñar por justicia. En cambio el que no recibe estipendio y no tiene ningún otro compromiso, sólo podría estar obligado a enseñar por caridad.

2º Quien está obligado por justicia, debe restituir si no cumple su obligación; no así el que sólo está obligado por caridad. Ejemplo: el que recibió dinero para prestar algún servicio (transportar unas mercaderías, cuidar una casa de noche, etc.) si no cumple, está obligado a devolver el dinero; en cambio quedaría eximido de restitución el que sólo se hubiese ofrecido a hacer esos trabajos de su voluntad, gratuitamente. Este tal, negándose a esos servicios, sólo faltaría a la caridad (siempre empero, que su negativa no hubiese traído ulteriores perjuicios al amo).

3º La justicia obliga a cumplir el deber aun con grave incomodidad; la caridad obliga con grave incomodidad sólo cuando el prójimo estuviese en extrema necesidad, p. ej. en peligro de muerte.

CAPITULO XVIII.

LAS BIENAVENTURANZAS.

376. - *¿Cuántas y cuáles son las bienaventuranzas?*

Las bienaventuranzas son ocho:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Estas "bienaventuranzas" fueron proclamadas por Jesucristo en los comienzos de su vida pública y con ellas inició su célebre "sermón de la montaña", así denominado porque lo pronunció desde un pequeño monte de la Palestina en presencia de los apóstoles recientemente elegidos, de los discípulos y de un gran gentío compuesto de judíos y paganos. Así como Moisés subió a un monte, el Sinaí, para dar la ley al pueblo

hebreo; así también Jesucristo, nuevo legislador, sube a un monte para dictar sus preceptos a todos los hombres.

El sermón de la montaña es el más importante de los que salieron de labios del divino Maestro y bien puede llamarse la "Carta magna de la Nueva Ley" por cuanto en ese sermón pone Jesucristo los cimientos del edificio de su predicación la cual no es más que el desarrollo y el comentario de los principios sentados en el sermón de la montaña.

377. - *¿Por qué se llaman bienaventuranzas?*

Se llaman bienaventuranzas porque en ellas consiste la felicidad en esta vida y la esperanza de la otra.

Como dijimos, Jesucristo inició el sermón de la montaña con la proclamación de las Bienaventuranzas. Estas ciertamente debieron causar extrañeza a muchos oyentes, como aun la causan a todos aquéllos que ponen la felicidad o la *bienaventuranza* en los placeres, riquezas y honores.

Pero quien examine estas bienaventuranzas a la luz de la fe o con criterios sobrenaturales (como es lógico que lo haga el hombre creado no para esta tierra, sino para el cielo) hallará ser verdad las palabras de Jesucristo, por más que esas máximas repugnen a nuestra vida sensual y estén en abierta oposición con las del mundo.

Entenderáse mejor la verdad y profunda sabiduría de esas Bienaventuranzas si se considera:

1º Que fueron dichas por Jesucristo, el cual siendo Dios es infalible, y que más tarde, lejos de retractarse, las confirmó en todos sus sermones y sobre todo en los ejemplos de su santa vida.

2º Que el mundo con *sus* bienaventuranzas no es feliz porque el *placer* (que proclama a los cuatro vientos) produce malestar y enfermedades sin cuento; y el amor desordenado a las *riquezas* y *honores* trae la opresión de los ricos y potentados sobre los pobres y débiles; produce el gran desequilibrio social

que, no siendo compensado con la esperanza de los bienes eternos rebela a unos contra otros y hace infelices a los hombres. ¿No estamos viendo acaso cómo el mundo se agita desesperado en busca de una felicidad que no puede encontrar?

3º Que los Santos han sido los hombres más felices en ésta y en la otra vida. En esta vida por la paz del alma que proviene del dominio sobre las pasiones (vicios capitales); en la otra vida por el premio de que gozan en el cielo y el honor de los altares a que han sido promovidos. Ahora bien, la causa de su santidad debe buscarse únicamente en la observación de las Bienaventuranzas, como muy bien lo significa la Iglesia al cantarlas solemnemente en la misa propia de la festividad de todos los santos.

378. - *¿Qué son estas ocho bienaventuranzas?* Estas ocho bienaventuranzas son las mejores obras de las virtudes y dones del Espíritu Santo.

Estas palabras, literal y externamente, expresan ocho bienaventuranzas, pero al mismo tiempo aluden a ocho virtudes, como puede verse con claridad comparándolas con otros textos evangélicos y leyendo lo que de ellas unánimemente dicen los Padres de la Iglesia. Las ocho virtudes indicadas son la **pobreza** de espíritu y juntamente la **humildad**, la **mansedumbre**, la **paciencia** en el dolor, el fervoroso amor de la **justicia**, la **misericordia**, la **pureza de corazón**, la **paz**, el **amor del bien** hasta gozarse en las persecuciones que por esta causa nos vengan.

379. - *¿Quiénes son los pobres de espíritu?* Los pobres de espíritu son aquéllos que no quieren al menos con el afecto, honores ni riquezas, aún moderadas.

Pobres de espíritu, según el Evangelio son: a) Los que tienen el corazón desasido de las riquezas; b) Los que hacen buen uso de ellas si las poseen; c) No las buscan con solicitud si no las tienen; d) Sufren con resignación la pérdida de ellas si se las quitan.

Una cosa son las riquezas; otra muy distinta el mal uso de las riquezas. Jesucristo no condena lo primero, sino lo segundo.

Pobres de espíritu son los que, aun poseyendo riquezas, no tienen el corazón apegado a ellas, y fácilmente se desprenden para hacer obras de misericordia.

Pobres de espíritu son también los que no poseyendo bienes de fortuna, no los desean desordenadamente, no corren afanosos tras ellos, viven contentos en el estado en que Dios los ha puesto, no envidian a los ricos, no desean apropiarse de lo ajeno.

Por donde se ve que puede haber ricos, pobres (ricos en efecto, en realidad; y pobres en el afecto, en el deseo) y pobres, ricos (pobres efectivamente y ricos afectivamente).

Ventajas de la pobreza de espíritu. — Jesucristo alaba tanto la pobreza y quiso darnos de ella ejemplo, porque la pobreza de espíritu desprende el corazón de la tierra y lo eleva al cielo. Así como la pluma sumergida en el fango no puede remontarse en alto; así también el alma apegada a los bienes de la tierra, que son fangos, no puede remontarse a Dios.

Es también muy buena comparación la de los luchadores. Si uno que está vestido lucha con otro que está despojado, presto caerá en tierra el que está vestido, porque tiene de donde el otro le trabe para derribarle. ¿Queréis pelear varonilmente contra el demonio? Ropa fuera, desprendeos de las cosas de la tierra, no tenga el demonio por donde trabar para haceros caer. Porque, ¿qué son todas las cosas de la tierra sino como unas vestiduras del cuerpo?

Pobreza religiosa. — La pobreza más excelente y meritoria es la que profesan con voto los religiosos, quienes voluntariamente se desprenden de lo que tienen, poco o mucho, y se comprometen a vivir como los pobres, a ejemplo de Jesucristo. Estos son en verdad bienaventurados porque al pronunciar

su voto adquieren sin más el derecho a la posesión del reino de los cielos. El voto que hacen es una especie de contrato con Dios: ellos por su parte renuncian a los bienes de la tierra; Dios por la suya les da en cambio los del cielo; más todavía, juntamente con éstos les da también los de la tierra, pues los religiosos que viven en comunidad disfrutan de ventajas temporales que no tienen muchas personas acomodadas que viven en el siglo.

380. - *¿Quiénes son los mansos?*
Los mansos son aquéllos que no tienen ira y ni aún casi movimiento de ella.

Mansos son los que tratan al prójimo con dulzura y sufren con paciencia los defectos y los agravios que de ellos reciben, sin quejas, resentimientos o venganzas.

Véase lo dicho al tratar de la **ira**, de la **paciencia, de la tolerancia de los defectos** (6ª obra de misericordia espiritual).

381. - *¿Cómo poseerán la tierra los mansos?*
Los mansos poseerán la tierra por el atractivo de su mansedumbre y como señores de sí mismos.

El hombre manso poseerá la tierra:

1º Con el *atractivo de su mansedumbre.*

La mansedumbre, a semejanza del imán, posee una virtud tal que atrae y cautiva los corazones. Nadie resiste al hombre bueno, amable, manso, el cual termina adueñándose de los corazones. Así lo declara la Escritura: "La respuesta suave quebranta la ira" (Prov. XV, 1) "La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca a los enemigos" (Eccli. VI, 5).

Testigos de esta verdad son los Santos, especialmente los que se han distinguido por su mansedumbre. Bastará citar a S. Francisco de Sales, quien, con el encanto de esta virtud devolvió a Dios 72.000 herejes; a S. Juan Bosco, verdadero sobe-

rano de la bondad que conquistó a millares de jóvenes, más con el atractivo de su mansedumbre que con los juegos, diversiones, regalos y obras de apostolado que para ellos instituyó.

2º El hombre manso es bienaventurado porque además de poseer a los otros, se posee *a sí mismo*, teniendo bien sujetas sus pasiones especialmente la ira, que, como otros tantos verdugos, azotan continuamente al hombre y no lo dejan sosegar.

382. - *¿Quiénes son los que lloran?*

Los que lloran son aquéllos que dejan los placeres aún moderados.

Hay diferencia entre lágrimas y lágrimas.

1º Hay lágrimas producidas por la desesperación, el furor, la sed de venganza; y, claro está, estas lágrimas no consuelan, no son meritorias, no hacen bienaventurados a los que las derraman.

2º Otras lágrimas hay según Dios; y éstas son buenas y provechosas y convienen a los siervos de Dios; esas lágrimas pueden engendrarse de cuatro maneras:

a) Por desgracias temporales, moderada y cristianamente soportadas; como la muerte de personas queridas, por las que el mismo Jesucristo lloró (la muerte del amigo Lázaro).

b) Por los pecados propios cometidos, conforme a aquello del Apóstol: "Gózome, no de la tristeza que tuvisteis, sino de que vuestra tristeza os condujera al arrepentimiento. Porque os intristecisteis según Dios; y la tristeza que es según Dios, obra arrepentimiento saludable" (2ª Cor. VII, 9). "Ninguna pérdida, dice S. Crisóstomo, se restaura con el dolor, pesar y tristeza, sino sólo la del pecado". Tales son las lágrimas que derramó S. Pedro durante toda su vida, por haber negado a su buen maestro.

c) Por los pecados de otros, de ver que Dios es ofendido y menospreciado, que es perseguida su Iglesia, etc. Esta es tam

bién muy buena tristeza porque nace de amor y celo de la honra y gloria de Dios. Era tan grande la aflicción que por la ofensa de Dios sentía el profeta David, que el dolor del alma le enflaquecía el cuerpo y le corrompía la sangre.

d) Por la lejanía del cielo; por ver que se dilata la hora de ir a gozar de Dios; así lloraban los hijos de Israel su destierro en Babilonia acordándose de la tierra de promisión; y David lloraba el destierro de esta vida: "¡Ay de mí que se me dilata este destierro!" (Salmo 119, 5). Aquel "A ti suspiramos los desterrados hijos de Eva, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas", suspiros son que hacen muy buena y suave música a los oídos de Dios.

e) Por el peligro de ofender a Dios. Es tan grande el horror que las almas buenas tienen al pecado, que el sólo pensamiento de que mientras están en este mundo podrían cometerlo, las tiene angustiadas y suspiran por la muerte para verse libres del peligro de ofender a Dios.

Por todo lo dicho se comprenderá que hay lágrimas buenas, santas, meritorias, aceptas a Dios y que por lo tanto es cierto que son bienaventurados los que lloran, porque serán consolados: en esta vida por el consuelo espiritual que dan esas lágrimas; en la otra por el mérito que esas lágrimas representan. No en vano decía S. Pablo: "**Estoy inundado de consuelos, reboso de gozo en medio de todas mis tribulaciones**" (2ª Cor. VII, 4).

383. - *¿Quiénes son los que tienen hambre y sed de justicia?*

Los que tienen hambre y sed de justicia son aquéllos, que con ansia cumplen en todo su deber.

Hambre y sed de justicia es la voluntad perseverante, el deseo de alcanzar la perfección cristiana con

el continuo aumento de gracia y constante ejercicio de buenas obras. Es un deseo ardiente de perfeccionarse moralmente, de ser cada día más bueno, de acercarse siempre más al ideal supremo de toda perfección, que es Dios, conforme a las palabras de Jesucristo: " **Sed perfectos como es perfecto el Padre celestial** " (Mat. V, 48).

Con el mismo anhelo con que muchos hombres andan tras las riquezas y placeres, se afanan día y noche por conseguirlas; las almas buenas desean la perfección y no tienen en este mundo otra ocupación que alcanzarla.

Y como saben que " *El principio para alcanzar la perfección es un verdadero y entrañable deseo de ella* " (Salmo 6), se esfuerzan día a día en aumentar ese deseo como el rey David que decía: " *Ardió mi alma en deseos de amar tu santa y justísima ley en todo tiempo* " (Salmo 118, 20).

Dios por su parte hartará a esas almas, es decir, las ayudará a llegar a la meta tan ardientemente deseada. Así como el fuego prende y se propaga en la leña seca; así también el fuego del divino amor penetra fácilmente en las almas bien dispuestas y produce en ellas incendios de caridad y perfección cristiana. Claro está que la hartura completa de la justicia será en la otra vida; pero aun en ésta recibirán toda la que sus corazones apetezcan.

384. - *¿Quiénes son los misericordiosos?*

Los misericordiosos son aquéllos muy piadosos, aún con los extraños.

Misericordiosos son los que aman en Dios y por amor de Dios a su prójimo, se compadecen de sus miserias, así espirituales como corporales y procuran aliviarlas según sus fuerzas y estado.

Siendo la misericordia un atributo de Dios (véa-

se lo que de ella decimos en la parte 1ª cap. 7º) y debiendo el hombre esforzarse para ser semejante a Dios, debe también revestirse de esta cualidad siendo compasivo con las miserias ajenas. Jesucristo durante su vida mortal nos dió el ejemplo que fué seguido por los Santos de todos los tiempos.

Nuestro propio interés debe excitarnos a esta misericordia: si queremos alcanzarla de Dios, hemos de tenerla con los demás: "Con la misma medida con que midiereis, dice Jesucristo, seréis medidos vosotros". (Mat. VII, 2).

Dice el catecismo: piadosos "aun con los extraños". Según ya dijimos al tratar de los caracteres de la verdadera caridad, (pregunta 374) ésta es universal, no reconoce diferencias de sangre, de raza, de patria, de religión. Fácil cosa es practicar la caridad con los íntimos amigos y conocidos; más difícil y por ende más meritoria es practicarla con los extraños y enemigos. "Si amáis solamente a los que os aman, dice Jesucristo, ¿qué merced recibiréis? ¿No hacen lo mismo los infieles? y si saludáis tan sólo a vuestros hermanos ¿qué tiene eso de particular? ¿No hacen también esto los paganos? (Mat. V, 46-47).

EJEMPLO.— Siendo Pacomio soldado en el ejército de Constantino Magno, y gentil, faltando el mantenimiento a los soldados y muriendo hambre, llegaron a una ciudad donde los favorecieron y se juntaron los de ella a traerles todo lo necesario con tanta abundancia y voluntad, que espantado Pacomio preguntó qué gente era aquélla tan inclinada a hacer bien. Respondiéronle que eran cristianos, cuyo instituto era recibir a todos y ayudarlos y hacerles bien. Pacomio se sintió tocado interiormente para hacerse cristiano, como efectivamente lo hizo.

385. - *¿Quiénes son los limpios de corazón?*

Los limpios de corazón son aquéllos que mortifican en todo sus pasiones.

Limpios de corazón son los que no tienen afecto

al pecado, se mantienen lejos de él y sobre todo se apartan de todo género de impurezas.

A los limpios de corazón se promete la visión de Dios, no sólo en la otra vida sino también en la presente. Por visión de Dios se entiende principalmente un conocimiento más claro y completo de Dios. Así como la limpieza de la vista es condición indispensable para percibir bien los objetos; del mismo modo la limpieza y puridad del alma es de todo punto necesaria para percibir y gustar las cosas de Dios; por eso dijo el Apóstol: " **El hombre animal** (es decir dado a los placeres de la tierra) **no puede hacerse capaz de las cosas que son del Espíritu de Dios** " (1° Cor. II, 14). Las pasiones, especialmente la de impureza, son nubes que ofuscan la inteligencia y le impiden ver claro en las cosas espirituales. (Véase lo dicho acerca de las " Consecuencias de la impureza " - Parte segunda, cap. 7°).

EJEMPLOS. — S. Juan Evangelista, el apóstol virgen, es de todos los escritores sagrados el que ha escrito cosas más maravillosas y arcanos acerca de Dios y de los sucesos futuros. Se le compara al águila porque a semejanza de este animal de vista poderosa, pone con toda naturalidad su vista en Dios y dice de El cosas que otros escritores no han podido decir.

Sto. Tomás de Aquino después de una victoria insigne en defensa de su pureza, mereció que dos ángeles le ciñesen el cuerpo con un cíngulo traído del cielo; desde entonces fué un ángel en carne humana. Su maravillosa pureza le permitió ver tan claro en las cosas de Dios y aun en las ciencias humanas, que pudo escribir ese libro maravilloso que se llama la " Suma Teológica " que en materia de religión y filosofía no cede a ningún otro, si se exceptúa la Sgda. Escritura.

De otros muchos santos como Sta. Catalina de Siena, S. Pascual Bailón y aun de algunos niños se lee que sin haber hecho estudios prolijos sobre ciencias sagradas eran en ellas tan versados que acudían a consultarlos las más altas eminencias del mundo. Esa ciencia infusa era el premio a su pureza angelical; era la confirmación de esta bienaventuranza.

NOTA: También se entiende por visión de Dios la contemplación de Dios, de la Virgen, de los Angeles, etc., con los ojos materiales, gracia que por su singular pureza e inocencia merecieron muchos santos y muchos hombres, entre los cuales no faltan niños de ambos sexos: Santa Margarita Alacoque, Sta. Bernardita, S. Antonio de Padua, Santa Teresa de Jesús, S. Juan Bosco, su discípulo Domingo Savio, etc., etc.

386. - *¿Quiénes son los pacíficos?*

Los pacíficos son aquéllos que obran la paz en sí y en otros.

Pacíficos son los que conservan la paz con el prójimo y consigo mismos y procuran poner en paz los enemistados.

El primer augurio que hace Jesucristo al venir al mundo es la paz: " **Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad** (Luc. II, 14). Igual augurio hace a los apóstoles al aparecérseles el día de su resurrección: " **Pax vobis** ", " la paz sea con vosotros " (Juan XX, 19). Poco antes de morir les había dicho: " **La paz os dejo, la paz mía os doy** " (Juan XIV, 27). Con estos repetidos augurios nos da a entender Jesucristo cuán grande tesoro sea la paz y cómo hemos de esforzarnos para que ella reine en nosotros y en los demás:

a) En nosotros teniendo las pasiones sujetas a la razón; así como no puede haber paz en una nación donde no hay gobierno firme y prudente; así tampoco disfrutará de paz esa pequeña república que es el hombre si los ciudadanos (las pasiones) no están bien sujetas al gobierno o sea a la razón.

b) En los demás, procurando que no se altere la paz en el círculo de nuestras relaciones (familia, escuela, taller, sociedad, etc.) y procurando restablecerla cuando se hubiese turbado.

Leemos en el libro de los Proverbios: " *Seis son las cosas*

que abomina el Señor, y otra además le es detestable; esta última es el hombre que siembra discordias entre hermanos" (Prov. VI - 16, 19). Si Dios detesta al que siembra discordias, no hay duda que debe amar, y mucho, al que siembra la paz y la unión. *"Alabemos,* dice en otro pasaje, *a los varones ilustres..... pacíficos en sus casas"* (Eccli. XLIV, 6).

El premio de los pacíficos. — Serán, dice Jesucristo, llamados *hijos de Dios;* porque se asemejan más que otros a Dios que es el Dios de la paz (Rom. XV, 33) y a Jesucristo que es llamado por Isaías, *príncipe de la paz* (Is. IX, 6).

Ejemplo: Domingo Savio evita una pelea. Véase la Vida escrita por Don Bosco, cap. IX.

387. - *¿Quiénes son los que padecen persecuciones por la justicia?*

Padecen persecuciones por la justicia aquéllos que permanecen en el cumplimiento de su deber aunque los persigan.

Padecen persecución por la justicia los que sufren con paciencia las burlas, improperios y persecuciones por causa de la fe y ley de Jesucristo.

A los incrédulos y libertinos se les hace muy cuesta arriba comprender cómo pueden ser felices los que sufren persecución, destierro, cárcel, tormentos y la muerte misma. Ellos miran las cosas, como vulgarmente se dice, de tejas abajo, desde el punto de vista puramente humano, sin tener en cuenta lo que hay más allá de esta vida. Claro está que si no hubiese cielo ni infierno, como ellos vocean, si todo para el hombre acabase con la muerte, los que sufren persecución serían en verdad los seres más desgraciados y las palabras de Jesucristo que los llama bienaventurados no tendrían ningún sentido.

Pero quien considera las cosas desde otro punto de vista, el de la fe; quien ve en esas persecuciones el camino a la gloria, y al premio eterno tanto más espléndido cuanto mayores hayan sido los sufrimientos, comprenderá como tiene razón Jesucristo al proclamar "bienaventurados" a los que padecen persecución por la justicia.

Quien considera las palabras del Apóstol: "Es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios" (Act. XIV, 21), comprenderá cómo esas persecuciones sobrellevadas no fríamente como los estoicos, no con desesperación como los hombres que no tienen fe, sino pacientemente, por amor a Jesús, son la prenda más segura de la eterna felicidad.

Quien considera que Jesucristo, nuestro jefe ha sufrido, ha sido perseguido, vilipendiado, azotado, crucificado, comprenderá que el cristiano, discípulo de Jesucristo no puede aspirar a mayor gloria que a la de asemejarse a su Maestro; y que sólo aquél que sigue a Cristo al Calvario, será digno de seguirlo a la gloria.

Aspiremos, pues, a merecer esta bienaventuranza. Cuando los hombres nos maldigan, nos persigan, nos llenen de oprobios, digan de nosotros falsamente cualquier mal por causa de Jesucristo, tengámonos por bienaventurados, saltemos de alegría, porque grande es la recompensa que nos aguarda en el cielo. (Mat. V, 11 y 12). Jesucristo nos dirá, como dijo a sus discípulos: "Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mi tentación: Yo os preparo el Reino, como mi Padre lo dispuso para mí" (Luc. XXII, 28, 29).

CONCLUSION.

Las postrimerías.

388. - *¿Cuántas son las postrimerías?*
Las postrimerías son cuatro: Muerte, Juicio, Infierno y Gloria.

La palabra postrimería (del latín post, después) significa las cosas que nos aguardan después de la vida. Se llaman también **novísimos,** palabra latina que significa **último.**

De ellas tratamos extensamente en la parte primera (Credo) cap. 27, 28, 29 de la 3ª edición.

Aquí añadimos que la meditación asidua y seria de estas tremendas verdades es un medio muy poderoso para evitar el pecado y practicar la virtud; lo dice el Espíritu Santo: " **En todas tus acciones acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás** " (Eccli. VII, 40).

Y se comprende: si en esta vida el temor del castigo y la esperanza del premio retraen al hombre del crimen y lo animan al trabajo, con mucha mayor razón el temor del infierno eterno y la esperanza del paraíso deben alejarnos de la culpa y animarnos al ejercicio de la virtud.

389. - *¿Debemos desear la gloria?*
Sí, debemos desear la gloria; porque es un estado perfectísimo, en el cual se hallan todos los bienes, sin experimentarse mal alguno; como en el infierno se hallan todos los males sin experimentarse bien alguno.

390. - *¿Qué debemos hacer para librarnos del infierno y conseguir la gloria?*

Para librarnos del infierno y conseguir la gloria debemos guardar los mandamientos.

391. - *¿Qué medios hay para guardar con más facilidad los mandamientos?*

Para guardar con más facilidad los mandamientos hay los siguientes medios: Frecuencia de los santos sacramentos, ofrecer a Dios las obras por la mañana, oír misa y comulgar a ser posible todos los días y rezar el rosario a la Santísima Virgen, la lectura espiritual, la meditación, el examen de conciencia por las noches, y para decir uno que abraza muchos: el elegir un confesor sabio, virtuoso y prudente y sujetarse a él en todo.

Reflexionad: que la elección de un buen confesor, como dice San Francisco de Sales, es la advertencia de las advertencias. Hacedlo pues vosotros así, pues el confesor será para vosotros como un ángel, que os guiará, proponiéndoos éstos y otros medios para que caminéis las sendas de los mandamientos y lleguéis a ver a Dios en la gloria, que es el fin para el cual fuimos creados.

D. M. A. C. T.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL

ÍNDICE

	Pág.
Programa	5
De la oración en general	9
Eficacia de la oración y sus efectos	31
Lo que debe pedirse	52
Disposiciones para bien orar	61
Necesidad de la oración	80
De la oración dominical en general	101
Primera petición: " Santificado sea el tu nombre "	116
Segunda petición: " Venga a nos el tu reino "	129
Tercera petición: " Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo "	143
Cuarta petición: " El pan nuestro de cada día dánosle hoy"	159
Quinta petición: " Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores "	174
Sexta petición: " Y no nos dejes caer en la tentación "	191
Séptima petición: " Mas líbranos del mal. Amén "	213
Del Avemaría	228
De las virtudes	254
De las fuentes y causas de los pecados y de las virtudes opuestas	271
Las obras de misericordia	299
Las bienaventuranzas	313
Las postrimerías	326

TERMINÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA 22 DE JULIO DE 1939 EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL "APIS" - Pte. ROCA 150 - ROSARIO.